



MARÍA TERESA
ÁLVAREZ

LA INDIANA

De Asturias a Cuba
Un amor separado por un océano



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Una oscura noche de 1877, en el pueblo de Candás, Asturias, los niños Marina y Silverio pierden a sus respectivos padres en la mar. Él se pondrá a faenar como pescador para mantener a su madre y sus hermanos. Ella, inteligente y despierta, continuará en la escuela y ayudará a su amigo a seguir educándose. Pero Marina también tendrá que abandonar pronto los libros, su gran pasión, para trabajar en una fábrica de conservas.

Silverio emigra a Cuba para hacer fortuna y Marina, ocultándole su amor, se queda en el pueblo sirviendo como criada. La isla caribeña, destino de las esperanzas e ilusiones de miles de asturianos, es un paraíso luminoso y lleno de oportunidades, pero también un lugar duro en el que el joven se dejará la piel para salir adelante. Cuando vuelva a Candás lo hará para buscar esposa, pero no entra en los planes del destino que su vida y la de Marina se unan...

María Teresa Álvarez ha escrito esta deliciosa novela, en la que evoca con detalle un siglo XIX colonial y la dureza de la vida de las gentes de la mar, como homenaje a su tierra y a todos los hombres y mujeres que abandonaron sus hogares por la promesa de una volátil fortuna.

L≡**LIBROS**

María Teresa Álvarez

La indiana

*Al pueblo de Candás,
del que formo parte enamorada y apasionada.
Mi recuerdo emocionado para los que
ya no están con nosotros.
A Sabino... A mi madre.*

Muchas gracias a todos los que me habéis ayudado a conseguir información para la elaboración de esta novela:

Agustín Hevia, Archivo Diocesano.

José Manuel García, Archivo Parroquial.

Ayuntamiento de Carreño.

Carmen Cantero, Archivo Histórico Municipal.

Carmen Dinten, Biblioteca Pública González Posada.

Juan Ramón García y Dolores Suárez, Juzgado de Paz de Carreño.

Elena Alfageme, bisnieta de Bernardo Alfageme.

Fernando Suárez, Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Manuel Ramón Rodríguez, historiador.

Berta y Lourdes García-Barrosa, y Marta Muñoz, nietas de los dos matrimonios fundadores del Club Carreño en La Habana.

Josefa Suárez, *la Cervera*, y Cuca Rodríguez, *la Ñarea*, candasinas de pro.

Josefina Barbas, amiga y lectora consejera.

Berenice Galaz, buenísima asesora literaria.

Ymelda Navajo, por su confianza y cariño.

1
El naufragio

Candás, amanecer del 14 de enero de 1877

Por más que lo intenta Silverio no consigue volver a dormirse... El viento aúlla enloquecido... Se arrebujá en la raída manta... Hace frío... Pero lo peor es que tiene hambre. ¡Ay! Cuánto daría por un trozo de pan, pero no ha quedado nada... Son pobres... Él es el mayor de los hermanos y todos los días ve cómo su madre apenas come para que ellos puedan hacerlo.

El viento ruge sin cesar... Silverio mira a su hermano Lolo que comparte cama con él. Afortunadamente no se ha despertado. Lo mismo les sucede a los gemelos, plácidamente dormidos en un jergón al lado del suyo.

Aunque Silverio está acostumbrado a los quejidos del viento, aquella noche se le hacen insoportables...

Tal vez si bebe un poco de agua su estómago se calme. Silverio se levanta tiritando...

No tiene ni idea de la hora que es. Mira por el ventanuco de la cocina... Aún es de noche, claro que en enero tarda en llegar el día... Lo abre un poquito y el bramido que sube desde la ribera lo deja aterrorizado. Piensa en su padre que está en la mar. Con aquella galerna seguro que las lanchas de Candás estarán a punto de arribar, si no lo han hecho ya, se dice Silverio. Apaga el candil y camina hacia el cuarto. De repente cambia de idea. Se pone una vieja chaqueta, heredada de un primo, que le viene grande, y muy despacio se dirige a la puerta... La abre con mucho cuidado para que nadie se entere. Ha decidido acudir al muelle, quiere ver cuanto antes a su padre...

—¿Qué haces, Silverio, adónde vas? —le pregunta su madre.

—Creí que estaba dormida, madre, quiero acercarme a la ribera.

—No, tú te quedarás en casa al cuidado de tus hermanos. Seré yo quien vaya al muelle.

—Por favor, madre, Lolo se puede ocupar, yo ya soy un hombre y quiero acompañarla —pide con voz suplicante.

Rosa García mira a su hijo mayor, Silverio, que acaba de cumplir los once años.

—Está bien —claudica—, despierta a Lolo mientras yo traigo a la pequeña.

Rosa tiene cinco hijos; Silverio, Lolo, dos gemelos, y la última, una preciosa niña de tres años. Casada muy joven, a los dieciocho, no había tenido más novio que Ramón, que es once años mayor que ella, y aunque su vida está llena de penurias es feliz a su lado, le quiere mucho, es muy bueno con ella y con los niños.

Rosa da un beso a los pequeños, que siguen dormidos, y le pide a Lolo que se ocupe de ellos. Toma de la mano a Silverio y salen de casa camino de la ribera.



Marina entreaire los ojos... El sonido del viento la asusta y salta de la cama para correr a agarrarse a las faldas de su madre, que cariñosamente le dice:

—¿Qué haces? Es muy temprano, aún no ha amanecido, debes seguir durmiendo como tus hermanos.

—Quiero estar con usted, madre —requiere la niña, a punto de llorar—. Tengo miedo.

—No seas tonta. Voy a salir, pero se queda tu hermano Armando para cuidar de vosotras hasta que yo vuelva.

—Si no puedo ir con usted, quiero estar con Xuaco —comenta la pequeña, que adora a su hermano mayor.

—Xuaco me acompaña a mí. No tardaremos. Métete en la cama —pide su madre.

La niña obedece de mala gana. Su madre se acerca a darle un beso.

—Sé buena, Marinina —le susurra—, no hagas ruido para que no se despierte Carmina.

Nora Fernández disimula a duras penas la preocupación y el miedo que la embarga. Su marido está en la mar, y aquella galerna hace temer lo peor.

—¿Nos vamos, madre? —le pregunta Xuaco, entrando en la habitación.

—Sí, ahora mismo, es que Marina ha despertado.

Xuaco, que lleva un brazo vendado, mira hacia donde se encuentra su hermana y se acerca para darle un beso.

—Como sé que te vas a portar bien, luego te llevaré a ese sitio que tanto te gusta —le promete.

Marina se agarra a su cuello y le da dos sonoros besos.

—Quiero ir con vosotros, si me dejáis en casa me escaparé —dice la pequeña.

—A dormir ahora mismo —ordena su madre.

—Xuaco, sabes que lo haré —insiste la niña, llorosa.

Xuaco, que siente debilidad por su hermana y que además cree que lo que les está diciendo es verdad, comenta:

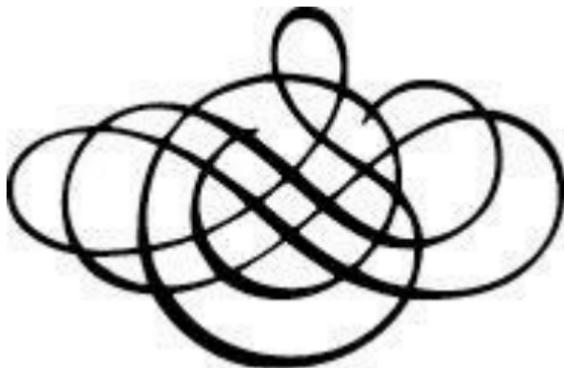
—Madre, llevémosla con nosotros.

—¿Estás loco?

—Lo que estoy es seguro de que cumplirá lo que nos dice. Armando no sabrá qué hacer con ella. No nos vamos a arriesgar a que le pase algo.

—De acuerdo, pero hay que controlar a esta *rapacina*. No puede salirse siempre con la suya.

Marina no tiene ni idea del miedo que embarga a su madre ni a Xuaco, por eso se siente feliz de poder ir con ellos. Su hermano la ayuda a ponerse una toquilla de lana y la pequeña, sonriente, se agarra de su mano.



En el centro de Asturias, bañado por el Cantábrico, se encuentra Candás, capital del concejo de Carreño, pequeño pueblo de pescadores, que vive por y para la mar.

Ya desde el siglo XIV y hasta bien entrado el XVI su nombre se hizo famoso como puerto dedicado a la captura de ballenas. Precisamente en una de esas incursiones, en la mar de Irlanda, los marineros candasinos rescataron de las aguas una imagen de Cristo crucificado que trajeron con ellos, convirtiéndose la

venerada talla en el centro de la vida religiosa y objeto de devoción no solo para los vecinos del pueblo, sino para toda Asturias.

Pertenecía entonces Candás al alfoz avilesino, del que se independizó en el siglo XVII, convirtiéndose en municipio autónomo.

Es a comienzos de ese siglo cuando se produce un suceso o leyenda que nos muestra la peculiar personalidad de este pueblo. Parece ser que allá por el año 1616 los pescadores asturianos se encontraban molestos por la presencia en la costa de delfines o calderones que en sus juegos les rompían las redes y se comían todo el pescado. Los delfines, decían los pescadores, no les entorpecían cuando estaban faenando; solo al ver las redes llenas las destrozaban llevándose todo el pescado. Y solo los de Candás, desesperados ante esta situación, hablaron con su párroco, don Andrés García de Valdés, que decidió apoyarlos en su denuncia y presentar una demanda ante el obispo de Oviedo, don Martín Manso. El prelado consideró oportuno abrir proceso. Se nombraron abogados, y el obispo dictó unas censuras contra los delfines que ordenó fuesen leídas en alta mar. Y así se hizo. En una barca salieron a la mar, y allí, en la zona donde los marineros eran importunados por los delfines, el notario recitó las censuras del obispo que dictaminaban que los delfines abandonasen las aguas asturianas y que nunca más volviesen a robar la pesca. Lo cierto es que desde entonces los pescadores candasinos no volvieron a encontrarse con los delfines.

Aunque las crónicas históricas recogen este suceso con los nombres de todos los protagonistas, es probable que sea una leyenda. De todos modos, el episodio encaja perfectamente con el espíritu luchador de los candasinos que, a pesar de lo difícil que siempre resulta vivir de la mar, consiguieron ir incrementando su actividad portuaria, creando un astillero que contribuyó al desarrollo de la localidad, lo que les permitió instalar cañones en el promontorio de San Antonio para defenderse de los piratas.

En 1877, Candás contaba con una población de unas mil quinientas personas. Desde 1844 se instalaron en la localidad fábricas de salazón que se fueron sucediendo unas a otras. Funcionaban en periodos de uno o dos años, y algunas más tiempo. La realidad era que siempre se encontraban en funcionamiento unas cinco a seis de salazón y una o dos de escabeche en las que trabajaban un buen número de candasinos. Por esos años, el pueblo ya tenía casa consistorial, juzgado, escuela, médico...

Aquella noche, la del sábado 13 de enero, los vecinos de Candás se fueron tranquilos a la cama. Los marineros estuvieron decidiendo hasta última hora si salían a la mar o no. Temían que el tiempo no fuera bueno y se complicaran las cosas, pero vendrían días peores en los que de verdad no podrían pescar. El invierno era así, pero también era la mejor época para el besugo y ellos necesitaban faenar para poder alimentar a los suyos...

Al final se tomó la decisión de salir. A la una de la madrugada diez lanchas

con unos ciento setenta hombres se hicieron a la mar. Había confianza en sus caras, en las que brillaba la esperanza de regresar al día siguiente con una importante cantidad de besugo.

Pocos candasinos escucharon los primeros silbidos del viento que sobre las cinco de la madrugada comenzó a anunciar su presencia. Pero una hora más tarde, se despertaron asustados y acudieron envueltos en miedo y temor a la ribera...



Silverio y su madre bajan casi corriendo la Cuesta, así se llama la calle donde viven, que además es una cuesta de verdad. El viento les empuja. Casi no llueve... Al llegar a la esquina miran hacia lo alto, pero desde allí no se puede ver si el fuego en la atalaya del monte San Sebastián está encendido, aunque con aquel vendaval tiene que ser imposible y ello no facilitará la entrada de las lanchas...

Al acercarse a la ribera se unen a muchos amigos que como ellos acuden para ver regresar a sus seres queridos.

Silverio se sorprende al encontrarse con Xuaco que, a pesar de ser bastante mayor que él, es su mejor amigo.

—Pensaba que estarías en la mar —dice Silverio.

—Sí, allí tendría que estar, junto a mi padre, pero ayer caí de la escalera y me lesioné en el brazo. Ya sabes, si no puedes remar... Pero me gustaría estar ahora con padre —comenta Xuaco con pena.

Nora y Rosa se miran... Las dos han estado disimulando con sus hijos el terror que sienten, pero, al verse, no pueden aguantar más y se funden en un abrazo tratando de ocultar las lágrimas.

—Ya verás como todo queda en un susto —susurra Rosa.

—Dios te oiga, pero algo me dice que no será así —comenta Nora.

La mayoría de las personas que se han congregado en la ribera son mujeres, niños y unos cuantos hombres mayores... Todos permanecen en silencio... con

la mirada fija en la bocana tratando de distinguir algo, pero sus ojos solo encuentran la oscuridad... El gemido de la mar se cuele en sus corazones... es un llanto profundo, desgarrado... un quejido que sale de las mismas entrañas de la mar... un lamento que conocen muy bien las gentes de Candás. Un frío intenso se apodera de ellos, sus cuerpos tiritan... pero se mantienen fuertes, implorantes mirando aquellas olas inmensas, enloquecidas, que a veces sobrepasan la bocana...

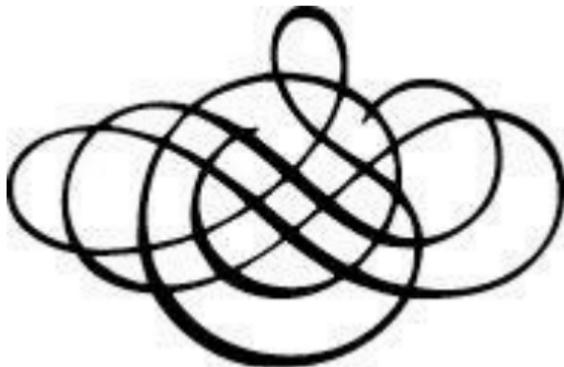
En la atalaya del monte San Sebastián el *talaiero* lucha para mantener controlado el fuego. Ya en el siglo XVIII, la cofradía religiosa Virgen del Rosario, muy vinculada al gremio de mareantes de Candás, entregaba una aportación de veinticuatro reales para pagar al *talaiero*, persona encargada de encender el fuego, que a modo de faro guiaba la entrada a puerto. Desde entonces se venía haciendo así. Con el compromiso, según el contrato firmado ante notario, de que la fogata permaneciese encendida desde el oscurecer hasta que entrase en el puerto la última lancha.

La espera se hace eterna... Cada persona permanece ensimismada en su dolor. Alguno de los presentes, los mayores, ya han vivido situaciones críticas con fatal desenlace y rezan para que no se repita.

Hacia treinta y siete años, en 1840, también en enero, Candás sufría la pérdida de más de noventa pescadores. Todas las lanchas de la flota candasina perecieron ante la voracidad de una terrible galerna.

El dolor, la desolación y también la miseria se instalaron en el pueblo, que tardó años en recuperarse. La mayoría de las familias afectadas se vieron abocadas a la emigración. La actividad pesquera estuvo a punto de desaparecer, el gremio de mareantes había dejado de existir porque la mayoría de sus componentes habían muerto en la tragedia. En la historia ha quedado constancia de la crisis económica por la que atravesó la villa en aquellos años, como muestran varios documentos municipales en los que el ayuntamiento suplica a la Diputación Provincial una rebaja en los impuestos de las contribuciones. Se alega para ello que Candás, tras el naufragio, había visto mermada su población a causa de la marcha de las familias afectadas, obligadas a emigrar para sobrevivir.

Y ahora, treinta y siete años después, cuando Candás ya se había recuperado, de nuevo la mar volvía a sembrar la inquietud entre ellos, a exigir su tributo...



Marina no entiende muy bien lo que está pasando... Nadie habla, algunos lloran... Muchas de sus amigas también están allí, en el muelle, con sus madres...

—Xuaco, estamos esperando a padre, ¿verdad? —le pregunta a su hermano.

—Sí, pronto regresaran las lanchas, ya verás —contesta con una sonrisa Xuaco.

—¿Y si no llegan? No quiero que padre se quede en la mar para siempre como le sucedió al de mi amiga.

—No, cariño, pronto le daremos un abrazo...

Silverio está con ellos... Escucha lo que dice Marina... Hasta ese momento no es consciente de lo que de verdad puede pasar. No quiere pensar en ello. Mira al cielo que empieza a suavizar su oscuridad. Dentro de poco amanecerá. La luna no ha querido ser testigo de aquella noche de incertidumbre...

De repente alguien grita: «¡Están ahí...! ¡Ya llegan...!» . Todos se arremolinan para verlos entrar a puerto. La alegría ha vuelto a los rostros, los niños saltan alborozados...

Una, dos, tres... Así hasta ocho. Aún no se ha hecho de día y es muy difícil identificarlas... Pero faltan cuatro lanchas.

Los corazones de los que esperan laten a punto de romperse. ¿Se hallarán sus padres, hijos, hermanos, maridos entre los que están arribando? ¿O se encontrarán entre los que faltan?

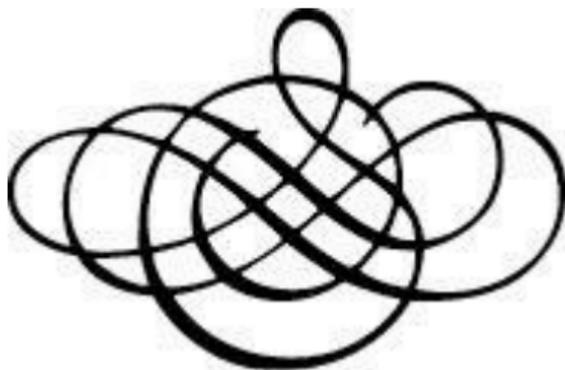
Nadie se atreve a comentar nada...

Los pescadores, agotados de luchar contra la tempestad, van subiendo al muelle siendo abrazados por sus familiares que respiran tranquilos...

Silverio se ha colocado en primera fila. Quiere ser el primero en recibir a su padre... Pero van pasando los marineros y su padre no aparece... «No puede ser —se dice—. Padre tiene que volver...» . Pero la lancha en la que va Ramón Rodríguez es una de las que falta. También la de Victoriano González...

Nora y Rosa, junto con otras sesenta familias, lloran en silencio. En las cuatro lanchas que no han llegado van sesenta y ocho hombres. Todavía pueden aparecer y tal vez se hayan resguardado en otro puerto.

—Tenemos que mantener la esperanza —dice Rosa, abrazando a Nora—. Nos quedaremos aquí, verás cómo llegan.



Es tan grande el dolor que Nora no puede decir nada... Si Victoriano se queda en la mar, ella no podrá vivir sin él. Toda su vida ha estado a su lado, se conocen desde niños y siempre supieron que nunca se separarían. Se casaron muy jóvenes. Se quieren con pasión. Su amor les hace fuertes y capaces de soportar las mayores penurias. Sin Victoriano la vida no tiene sentido... Nora sabe que sus cuatro hijos la necesitan. Xuaco ya es un hombre, tiene diecisiete años. Armando, trece. Después viene Marina, con siete años, una niña muy especial, y Carmina con tres años. Tendrá que hacer todo por ellos, eso es lo que le pediría Victoriano, pero no podrá. « ¡Dios mío! Haz que vuelva, por favor. Santo Cristo, tráemelo, y subiré las escaleras de caracol de rodillas y te pondré velas toda la semana. Te haré novenas. Tú que has sido náufrago también, ¡¡¡ay údanos!!! » .

Como ella muchas mujeres rezan en silencio...

Ya está amaneciendo. La luz del día, que suele aliviar las penas de la noche, no ejerce el mismo efecto esta mañana de domingo, porque la realidad es aún más cruda al comprobar el vacío de las barcas que aún no han regresado...

Nora se seca las lágrimas... De pronto se da cuenta de que Marina no está a su lado ni tampoco con Xuaco, al que se acerca para preguntarle.

—No sé adónde habrá ido, pero no se preocupe, madre. Ahora la busco. Estará con alguna amiga.

—Voy contigo —dice Silverio a su amigo.

Los dos muchachos se acercan a los distintos grupos y Marina no está con ninguno; Xuaco pregunta a varios conocidos si la han visto, pero nadie sabe nada.

—Seguro que se habrá ido a casa —aventura Xuaco, no muy convencido—.

Nos acercaremos antes de decirle a mi madre que no está en el muelle.

—Vete tú a casa —le pide Silverio—. Mientras, yo daré vueltas por aquí.

—De verdad que estoy preocupado —admite Xuaco—. Es muy extraño que no me haya dicho nada. No recuerdo bien el último momento en que la vi.

—Yo sí —apunta Silverio—. Cuando llegaron las lanchas estaba agarrada a tu pantalón mirando a los que subían al muelle.

—Ahora recuerdo —comenta Xuaco— que un poco antes me preguntó si esperábamos a padre...

—Sí —corrobora Silverio, sin dejarle terminar—. Yo estaba con vosotros.

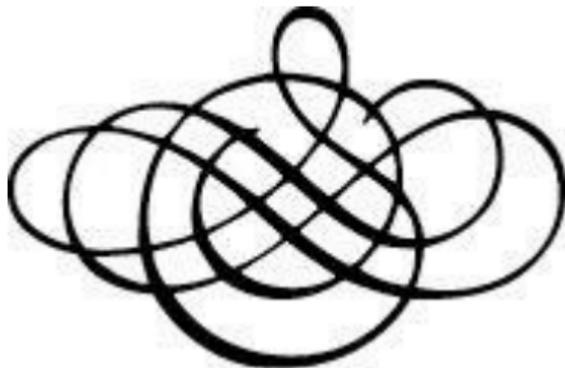
—¡Dios mío! —exclama Xuaco—. ¿Dónde estará?

—La encontraremos —afirma su amigo en un intento de tranquilizarle.

Los muchachos se separan en busca de Marina...

A los pocos minutos Xuaco comprueba nerviosísimo que su hermana no ha regresado a casa. ¿Se le habrá ocurrido ir a la iglesia a rezarle al Cristo? Sin pensar en la hora que es, se dirige al templo. Marina es una niña muy piadosa a la que le gusta rezar...

Silverio no ha dejado ni un solo rincón de las inmediaciones de la ribera sin inspeccionar, pero ni rastro de la pequeña. Ya no sabe dónde buscar... Ha mirado en los portales cercanos... Tal vez Xuaco ya esté con ella. «*Probina* —piensa el muchacho—, se habrá ido llorando al ver que su padre no llegaba». Él se encuentra en la misma situación, pero no quiere pensar en ello y está convencido de que su padre tiene que volver... También el de sus amigos lo hará. Pero si él creyera que su padre no iba a regresar, ¿adónde iría para sentirse mejor y más cerca de él? Entonces Silverio se vuelve y camina hacia la playa... la Peña Furada sería su refugio. Puede que a Marina le ocurra lo mismo...



Cuando Marina ve que su padre no está entre los llegados a puerto tiene la seguridad de que es la mar quien lo retiene y se dirige despacio a la playa. Quiere sentarse en la misma roca a la que va alguna vez a jugar con las olas. Su

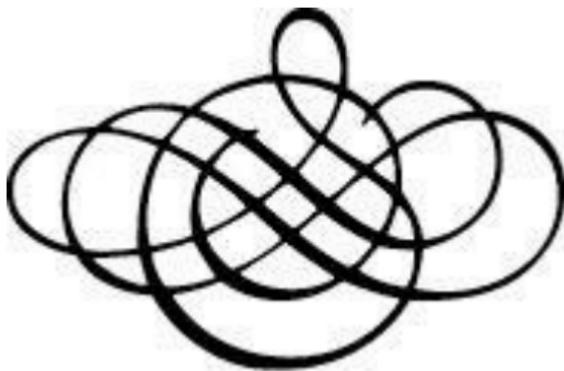
padre acudía a buscarla muchas veces allí. Él sabe que es su sitio preferido y que habla con las olas... Sí, les pedirá a ellas que se lo devuelvan...

Marina camina con cierta dificultad porque, aunque el viento ha amainado un poco, aún es muy fuerte y ella una niña... Hay momentos en que se siente empujada sin que pueda hacer nada. Se asusta y piensa que tendría que habérselo dicho a Xuaco, pero todos lloraban... Ella no quiere estar tiste y no le importa que le riñan... Mira las grandes olas que despliegan su hermosa y feroz sonrisa al viento y siente miedo, pero pronto se tranquiliza al ver cómo al llegar a la playa la sonrisa de las olas se suaviza e ilumina... Qué bien que la marea esté baja, así podrá sentarse en su pequeña roca... Marina piensa que su amiga tendría que haber hecho lo mismo que ella, pedirle a las olas que le devolvieran a su padre, ellas pueden hacerlo...

Ha dejado de llover aunque hace frío, pero no le importa... pisa la arena que, empapada del agua de la lluvia, que no de la mar, graba las huellas de su paso...

Qué bien que su pequeña roca esté resguardada por la mole de la Peña Furada... y la Peña del Ángel. Cuántas veces, jugando con sus amigas, ha pasado por aquel agujero que casi desaparece al subir la mar. Ella no sabe surdir, pero su hermano Xuaco es un artista, y es capaz de sumergirse por un lado de la Peña y aparecer por el otro.

Marina se sienta y apoya su espalda en el lateral de la peña... Se tapa bien y comienza su diálogo de amor con las olas...



Mientras camina hacia la playa, Silverio se da cuenta de que ya no tiene hambre... Son tantos los miedos, las emociones, que el estómago ha dejado de quejarse. Las cuatro lanchas que faltan tienen que haber encontrado refugio en otros puertos, todos son buenos marineros, se dice Silverio, que está llegando a la Peña Furada. La primera vez que consiguió escalarla tenía seis años. Nunca olvidará la experiencia, aquel día se convirtió en el más valiente de todos sus amigos, que llegaron a aplaudirle... Desde entonces, este es el sitio donde mejor

se encuentra, el que más le gusta de su pueblo. Silverio está convencido de que nadie le conoce mejor que la Peña Furada. Muchas veces, cuando tiene algún contratiempo, se encarama en ella, y allí, a solas, recobra la tranquilidad y el buen humor. En aquel lugar, él no tiene fuerzas para disimular lo que siente; por ello, ahora, en esta triste mañana, el dolor aflora a su rostro... Un dolor que trata de disimular sobre todo por su madre. Silverio quiere mantener la esperanza. Camina despacio, mirando la arena, en la que descubre el rastro de unas huellas y se anima al pensar que ha acertado: Marina tiene que estar allí... pero no la ve... La marea está subiendo... y muy pronto el agua llegará hasta donde se encuentra... No cree que la niña se haya ido a las rocas más próximas a la orilla, pero se acercará para comprobarlo, aunque no observa ningún rastro de huellas en aquella dirección.

Al girarse, Silverio cree ver algo que llama su atención en unos peñascos, en el lateral de la peña que mira al muelle... Se fija con atención, y sí, en una de ellas está Marina.

No la llama por si se asusta; se acercará como si no la buscara. Al llegar a su lado comprueba que la pequeña, que no se ha enterado de su presencia, se encuentra totalmente acurrucada y con los ojos cerrados. Parece dormida... Tiene que estar muerta de frío, piensa tomando sus manos entre las suyas...

Marina, que no está dormida, al sentir el calor de unas manos grita alborozada:

—Padre, sabía que llegarías...

—No, Marina, lo siento, soy Silverio. Llevamos mucho tiempo buscándote...

La niña, que hasta ese momento no ha llorado, lo hace ahora desconsoladamente... Silverio la abraza y también él comienza a llorar... Es una escena conmovedora... Los dos lloran en libertad, desposeídos por unos momentos de la fantasía ella, del optimismo él...

—¿Tú crees que nos quedaremos huérfanos? —pregunta entre sollozos Marina.

—No digas eso, Marinina, tenemos que pensar que volverán.

—¿Tu padre y el mío van en la misma lancha? —pregunta la niña.

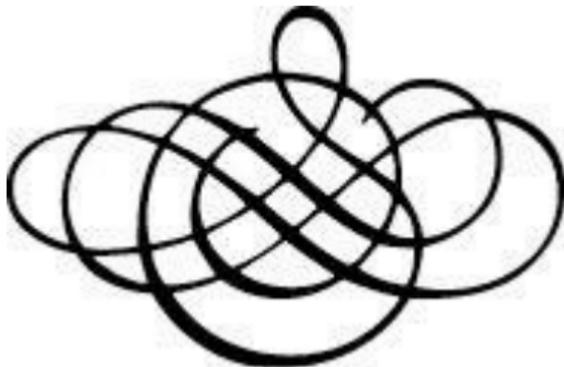
—No...

—Quiero que tu padre vuelva también —dice Marina.

—Regresarán las cuatro lanchas que faltan —se anima Silverio.

—Pídeselo a las olas...

El muchacho la mira con ternura... él no cree en aquellas cosas de Marina, pero le hace caso y se sienta a su lado.



Xuaco está a punto de llegar a la ribera en la que permanecen las familias de los marineros que no han regresado... La mayoría de las mujeres no quieren moverse de la vera de la mar. Sus seres queridos pueden volver en cualquier momento... En su interior late la esperanza de que su presencia dolorida y a veces desesperada, mirando a la mar, influya en el destino...

Cuando se permanece mucho tiempo con la mirada fija en un punto sin darse un descanso son frecuentes las ilusiones ópticas, y así, en más de una ocasión, algunas de las personas que esperan en la ribera creen ver sobre las olas maderos, ropa... pero cuando vuelven a fijarse, aquellos posibles restos de naufragio desaparecen...

El tiempo pasa con una gran lentitud...

Xuaco no sabe cómo decir a su madre que no encuentra a Marina, tampoco localiza a Silverio. Afortunadamente, cuando está a punto de girarse para entrar en el muelle, los ve venir de la playa cogidos de la mano. Corre hacia ellos...

—No le riñas, Xuaco —le pide Silverio—. Lo está pasando muy mal.

—Como todos. ¿Por qué te fuiste sin decir nada? —pregunta a su hermana, y sin esperar respuesta le dice a su amigo—: ¿Dónde la encontraste?

—En la playa, pero ya pasó. Acerquémonos para que la vea tu madre.

Marina tira de los pantalones de su hermano para darle un beso mientras, llorosa, le pregunta:

—¿Ha vuelto padre?

Xuaco a duras penas puede contener la emoción. Besa a su hermana y al intentar tomarla de la mano ve que Marina la tiene celosamente cerrada.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunta.

—Es una concha pequeñita que me dio Silverio.

Al llegar adónde se encuentra la gente, observan cierto revuelo y la tristeza reflejada en los rostros parece menos profunda.

—¡Qué bien que habéis llegado! Estaba preocupada. Marina —exclama

Nora, mirando a su hija—, siempre haces lo que te apetece sin pedir permiso.

Rosa, la madre de Silverio, se acerca a ellos corriendo...

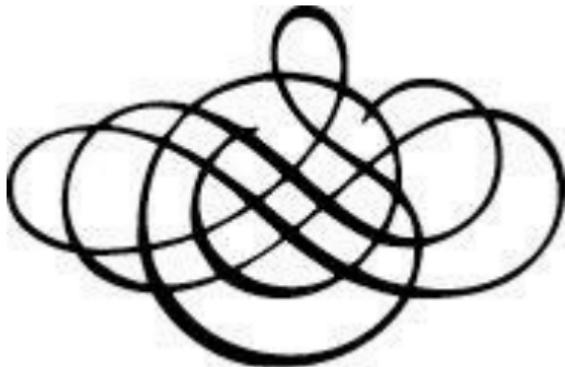
—¡Nora, es verdad! Acaban de asegurar que dos de las lanchas están en el puerto de Tazones. Puede que las cuatro... Debemos mantener la esperanza — asegura Rosa.

—Tenemos la mitad de posibilidades de que nuestros maridos se hayan salvado —dice Nora con pena.

—Madre —exclama Xuaco—, aunque en Tazones solo se encuentren dos lanchas, las otras dos pueden haberse abrigado en otro puerto.

—Si así fuera, alguien sabría algo —dice Nora casi a punto de llorar—. Mi único consuelo es que tú no hayas salido a la mar...

Xuaco mira su brazo vendado y se siente responsable de no estar corriendo la misma suerte que su padre.



La galerna está remitiendo... algunas mujeres se resisten a abandonar la ribera... Rosa trata de convencer a Nora para que se vaya a casa.

—No sirve de nada que te quedes aquí. Tienes que ser consciente de la realidad. Ni los que están en Tazones ni los otros regresaran a puerto hasta que no remita el temporal por completo. Incluso puede que vuelvan por carretera.

—¿Y si no han podido llegar a ningún puerto? —pregunta Nora, al borde de las lágrimas.

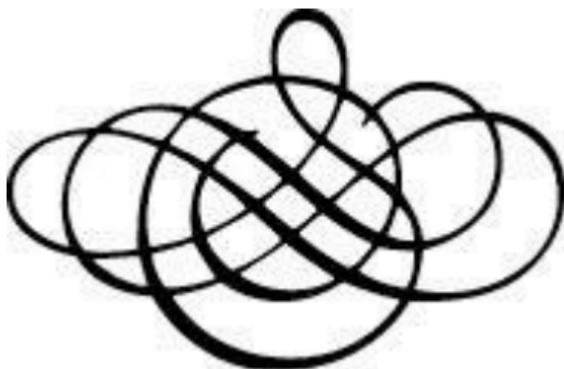
—No debemos pensar en ello. Pero si ha sido así, Dios no lo quiera, no volverán nunca.

—Deberíamos ir a Tazones —dice Silverio.

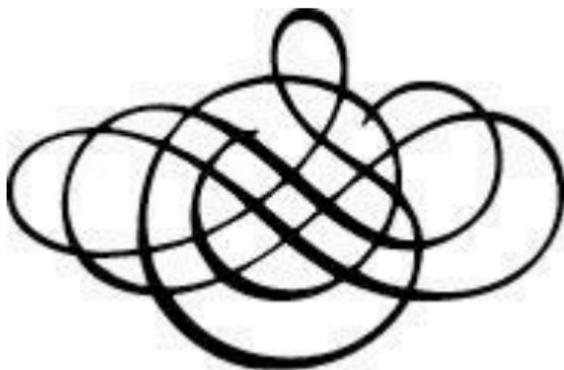
—No es tan fácil, hijo —contesta Rosa—. Además, creo que ya han salido para allá.

La ribera se va quedando vacía. Las familias de los sesenta y ocho marineros regresan llorando a sus hogares. Todos saben que treinta y cuatro se han salvado pero de los otros no hay noticias... El alcalde y el párroco que han acompañado

a las familias en el muelle no les han dicho nada, pero ellos ya están enterados de que a Tazones solo han llegado dos lanchas. Les han pedido que mantengan la duda sobre las otras dos, aunque todo indica que han naufragado. La Comandancia de Marina de Gijón ha recabado información en los pueblos costeros sobre la presencia de las dos lanchas candasinas y en ninguno de ellos estaban.



Va a ser aquel uno de los domingos más tristes para el pueblo de Candás. Un domingo, el 14 de enero de 1877, que quedará grabado para siempre en la historia con la señal indeleble del dolor desesperado de toda la comunidad y de forma directa y cruel para treinta y cuatro familias que, impotentes, comprobarán que sus seres queridos no regresarán nunca más junto a ellos.



Cuando al final de aquella tarde se conoce el nombre de las dos lanchas que se han refugiado en Tazones, tanto Rosa como Nora se sienten precipitadas al abismo más profundo... En ninguna de ellas iban sus maridos... Cabe la

esperanza de que hayan encontrado refugio en algún lugar, pero es tan incierta que todos las dan y a por desaparecidas.

Rosa, con el corazón roto y con el rostro bañado en lágrimas, se niega a creer que no volverá a ver a Ramón, su marido, al que quiere con toda su alma, el padre de sus hijos... ¿Qué va a ser de ellos? ¿Cómo se las va a arreglar ahora para vivir? Tiene cinco hijos y el mayor es Silverio, que solo cuenta once años. Se seca las lágrimas, tiene que ser fuerte, se dice, hasta que oficialmente no se les dé por muertos, ella mantendrá la fe de que pueden volver.

Silverio observa a su madre en silencio... No llora, siente un nudo en la garganta, pero sus ojos permanecen secos, quiere demostrarle que ahí está él, que su padre aún puede volver, y que si desgraciadamente no es así, él, aunque no tenga más que once años, se ocupará de todo.

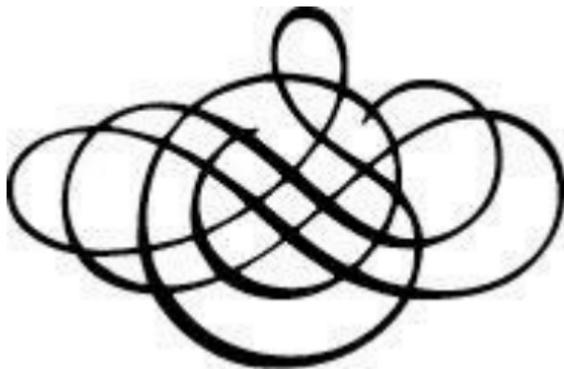
En casi todos los hogares de las familias de los que no han regresado se están produciendo escenas similares.

Nora, que desde el primer momento presintió la desgracia, se ha desplomado en la cama sin ocuparse de sus hijos. Marina, sin saber muy bien cómo, se encuentra abrazada a su hermanita dándole mimos para que no llore. De repente se ha convertido en una adulta. Su hermano Xuaco la mira con amor, y acercándose, besa a sus dos hermanas a la vez que le dice a Marina:

—Siempre supe que eras una niña muy buena.

—¿No crees que padre se sentirá orgulloso de mí cuando se lo cuentes? — responde Marina, sonriendo.

Xuaco se va para que Marina no vea sus lágrimas.



El dolor inunda Candás. Treinta y cuatro familias a la deriva sin saber muy bien qué hacer, ni cómo seguir viviendo... No solo deben enfrentarse a la desaparición de sus seres más queridos, también a la carencia de lo más indispensable para el sustento...

En días sucesivos la prensa va desgranando lo sucedido en Candás. Se dan

cifras distintas... poco importa. El pueblo sabe muy bien quiénes se han quedado en la mar.

La pensadora Concepción Arenal que, desde que su hijo Fernando fue nombrado director del puerto de El Musel, vive en Gijón, escribe un artículo titulado: « ¡Pobre Candás!», en el que se hace eco y pide ayuda para las familias de los marineros fallecidos:

En la iglesia, conocida por su milagroso Cristo, se oye sin cesar el fúnebre doblar de las campanas que tocan a muerto y todos los que tienen corazón lloran al saber la terrible desgracia.

¿Cómo no compadecer tanta desventura? Ha movido aquí a piedad la muerte de los desdichados náufragos y a favor de las familias se han abierto tres suscripciones, una en el Casino, en el Círculo Mercantil otra y la tercera en la redacción de *El Productor Asturiano*, periódico de la localidad, y en casa de un particular. Dícese que en Oviedo se abrirá otra y que muchos escribirán a los paisanos ausentes excitándoles a contribuir al consuelo de este gran dolor.

Si estas líneas llegan a manos de algún hijo de Asturias que quiera y pueda dar una limosna para los inocentes huerfanitos de aquellas víctimas del trabajo y no tienen medio fácil de enviar a su destino el socorro, pueden remitirlo a la redacción de *La Voz de la Caridad* o a Gijón, paseo de Begoña, 16, con el nombre que firma este piadoso recuerdo.

El funeral por los treinta y cuatro marineros se celebra el 5 de febrero en la iglesia parroquial de Candás. Todos lloran... La ausencia de féretros en el templo contribuye a que el dolor sea más profundo. Qué duro no poder sepultar los restos de tus seres amados, qué desolación al no poder darles un último beso... La mar traicionera, embaucadora, posesiva, se ha quedado con ellos. Cómo duele esta situación y qué desesperación la de aquellas mujeres, esposas, madres, al pensar que sus hijos pequeños se verán sometidos a semejante peligro. Porque con las embarcaciones que salían a la mar no podían hacer frente a nada. Estaban a merced de la suerte...

Candás, 1882. Cinco años después.

Los años siguientes a la tragedia ocurrida en Candás fueron difíciles y muy duros. Algunas familias tuvieron que irse a otros lugares para poder subsistir. La prueba aparece en los datos del censo de 1880 que descendió, con respecto al anterior de 1875, en quinientas personas.

Afortunadamente, la situación comenzó a mejorar, muy despacio. A partir de ese año de 1880 se creó la Sociedad de Mareantes de Candás Virgen del Rosario, integrada por patronos y marineros. Con ella se intentaron afianzar las bases en las que podían apoyarse las gentes de la mar. La Sociedad de Mareantes será una institución muy importante y con una gran implantación en la vida del pueblo, porque no solo se ocupará de los temas laborales, asistencia médica a sus asociados, conservación y mejoras en el puerto. También figuraban en sus objetivos aspectos religiosos, como el cuidado y mantenimiento de la capilla de la Virgen del Rosario, fiesta de Pascua y la celebración anual el 14 de enero de una misa de difuntos por todos los marineros candasinos desaparecidos en la mar. La cultura tenía cabida igualmente en sus proyectos; la sociedad subvencionaba al organista de la parroquia para que enseñara música a los hijos de los asociados que lo solicitasen. También se le encomendó la dirección de la banda de música local.

En 1882, Candás contaba con unas ochenta lanchas de remo y vela y funcionaban diez fábricas de escabeches y salazón.

La vida comenzaba a sonreír, aunque de forma muy tímida, para los candasinos, que, a duras penas y haciendo mil equilibrios, lograban sobrevivir. Entre las familias afectadas en el naufragio de 1877 que decidieron quedarse en Candás se encontraban las de Silverio y Marina, protagonistas de esta historia.

Silverio tiene ahora dieciséis años. Él y su madre, Rosa, han luchado en estos cinco años como auténticos héroes. Ella ha conseguido trabajo en una fábrica de escabeche y también sirve por horas en una casa particular a cambio de

alimentos. Silverio no tuvo más remedio que dejar la escuela. Todavía era un niño. Un niño que deseaba saber y para el que asistir a clases representaba un auténtico placer. Pero la situación le obligó a buscar trabajo... Hoy se ha convertido en un buen marinero, aunque los primeros años por su corta edad se dedicó a hacer de recadero para quien lo necesitase. Fue rapaz de barco y también limpió en uno de los chigres regentado por amigos de su padre. Su hermano Lolo, que ya tiene catorce años, está a punto de enrolarse en alguna compañía. De momento hace algunos trabajos. Los gemelos, de once años, siguen yendo a la escuela, aunque están deseando ponerse a trabajar, y la pequeñina, Marisa, con ocho años, es toda una mujercita que al salir de la escuela ayuda mucho en casa. La verdad es que viven con necesidad, pero ya no es tan acuciante como antes. Silverio nunca olvidará los primeros meses después del naufragio de su padre.

En casa de Marina, cuando se produjo el naufragio, la situación económica no era tan mala como en la de Silverio. Xuaco ya trabajaba y su otro hermano, Armando, tenía trece años. Además, una tía, hermana de su madre, que no tenía hijos, pudo prestarles ayuda, no solo económica sino también afectiva, porque Nora había perdido todo interés por la vida. En casi todo este tiempo no había salido de casa. Marina, con once años, es casi una adulta. Desde el momento en que su padre no volvió de la mar, aquella niña soñadora se ha visto obligada a sustituir a su madre en muchos momentos. Marina no solo había perdido a su padre, era como si su madre se hubiera ido con él.

Gracias a su tía ha podido seguir asistiendo a la escuela, pero ayuda en las faenas propias de la casa y dispone de poco tiempo para estudiar.

Ese agosto de 1882, Marina tiene que estar muy contenta porque su queridísimo hermano Xuaco se ha casado. Por supuesto que su cuñada, Milagros, una prima en tercer grado, de la aldea de Perdones, le gusta. Pero es que tiene la sensación de que su hermano no la ha elegido por amor, sino por la buena situación económica de la prima. De hecho, con la ayuda de sus suegros, ya ha comprado una lancha. Xuaco será un patrón excelente, de ello está segura Marina, y vivirán mejor, aunque ella tiene la seguridad de que su hermano estaba enamorado de Teresa, una vecina tan pobre como ellos. De todas formas, lo que de verdad la tiene en ascuas es la decisión de su tía de llevarse con ella a su hermana pequeña, ya que Xuaco y su mujer vivirán con ellos y no necesitan de la tía para atender a Nora, que sigue casi como un vegetal. Para hacerle la vida más fácil a la recién casada, su tía ha decidido que lo mejor es llevarse a la niña, a Carmina, con ella.

—Madre, escúcheme, debe hacer algo, no puede permitir que se lleven a Carmina. Su sitio está aquí, con todos. Solo tiene siete años. ¿Por qué se la va a separar de la familia?

Nora, vestida toda de negro, está sentada en una esquina de la cocina. Es

como si hubiesen pasado por ella más de veinte años. Aparece envejecida y sin expresión alguna en su rostro. Mira a su hija Marina como si estuviese viendo a una extraña y permanece silenciosa...

Marina, a punto de llorar, toma las manos de su madre entre las suyas y arrodillándose a su lado suplica:

—Madre, la necesitamos, tiene que ponerse bien. Ya sabe que Xuaco se ha casado, Armando es todo un hombre y ya trabaja, Carmina es una niña preciosa y a mí, ya me ve, estoy dispuesta a hacer todo lo que me mande. Ya no soy caprichosa, por favor madre, haga algo... no puede quedarse siempre así.

—Marina, no la canses, ya sabes lo que dijo el médico, cualquier día se nos va. Casi no come, cada día está más débil. Su único deseo es morir —dice Xuaco, que intenta levantar a su hermana del suelo.

—Tendrías que llevarla a un especialista —exclama enfadada Marina.

—Ya nos han dicho que no hay nada que hacer. Ven, siéntate aquí conmigo —le pide su hermano.

—¿Dónde está tu mujer?

—Tienes que llamarla Milagros, ya lo sabes. Ha ido a casa de sus padres, pero volverá pronto para preparar la cena.

—Xuaco, tienes que impedir que nuestra tía se lleve a Carmina a vivir con ella —dice muy seria Marina.

—Pero a ti te tiene que dar lo mismo. Vivirá aquí al lado. La puedes ver todos los días. Y será mucho mejor para ti, tendrás menos de que ocuparte.

—Carmina no da ningún trabajo y además es nuestra hermana. ¿Qué crees que dirá ella cuando lo sepa? ¿Te parece que padre estaría contento de que nos separaran? Xuaco, si le pasa algo a madre, tú, que eres mayor, tendrás que impedir que nos lleven a un sitio de esos para niños huérfanos.

—Por Dios, Marina, eso no va a pasar nunca. ¿Por qué crees que Milagros y yo decidimos vivir aquí? Nadie os tocará.

—Gracias, hermano, pero tienes que impedir que se lleven a Carmina. Si no haces nada, yo también me iré de casa —amenaza Marina mientras sale corriendo.

Xuaco se queda muy pensativo. Es verdad, como decía su madre, que Marina siempre quiere salirse con la suya, pero ha asumido la responsabilidad familiar. Ella, con once años, es la que se preocupa por todos. Siempre está pendiente de lo que pasa en casa, casi no sale a jugar con las amigas, solo cuando la acompaña Carmina, para que esta se divierta. Piensa que es posible que su hermana tenga razón, hablará con su tía.

Marina sale de su casa a toda prisa. Viven en la calle de Santolaya y baja como una flecha hacia la ribera, pero al pasar cerca del ayuntamiento escucha que la llaman... a regañadientes se para... no tiene ganas de hablar con nadie. Cuando ve que es Rosa, la madre de Silverio, se alegra su expresión.

—Espera, ¿adónde vas corriendo de ese modo? ¿Le ha pasado algo a tu madre? ¿Cómo está?

Marina sabe que no debe mentir, pero piensa que una mentirijilla más seguro que no tiene importancia.

—Quería ver si mis amigas están en el muelle —responde muy modosa—. No iba a salir, pero cambié de idea. Madre está como siempre. El médico dice que cualquier día nos deja.

Rosa visita a su amiga con frecuencia. Nunca ha visto un caso igual. Es como si el espíritu, al alma de Nora, se hubiese ido dejando vacío aquel cuerpo que envejece a una velocidad increíble. Los misterios de la vida, piensa Rosa. Ella tiene que agradecerle al Cristo la fortaleza que le ha dado.

—¿Y Carmina, no la llevas hoy a dar un paseo? Seguro que ya quiere salir con sus propias amigas. ¿Sabes? Marisina me dijo que en el recreo es con ella con quien más le gusta jugar. —Marisa, la hija pequeña de Rosa, tiene aproximadamente la misma edad que Carmina—. Marisa —continúa Rosa— no cuenta con la suerte de Carmina, ella no tiene hermanas.

—Pero tiene unos hermanos que la adoran —dice Marina, que añade—: Sobre todo Silverio.

—Silverio es muy bueno —recalca Rosa muy orgullosa—. No es porque sea hijo mío, pero no lo hay más trabajador y siempre pendiente de todo y de todos. Mira, por allí viene.

Marina vuelve la cabeza... Sin ser consciente de ello, sus ojos se iluminan cuando mira a Silverio. Desde aquella triste madrugada, la más dura de su corta existencia, Marina se siente muy unida al muchacho porque él estuvo a su lado y juntos lloraron mientras suplicaban a las olas...

—Marina, qué bien que te encuentro —exclama Silverio—. Vengo de tu casa. No salimos a la mar hasta mañana y si tú puedes...

A punto está de decirle que sí, que no tiene nada que hacer, pero se da cuenta de lo que le ha contado a la madre de Silverio.

—Verás —contesta—, es que voy a buscar a mis amigas, pero si quieres en media hora estoy en casa.

—Silverio —le regaña cariñosamente su madre—, no agobies a Marina. No creo que pase nada, es más, creo que estás exagerando con eso de la escritura. Déjala que se distraiga un poco, que falta le hace.

Silverio no quiere olvidarse de lo poco que ha aprendido en la escuela y desde hace un tiempo Marina es la encargada de recordárselo. Juntos escriben, leen, repasan los ríos y hacen algunas cuentas.

—No, no —se apresura a decir Marina—, yo lo hago encantada. De esa forma repaso lo que aprendí y me viene muy bien. Además, si pudiera —admite con cierta pena—, me gustaría ser maestra, pero ya sé que eso es imposible.

—Nunca se sabe, Marina, la vida da muchas vueltas —dice Silverio para

animarla.

Silverio sabe que el destino de Marina es trabajar en la fábrica o asistiendo en las dos o tres casas que en Candás se pueden permitir tener muchacha y casarse con un marinero para vivir con el alma en vilo. Es muy dura la vida de la mar, no solo por el riesgo que se corre, también por la escasez de capturas. Hay veces que reparten una miseria. Menos mal que en las tiendas les venden de *fiao*. Nunca se lo ha dicho a nadie, pero Silverio, si pudiera, se iría de Candás en busca de un futuro distinto al que le espera en el pueblo.

—Todas, Marina, soñamos en nuestra juventud, pero te doy un consejo como si fuera tu madre —asegura Rosa—: no pierdas el tiempo imaginándote la vida que te gustaría, fijate en un guapo mozo y a casarte y tener hijos.

Silverio a punto está de replicarle a su madre, pero calla por respeto.

—No se preocupe, Rosa, sé muy bien cuál es mi camino y por él caminaré, pero a mi paso —responde sonriendo Marina, muy segura.

—Muy bien, Marina, te aplaudo —dice Silverio, que admira la agudeza y rapidez de Marina en todas sus respuestas y sobre todo su valentía.

—Menudo par de tontos estáis hechos. Ya os despertaréis. ¿Vienes a casa, Silverio? —le pregunta su madre.

—No, iré a ver a Xuaco, así hago tiempo hasta que Marina vuelva. Ya sabe, madre, que quiero hablarle de Lolo. Es posible que pueda llevarlo con él a la mar, ya que está formando una compañía para su nueva embarcación.

—¿Silverio, tú no quieres ir con Xuaco? —pregunta Marina.

—Ya sabes que es mi mejor amigo, pero mi patrón se portó siempre muy bien conmigo y no quiero darle la espalda ahora.

—Eres muy noble, Silverio —dice Marina—. Comentabas que saliais mañana, ¿regresaréis para la Virgen de Covadonga o justo para el Cristo?

—Depende de lo lejos que encontremos los bonitos. Calculo que estaremos en la mar unos quince días.

En el mes de septiembre, el 14, se celebraba la festividad del Santísimo Cristo. Para esas fechas lo tradicional era que se hiciera el reparto de la costera del bonito a la que los marineros de Candás se venían dedicando desde el mes de junio. Si el trabajo se había dado bien, las familias respiraban con alivio. Se pagaban las deudas acumuladas a lo largo del verano. Y si no daba para ello, porque lo recibido era insuficiente, a reducir gastos en las fiestas. Aunque en alegría las gentes candasinas siempre resultaban ejemplares.

Decisiones dolorosas

—Marina, ¿me estás esperando? ¿Por qué no me has dicho que querías hablarme? —le pregunta la maestra.

—No se preocupe, no quería molestarla, es que ya no voy a volver a la escuela —dice Marina con un hilo de voz.

—¿Que no vas a volver? Pero si eres la mejor alumna.

—Me necesitan en casa, y voy a buscar trabajo en la fábrica. Precisamos dinero. Mi hermano Armando está enfermo y el único sustento que entra es el de mi hermano mayor, Xuaco, y no es suficiente para que vivamos todos. Yo voy a cumplir doce años y he tenido suerte de poder estudiar hasta ahora. Quiero que cuando llegue mi hermano de la costera me encuentre trabajando.

—¿Puedo hacer algo para que cambies de idea?

—No, señora maestra, es usted muy buena. Adiós.

La maestra, Victoria González, había llegado a Candás a finales de 1878 y conocía la situación familiar de Marina. Solo el hermano mayor podría hacerla volver a la escuela, pero está segura de que no será así. Lo cierto es que si su madre estuviera bien probablemente tampoco haría nada para que continuara estudiando. Las niñas abandonan muy pronto la enseñanza. Las necesidades son muchas. Victoria lo siente de verás porque Marina es una niña especial y con una gran capacidad para el estudio. «Pobre muchacha», piensa, mientras la ve alejarse con la cabeza inclinada.

Aquella noche, Marina ayuda a Milagros, su cuñada, a hacer la cena. Entre las dos se encargan de todo. Había conseguido que Xuaco hablara con la tía para que su hermana Carmina siguiera con ellos. La tía, a regañadientes había accedido, pero, enfadada, culpa a Marina y jamás va a la casa cuando sospecha que ella pueda estar.

—Milagros, estoy pensando que podría ir al lavadero con un poco de ropa y así tú mañana tendrías menos que lavar. No estoy nada cansada.

Milagros la mira con cariño.

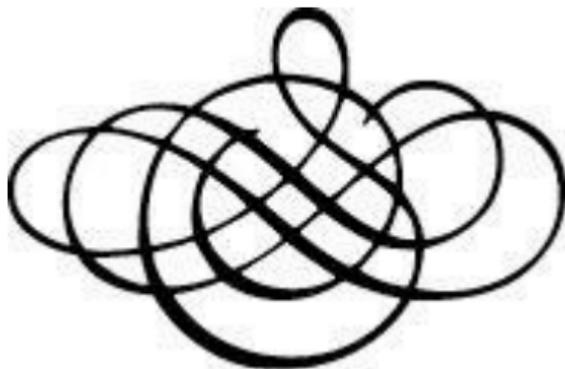
—Eres muy pequeña para ir tú sola al lavadero, Marina —dice—, y a estas horas, que ya está oscureciendo, menos. Mañana, si quieres, me acompañas.

¿Estás segura de que Xuaco aprobará tu decisión de dejar la escuela?

—Claro, mañana mismo iré a pedir trabajo a la fábrica.

Ha estado disimulando todo el día, pero tiene ganas de llorar, no quiere pensar en que no volverá a la escuela, en que ya no podrá seguir enseñando a Silverio. ¿Por qué la vida es tan injusta? Comparte cama con su hermana Carmina, que ya duerme plácidamente. No quiere despertarla. La mira con amor y se promete ayudarla siempre, para que no tenga que trabajar tan joven como ella.

Las lágrimas resbalan silenciosas por las mejillas de Marina...



—¿De verdad le dieron trabajo en la primera fábrica a la que fue? —pregunta Xuaco sorprendido.

—Sí. Tu hermana Marina es lista. Sabe que la encargada de Alfageme es amiga de la familia de vuestra madre y se lo pidió a ella. Empieza a trabajar después del Cristo.

—¿Dónde está ahora?

—Creo que fue a la iglesia.

Faltan tres días para el Cristo. Los marineros candasinos habían permanecido en la mar más tiempo del previsto por la lejanía de los bancos de pesca, pero ha merecido la pena. La costera se puede calificar de buena.

—El año que viene, si Dios quiere, Xuaco, que ya serás patrón, ganarás mucho más.

—También arriesgo más, pero estoy deseando salir a la mar con mi propia lancha. Ya sabes, Milagros, lo agradecido que estoy a tus padres por la ayuda.

—Lo han hecho encantados. Te quieren mucho, casi tanto como yo —dice su mujer mientras le da un beso.

Xuaco rodea con sus fuertes brazos el cuerpo de Milagros a la vez que la besa apasionadamente... A punto están de entrar en la habitación, pero ella le dice:

—Pasa a ver a tu madre. Ayer estuvo el médico. No hay forma de hacerla comer nada y no quiere levantarse.

Xuaco se dirige al cuarto de su madre muy despacio, no sabe cómo comportarse, le resulta violento. Las mujeres son distintas, sus hermanas hablan con ella, le dicen cosas. Incluso su mujer, Milagros, la trata con naturalidad, pero él se siente cohibido... Nora está con los ojos cerrados y Xuaco tiene la sensación de que ha adelgazado muchísimo. Es horrible ver en lo que se ha convertido en cinco años.

—Madre, soy Xuaco. Ya estoy en casa. La costera del bonito ha sido muy buena este año. Podremos liquidar todas las deudas. Y a partir de ahora seré patrón de una lancha preciosa. Le hemos puesto el nombre *No te olvidamos*, en recuerdo de padre...

Nora abre los ojos y con voz apenas audible dice: «Victoriano...». Xuaco toma las manos de su madre y entre sollozos le suplica:

—Míreme, madre, soy yo, su hijo mayor.

Pero Nora permanece impassible con la mirada perdida.

—Vamos, Xuaco —le dice su mujer, que ha entrado en la habitación.

—Milagros, ella oye lo que le decimos y ha pronunciado el nombre de padre.

—A veces también llama a su madre. Su mente está perdida, Xuaco.

—No puedo evitarlo, Milagros, pero cuando estoy con mi madre y veo el estado en que se encuentra pienso que si fuera yo el que se hubiera quedado en la mar en vez de padre, ella estaría bien.

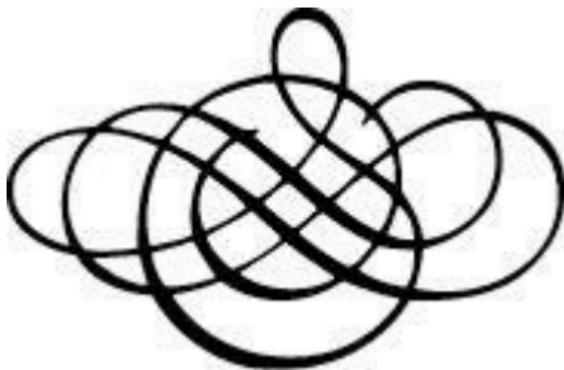
—Por Dios, qué cosas se te ocurren. No pienses en ello.

—Es verdad, si aquel día fuera mi padre el accidentado y no yo, estaría ahora con ella y serían felices.

—No te atormentes, no debes culparte de nada, Xuaco. Eres muy bueno, te estás ocupando de tu familia, de todos...

—Gracias a ti, Milagros. Me voy a tomar un vaso de vino, quiero ver a Silverio, que me han dicho que entraron ayer de la mar.

—No tardes.



Lleva unos minutos arrodillada a los pies del Santísimo Cristo. No reza. No pide nada. Marina tiene la sensación de que el Cristo ve en su interior, que sabe todo lo que pasa por su mente, que conoce la pena y el dolor que la embargan cuando piensa en que su madre se puede morir en cualquier momento... Confía en que Jesús crucificado la ayude y le dé fuerzas. Se santigua para irse y vuelve a mirar el rostro de la imagen... Le sonrío y le tira un beso. Es algo que suele hacer cuando sabe que nadie la ve.

—¿Has venido a buscarme, Marina? ¿Se encuentra peor tu madre?

El párroco, don Gregorio Díaz, la mira con cariño mientras la niña le besa la mano.

—No, señor cura. He venido a ver al Cristo.

—Ya sé que has dejado la escuela y que empezarás a ir a la fábrica en cuanto pasen las fiestas. Eres una chica muy responsable y muy buena, Marina —le dice el sacerdote, pasándole la mano por el hombro.

—No, don Gregorio, es lo que tengo que hacer.

—Tu hermana hará la comunión el año que viene, ¿verdad?

—Sí, señor, todos los días le enseño a rezar.

—¿Ves como eres buena? —repite el sacerdote, sonriéndole—. Si esperas un minuto..., o mejor, acompáñame a la sacristía, te voy a dar un librito de oración.

Marina camina nerviosa detrás de don Gregorio. Le parece imposible tener un libro solo para ella.

—Me ha dicho doña Victoria que eres muy aficionada a la lectura. Creo que te gustará —comenta el cura, poniendo en sus manos un libro pequeño, casi un folleto—. Habla de la vida del Niño Jesús y contiene algunas oraciones que seguro sabrás.

—Muchísimas gracias —exclama Marina, tomando el libro como si fuera un tesoro.

—Mañana me acercaré a ver a tu madre. ¿Te llevas bien con tu cuñada?

—Sí. Milagros intenta hacer todo lo que puede.

—No te he preguntado por tu hermano Armando. ¿Ya está bien?

—Va mejor, pero tiene que guardar reposo.

—¿No ha vuelto vuestra tía? —Quiso saber el sacerdote.

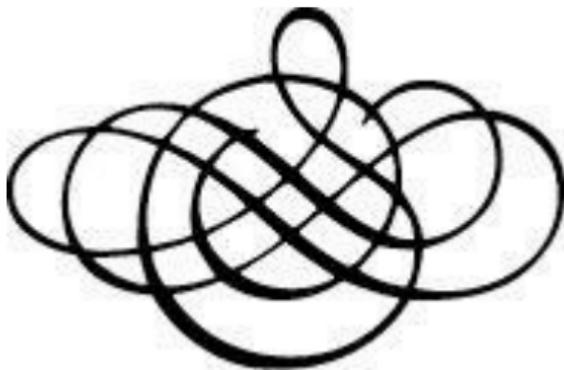
A Marina no le gusta que le pregunte por su tía, porque no quiere decir lo que piensa de ella, por ello disimula.

—Yo no la he vuelto a ver —responde, modosa—, aunque sé que pasa alguna vez por casa para ver a nuestra madre. Adiós, don Gregorio —se despide para evitar que siga preguntándole.

—Adiós, guapa.

Marina se aleja despacio. No puede andar muy deprisa porque las alpargatas que lleva le quedan pequeñas y le hacen daño. No le gusta ponerlas en chancleta, pero no le queda otro remedio. Se sienta en la acera y se descalza para poder

doblar cuidadosamente la parte de atrás. ¡Qué alivio! Entiende que algunas de sus amigas vayan descalzas... Ella solo tiene aquellas viejas alpargatas que ya no le sirven, y si la costera no es buena, no le podrán comprar otras... Una expresión de tristeza recorre su cara que inmediatamente desaparece al tomar en sus manos el libro que le acaban de regalar. No ha caminado dos metros cuando un fuerte dolor de tripa le hace doblarse sobre sí misma. Afortunadamente es pasajero, pero al cabo de dos minutos siente de nuevo como si un látigo la golpeará... «¿Dios mío qué me pasa? —se pregunta asustada—. Me voy a poner mala como Armando, por favor, no, me necesitan en casa...». Las punzadas se van suavizando para dar paso a un profundo dolor en los riñones... Una sensación de desarreglo interior, de que algo se abre en sus entrañas la invade... De repente, Marina recuerda algo que le dijo una amiga que les tenía que suceder a todas... Sí, puede que sea eso lo que le está pasando a ella. La idea la tranquiliza. ¿Pero qué sucederá ahora? Se da cuenta de que en casa no tiene a quién preguntárselo porque con Milagros no tiene aún mucha confianza.



—Ya has tomado más vino de la cuenta. Esos *ojinos* te delatan —recrimina cariñosa Milagros.

—Calla, mujer, que tú y yo vamos a celebrar mi regreso de la mar como Dios manda. Pero antes lo festejaremos todos juntos. Mira —dice Xuaco mientras le muestra un paquete—, he comprado media docena de pasteles. Tenemos que festejar que se nos ha dado bien la costera.

—Estás loco. Ese dinero nos vendría bien para otras cosas, está visto que los hombres no pensáis en nada.

—¿Dónde está Marina?

—No se encuentra muy bien y está tumbada en la cama.

—¿Has llamado al médico?

—No, hombre, no. Lo que tiene Marina no es grave. Es que se ha hecho mujer.

—¿Cómo se encuentra?

—Un poco asustada, pero bien. Pobrecilla, llegó a casa muerta de miedo y no se atrevía a decirme nada, pero en cuanto la vi, me di cuenta.

—Gracias, mujer. Qué bien que estás con nosotros —dice Xuaco convencido.

—Xuaco, dame un abrazo —pide Marina al entrar en la cocina—. Ya sé que la costera fue buena.

Los dos hermanos se abrazan durante un buen rato.

—Muy buena. No sabes lo orgulloso que me siento de ti, Marinina. Me imagino lo que te habrá costado dejar la escuela. Y lo has hecho libremente, sin que nadie te obligara.

—Ese es mi deber, Xuaco.

—He ido a comprar unos dulces solo por ti. Te traigo una lengua de merengue de esas que tanto te gustan.

Marina se emociona... Hace más de dos años que no toma un pastel. Solo de pensar que dentro de unos momentos lo podrá saborear se le hace la boca agua.

—Hay que ver cómo te quiere tu hermano —dice Milagros a Marina.

—Siempre fue su preferida —dice Armando, que en ese momento entra en la cocina para cenar—, y ella lo sabe. Lo tiene dominado.

—Armando, estabas mejor callado —dice Marina enfadada.

—Venga, vamos a cenar. Xuaco, llama a Carmina —le pide Milagros.

—Deja, voy yo —apunta Marina—. Carmina está jugando en la calle.

La casa en la que viven es muy humilde. Un primer piso de un inmueble de tres plantas en la calle Santolaya. Tres habitaciones y la cocina en la que hacen toda la vida en común. Desde la boda de Xuaco, Armando ha pasado a la habitación de su madre. El retrete está en el pasillo y lo comparten todos los vecinos. En la cocina, una mesa de madera alargada, un banco, unas sillas y dos o tres banquetas. Unos platos de latón han sido colocados en la mesa, junto con unas cucharas y unos vasos.

Esta noche la cena consiste en un guiso de pescado, en el que casi todo son patatas y un pan de maíz —boroña—, del que disfrutaban desde que Milagros llegó a la casa, no porque ella misma lo haga, sino porque la harina de maíz se la dan sus padres, que viven en la aldea.

—Qué ricas están estas patatas —exclama Carmina, y luego añade—: A mí me gustaría tomar una tortilla francesa como la de Armando.

—Carminina —interviene inmediatamente Marina—, ya te he dicho más de una vez que Armando está enfermo y necesita cuidarse de forma especial. Moja el pan en la salsa del guiso, y a verás que buenísimo está.

—Cariño —dice Milagros, dirigiéndose a Carmina—, lo siento, pero no tenía nada más que un huevo. Te prometo que la primera tortilla que se haga en esta casa será para ti.

—Además, luego tienes un pastel.

—¡Qué bien! —dice la niña, que repite ilusionada—: ¡Un pastel! Cuando se lo cuente a mis amigas, no se lo van a creer.

—Por cierto, Xuaco, ¿estuviste con Silverio? —pregunta Milagros.

—Sí, y le he prometido que su hermano Lolo irá conmigo a la mar.

—¿Qué edad tiene? —Quiere saber Milagros.

—Cumplirá quince dentro de unos meses.

—¿Cómo está Silverio? —se interesa Marina.

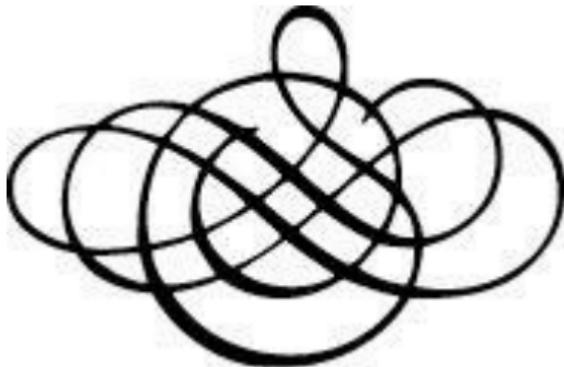
—Bien. A ellos también se les dio muy bien la costera, pero lo encontré un poco preocupado. Tengo la sensación de que está tramando algo.

—Seguro que lo que le pasa es que se ha enamorado —aventuró Milagros.

—No, ni hablar —asegura Xuaco—. Si fuera eso, me lo diría.

—¿Qué puede ser entonces? —pregunta Marina.

—No lo sé. Y no ha querido decírmelo.



—Gracias a Dios, serán unas buenas fiestas del Cristo y podremos hacerle un vestido nuevo a Marisa para la primera comunión —dice Rosa, que recoge la mesa de la cena mientras habla con su hijo mayor, Silverio.

—Pero es una miseria lo que ganamos, madre. Usted trabaja de sol a sol. Yo me juego la vida todos los días en la mar. Lolo lo hará muy pronto. Y entre todos no juntamos más que cuatro perras.

—Y da gracias a Dios que tienes trabajo. Es nuestro destino. Hemos nacido en Candás y esta es nuestra vida.

—Madre, tienen que existir otros horizontes en los que las posibilidades sean mayores.

—No empecemos ya con tus sueños. Silverio, de verdad, búscate una novia y cástate. Ya verás como al tener hijos tu vida cambia.

—No hablemos de eso, madre; es muy triste vivir sin padre y no me gustaría dejar a mis hijos huérfanos.

Nada más decirlo, Silverio se arrepiente. Su madre deja lo que está haciendo

y se vuelve a su hijo con toda la fuerza de que es capaz.

—O sea que consideras a tu padre responsable de morir en la mar y de dejaros huérfanos. En vez de estarnos agradecido por haberte dado la vida nos lo echas en cara. Ese era el destino de tu padre. ¿Has pensando en los otros marineros que también salieron aquella noche a la mar y que siguen vivos y disfrutando de sus nietos? Tú no sabes que la muerte puede sobrevenirnos en cualquier momento. Tal vez él nunca pensó en otro futuro que la mar porque lo necesitaban sus seres queridos y porque esta era su vida. No puedes entenderlo, ¿verdad?

—Perdóneme, madre, no quise decir eso. Es que estoy muy nervioso. Y encima, me disgustó lo que me contó Xuaco, ¿sabe? Marina ha dejado la escuela y empieza a trabajar en la fábrica.

—Sí, ya lo sabía. Pero lo que no entiendo es tu disgusto. Eso es lo que tiene que hacer.

—Pero, madre, es una niña, y muy lista, por cierto. Es una pena que se malogre en una fábrica.

—Ya está bien, Silverio. Es una niña como todas las demás. No entiendo qué poder tiene sobre vosotros.

—¿A quién se refiere, madre?

—A su hermano, tu íntimo amigo Xuaco y a ti. La verdad es que creo que esa niña necesita alguien que la dirija. Me parece un poco marisabidilla.

—Es inteligente, madre.

Rosa está preocupada con la reacción de su hijo. Hace un tiempo que viene observando que algo le pasa. No quiere ni imaginar que esté pensando en irse o en cualquier otra locura.

—Madre, siento lo sucedido. De verdad que quiero pedirle disculpas.

Rosa lo mira con amor.

—Venga, no seas bobo. Ya lo he olvidado. ¿No te vas a la cama? No aguanto ni un minuto más —asegura ella—. Estoy rendida.

—Me quedaré un rato, quiero fumar un cigarro.

—Está bien, hasta mañana, hijo.

—Buenas noches, madre.

Silverio desea estar solo y el único lugar de la casa en el que puede conseguirlo a esta hora es en la cocina, porque sigue compartiendo habitación con sus tres hermanos y tendrá que ser así durante un tiempo. De momento no pueden hacer frente al alquiler de una vivienda un poco mayor. En esta solo tienen dos habitaciones y la cocina. Silverio no quiere seguir así. Por muy buenas que sean las costeras, nunca podrán vivir de forma desahogada. Tiene que hacer algo. Necesita cambiar de vida. Se dará un tiempo, pero está seguro de cuál va a ser su decisión.

Enero de 1883

—Marina, ¿seguro que te encuentras bien? Estás muy pálida —le dice su vecina Teresa, que trabaja en la misma fábrica que ella.

—Estoy bien, no te preocupes. Lo que pasa es que tengo mucho frío.

—Si quieres, le puedo decir a la encargada que te deje salir, solo falta una hora para el mediodía.

—No, aguanto bien, y en cuanto tome algo caliente, se me pasa.

Hace un frío terrible y en la nave donde se encuentran mucho más. Marina y a lleva unos meses trabajando. No lo ha hecho de forma continua, porque según la temporada de pescado van todas o solo las de «dentro», que trabajaban todo el año. Las de «fuera» solo en los momentos de más trabajo. Marina es la más joven en la bodega, y como todas las nuevas, su trabajo consiste en destripar. Sus pequeñas manos, enrojecidas, limpian con eficacia el pescado que, desprovisto de cabezas y tripa, es colocado en *paxias*.

—No pongas más, Marina, ya está suficientemente llena —le pide Teresa, que toma la *paxia* y la sumerge en los pilones llenos de salmuera.

Si el destino del pescado era salazón, lo introducían en grandes barriles, separado por gruesas capas de sal. Y si era para el escabeche, una vez limpio, lo ponían a freír en grandes pailas para aderezarlo a continuación con la salsa.

Marina, a pesar de haber dado un gran estirón, aunque quiera colocar el pescado en los barriles no puede porque son tan altos como ella. Ya ha cumplido los doce años y está muy desarrollada para su edad. Su carácter serio y reflexivo contribuye a que parezca mayor. Sin ser una belleza, es guapa, de grandes ojos castaños, casi negros, muy expresivos.

—Teresa, ¿cuánto tiempo estuviste tú destripando? —pregunta Marina.

—Dos años. Pero ya ves que ahora también lo hago —contesta Teresa.

—Sí, pero te ocupas igualmente de otras cosas. Haciendo todo el tiempo lo mismo y procurando *entainar* (apurar), llega un momento en que pierdo la

noción... —se queja Marina.

—Ya te acostumbrarás. Yo tenía más o menos tu edad cuando vine. Llevo cinco años.

—Teresa, ayer te vi de conversación muy animada con el hijo del barrilero. ¿Hay algo entre vosotros? —Quiere saber una de las muchachas que trabaja a su lado.

—No, no quieras sacar una historia en donde no hay nada —contesta Teresa.

—No sé cómo se te ocurre pensar en que Teresa se interese por nadie. Pienso que aún sigue enamorada, ya sabes —apunta de forma maliciosa otra de las muchachas.

Teresa se pone roja. Detalle en el que se fija Marina y que viene a confirmar su teoría sobre los sentimientos de Teresa por su hermano Xuaco.

—Dejad a Teresa en paz. ¿Habéis visto al nuevo maestro? Es guapísimo — comenta una de las más amigas de Teresa para desviar la conversación.

—Sí que es guapo, pero no se fijará en ninguna de nosotras —afirma una de ellas.

—Pues no estés tan segura, yo pienso hacerme la encontradiza —dice otra de las muchachas—. Soy lo suficientemente guapa para dejarle sin aliento.

Todas ríen y miran a la que acaba de hablar que, puesta en pie, les hace una exhibición, como en una pasarela...

—Ándate con bromas, ya sabes lo que te puede pasar —advierte otra.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes bien. Te engatusan y luego si te vi no me acuerdo.

—¿Por qué no hablamos de cosas más alegres? —sugiere la de mayor edad del grupo.

Marina interviene poco en las conversaciones, pero le gusta escuchar y se distrae. Todas las compañeras habían sido muy buenas y cariñosas con ella a la muerte de su madre. Nora había fallecido a finales de diciembre.

A pesar de saber que podía suceder en cualquier momento, el desgarró que sintió Marina al ver que su madre se iba fue terrible. Aunque no hablase, aunque permaneciese al margen de todo, estaba allí, y a ella le ayudaba sentirla próxima, besarla y contarle sus cosas. Se había ido en silencio; una mañana no se despertó... « Ya ha conseguido lo que quería », les dijo Marina, entre lágrimas, a sus hermanos, porque había sido ella la que descubrió que ya no estaba en el mundo de los vivos y no se separó de su lado hasta que la enterraron. En aquellas horas al lado de su madre muerta, Marina veló también el cadáver de su padre que nunca fue devuelto por la mar... Fueron momentos de profundo dolor. Todavía era incapaz de comprender lo que le había sucedido a su madre... No era un reproche. Pero allí, a solas, Marina se repitió una y mil veces lo que en tantas ocasiones le había dicho en vida a su madre: « Tenía que haber luchado por nosotros, que tanto la necesitábamos... Padre así lo hubiese querido » .

Fue ella quien decidió ponerle a su madre el traje de su boda. Un sencillo vestido azul cielo. Le pareció que era lo mejor. Y ha de reconocer que le encantó que su opinión prevaleciera sobre la de su tía, que se negó con insistencia a vestirse de novia a su hermana difunta. Ella defendió su decisión argumentando que su madre lo había llevado el día más importante de su vida y que al ir al encuentro de su marido, de su amor, le gustaría ir así vestida.

No hay día que no se acuerde de su madre y aún cree que la va a encontrar cuando llegue a casa.

—Venga, Marina, ya son las doce. Estarás deseando llegar a casa —le dice Teresa acercando una manta que le coloca sobre los hombros.

—Gracias, Teresa, no me había dado cuenta, estaba distraída.

La mayoría de las trabajadoras salen de prisa. En hora y media deberán volver a la bodega y es mucha la faena que les espera en sus hogares.

Marina y Teresa caminan juntas, viven en la misma calle. A Marina le divierte observar la forma en que los hombres con los que se cruzan miran a su amiga. No le sorprende, porque a ella le parece guapisima. Es rubia, alta y con una cara preciosa que irradia simpatía.

—Marina, tu hermano estará muy contento por el embarazo de Milagros.

—Sí que lo está. Ya le parecía que tardaba mucho en quedarse embarazada.

Marina ya tiene bastante confianza con Teresa. Le gustaría preguntarle si de verdad su hermano la rondó durante un tiempo antes de fijarse en Milagros. Está casi convencida, pero quisiera saberlo con seguridad.

—Teresa, tú fuiste novia de Xuaco, ¿verdad? —le pregunta, armándose de valor.

—¿De dónde sacas eso? No, lo que pasa es que hubo un tiempo en que hablábamos mucho, pero nada más.

Marina se da cuenta de que ha sido una pregunta tonta, porque aunque fuera verdad, según es Teresa, no se lo iba a decir. Deberá indagar de otra forma.

—¿Y nunca has tenido novio?

—No, Marina, ¿a qué viene este interrogatorio?

—Es que eres muy guapa y me sorprende que no lo tengas. Ya sé —exclama Marina de forma ingenua—. Lo que pasa es que te gusta alguien que de momento no se fija en ti.

—Vaya imaginación que tienes, guapa. Esto te pasa por leer tanto —replica Teresa riendo.

De todos era conocido que la maestra doña Victoria le prestaba libros a Marina y de vez en cuando se veían.

—Estoy tan cansada que cada día leo menos. En cuanto abro el libro me quedo dormida —confiesa Marina.

—Mira, ahí están tu hermano Xuaco y Silverio. Tal vez si Silverio tuviera cuatro o cinco años más, no le diría que no —comenta Teresa, esbozando una

sonrisa.

—¿Te gusta? —pregunta Marina.

—Guapo es, pero hace mejor pareja contigo —bromea la amiga.

Ahora es Marina la que se sonroja. Al verlas, Xuaco y Silverio salen del chigre para saludarlas.

—Madre mía —dice Xuaco—, qué mala cara tienes, Marinina. ¿Te encuentras bien?

—Ya se lo dije yo —comenta Teresa.

—Y te digo lo mismo que a ella: estoy bien. —Contesta Marina, que, mirando a Silverio, le pregunta—: ¿Leiste el librito de fábulas que te presté? Tengo que devolverlo esta tarde.

Aunque Marina ya no puede transmitir a Silverio lo que le enseñan en la escuela, sí sigue compartiendo con él las lecturas que le facilita la maestra.

—Sí, ya lo leí. Algunas me gustaron mucho. Una de forma especial.

—¿Cuál?

—La que se titula « Las dos ranas » . Luego me acerco a tu casa y te lo llevo.

—¿Por qué te gustó tanto esa fábula? —Quiere saber Marina.

—Es muy sencillo, porque no se debe permanecer siempre anclado en unas costumbres, es necesario cambiar.

—¿Lo dices por ti?

—Qué lista y rápida eres, Marina —dice convencido Silverio—. Después hablamos.

Marina, enfrascada en la conversación con su amigo, no se ha dado cuenta de que Teresa y Xuaco, alejados de ellos, hablan animadamente...

—Venga, Xuaco —grita Silverio—, déjalas que vayan a casa. Dentro de nada tienen que volver a la bodega.

Teresa y Marina se marchan y los dos muchachos entran en el chigre...

—Ya sé que no me importa, Xuaco, pero no seguirás enamorado de Teresa, ¿verdad? —le pregunta Silverio.

—¿Quién te dijo a ti que yo estuve enamorado de Teresa?

—Hombre, no te enfades. Somos amigos y yo os vi muchas veces juntos.

—Y si fuese verdad, ¿crees que ella podría seguir siendo mi amiga después de casarme con otra? —Plantea Xuaco, molesto.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Y te juro que al veros ahora tuve la sensación de que hay algo entre vosotros. Por Dios, Xuaco, no se te ocurrirá ponerle los cuernos a Milagros a los seis meses de casados...

—Ya está bien, Silverio, hálbame de eso tan importante que tienes que contarme.

El chigre está bastante animado. Los marineros, cuando no van a la mar, pasan mucho tiempo en él. Xuaco y Silverio se sientan en una mesa un poco alejada del resto, piden vino y lían unos cigarros...

—Xuaco, estoy pensando en irme de Candás —dice Silverio muy serio.

—¿Pero adónde vas a ir?

—Esta tarde voy a ver a don Braulio Busto, ya sabes que él estuvo en Cuba y pienso que ese podría ser mi destino.

—¿Qué vas a emigrar a Cuba? Estás loco.

—No, Xuaco. Quiero probar suerte. Hacer dinero. Que mi madre deje de trabajar como una esclava. Cada día me cuesta más salir a la mar...

—No te precipites. Date más tiempo.

—Hace tiempo que lo vengo pensando. Y te ruego, Xuaco, que no lo comentes con nadie. Eres tú la única persona a quien se lo he dicho.

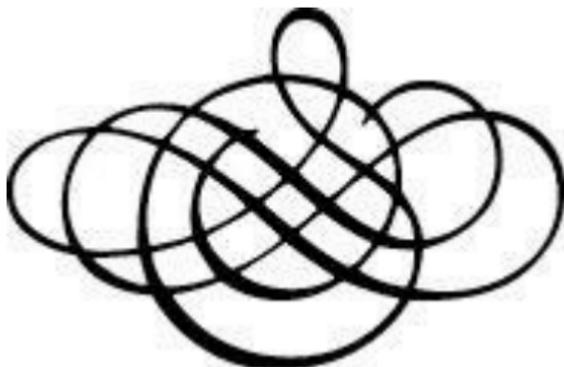
—No te preocupes, no lo haré. Dices que esta tarde te entrevistas con don Braulio. ¿Qué le vas a decir?

—Mas que contarle yo, quiero que él me hable de cómo es la vida allí, en una palabra, busco su consejo.

Hacia solo un mes que Braulio Busto había dejado la presidencia de la Sociedad de Mareantes Virgen del Rosario de Candás. Era un poco el alma de la entidad al haber colaborado en su creación. Nacido en el concejo de Carreño, en Logrezana, había vivido en Cuba como médico y militar. Por cuestiones de salud había regresado a la *tierrina* tomando parte activa en su devenir.

—¿Qué pasa con vosotros, vais a estar toda la mañana con secretos? Os estamos esperando para jugar la partida —les grita un marinero mayor desde una mesa del fondo del chigre.

—Ya vamos —contesta Xuaco.



De buena gana seguiría en la cama. Rosa sabe que descansa poco, pero no puede hacer otra cosa. Necesitan el dinero. Corre a la cocina para prepararse un café bien caliente. Se tomará dos y así estará mucho más despejada en la bodega. Se sorprende al ver a Silverio sentado a la mesa.

—¿Qué pasa? ¿No has dormido? —le pregunta a su hijo.

—Sí, pero he madrugado porque quiero hablar con usted. Ya le he preparado el café.

—Poco tiempo tenemos. ¿Pero tan urgente es lo que tienes que decirme que no puedes esperar a mediodía?

—Cuanto antes mejor, madre, quiero decirle que me voy a la emigración.

—¿Cómo? —grita Rosa espantada.

—Sí, madre, me embarcaré para Cuba.

—No puede ser. Silverio, eso es peligroso. No puedes dejarnos solos.

—Madre, es la única forma de buscar un futuro distinto. Puede que me salga mal y no consiga hacer dinero. Pero aquí sí sé lo que me aguarda, y no quiero. He esperado dejar a Lolo bien enrolado y seguro con Xuaco. Los gemelos ya empiezan a hacer algunos trabajos, y al irme yo, habrá una boca menos que alimentar. No me necesitan, madre. Además, espero poder enviarles dinero.

Rosa se ha quedado de piedra. No sabe cómo reaccionar. Se le parte el corazón solo de pensar que su hijo se va a ir tan lejos. ¿Qué puede hacer para disuadirlo?

—Ay, Dios mío, Silverio, no puedo creer lo que me estás diciendo. ¿Pero tú sabes dónde está Cuba y las condiciones en las que tendrás que viajar...?

—Soy consciente de todo eso, madre, pero si otros lo han hecho, yo también podré.

La emigración era una realidad en Asturias en el siglo XIX. Muchos asturianos, desesperados ante la situación de miseria a la que se veían abocados, emigraban en su mayoría a las posesiones españolas en Ultramar. La isla de Cuba constituía el lugar soñado. Viajaban hacinados en grandes buques en unas condiciones extremas: falta de alimento, sin higiene... Se daban casos en que tardaban años en llegar por embarcar en navíos que no hacían la travesía directa.

—Madre, he hablado con don Braulio Busto y me ha animado, advirtiéndome de lo difícil que será. Por otra parte, madre, hay algunos de por aquí que triunfan en Cuba y siempre podrán echarme una mano.

—Ay, Silverio, qué cabeza la tuya, cuántas ilusiones. Seguro que piensas que conseguirás una fortuna como la que dicen tiene Genaro Velasco, pero eso solo pasa una vez en la vida.

Hasta Candás llegaban noticias de que a algunos de sus emigrantes les había sonreído la fortuna, como era el caso de Genaro Velasco, de quien aseguraban tenía fábrica de tabaco propia. Lo cierto, y Rosa lo sabía, era que Genaro Velasco había reclamado a uno de sus sobrinos, Jovino Muñiz, que hacía más de doce años se había marchado para Cuba.

—¿Es verdad, madre, que ese señor Velasco fue hijo de náufrago como yo?

—Sí. Su padre se llamaba Hermógenes, y se quedó en la mar junto con todos los hombres de cinco lanchas de Candás que también estaban al besugo cuando se desencadenó una gran galerna. Fue en el fatídico mes de enero de 1840.

Noventa hombres no regresaron nunca a sus hogares —dice Rosa con lágrimas en los ojos.

—Madre, todo saldrá bien, ya verá. Hemos sufrido demasiado —exclama Silverio convencido.

—Querido hijo, eres muy joven. No tienes ni idea de la capacidad que podemos llegar a tener las personas para el sufrimiento.

—Seguro que tiene razón, madre. Quería decirle que para mí lo más importante el día que me vaya será contar con su bendición, ¿me la dará?

—Por Dios, Silverio, ¿crees que no sería capaz de negártela? Aunque te vayas en contra de mi voluntad, siempre tendrás mi bendición. —Rosa termina de tomar el café y mirando a su hijo con amor le dice—: Está claro que nada puedo hacer para detenerte. Por ello solo te pido que no sea inmediato.

—No, madre. Pienso terminar la costera del besugo.

—Está bien, hijo —admite Rosa, resignada.

Rosa sale de su casa. Se arrebujá en la manta... camina como una autómatá hacia la bodega.

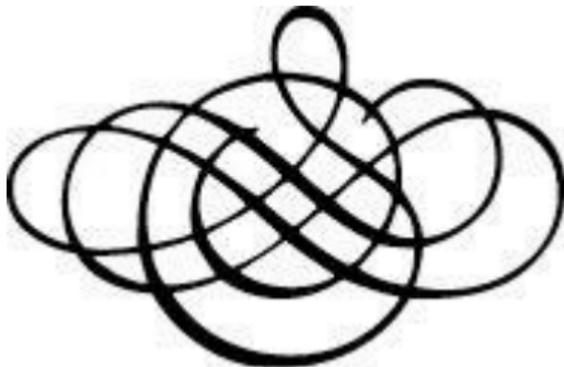
Son unas cuantas las mujeres candasinas que a esa hora se dirigen a las distintas fábricas.

Rosa pasa al lado de Marina y Teresa que caminan juntas y no les dice nada. Marina se apresura a saludarla.

—Rosa, buenos días, ¿cómo está?

—Bien, bien —contesta de forma automática, sin mirárlas.

Marina no comenta nada con Teresa, pero se queda muy preocupada. Conoce bien a la madre de su amigo y está segura de que le sucede algo. Reconoce que su mayor miedo es que sea Silverio la causa, pero se tranquiliza pensando que, si fuera así, Rosa se lo diría. Aunque no puede evitar pensar en la sensación de inquietud con la que se ha despertado. Es como si algo se tambalease en su entorno. Tiene la intuición de que hoy no será un día como los demás.



El buen humor parece ser la nota dominante aquella mañana en la bodega. Incluso la encargada tiene un aspecto más sonriente.

- Se nota que queremos dar una buena imagen —dice Teresa a Marina.
—¿Por qué? —pregunta esta.
—¿No sabes que esta mañana nos visita el dueño?
—¿Don Bernardo Alfageme?
—Sí.

Bernardo Alfageme había llegado a Candás a comienzos de los setenta. Era natural de un pueblecito de Zamora y se dedicaba al trueque de textiles, pieles y otras mercancías por pescado. En una de sus estancias en la villa marinera conoció a una joven, Elena Delfina, con la que contraería matrimonio. Después de unos años en los que vivieron en Oviedo, el matrimonio Alfageme regresó a Candás donde se establecieron con ayuda de su suegra, Joaquina García-Barrosa, abriendo una fábrica de salazón y escabeche.

- Nunca he visto a don Bernardo —dice Marina—. ¿Cómo es?
—Muy amable con todos —asegura Teresa—. Mira, ahí está.

Su aspecto es afable. Viene con la encargada y otros dos hombres mayores, dándoles todo tipo de explicaciones sobre los trabajos que allí se realizan. Al pasar junto a las mesas saluda a las trabajadoras, deteniéndose con algunas de ellas. A la altura de la mesa de Marina, se fija en ella y le pregunta:

—Tú eres Marina, ¿verdad? Me ha hablado de ti doña Victoria, la maestra. Eres la más joven de mis empleadas. —Y sin esperar respuesta, sigue su paseo por la bodega.

- Ya puedes estar contenta —dice Teresa—. Se ha fijado en ti.
—Seguro que dentro de nada te hacen fija —comenta otra.

Marina guarda silencio. No sabe qué decir. El presentimiento que la había invadido al despertarse se está cumpliendo en parte.

- Y si cantáramos un poco —comenta una de la mesa de al lado—. Seguro

que a don Bernardo le gusta.

—No creo —contesta otra—. Si fuera gente de mar... Pero ese señor es de tierra adentro, y ya se sabe, son mucho más serios y tristes.

—Creo que es su suegra la que manda en todo el clan familiar. Dicen que fue ella quien le animó a establecerse aquí.

—No habléis muy alto —recomienda Teresa—. Nos van a oír, menuda es doña Joaquina.

Doña Joaquina García-Barrosa, mujer de carácter fuerte, era una de las personas más influyentes en la villa. Tesorera de la Sociedad de Mareantes, también tenía una fábrica de salazón. Decían que su privilegiada situación la utilizaba para beneficiar a sus familiares y amigos.

—Ya se han ido —apuntó una de las trabajadoras—. Ahora sí que podemos entonar.

Suelen tener fama de cantar bien las gentes de la mar. Lo cierto es que en las bodegas candasinas aquellas mujeres alivian el cansancio con hermosas canciones que las hacen soñar.

*Si a tu ventana llega
una paloma,
trátala con cariño,
que es mi persona.
Cuéntale tus amores,
bien de mi vida...*

Marina las oye cantar pero no presta ninguna atención, permanece absorta en sus pensamientos. Sigue dándole vueltas a aquella especie de premonición de que aquel va a ser un día distinto. En cierta forma, se dice, el saludo del señor Alfageme, ya es de por sí un acto inhabitual. Un gesto muy agradable, aunque a ella le habría gustado poder decir algo.

Marina es una buena trabajadora, nadie la supera en rapidez. Destripa con gran destreza. Sus ojos permanecen fijos en el pescado. No quiere ver sus manos llenas de sabañones. A otras compañeras no les afecta tanto el frío como a ella. «De seguir así —piensa—, dentro de unos años tendré unas manos totalmente destrozadas».

—Marina ¿por qué no cantas nunca? —pregunta Teresa.

—No sé la letra de las canciones y además no tengo oído.

—Lo del oído puede que sea verdad, pero las letras, con la cantidad de veces que las has oído, es imposible que no las sepas.

—La verdad es que no tengo ánimo para cantar. Lo haría en un momento de felicidad, de tranquilidad —dice Marina muy seria.

—Todo lo contrario que la mayoría de nosotras. ¿Sabes, Marina? Cuando estamos cantando se nos olvida todo...

—No perdáis el tiempo con tanta charla —les recomienda la encargada, que se acerca, y dirigiéndose a Marina, dice—: Al salir esta tarde pasa por la oficina.

—¿He hecho algo mal? —pregunta preocupada.

—No, no, en absoluto. Creo que será una buena noticia para ti.

Todas las que están en la misma mesa han escuchado a la encargada y cuando esta se aleja le comentan a Marina:

—¿No te decíamos que don Bernardo se ha fijado en ti?

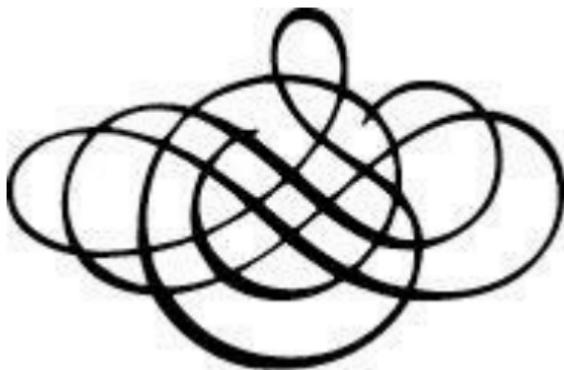
—Menos mal que eres muy pequeña, sino seguro que pensamos mal.

—Lo cierto es que, si en vez de a Marina se lo dice a Teresa, casi todas estaríamos seguras de que le había gustado y la quería tener cerca.

—Estos ricos, y a se sabe.

—Me han contado que en otra fábrica que todas conocéis, las guapas gozan de favores.

Las conversaciones se mezclan y todas tienen algo que decir. Teresa toma una de las manos de Marina y con mucho cariño le aconseja que esté tranquila, que seguro que es bueno lo que le van a proponer.



—¿Nos pones más vino? —pide Silverio.

El chigre a aquella hora, en realidad a cualquiera, está abarrotado porque hace cuatro días que los marineros no pueden salir a la mar por el mal tiempo, y de no estar faenando, el chigre es su lugar de encuentro.

—¿Qué pasó al final en la reunión? —pregunta Xuaco.

—Tú estabas cuando el presidente informó de los regalos hechos al exministro de Fomento, señor Alvareda, ¿verdad?

—Sí. Ya sé que le regalaron dos barriles no muy grandes de escabeche de besugo y una caja con latas de sardinas y atún, como agradecimiento a las gestiones realizadas a favor de las obras de ensanche y mejora del puerto.

—¿No te parece un buen detalle por parte de la directiva? —pregunta Silverio, que añade—: Siempre conviene ser atento, teniendo en cuenta además que no se

han terminado las obras.

—¿Y el tema del médico? —sigue interesándose Xuaco.

—Se acordó convocar la plaza. Pero seguirá el doctor Vigil hasta que llegué el nuevo —aclara Silverio—. Ya sé que este tema te preocupa por Milagros. ¿Va mejor?

—Tiene días, pero el médico le dijo que no debía inquietarse y que descansara lo más posible en estos primeros meses de embarazo.

—¿Sabes que acordaron bajarle el sueldo al organista? —comenta Silverio.

—Lo merece por lo poco que se ocupa de la banda de música.

—Han encargado a uno de los músicos, a Severino Peláez, que ponga orden, y le pagarán lo que le descuenten al organista —comenta Silverio.

—Creo que es lo correcto, ¿no?

—Claro. Otra de las cuestiones que se trataron fue la dimisión del señor cura párroco como segundo presidente de la sociedad.

—Algo he oído. ¿Se lleva mal con el nuevo presidente? —pregunta Xuaco.

La Sociedad de Mareantes había cambiado de presidente. La dimisión del doctor Braulio Busto hizo que el elegido fuera Manuel González Valdés y González, conocido como Valdés Pumarino, natural de Candás, que ya contaba setenta años pero que aunaba en su persona las cualidades que los marineros candasinos consideraban importantes en aquellos momentos. Valdés Pumarino era persona de reconocido prestigio. Militar retirado, había sido diputado provincial, presidente de la Diputación Provincial y alcalde de Carreño.

—No, no creo que sea ese el motivo. Él aseguró que se iba por falta de tiempo.

—¿Y quién sustituye al cura como vicepresidente de la sociedad? —pregunta Xuaco.

—Han elegido a Claudio Morán. Por cierto, me parece que ha sido todo un detalle la decisión de concederle a la mujer que limpia la capilla del Rosario una compensación de diez pesetas al año.

—Xuaco, Silverio, ¿qué pensáis de esas redes nuevas que quieren utilizar? Venid a sentaros con nosotros —les pide a voces uno de los marineros que se encuentran en el bar.

Desde hacía rato unos diez marineros discutían de forma acalorada. Xuaco y Silverio, no de muy buena gana, aceptan la invitación y se acercan a ellos.

—Venga, vosotros que sois jóvenes, ¿qué pensáis?

—¿Por qué preocuparse por algo que no ha sucedido? —Plantea Xuaco.

—Debemos estar preparados y tener las ideas claras —opina uno de ellos, que es patrón—. Porque si utilizan, por ejemplo, el sistema de boliche, arrasan con todo. ¿Y para nosotros qué?

—Creo que aquí el primero en utilizarlo será Pedro Herrero; ya sabéis que dicen que va a comprar algún barco a vapor —apunta Silverio.

—Es lo de siempre —asegura el más viejo de los allí reunidos—. Ya está bien. Como ellos, los ricos, son los que tienen más medios, a los demás que nos parta un rayo.

Pedro Herrero era natural de un pueblo de Segovia, pero hacía unos años que se había establecido en Candás. Era armador, propietario de una fábrica y uno de los seis vocales de la Sociedad de Mareantes.

—Yo creo —comenta Silverio— que, si deciden utilizar ese aparejo, no habrá nada que hacer, por mucho que protestemos, porque está aprobado por ley del año pasado.

—No os dije yo que este es un sabiondo. Está al tanto de todo.

—Entonces, Silverio, ¿qué podemos hacer? El boliche es muy caro y nosotros no podemos acceder a ese tipo de aparejo. Y lo peor es que, si alguien lo usa, nos dejan a los demás a dos velas.

—Ya sé —dice Silverio— que con el boliche, al ser las redes mayores, las capturas son más numerosas...

—Sí —añadió otro, sin dejarle terminar—, y se apoderan de las crías, y los peces mueren incluso dentro del agua. Es mucho mejor el sistema que utilizamos ahora en el que el pez muere una vez que lleva un tiempo fuera del agua.

—Venga, hombre, no seas romántico —apunta uno que ya tiene unos cuantos vasos de vino de más—. Qué te importa a ti que las sardinas den *les bocadielles* dentro o fuera del agua. Si tienen que morir igual...

—Pues no *ye* lo mismo... qué sabrás tú, que ya estás *alumbrao*...

—Lo que tenemos es que estar todos muy unidos. Y ahora no darle más vueltas a lo que no sabemos seguro que vaya a pasar —recomienda Xuaco.

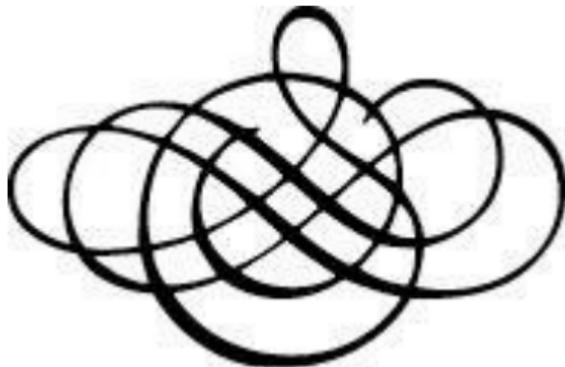
—Pero, Xuaco, tú eres patrón. ¿Qué harías?

—Lo que os acabo de decir, unirme a todos. Y siempre con los más débiles —dice convencido.

—Siempre fuiste muy buen chaval, Xuaco, qué pena que tu padre no pueda verte —comenta uno de ellos.

—Yo creo que ya va siendo hora de que nos retiremos —propone Silverio—. Puede que mañana podamos salir a la mar. ¿Vamos, Xuaco?

—Pero qué prisa tenéis. En casa que esperen por vosotros... Ponnos otro vaso —le piden al chigrero.



—Qué tarde llegas, Xuaco. Ya hemos cenado. Voy a ver si Marina está despierta, que quería contarte algo.

—Lo siento, Milagros, pero ya sabes que cuando se ponen pesados, no hay nada que hacer, y todavía se quedaron en el chigre. ¿Te encuentras bien? ¿Has pasado buena tarde?

—Estoy muy bien, pero para lo que te interesa, mira que no acercarte un momento desde el mediodía... Voy a llamar a Marina.

La puerta de la habitación no está cerrada del todo y Milagros la empuja un poquito para no despertar a Carmina, que seguro ya duerme. Marina se encuentra leyendo con una vela y Milagros no deja de admirar el amor que su cuñada siente por la lectura. Tiene que estar cansada. Ha ido ella sola a lavar al lavadero, después de trabajar en la fábrica, y sigue despierta...

—Marina, ha llegado Xuaco.

—Ahora voy, ¿le has dicho algo? —pregunta ella.

—No, ni una sola palabra, solo que quieres hablarle.

Al llegar a la cocina, Milagros, simulando enfado, le dice a su marido:

—¿Tanta hambre tienes que no puedes esperar?

Xuaco, sentado a la mesa, come vorazmente de un plato en el que ha vaciado todo lo que quedaba en una olla que se encontraba encima de la chapa de la cocina para que no se enfriara.

—Cocinas muy bien, mujer, estaba muerto de hambre. Marina, ven, siéntate aquí a mi lado. ¿Qué es eso que tienes que contarme?

—El señor Alfageme me ha pedido que vaya a servir a su casa. Esta tarde estuve con su mujer, doña Elena, que dio el visto bueno después de hacerme unas cuantas preguntas. Quieren que haga la limpieza, los recados y aprenda cocinar con la señora Covadonga, que es la que se ocupa de la comida y un poco de todo. Es la persona de confianza en la casa.

—Habrás dicho que sí, ¿verdad? ¿Cómo se fijaron en ti?

—Ha sido doña Victoria, la maestra, que se preocupa por mí y piensa que en casa de estos señores voy a estar mejor y a tener un poco más de tiempo para mí. Parece que tanto doña Elena como su marido la tienen en mucha consideración y por ello decidieron conocerme. También el señor cura creo que les habló muy bien de mí. En cuanto a aceptar, Xuaco, todavía no me he decidido.

—¿Por qué, Marinina, y si se vuelven atrás? —exclamó su hermano, preocupado.

—Les dije que contestaría mañana. Sé que es mejor para mí irme a trabajar a su casa. El trabajo en la fábrica es más duro, pero me hace sentir más libre. Soy una trabajadora. Pero en casa de estos señores seré una criada. Ya sé que tengo que conformarme con la existencia que Dios me ha dado, aunque a veces me enfado, porque nos hemos quedado sin padres y por no poder estudiar como hacen otros —confiesa Marina a punto de llorar.

—Hermana querida, haz lo que tú creas que es mejor para ti.

—Si acepto —reflexiona Marina—, estaré menos tiempo en casa. Solo vendré a dormir. Ellos me darán de comer y ganaré al principio como en la fábrica, pero me han asegurado que luego me pagarán un poco más. Doña Elena, que conoce nuestra situación familiar, me ha dicho que puedo llevar a Carmina al salir de la escuela a merendar conmigo.

—Qué amable —interviene Milagros, y luego añade—: Te quiero como a una hermana, Marina, y te digo lo mismo que Xuaco, tienes que decidir tú, pero piensa que en ese ambiente tendrás otras oportunidades. Puede que conozcas a personas interesantes, quién sabe...

—Sé que tenéis razón. Mañana al salir de la fábrica a las doce iré a ver a la maestra, quiero sincerarme con ella y escuchar su consejo.

Un mes después

—Xuaco, vete tranquilo, que estoy bien. Armando, ¿te encuentras con fuerzas de verdad para acompañar a tu hermano?

—Sí, ya estoy en condiciones de trabajar. Ya sabes lo que dijo el médico.

Armando había estado enfermo y de reposo varios meses. Una pulmonía, complicada por la falta de vitaminas y la debilidad de su organismo, se había instalado en él con gran virulencia. Ahora, después de muchos cuidados, está totalmente recuperado.

—Claro que lo sé, Armando, pero tu hermana Marina piensa como yo, que no pasaría nada porque esperaras un poco más —dice Milagros pesarosa.

—Estoy harto de estar en casa y de ser una carga para todos. Si yo no me hubiera puesto enfermo, Marina no tendría que haber ido a la bodega tan pronto.

—Vámonos, Armando, seguro que ya está toda la compañía esperando, llevamos días sin salir y puede que hoy se nos dé bien y volvamos con mucha pesca —le apremia esperanzado Xuaco.

—Llego justo para deseáros buena pesca —dice Marina, que en ese momento entra en casa—. ¿Tú también vas, Armando?

—Sí, y no digas nada, que ya ha insistido Milagros.

—Qué bien que has llegado, Marina, me voy más tranquilo. Milagros no se encuentra muy bien hoy.

—Vete ya, Xuaco, no seas pesado. Me encuentro bien y, si se presentara cualquier urgencia, está Carmina, que es toda una mujercita.

Cuando los dos hermanos salen, Milagros le dice a Marina:

—Hay algo de cena en la cocina, yo me voy a la cama, no he querido preocuparle, pero estoy agotada y no será por lo que he hecho en todo el día. Este embrazo está acabando conmigo.

—¿Quieres que te lleve algo caliente? —le pregunta, solícita, Marina.

—Gracias, ya he cenado. Solo necesito reposar. ¿Tú no estás cansada, Marina? ¿Qué tal el día?

—Bien, como siempre.

Marina es consciente de que ha tenido mucha suerte al ir a trabajar a casa de Alfrageme. Los primeros días lo pasó francamente mal. Se sentía extraña y cohibida. No es que ahora esté muy cómoda, pero la señora Covadonga, la cocinera, es muy amable con ella y la trata con mucho cariño, enseñándole con mucha paciencia. Limpiar, hacer camas, fregar no es nuevo para Marina, pero sí poner una mesa o servirla. El primer día que tuvo que hacerlo se puso tan nerviosa que derramó sopa sobre el mantel cuando le estaba sirviendo a don Bernardo. Aún ahora al recordarlo siente de nuevo el rubor en sus mejillas y evoca la mirada burlona de Hermenegildo, el hijo de los Alfrageme, que se ha hecho amigo suyo desde que descubrió que ella le podía ayudar con los estudios.

Hermenegildo es hijo único y tiene la misma edad que su hermana Carmina, ocho años. Pronto lo enviarían a estudiar fuera, pero de momento asiste a la escuela en Candás con el resto de los niños.

Marina se sirve el pescado que le han dejado de cena y se dispone a tomarlo. Instintivamente busca los cubiertos, porque desde que está sirviendo quiere comer utilizándolos bien, como hacen los señores. Nadie se los exige, ni nadie la ve comer, solo la señora Covadonga, que se ríe de ella. Pero Marina se ha propuesto aprender. Se fija en la forma en que sus señores usan el cuchillo y el tenedor. Muchas veces desiste de intentarlo y lo agarra con las manos, como siempre han comido en su casa el pescado. Se sonríe y decide que esta noche lo tomará como suele hacerlo porque incluso sabe mejor.



Marina despierta sobresaltada. No sabe si ha sido una pesadilla o de verdad el viento se ha vuelto loco. Se levanta inmediatamente de la cama y comprueba que afortunadamente todo está en calma. Muchas veces le pasa esto cuando su hermano sale a la mar. Todavía puede seguir durmiendo un rato, pero se siente muy despejada y tiene sed. Se dirige a la cocina. Al ver que hay luz se asusta al pensar que ha dejado el candil encendido.

—¿Te encuentras mal? ¿Por qué no me has llamado? —le dice a su cuñada, que, muy pálida, está tomando una manzanilla.

—No he querido despertarte, llevo toda la noche con náuseas. Además, tú mañana tienes que trabajar y necesitas dormir.

—No tengo ni idea de la hora que es —dice Marina—, pero estoy despejadísima. Me desperté con una pesadilla, creyendo que era real. Creo que nunca podré olvidar la triste noche de la galerna.

—Pobrecita —dice Milagros, abrazándola cariñosamente.

—Milagros, ¿quieres que me acerque a ver al médico antes de ir a trabajar?

—No, guapa, esto es algo que me suele suceder a la largo del día, unas veces es por la mañana, por la tarde o, como hoy, por la noche. ¿No te parece que nos estamos quedando frías aquí?

—Sí. Me vestiré porque no me apetece dormir más —asegura Marina.

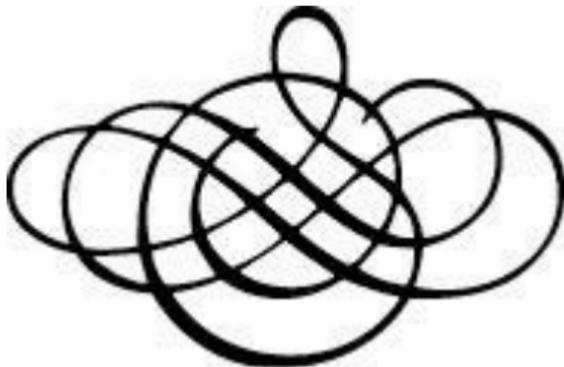
—Vente a mi habitación. Nos tumbamos en la cama y seguimos charlando —le pide Milagros.

A Marina no le apetece demasiado, pero no deja de ser un gesto de confianza por parte de su cuñada, que es una persona encantadora y cada día lo pone de manifiesto.

—De acuerdo.

No llevan un cuarto de hora tumbadas, cuando Milagros, agotada de haber pasado la noche en vela, se queda profundamente dormida.

Marina se levanta sin hacer ruido, arropa bien a su cuñada y cierra la puerta.



—Señora Covadonga, ¿puedo salir una hora? Son las once y ya he hecho todo lo que me ha mandado.

—¿Tienes algún problema?

—Quiero ir a casa. No sé si habrá vuelto Xuaco de la mar. Milagros no se encuentra muy bien. La dejé dormida, pero estoy preocupada.

Covadonga era de Candás de toda la vida. Estaba viuda y no tenía hijos. Conocía muy bien a todo el mundo y a la familia de Marina también. Sabía que la vida para aquella niña no había sido fácil y probablemente esa fuese la causa de que, a pesar de sus doce años, se comportase como una mujercita. Llevaba poco tiempo trabajando con ella y la había conquistado. Por otro lado, los señores también estaban encantados con Marina.

—Claro que puedes irte, Marina. Y no te preocupes si necesitas más tiempo.

—Gracias, señora Covadonga. A las doce estoy de vuelta.

Nada más llegar a casa ve que Xuaco ya ha vuelto de la mar.

—¿Qué haces aquí? ¿No estás trabajando? —le pregunta el hermano, sorprendido.

—Sí, pero pedí que me dejaran salir. Venía a ver cómo se encuentra Milagros.

—Sigue acostada. Está desayunando. Ha venido su madre. Ya me contó que estuvo toda la noche despierta. ¿Sabes que esta mañana, antes de irse a la escuela, Carmina le ha dicho a Milagros que en cuanto haga la primera comunión la deja?

—¿Cómo? ¿Que deja la escuela? —inquire Marina enfadada.

—Dice que se aburre, que no le interesa nada lo que le enseñan y que, como Milagros va a tener un niño, ella tiene que ayudar porque habrá muchas cosas que hacer en casa.

—Está loca, ya hablaré con ella. Cuando Milagros esté de parto, me puedo ocupar yo de la casa. Y un niño tampoco da tanto que hacer.

—Marina, no fuerces a Carmina a pensar como tú. Sois distintas, y si te digo la verdad, yo no veo nada mal que deje la escuela, si solo va para perder el tiempo...

—Pero ¿cómo puedes decir eso? Tiene que aprender, casi no sabe leer...

—Y si no sabe, tampoco es una gran desgracia. No le va a impedir casarse —dice Xuaco convencido.

—¡Ay, Xuaco! Si no te quisiera tanto, dejaría de hablarte. Ya sé que te da lo mismo que sepa leer o no, porque a ti se te habrá olvidado, jamás te he visto leyendo —dice Marina con un gesto que quiere ser una sonrisa.

—No tengo tiempo ni gana —replica sonriendo Xuaco—, pero no soy una excepción. Todos piensan como yo, excepto Silverio, que lee todo lo que se le pone a tiro. Sois dos almas gemelas, hermanita. ¿Seguís leyendo juntos?

—No. Alguna vez le dejo lo que me pasa doña Victoria.

—Por cierto, Marina, ¿qué te gustaría tener, sobrina o sobrino?

—Me da lo mismo. ¿Y a ti?

—Yo —responde Xuaco muy serio— quiero una niña.

—Dicen que existen muchos indicios para conocer el sexo del bebé, tanto en cómo le sienta a la madre el embarazo, en la forma de la tripa y también en si la cara de la futura madre aparece casi siempre relajada.

—Eso son supercherías —comenta Xuaco—. Solo Dios lo sabe. Pero según eso que dices y ya que ves a Milagros todos los días, ¿te atreves a predecir el sexo del recién nacido?

—Yo no creo en ninguna de esas posibilidades, pero si fueran verdad, tu mujer tendría una niña.

—Te quiero, Marinina, lo dices para que esté contento. Te dejo, que tengo que pasar por la Sociedad de Mareantes.

—Yo voy a ver un momento a Milagros por si precisa algo —dice Marina—. Por cierto, no te he preguntado qué tal la pesca.

—Muy bien. Si todos los días fueran como hoy, no tendrías que trabajar. Dile a Milagros que vuelvo rápido.

Marina mira cómo se aleja. Xuaco es un hombre guapo, con unas facciones angulosas, tan características de los hombres de la mar. Es alto, fuerte y muy bueno, con una pizca de inocencia que lo hace entrañable. Marina lo adora; siempre fue su preferido, y sabe que a su hermano le sucede lo mismo con ella.

—¿Marina, ya te han arreglado la camisa?

—Lo iba a hacer mi cuñada Milagros, que sabe coser, pero no se encuentra bien. Ya sabe que dará a luz, si Dios quiere, antes de un mes. ¡Ay, señora Covadonga! No sé si la podré poner para la comunión y tendré que darle una explicación a doña Elena, que fue tan amable al regalármela.

Tanto a la cocinera como a ella, la señora solía regalarles ropa que ya no usaba o no le gustaba. Como sabía que la hermana de Marina haría la comunión, le había dado una camisa blanca con puntilla pero que le quedaba grande y era necesario adaptar.

—Lo importante, Marina, es que puedas ponerla el domingo. Creo que si se lo digo a mi vecina, igual te la arregla ella.

—Gracias, señora Covadonga, pero se la he dado a mi amiga Teresa, que tiene muy poco tiempo, pero me dijo que lo va a intentar. No tendría estos problemas si yo supiera coser, pero soy una inútil.

—Seguro que, si te lo propones, lo haces estupendamente. ¿Viene tu hermana Carmina esta tarde?

—Así se lo he pedido, pero es muy desobediente. Lo único que quiere es estar jugando en la calle con sus amigas.

—Te lo pregunto porque el señorito Hermenegildo me pidió que le avisara si venía. Ya sabes que también él hará el domingo la primera comunión.

—Pues no sé si vendrá. Señora Covadonga, ¿qué hora es?

—Van a dar las cinco. Tienes que ponerte el delantal blanco. Ya sabes que hoy sirves el café a doña Elena y a sus amigas, que estarán a punto de llegar.

Marina seguía poniéndose muy nerviosa ante aquellas tres o cuatro señoras que solían frecuentar la casa. Hablaban sin ningún recato delante de ella como si no estuviera. La señora Covadonga la había aleccionado bien: «Digan lo que digan, tú no oyes nada, solo si se dirigen a ti, contesta. No des nunca la sensación de que estás escuchando».

Mientras se pone el delantal y se arregla el pelo —hace unos días que se lo peina en una trenza para estar más cómoda—, oye que llaman a la puerta y

corre a abrir. Sabe que a la señora le gusta que sea ella quien reciba.

—Buenas tardes, Marina, hoy venimos unos minutos antes. Dile a doña Elena que no se apure, la esperamos en el salón.

—Está bien, pasen.

Son la mujer del juez, una amiga de Gijón —que solo viene de vez en cuando — y la mujer del médico. Marina va aspirando en profundidad, sin que se le note, el perfume que lleva una de las señoras. Cuánto daría ella por poder oler así... Las acompaña hasta el salón abriéndoles la puerta.

—Da gusto con muchachas tan bien educadas, qué suerte tiene Elena —dice una de ella.

Marina se muestra imperturbable.

—¿Desean que les sirva algo mientras baja doña Elena? —les pregunta muy seria.

—No, guapa.

Marina se va, cerrando la puerta del salón. En el pasillo se encuentra con doña Elena.

—Ya las he oído llegar, Marina. Nos sirves en cuanto lo tengas preparado.

—Sí, señora.

Al llegar a la cocina se encuentra con todo colocado ya en las bandejas.

—En dos minutos está el café —le dice la señora Covadonga.

—Qué buena es usted haciendo mi trabajo.

—No digas bobadas, solo te ayudo un poquito. Luego, cuando hayas servido a esas presumidas, merendamos tú y yo como auténticas señoras.

Marina se lo agradece con una sonrisa. La señora Covadonga es buena y ella la aprecia mucho, pero no le gusta demasiado charlar mucho tiempo con ella porque es un poco cotilla y seguro que querrá que le cuente con detalle todo lo que ha oído en el salón. De todas formas, hace unas galletas maravillosas y será un auténtico placer comerlas.

—¿Le pongo leche? —pregunta Marina, que ha servido café a una de las señoras.

Antes de que esta responda, doña Elena dice:

—Marina, hoy nos serviremos nosotras. ¿Has traído la limonada?

—Sí, señora. Está aquí.

—Pues muy bien, puedes retirarte. Si necesitamos algo, te llamamos.

—Marina —dice la mujer del juez—, qué guapa estás. Has dado un buen estirón, te sienta bien la trenza. ¿Cuánto tiempo llevas sirviendo aquí?

—Unos cuatro meses, señora —responde Marina.

—Querida Elena, se nota que le das bien de comer. Cómo ha mejorado desde el primer día que la vimos.

—Pobre gente, la verdad es que algunos pasan hambre —dice la amiga de Gijón—. Yo no tengo servicio, pero en algunas casas sé que solo les dan para

comer lo que les ha sobrado de días anteriores.

—Y seguro que estará encantado el servicio, aunque la comida esté un poco atrasada —comenta convencida la mujer del juez.

Marina se pone roja y a punto está de llorar. Se siente humillada. Es verdad que muchos días ha pasado hambre, pero no tienen porque restregárselo por la cara. No son animales para darles las sobras. No hay derecho. La vida es injusta... Entra en la cocina.

—¿Ya has terminado? —pregunta asombrada Covadonga.

—No han querido que escuche su conversación. Se sirven ellas.

—Pero ¿y esa cara? ¿Qué ha pasado?

—Nada, no ha sido nada.

—Marina, soy tu amiga y quiero ayudarte en todo. Eres demasiado sensible y muy niña, ya te acostumbrarás como yo. Venga, dímelo, que te ayudará. Desahogar siempre es bueno.

Marina se lo cuenta mientras llora...

—¡Ay! Si yo te hablara de mi experiencia, Marina. Me he visto tantas veces humillada, que ya tengo coraza. No todos son iguales, pero no debes esperar nada de ellos. Nos consideran inferiores y piensan que con sus migajas somos felices, y lo cierto es que muchas veces es verdad.

—Pues yo prefiero morirme de hambre. Si doña Elena nos diera las sobras de días anteriores, las rechazaría —asegura Marina.

—Eres muy joven y no has conocido lo que es pasar hambre de verdad, un día tras otro. Yo te aseguro que cuando no tienes nada que comer, aunque te den mendrugos de pan duro, los comes.

—Me parece humillante —afirma Marina.

—Sí que lo es, pero debes acostumbrarte y ser agradecida. Vamos a merendar. Pero, dime, ¿de quién hablaban cuando llegaste?

—Qué importa —dice Marina, que sigue muy triste.

—A mí, muchísimo. No sabes lo que luego presumo con mis amigas —comenta la señora Covadonga maliciosamente.

—Creo que hablaban de una chica de Gijón que veranea en Candás y decían que se casa dentro de unos meses. No recuerdo el nombre, pero sí que la persona con la que se va a casar es escritor.

—No digas más, ya sé quién es. Se llama Luisa Maximina, y te aseguro que la conoces. Pasa temporadas siempre en la misma casa, aquí muy cerca de La Baragaña.

—¿Y él quién es, también lo sabe?

—Sí. Él creo que se llama Armando Palacio Valdés y sé que la conoció en Candás, pero hace poco tiempo. Qué raro que se casen tan pronto, claro que él no es ningún niño.

—¿Ese señor también veranea en Candás?

—No, es amigo y pasa temporadas con ese otro escritor que tiene una casa en Prendes.

—¿Se refiere a don Leopoldo Alas?

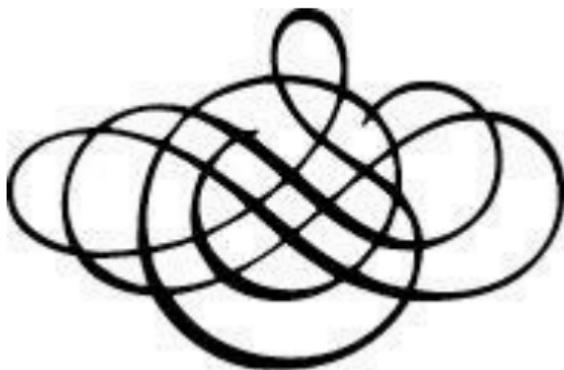
—Sí, creo que se llama así. ¿Lo conoces tú? —pregunta sorprendida la cocinera.

—No, pero doña Victoria, la maestra, me ha hablado de él.

—Y digo yo, ¿por qué no habrán querido que las oyeras?

—Pues no lo sé. Si no le importa, señora Covadonga, voy a recoger la cocina, me gustaría irme pronto, si es posible.

—Por supuesto que sí. En cuanto termines te puedes ir.



Aquella tarde, en vez de ir a casa, Marina se dirige a la iglesia. Quiere rezar y también hablar con el párroco. Puede que ya no llegue a tiempo y esté cerrada, pero tampoco se desvía tanto del camino a su casa.

Por suerte, las puertas están abiertas. Marina entra y observa que no hay nadie. Tal vez don Gregorio esté en la sacristía o a punto de llegar para cerrar. Se dirige a la capilla de la Virgen del Rosario. Prefiere contarle a ella lo mal que se encuentra...

No sabe el tiempo que ha pasado, pero se siente mejor. Mira a su alrededor y no ve a nadie. Piensa que en casa la estarán esperando. Después de santiguarse ante la imagen del Santísimo Cristo se va.

Por la calle se cruza con varias personas a las que saluda. Cerca de la escalinata, un grupo de mujeres charlan sentadas en unos bancos. La temperatura es muy agradable y todavía luce el sol. El mes de junio es para Marina uno de los más placenteros, cuando los días son más largos, cuando están a punto de llegar los visitantes, porque, aunque no muchos, Candás cuenta con un reducido número de veraneantes. Al pasar al lado de las mujeres oye que la llaman.

—Nena, ven *pa ca*. ¿De quién *yes tú*?

Marina se acerca, solo las conoce de haberlas visto alguna vez por la calle.

—Me llamo Marina y...

—Ya sé quién *yes* —dice una de ellas—. Yo os explico, *ye la fia* de Victoriano, uno de los náufragos, y la madre, Nora, murió *fai* poco.

—*Probina*, *ye* huérfana.

—Así que tu *yes* la hermana de Xuaco, el de *No te olvidamos*. Dicen que *yes* una *rapacina* muy lista y con mucha suerte.

—¿Por qué lo dices? —pregunta otra.

—Porque está *trabayando* en casa de Alfageme.

—Pues sí que *tién* suerte.

Marina está un poco avergonzada, no sabe muy bien qué hacer. La miran de arriba abajo.

—Ya tendrás *mocín* porque *yes* muy *guapina*. ¿Quién *ye*?

—No, no, señora. No pienso en esas cosas.

—Qué *finoles* nos salió. ¿Y en qué *pienses*, si se puede saber?

—*Dejayla* en paz, que tendrá bastante que *facer* —dice la que la había reconocido.

Marina, sin dudarle un segundo, camina ligera alejándose de ellas... Al llegar cerca del ayuntamiento ve a Silverio. Es probable que venga de su casa. No sabe qué le pasa, pero experimenta una sensación extraña, nota cómo el rubor se adueña de sus mejillas. De buena gana habría cambiado de camino. Le da apuro verlo a solas. Marina no se explica aquella sensación, es su mejor amigo, se ven frecuentemente, y nunca le ha pasado esto. «Será —se dice— que hoy, con la tarde que llevo, estoy un poco alterada».

—Marina, qué bien que te encuentro. Hace días que quiero hablar contigo. ¿Tienes mucha prisa?

—No, pero me gustaría acercarme a casa por si Milagros necesita algo.

—De acuerdo, te acompaño. ¿Estás contenta en tu nuevo trabajo?

—Cada día más, aunque debo aguantar comentarios que me duelen en lo más profundo, pero sin duda es mucho mejor que ir a la bodega.

—Tendrán una casa muy bonita y espaciosa.

—Sí. Yo nunca había visto cortinas de terciopelo, sábanas y manteles de lino, preciosos tapetes de ganchillo, hermosísimos floreros de cristal, en fin, una preciosidad.

—Pues eso es lo querría conseguir yo para mi madre. Para que viva como una señora y disfrute después de haberse sacrificado tanto...

—Es muy hermoso lo que dices, Silverio, pero ¿cómo lo vas a lograr?

—Ahora te lo cuento. Para eso quería verte, pero sube a casa, que te espero.

Marina sube corriendo la escalera. Está verdaderamente intrigada...

No han pasado ni cinco minutos cuando ya se encuentra de nuevo en el

portal.

—Dime, estoy deseando escucharte.

—¿Damos un paseo hasta la Peña Furada? —pregunta Silverio.

—Estupendo —responde Marina, ilusionada.

Los dos caminan muy juntos hacia la mar. Ya no se dan la mano como hace años. Viéndolos de espaldas podrían pasar por una pareja. Marina es muy alta para su edad.

Silverio le cuenta que antes de un mes sale para Cuba. Le habla de sus proyectos, de toda la ilusión acumulada... Marina asiente. Le da mucha pena pensar que no volverá a verlo durante mucho tiempo o nunca más, pero lo entiende. Ella, si pudiera, haría lo mismo.

—Eres la única que aplaude mi decisión, Marina, no sabes cuánto me alegro. ¿Quieres que bajemos a la arena?

—Sí. ¿Sabes, Silverio, que nunca olvidaré aquella mañana?

—Yo tampoco. Tengo un amigo que dice que el sufrimiento une. Y aquella mañana tú y yo fuimos los niños más desgraciados del mundo.

—Todavía guardo la concha que me diste.

—Es muy bonito lo que me dices, Marina. Sé que puedo confiar en ti y que sabes guardar un secreto. Te voy a contar algo. Prometí no decírselo a nadie, pero Xuaco me ha dado algo de dinero para que pueda hacer frente al viaje.

—Jamás lo comentaré, Silverio. Pero no me sorprende nada. Mi hermano es la mejor persona que conozco. ¿Ya tienes todo arreglado?

—Solo me faltan dos certificados. No te haces idea de lo complicado que es. Siempre pensé que con el pasaporte era suficiente, pero necesitas cien papeles. Varios certificados: de buena conducta, de conocer un oficio, de no tener pendiente alguna condena o problema con la justicia. Autorización de mi madre porque no soy mayor de edad y el certificado de estar libre de ir a la mili o de haber pagado el depósito correspondiente.

—¿Qué es eso del depósito correspondiente?

—Se abona una cantidad para que te liberen de ir a la mili.

—¿Has tenido que pagar mucho?

—Como hijo de viuda, con varios hermanos pequeños, no tengo que ir. Pero sí he pagado bastante a quien me lo arregló.

—¿Dónde embarcas?

—La Compañía de Emigración me ha asignado el billete para uno de los barcos que hacen escala en Santander, uno de la Trasatlántica.

—¿De qué me suena ese nombre? —se pregunta Marina pensativa. De repente exclama—: ¡Ya sé! Hace unos días el señor Alfageme hablaba con unos amigos de la muerte del dueño de esa naviera, Antonio, no recuerdo el apellido, pero se refirieron a él como marqués de Comillas y dijeron que todo su capital lo había hecho de emigrante en Cuba.

Antonio López había fallecido, efectivamente, a comienzos de aquel año de 1883. Era uno de los mayores potentados de la España del siglo XIX. Fundador de las compañías Trasatlántica, Banco Hispano-Colonial y de la General de Tabacos de Filipinas. De origen humilde, hijo de una pescadera, falto de recursos para vivir había emigrado en Cuba donde había conseguido toda su fortuna. Se había granjeado la amistad del rey don Alfonso XII, que tuvo a bien nombrarle primer marqués de Comillas.

—La verdad, Marina, es que no tengo ni idea de eso que me dices. ¿Ves qué ventajas tiene para ti, que eres lista, trabajar en una casa dónde se habla de tantos temas?

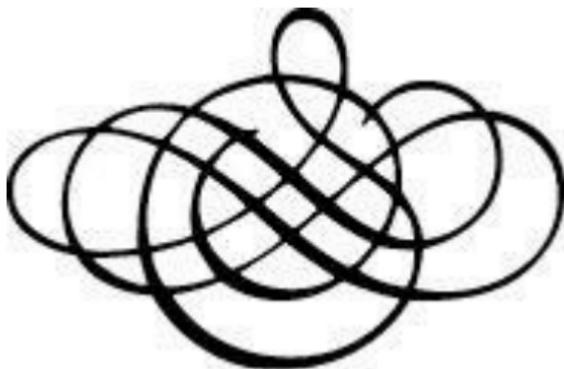
—Sí, pero es duro ser criada, aunque yo tengo suerte. Los señores son buenos con el servicio, pero, dime, ¿al viajar en un barco de vapor tardaréis menos días?

—Si todo sale bien, unos veinte días, la mitad que cuando el viaje se hacía a vela.

—Me asusta pensar que vas a hacer un viaje tan largo.

—No te preocupes. Muy pronto os haré llegar noticias desde Cuba. Tú tienes que escribirme alguna vez, Marina. Toma —le dice Silverio, sonriente, entregándole una piedrecita, casi transparente, muy gastada por la acción del agua—. Quiero que guardes esta hasta mi vuelta. Algún día seré rico y podré regalar joyas a las personas que quiero, porque regresaré triunfante, y a verás...

—La guardaré, Silverio.



A los treinta días de mantener esta conversación, Silverio abandona Candás camino de Santander.

Marina disimula hasta el último momento la tristeza que le produce la marcha del amigo, no quiere que Silverio la vea triste, pero ahora ya no tiene que fingir. Le parece imposible que su amigo más querido ya no esté en Candás. Todo se desdibuja... nada tiene interés si no puede compartirlo con él. Cuando pasa por lugares en los que han estado juntos la angustia se adueña de ella. Es posible,

piensa Marina, que esté enamorada de él, pero inmediatamente rechaza la posibilidad de que esto sea cierto. «Lo que me sucede —se repite una y mil veces— es que solo Silverio me entiende de verdad».

—Marina, cariño, no tienes muy buena cara, ¿no te deja dormir la pequeña? Me han dicho que es preciosa —le pregunta la señora Covadonga, que ha entrado en el cuarto donde ella está haciendo las camas.

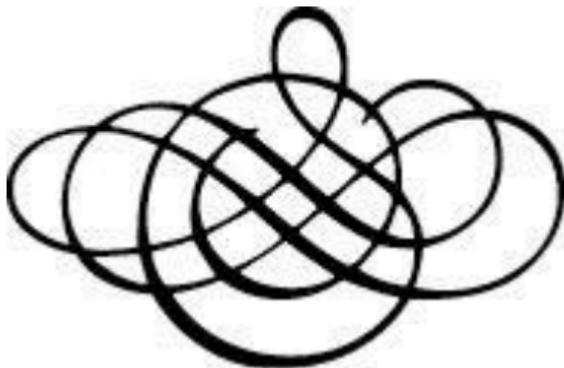
—Pobrecita, es un angelito y muy buena. Quien no termina de ponerse bien es Milagros. Esta noche nos dio un susto y tuvimos que salir a buscar al médico —le cuenta Marina.

El parto de Milagros había sido muy difícil hasta el punto de temer por la vida tanto de la madre como del bebé. Gracias a Dios, las dos se habían salvado. La niña se criaba estupendamente, pero a la madre le estaba costando recuperarse por completo.

—Pero Milagros no está enferma de gravedad —dice Covadonga.

—No. Lo que sucede es que se encuentra muy débil y a veces le late el corazón tan deprisa que cree que ha llegado su final. El médico dice que es cuestión de paciencia y que se pondrá bien, pero que no debe tener más hijos.

—Qué pena. Pues sí que es complicado.



Silverio se despide de Xuaco que se ha empeñado en llevarlo a Gijón en lancha.

—Eres más que un hermano para mí, Xuaco. Me voy tranquilo, porque sé que Marina y tú os ocuparéis de mi familia. Algún día podré pagarte todo lo que haces por mí, querido amigo.

—No te preocupes, que yo te lo recordaré cuando vuelvas rico y poderoso.

—¿Y si todo me sale mal? A ti puedo decírtelo, a veces tengo miedo.

—No pasará eso —lo anima Xuaco—, pero si fuera así, te vuelves tan tranquilo, que en Candás nunca te faltará apoyo. Siento no poder quedarme contigo hasta que embarques.

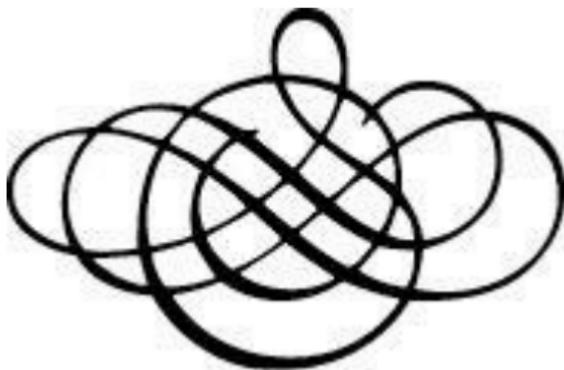
—Por favor —le interrumpe Silverio—, has hecho demasiado trayéndome a

El Musel. Solo son unas horas las que tengo que esperar para que nos trasladen a Santander.

Los dos amigos se dan un prolongado abrazo. Silverio desde el muelle mira cómo se aleja la lancha de Xuaco. ¿Cuándo se volverán a ver? No quiere ponerse triste, le queda mucho camino por delante.

La navegación a vapor estaba haciendo desaparecer de forma paulatina los viajes a América realizados a vela. En aquel momento, 1883, los puertos asturianos habían perdido una parte importante de su actividad. Las grandes compañías monopolizaban la mayoría de los viajes a ultramar. Algunas de estas navieras contaban con armadores « asociados » en provincias, como era el caso de Óscar de Olavarría, que en Gijón se encargaba de trasladar en su vapor a viajeros y mercancías desde el puerto de El Musel hasta el de Santander para embarcar en uno de los vapores correos de la Trasatlántica con destino a América. Ese era el recorrido que iba a realizar Silverio que, con unos cuantos emigrantes más, se desplazará a Santander para navegar en el vapor Alfonso XII hasta Cuba.

Silverio busca el lugar donde debe embarcar, según la información que le han dado. No ve a nadie. Ha llegado pronto, pero el día está muy agradable. Luce el sol y no hace nada de frío. Buscará un sitio donde sentarse y esperará.



El viaje de Gijón a Santander ha sido buenísimo. Sin duda el vapor, piensa Silverio, facilita mucho las cosas. Han llegado en unas seis horas. A vela, con la mar que tenían, igual habrían sido tres o cuatro horas más. Tres muchachos más o menos de su edad y otro algo mayor desembarcan con él en el puerto de Santander donde habrán de pasar la noche, porque no zarparán para Cuba hasta las doce de la mañana del día siguiente. A los cinco les mueve la misma ilusión: hacerse ricos y volver a casa triunfantes. Dos de ellos lo han pasado francamente mal en la travesía.

—Si sigo así, llegaré muerto a La Habana —dice Juan, con quien Silverio ha

simpatizado desde el primer momento. El joven nunca había visto el mar. Es natural de una minúscula aldea del concejo de Grado.

—No te preocupes, pronto te acostumbrarás a navegar —lo anima Silverio, aunque en el fondo teme cómo serán los compartimentos en los que viajarán. Le han contado tantas cosas.

—¿Os parece que nos vayamos a la pensión que nos han recomendado? —pregunta el mayor de todos.

—Iros vosotros, necesito tomar un poco más de aire, y, si Silverio quiere acompañarme, se lo agradezco —dice Juan.

—Por supuesto, te acompaño encantado —responde Silverio.

Los cinco van vestidos de forma idéntica, con ropa muy usada y posiblemente heredada, a juzgar por cómo les sienta. Los pantalones anchos y más bien cortos. Camisas blancas casi transparentes de las veces que se han lavado. Las chaquetas, menos ajadas que el resto del atuendo, les quedan grandes. Los cinco van calzados con alpargatas, llevan boinas y una especie de caja a modo de maleta atada con cuerdas que guarda todas sus pertenencias.

—No creo que baje mucho más la temperatura. Tengo una manta y algo de comida en la maleta —comenta Juan—, y si te parece, podemos buscar un sitio resguardado en el muelle para pasar la noche y así nos ahorramos el dinero de la pensión.

—No me parece mala idea —contesta Silverio—. Yo he pasado muchas noches en la mar bajo las estrellas, pero tú...

—Yo también estoy acostumbrado a dormir al raso. Y, encima, voy justísimo. He mentido sobre el dinero que llevo. La verdad, Silverio, es que no tengo nada más que cinco pesetas.

—Pero tú sabes que nos exigen una determinada cantidad para poder vivir los primeros días en Cuba.

—Sí, pero un conocido de un amigo de mi padre, que fue quien me arregló todo el papeleo, me dijo que, si tenía problemas, debía fingir que me lo habían robado.

Silverio guarda silencio. No quiere decirle que probablemente las autoridades no le crean. Los dos muchachos caminan despacio por el muelle. Son altos, guapos y muy delgados. Silverio es rubio con ojos verdes, Juan muy moreno, de ojos negros. La expresión de Juan es mucho más soñadora que la de Silverio, en cuya cara existe un rictus de seriedad excesiva que le proporciona cierto atractivo.

—Allí creo que estaremos bien —dice Juan, señalando una especie de tendejón en el que pueden resguardarse. Silverio mira cómo Juan abre su maleta para sacar un montón de periódicos y los extiende en el suelo—. Ahora puedes sentarte. Encima del papel te sentirás mucho más cómodo.

—Gracias, piensas en todo.

—Ya sabía que no podría dormir nada más que en la calle y no sabes cómo te agradezco tu compañía. Mira —señala Juan, sacando una ristra de cuatro chorizos y una hogaza de pan—, vamos a cenar bastante mejor que en la pensión.

Silverio contempla emocionado el chorizo. Le gusta muchísimo y hace tiempo que no lo prueba. «Está claro —piensa— que las gentes de la aldea comen mejor que nosotros, los pobres marineros». Él no lleva casi nada de comida, pero quiere ofrecérsela a su amigo. Abre la caja-maleta, y al sacar el paquetito con el pescado salado, se le cae el sobre que Marina le dio en el último momento diciéndole que era una carta de despedida. Sabe que no es el momento, pero en medio de aquella soledad nocturna, alejado de Candás, quiere sentir el calor de las palabras de su amiga. Abre el sobre y se encuentra con un papelito blanco cuidadosamente doblado que contiene dinero y unas líneas:

Querido Silverio:

No te enfades. Este dinero son mis pequeños ahorros. Ya sabes que este año a Xuaco le ha ido bien y no han necesitado todo el tiempo mi aportación. Conoces de sobra lo buenos que son conmigo y me parece que tú lo puedes necesitar más que yo.

Cúidate mucho.

Marina.

Juan, de forma discreta, mira a su reciente amigo mientras lee. Observa cómo se emociona y, sin pensar si es oportuno o no, le pregunta:

—¿Buenas o malas noticias? No sabes cómo te envidio, yo no podría enterarme de lo que ahí está escrito. No sé leer.

—La persona que me escribe —dice orgulloso Silverio— estaría encantada de enseñarte. Nació para ser maestra, es la persona más lista que conozco. Y a partir de ahora será tu hada madrina. No, no son malas noticias, todo lo contrario.

Juan no termina de aclararse, puede que a aquel muchacho con el que tan bien ha congeniado le esté pasando algo extraño.

—Me alegro de que las noticias no sean malas —le susurra.

—Estupendas, Juan, mi amiga me manda cincuenta pesetas. Todos sus ahorros desde que está trabajando, y yo te las voy a prestar para que no tengas problemas en el embarque. Por eso digo que es tu hada madrina.

—Pero ¿cómo me las vas a dar a mí?

—Yo llevo lo justo. Por ello no te ofrecí ayuda, pero ahora sí lo puedo hacer.

—Pues muchas gracias, hombre. Dime cómo se llama tu amiga.

—Marina.

—Bonito nombre. Espero poder darle las gracias un día personalmente. Venga, vamos a comer.

Juan habla muchísimo, y pronto Silverio se entera de toda su familia y de su

vida en el campo. Quiere dedicarse al negocio del tabaco en Cuba. Dice conocer bien la tierra y asegura tener capacidad para trabajar de sol a sol sin cansarse.

—Me convertiré en un gran tabaquero y tendré mi propia marca. ¿Y tú a qué piensas dedicarte?

—No lo sé. Lo primero que se me presente, tabaco, comercio, lo que sea para ir tirando y conociendo el ambiente.

—Dicen que se necesita mucha mano de obra, al no contar con el trabajo de los esclavos —apunta Juan.

—Sí, eso es lo que dicen, pero después la realidad puede ser otra —opina Silverio.

Lo cierto era que el gobierno español, probablemente forzado por la realidad de los movimientos independentistas cubanos en los que militaban muchos esclavos, se vio obligado a reaccionar. Por ello las Cortes españolas aprobaron, en febrero de 1880, la ley de abolición de la esclavitud en Cuba. Pero de acuerdo con esa ley, se elaboró en Cuba un Reglamento del Patronato que en cierta medida mantenía la situación de esclavitud en la isla. Indudablemente, el tráfico de esclavos estaba prohibido con lo cual, si aumentaba el trabajo, no había suficiente mano de obra.

La verdadera abolición de la esclavitud no se produciría hasta tres años después, en 1886, cuando la reina regente, María Cristina de Habsburgo, firme una Real Orden poniendo fin al Reglamento de Patronatos.

—¿Tienes algún amigo o conocido en Cuba? —le pregunta Silverio.

—No. Llevo algunas direcciones que le han dado a mi padre de asturianos afincados en La Habana. ¿Y tú conoces a alguien?

—No. Sé que hay gente de mi pueblo, Candás, y también del concejo, pero no los conozco. También llevo algunas direcciones —asegura Silverio.

—Después de cómo te has portado conmigo —asegura Juan—, estoy seguro de que todo nos va a salir bien, y a verás.

—Dios te oiga —dice Silverio.

Se han tomado toda la hogaza de pan con los arenques y dos chorizos.

—Mañana para desayunar nos quedan estos dos chorizos, el pan que tú traes y estas manzanas que llevo aquí —dice Juan.

—Qué suerte he tenido al conocerte —replica Silverio, sonriendo, agradecido por la estupenda cena—. Creo que seremos buenos amigos.

—¡Pues anda que yo! —exclama Juan—. ¿Crees que no era consciente del peligro que corría al no tener nada de dinero? Pero tú, Silverio, me lo has solucionado. Siempre te estaré agradecido. Y ahora, a dormir, puede que yo no lo vuelva a conseguir hasta que esté en tierra firme. Prefiero no pensar en lo que me espera. —Y extendiendo la manta sobre ellos, se tumba.

Silverio lo mira complacido. Juan parece una persona sana, sin complicaciones. Buena y generosa. Piensa que los dos se beneficiarán de esta

incipiente amistad. Es un viaje duro el que van a emprender y precisarán de todo el apoyo y cariño que mutuamente se puedan ofrecer.

Los llevan en barcazas hasta el vapor, que es grande y hermoso. Silverio tiene la sensación de que son varios cientos los emigrantes que están siendo trasportados, pero con aquel barco espacioso parecen tener cabida todos. Mas su optimista percepción pronto se desvanece cuando comprueba cómo los destinan a las bodegas que han sido habilitadas como sollado, repleto de literas que serán durante veinte días de viaje su único espacio, porque las salidas a cubierta están restringidas. Silverio no quiere deprimirse, pero el panorama le produce cierto desasosiego.

—¿Y por qué nosotros no podemos pasear por cubierta? —pregunta Juan, que solo de pensar en lo que le espera se siente morir.

—No lo sé seguro, pero deduzco que al haber pasajeros de primera, segunda y tercera, la cubierta es para los de primera —contesta Silverio.

—Eso es injusto. Nosotros también somos personas y necesitamos el aire para respirar —exclama Juan.

—Sí, pero este mundo es así. Somos pobres, el desecho de la sociedad, no merecemos nada. Te aseguro, Juan, que si no subiera más gente, los que ahora estamos nos podríamos arreglar bastante bien, aunque presiento que seremos el doble.

—Mira —apunta Juan—, está llegando otra barcaza llena.

—Pero eso está prohibido —asegura uno de los emigrantes que se acerca a ellos—. No se puede llevar un número mayor del permitido, claro que las autoridades que inspeccionan hacen la vista gorda.

—Si es así —dice Silverio—, tendríamos que protestar.

—Perderías el tiempo y te ganarías la enemistad de los mandos de la tripulación. Lo mejor es callar y arreglártelas lo mejor posible. Además, me han dicho que la comida es escasa, y si les caes mal, seguro que la ración es más pequeña.

—No puede ser —casi grita Juan—, con todo lo que hemos pagado.

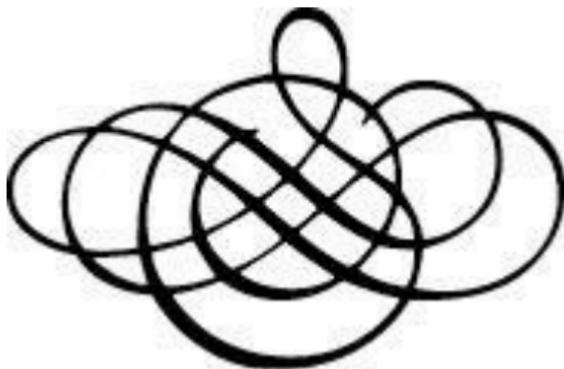
—Se hacen ricos a nuestra costa. Ellos cada día más ricos y nosotros hundidos en la miseria —responde otro.

—Es mejor que nos tranquilicemos —sugiere Silverio—. No nos anticipemos, igual nos sorprenden con algo que no sea tan malo.

Aunque en aquellos años los viajes para los emigrantes habían mejorado algo, las penalidades seguían estando presentes, porque las autoridades no exigían de forma estricta el cumplimiento de la real orden emitida en el año 1848 en la que se regulaban las condiciones que deberían darse en este tipo de desplazamientos. En ella se establecía que todos los barcos que se dirigieran a Ultramar con más de setenta pasajeros tenían obligación de llevar un capellán y un médico. También tendrían que disponer de agua potable suficiente y provisiones. Estaba prohibido que ningún buque embarcara mayor número de pasajeros que los reglamentados.

Por suerte para Silverio y Juan, así como para todos los demás, en este viaje no van ni niños ni mujeres, que sufrirían mucho más las condiciones en las que habrán de vivir los próximos veinte o veinticinco días.

Silverio mira a su alrededor. No puede decirlo con exactitud, pero calcula que son más de ochocientas las personas que se encuentran en la bodega. Él conoce un poco la mar, es marinero, y no quiere pensar en lo que puede significar un temporal en aquella especie de ratonera. No recuerda cuándo rezó la última vez, pero, sentado en su litera, se santigua y le pide al Santo Cristo que le ayude a soportar aquel viaje, que le dé fuerzas...



Llevan una semana de navegación. Y han empezado a notar que la comida es peor y más escasa. Bien es verdad que no hacen ningún tipo de esfuerzo. Se pasan casi todo el día tumbados, pero a muchos esa inactividad les hace sentir hambre con mayor insistencia. Las condiciones higiénicas en las que viven son deplorables. Incluso bastantes literas tienen parásitos. Los días se hacen interminables. Se han formado distintos grupos que intentan buscar algún tipo de distracción que les haga evadirse, aunque sea por unos minutos, del ambiente que les rodea. Juegan a las cartas y al dominó. Desde que zarparon de Santander solo

les han permitido salir una noche a tomar un poco de aire a cubierto. Cuidan de la ración de agua potable que les dan como si estuvieran en el desierto. Muchos, como Juan, se marean y pasan el día vomitando, con lo que corren el riesgo de deshidratarse.

—Silverio, es el primer día desde que salimos que no me siento mareado. A todo se acostumbra uno —dice Juan.

—A veces es verdad que sucede así. Depende de la fortaleza de tu organismo y también de tu estado de ánimo, aunque en otras ocasiones el deterioro sigue adelante. Mira —indica Silverio—, me preocupa el chico de la cuarta litera a la izquierda. Casi no se levanta y cada día está más consumido.

—¿Has hablado con él? —pregunta Juan.

—Sí. Es más joven que nosotros, tiene dieciséis años y, como tú, nunca había visto el mar. Nació en Potes en una familia muy pobre y, como todos, va en busca de fortuna.

Silverio y Juan tienen contacto únicamente con el grupo más cercano. Desconocen por tanto el estado en el que se encuentran el resto de los pasajeros que, como ellos, solo se enteran de la realidad de quienes forman parte de su entorno más inmediato. De momento no se ha producido ninguna situación extrema que se propague en aquel recinto de desesperación.

—¿Pero qué le pasa a ese muchacho? —pregunta Juan.

—Se marea, como tú, pero su cuerpo rechaza la comida. Solo bebe. He pedido que le den doble ración de agua pero no me han hecho caso. Cuando nos sirvan la comida voy a insistir para que lo vea el médico. Hace un rato que me acerqué a él y tengo la sensación de que tiene fiebre —dice Silverio pensativo.

—Si uno se pone malo aquí, nos contagiamos todos —comenta nervioso Juan.

—Por favor, no pienses en ello.

Si se origina una epidemia no sería ni la primera ni la última, desgraciadamente. Las condiciones en las que hacen el viaje son totalmente insalubres. El hacinamiento, la suciedad, a veces el mal estado de los alimentos favorecían las enfermedades, y en algunas travesías se habían producido fallecimientos. En más de una ocasión los viajeros de las bodegas habían tenido que ser aislados y puestos en cuarentena para evitar un posible contagio.

—Alguien ha hecho correr el rumor —dice Juan— de que alguno de los marineros que nos traen la comida se porta mejor si les das algo de dinero. Cuentan que hay un grupo que siempre dispone de doble ración de todo.

—Puede que sea verdad, Juan, pero yo no entraría en ese juego sucio —asegura Silverio—. Es más, de saberlo con certeza, denunciaría ante el capitán a los marineros que así se comportan.

—No te lo aconsejo —comenta el de más edad que había salido con ellos de Gijón; los cinco seguían juntos en el barco—, porque la mayoría de las veces todos participan de los beneficios. Seguro que el capitán y los demás oficiales

hacen la vista gorda.

—Me cuesta creer lo que dices —responde Silverio.

—Te entiendo muy bien, eres un buen chico y no estás maleado. Ya verás cuando lleves unos meses en Cuba y te des cuenta de la maldad de la mayoría de las personas.

—No puedo aceptar lo que dices. Hay personas buenas —asegura molesto Silverio.

—Claro que las hay, lo difícil es dar con ellas.

—Pero vosotros, tú y Juan, sois buenos —apunta Silverio.

—Juan está sin malear, como tú, pero yo ya he estado en unas cuantas batallas y, aunque no me dedico a robar a los compañeros aquí en el barco, no soy un dechado de virtudes.

—¿Qué dices? —pregunta Juan sobresaltado—. ¿Nos pueden robar? Dios mío, mira que si me han quitado las cincuenta pesetas que me diste.

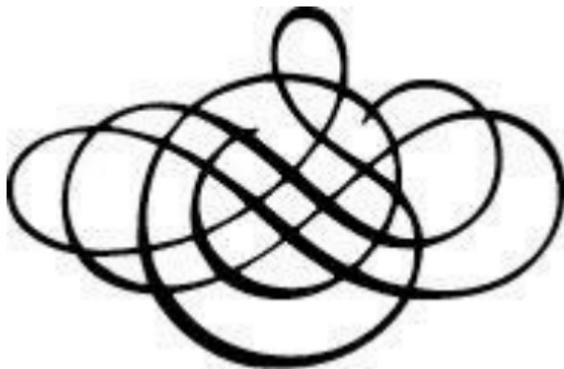
Juan, sin esperar ninguna respuesta, se dirige corriendo hacia su litera para comprobar si el dinero sigue intacto.

—Esto que nos cuentas es terrible. Nadie tiene seguro nunca lo que le va a pasar al día siguiente, pero viviendo en estas condiciones muchísimo menos.

—Todo intacto —les cuenta Juan, que se acerca tocándose el bolsillo de la chaqueta.

—Me voy a ver a los de Llanes —dice el de más edad mientras se aleja.

—Creo —apunta Silverio, mirando a Juan— que el dinero está mejor donde lo tenías. Es mucho más fácil meterte la mano en el bolsillo y quitártelo.



Hace dos noches que, cuando casi todos duermen, muy silencioso, Silverio sale a cubierta. Llevan ya quince días de navegación y en este tiempo la mar ha estado tranquila, y aunque cada día se encuentran más débiles, la mayoría sigue resistiendo. Han tenido suerte también al hacer el viaje a comienzos de otoño porque las temperaturas no son extremas. Tanto en el verano como en el invierno

la vida en aquellas bodegas debe resultar muchísimo más dura que ahora. Desde que respira un poco de aire fresco por las noches, se siente mejor.

Salte con muchísima precaución. Lo tiene bien estudiado. Se dirige a una zona que está fuera del punto de mira de los marineros que hacen guardia. Se sienta en el suelo y, arrebujado en su raída chaqueta, mira con esperanza al cielo. La noche es bastante clara y luce una hermosísima luna llena. Si todo sigue igual y no se presenta ningún tipo de percance en cinco o seis días estarán en Cuba. ¿Lo conseguirán? ¿Podrá salir adelante en la isla? ¿Encontrará trabajo? Tiene la sensación de que cuando en Candás pensaba en ello le resultaba todo más fácil. Un ruido le hace salir de su ensimismamiento... Mira a su alrededor y no ve nada... Solo se escucha el murmullo del mar... De repente siente que algo se mueve a su lado... « Me han descubierto », se dice, y, temeroso, levanta sus ojos.

—No, por favor, no se asuste. Le he estado observando las dos últimas noches y hoy he decidido acercarme. Apenas duermo y salgo a pasear por cubierta. No se preocupe, que no se lo he dicho a nadie.

Silverio se ha puesto en pie de un salto. No puede ver muy bien el rostro de la mujer que le habla. Es alta, tiene una dulce voz. Va cubierta con una amplia capa. Se nota que es toda una señora. Él se da cuenta de que debe tener un aspecto deplorable.

—Por favor, señora, no se acerque —le pide—. Hace quince días que llevo la misma ropa y vivimos hacinados en la bodega.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Nada, se lo agradezco. Lo mejor es que se comporte como si nunca me hubiera visto. Buenas noches —dice Silverio, haciendo ademán de irse.

—No se vaya, espere. Aquí podemos hablar con tranquilidad porque esta zona nunca la vigilan. Paseo todas las noches desde que zarpó el barco —asegura la señora—, y jamás me he encontrado con nadie. Puede que aquí no tenga la posibilidad de ayudarle mucho, pero si usted piensa quedarse en La Habana, yo vivo allí desde hace años. ¿Conoce a alguien? ¿Le esperan?

—Nadie me espera. Tengo los nombres de algunas personas de mi pueblo que viven en La Habana desde hace tiempo y a quienes acudiré en caso de necesidad —responde Silverio.

—Viendo el aspecto que tiene, estoy segura de que estos días están pasando mucha hambre.

Silverio, sin proponérselo, empieza a contarle cómo discurre la vida de los pasajeros de la bodega. Da todo tipo de detalles. La señora lo mira horrorizada.

—Presentaré una protesta al capitán —asegura decidida.

—No, por favor, sería mi ruina. Me descubrirían y no solucionaríamos nada.

Al cabo de media hora de conversación, Silverio se da cuenta de que le ha contado toda su vida a aquella desconocida. No le importa. Se siente bien.

—Le propongo que mañana sobre esta hora nos encontremos aquí —dice ella

—. Puede que se me ocurra algo, que, aunque sea poco, pueda mejorar su vida en el barco.

—No se preocupe usted, señora. Muchas gracias.

—Buenas noches. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Silverio Rodríguez.

—Yo soy Magdalena Sánchez de Castro.

La mujer se da la vuelta y se va paseando lentamente. Silverio se queda mirándola hasta que desaparece de su vista. Piensa en el confortable camarote del que dispondrá aquella señora y odia ser pobre.



Juan llevaba dos días con molestias de estómago y aquella mañana dijo que no se levantaba.

—Estoy mejor tumbado en la litera, Silverio, no insistas. ¿No ves que no tengo fuerza para sostenerme?

—Pues quedándote tumbado es peor. Necesitamos movernos, porque aunque somos jóvenes está quietud nos está matando.

—No todos somos como tú, Silverio. Te juro que a veces no sé de dónde sacas la fuerza...

—Pura supervivencia.

—Sí, aunque tú no te mareas, no te duele el estómago...

—Sin duda soy afortunado —confiesa Silverio, que añade—: Pediré que avisen al médico para que te vea.

—No vendrá —asegura Juan—. Creo que somos muchos los que tenemos estos síntomas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque he estado acompañando al chico de Potes. Me da mucha pena. Creo que no podrá resistir el viaje.

—¿Y?

—Nada, que el médico, no sé si para animarle o porque es verdad, le dijo que

había un porcentaje bastante alto en el barco con esos síntomas. Y yo probablemente me he contagiado.

—No hay ninguna epidemia en el barco. Nos lo habrían dicho —asegura muy convencido Silverio—. Algún alimento en mal estado te habrá sentado mal. No te deprimas, que ya verás cómo se te pasa.

—Agradezco tus buenas intenciones. Dices que si hubiera epidemia nos lo dirían. Por favor, Silverio no seas ingenuo, ¿para qué nos lo van a comunicar? ¿Para aislarnos de los afectados? ¿Para someternos a una mayor higiene? ¿Para darnos otro tipo de alimentación? ¿No te das cuenta de que jamás nos dirán nada hasta que alguien no se muera y ya no les quede otra opción?

—No puedo contestar a tus interrogantes, pero me niego a creer que sean tan inhumanos. Algunas medidas se podrían tomar, como, por ejemplo, aislar a los afectados en una zona de la bodega y restringir el contacto con ellos. Y sobre todo en lo que me baso, Juan, para decir que no son conscientes de ninguna epidemia es en dos cosas. Siguen entrando aquí para servirnos la asquerosa comida y no han impedido nuestros turnos esporádicos de salidas a tomar el aire.

—En eso tienes razón —convino Juan—, pero no me levanto. Y te agradezco que avises al médico, puede que no esté todo perdido.

Silverio lo miró con cariño. Se habían hecho muy amigos. Lo que resultaba evidente es que si el viaje se prolongaba mucho más, algunos terminarían por perder la razón.



En algunos momentos del día parece que el tiempo se detiene. La tarde suele ser enormemente tediosa. Silverio no tiene reloj. Pero calcula que serán más de las cinco de la tarde. Ha mandado aviso urgente sobre las doce de la mañana, hora en que les sirven la comida, para que el médico acuda a ver a Juan, y desde entonces nadie se ha presentado. Se levanta y se acerca al grupo de los emigrantes de Santander. Uno de ellos lleva reloj.

—Perdona, ¿qué hora es? —pregunta Silverio.

El otro lo mira sorprendido y burlescamente le dice:

—¿Qué pasa, tienes miedo de llegar tarde a la cita?

Silverio palidece. ¿Cómo pueden saber que la elegante señora ha quedado con él esta noche? Inmediatamente se da cuenta de que es pura coincidencia, pero antes de que pueda decir nada, el santanderino, que se ha dado cuenta de su reacción, le dice de forma amigable:

—Venga, hombre, era una broma. Me sorprende que quieras saber la hora cuando aquí es lo que menos importa, qué más nos da que sea una hora que otra. Nada tenemos que hacer. Pero tú la quieres saber, está bien, son casi las cinco y media.

—Gracias, aunque es verdad lo que dices, todo tiene su explicación. A las doce he pedido que viniera el médico para un amigo que se encuentra mal. Como aquí se pierde la noción del tiempo, quería saber cuántas horas habían pasado.

—Perdona —dice el dueño del reloj—. ¿Qué le pasa a tu amigo?

—Le duele el estómago y apenas se sostiene de pie.

—No desesperes, hombre, vendrá, aunque casi me atrevería a decirte que para el caso que le va hacer, da lo mismo que lo vea. Mira al pobre chaval de Potes, no se ha levantado de la litera nada más que para devolver desde que salimos de Santander. Ahora ya no puede. El otro día, cuando lo vino a ver el médico, me puse como una fiera con él, pero de nada sirvió. Somos como animales para ellos.

Silverio regresa a su zona. Tiene ganas de llorar, de gritar. No puede soportar ver cómo su amigo se consume con una fiebre que va en aumento según pasan las horas. Jamás había experimentado una sensación de impotencia igual. Tendrá que esperar hasta la hora de la cena y volver a pedirles que por favor envíen al médico.

Al llegar al lado de Juan y ver su rostro enrojecido, Silverio decide arriesgarse: saldrá a cubierta en busca de ayuda.

Son varios los compañeros que tratan de impedir que abandone la bodega, pero él está decidido.

Un fuerte aire le golpea la cara. Ha cambiado el tiempo, piensa Silverio. Sube a cubierta y se cruza con un elegante grupo de pasajeros que le miran boquiabiertos. Se mueve a grandes zancadas, sin rumbo, buscando algún marinero que lo lleve ante el capitán.

Sabe que está llamando la atención y que su aspecto debe ser terrorífico, pero nada le importa. Siente que unas fuertes manos le sujetan los brazos deteniendo con facilidad su marcha... al mismo tiempo que oye:

—¡Detenedlo, está loco! ¡Llévadlo al lugar del que no tenía que haber salido!

Dos marineros lo mantienen fuertemente agarrado mientras él pugna por desasirse.

—Por favor, solo quiero ver al médico. Es necesario que me acompañe. Hay un hombre enfermo.

—¿Pero qué te has creído? —le grita uno de los marineros—. El médico irá cuando pueda.

Algunos pasajeros se han acercado para ver qué es lo que pasa. Silverio está avergonzado y no mira a nadie, solo ruega incesantemente:

—Dejadme hablar con el capitán, por favor.

Casi en volandas lo bajan hasta la bodega.

—De momento no nos han ordenado aplicarte castigo, pero no se te ocurra volver a salir. —Y de un empujón lo lanzan al suelo.

Silverio, derrotado, humillado, llora allí tirado. Se ha dado cuenta de que no tiene fuerza. La falta de alimentos ha hecho mella en él dejándolo como un pelele.

Dos de sus compañeros se acercan para ayudarlo a levantarse.

—Eres muy valiente, Silverio, y muy buena persona —le dice uno de ellos—, has hecho por Juan algo que ninguno de nosotros nos hubiéramos atrevido.

Sin preocuparse de ocultar sus lágrimas, acepta la ayuda que le prestan. Se pone en pie y camina hacia la litera donde se encuentra su amigo.

—¿Cómo sigues, Juan?

—Igual. Gracias, Silverio, ya me han dicho lo que has hecho —dice Juan, mientras unas lágrimas resbalan por sus mejillas.



Se ha vuelto a hacer el silencio en la bodega. A veces se escuchan lamentos que se mezclan con algunas melodías llenas de nostalgia.

La melancolía y el dolor en ningún momento dejan de estar presentes, aunque se les intente ahuyentar con canciones y recuerdos agradables.

El ruido de la puerta al abrirse alerta a todos que, sorprendidos, se miran. No puede ser la cena. ¿Qué sucederá?

Dos marineros y un oficial acompañan al médico.

—¿Quién es la persona que está tan grave? —preguntan.

—Aquí —dicen, señalando a Juan.

El médico es un hombre de aspecto malhumorado y triste. Se acerca a la litera de Juan. El oficial que se ha quedado rezagado pregunta:

—¿Quién de vosotros es el que ha subido a cubierta?

—Yo —dice Silverio, dando un paso adelante.

—¿Y no sabes que tenéis prohibido abandonar la bodega?

—Sí, pero...

—De buena te has librado. De no ser por tus buenas amistades...

—No parece nada grave —dice el médico—. Algún alimento le ha hecho daño. En dos días remitirá la fiebre. Dadle una de estas pastillas cada ocho horas. Os dejo seis, creo que serán suficientes.

—Doctor —dice uno del grupo de los de Santander que se ha acercado corriendo al verle—, por favor venga a ver al muchacho de Potes, cada día está peor.

—Ya os he dicho que nada puedo hacer por él —asegura el médico malhumorado.

—Mejor será que vaya, doctor —le pide el oficial—. Ya sabemos que puede trascender lo que pasa aquí y no nos interesa que los otros pasajeros reciban noticias posiblemente distorsionadas sobre nuestro comportamiento.

El médico y el oficial se encaminan hacia el lugar donde se encuentran los de Santander. Silverio se acerca a la litera de Juan con un poco de agua para que tome la pastilla.

—Ya me contarás qué ha pasado. El médico ha venido obligado. ¿Con quién has hablado? —le pregunta Juan.

—Con nadie, te lo aseguro. Puede que alguien me viera y haya sentido pena. No importa, tómate la pastilla, ya parece que tienes mejor cara.

—Ay, Silverio, ¿crees que lograré desembarcar?

—Claro que sí, Juan. Si todo sigue así, en cuatro días llegamos a La Habana. Ahora descansa.

Silverio se sienta en el suelo. Se quedará allí hasta que les lleven la cena. Tiene que haber sido la señora con la que habló la noche anterior la que intercedió por él. No conoce a nadie más. Pero no se da cuenta de haberla visto entre el grupo de pasajeros que se acercaron cuando los marineros lo detuvieron. Aunque la verdad es que no podría decir cómo es su cara. Nunca la identificaría. Si conocería su voz...

—Venga, no perdáis tiempo. Aquí está la cena. Se avecina una tormenta y tenemos que terminar cuanto antes —gritan unos marineros que acaban de entrar en la bodega.

Portan unas enormes perolas con un caldo humeante que no despide ningún aroma porque es totalmente insípido. Les van llenando las escudillas y les dan un

trozo de pan. En eso consiste toda la cena. Aquella noche la ración de pan es, afortunadamente, un poco más grande.

No han terminado de distribuir la cena a todos, cuando llegan otros dos marineros pidiendo que se den prisa, y añaden a voz en grito para que todos puedan oírlos:

—Esta noche se acerca una galerna y como prevención os cerraremos desde fuera las puertas de la bodega.

De nada sirven los murmullos y protestas de unos cuantos porque la mayoría desconocen la magnitud que puede llegar a tener una galerna. A los pocos minutos, los marineros se van, cerrando tras de sí las puertas.

¡Una galerna! Ese ha sido el miedo de Silverio desde un principio. No puede creer que ahora sea una realidad. «Dios mío —se dice—, qué vamos a hacer en esta ratonera con el miedo desesperado de todos los que aquí nos encontramos cuando empezamos a notar los efectos». Él conoce bien las galernas y puede entender las medidas de la tripulación. Todas aquellas personas en libertad, presas del miedo, tal vez sea más peligroso que el encierro. Además, entorpecerían la labor de la tripulación para mantener el barco a flote. Pero a pesar de ello, pensar que de allí no podrán salir, hace que la angustia se apodere de él.

Comen muy despacio. De esa forma, la sensación de saciedad es mayor... Silverio ha conseguido que Juan tome un poco de caldo que, aunque malo, puede que le reanime un poco...

—Oye, Silverio —le dice el cabecilla del grupo de Santander, acercándose a donde él se encuentra—, tú que eres marinero y conoces la mar como yo, ¿no crees que deberíamos hablar con todos para tranquilizarlos y decirles que lo mejor que pueden hacer cuando comience el vaivén es quedarse quietos y no intentar salir de la bodega?

—Sí, puede ser una buena idea.

—Venga, pues vamos a hablar.

—Háblales tú —pide Silverio—. A mí no se me da bien.

—Lo haremos los dos. Es importante que tú lo hagas, Silverio, para muchos te has convertido en un héroe por lo de esta tarde.

—Está bien —asiente Silverio.

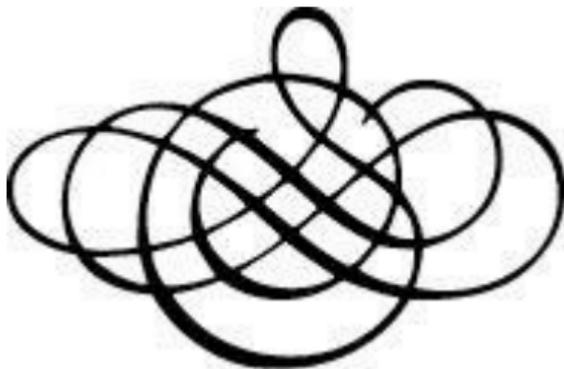
No han terminado de hablar cuando una fuerte sacudida les hace perder el equilibrio...

El ensordecedor rugido del viento se mezcla con los gritos de los emigrantes que creen que les ha llegado el final. Las embestidas de las olas son tan fuertes que muchas de las literas han caído, atrapando a algunos en su desplazamiento hacia el suelo. La oscuridad se adueña de la bodega y el terror se apodera de todos... Hay momentos en que parece que el barco va a dar la vuelta sobre sí mismo... Silverio protege con su cuerpo a Juan que, acurrucado a su lado, tiembla sin cesar... Aunque quisiera socorrer a alguno de los que gritan pidiendo

ayuda, la falta de luz le impide hacer nada... Tienen que esperar. Lo mejor es intentar no moverse...

Silverio, como buen marinero candasino, junta sus manos y con devoción le reza a su Cristo de Candás. Piensa en su padre, en cómo habrán sido sus últimos momentos. Puede que él tampoco sobreviva. En un instante toda su vida se hace presente... Su madre, sus hermanos, sus amigos, sus compañeros... Tiene tanto que hacer en la vida... No, no puede morirse...

La calma llega de forma súbita. Nadie se atreve a moverse. No tienen ni idea del tiempo que ha durado aquel infierno.



—Juan, ámate, acabamos de atracar en el puerto de La Habana.

—Gracias a Dios, casi no puedo creerlo. Silverio, ¿me levanto ya?

—No. Primero saldrá todo el pasaje, y cuando hayan abandonado el barco, saldremos nosotros. Tranquilo, que yo te avisaré.

—No sé si podré andar —dice Juan muy triste.

—Yo te ayudaré —asegura Silverio.

—Qué suerte he tenido al conocerte.

Hace solo un día que la fiebre ha empezado a remitir, pero Juan se encuentra extremadamente débil. El viaje ha sido malo para todos pero para él de forma especial, aunque tiene que darle gracias a Dios, porque, a pesar de su estado, ha salido indemne de la galerna. Desgraciadamente, no todos pueden decir lo mismo. Dos emigrantes muertos, el joven de Potes y un santanderino de unos cuarenta años, además de dos marineros y varios heridos durante el temporal.

—Silverio, no quiero ser una carga para ti. Me dejas en una pensión y ya me las arreglaré.

—Me ocuparé de ti hasta que te encuentres en perfectas condiciones. Si yo estuviera en tu lugar, me gustaría que no me abandonaras.

—Está bien. ¿Tienes idea del lugar al que nos dirigiremos? ¿Te han hablado de alguna pensión?

—La verdad es que no. Habrá muchísimas, no me preocupa —asegura Silverio.

—Pero tendrán que ser lo más baratas posibles. No sé cuánto dinero tienes tú, pero yo solo dispongo de las cincuenta pesetas que me diste y de las cinco que yo tenía. ¿Sabes que existe una Sociedad de Beneficencia creada por compatriotas nuestros para ayudar a los emigrantes asturianos que sufran una mayor necesidad?

—Sí, Juan, pero no pienses en eso, por favor, ya verás como salimos adelante.

Silverio está muy preocupado, pero no quiere decírselo a su amigo. Ha sido una pena no haber podido salir alguna noche a cubierta para intentar volver a ver a la misteriosa dama. Le gustaría haber podido darle las gracias, porque está seguro de que había sido ella la que había utilizado su influencia para que el médico acudiera a ver a Juan y evitar que a él le castigaran. Pero después de la galerna habían estado ocupados ayudando a los heridos, dando sepultura a los muertos y recomponiendo la situación, y siempre bajo vigilancia, lo que le había impedido salir de la bodega.

En los demacrados rostros de los emigrantes se percibe una luz de alegría y esperanza, han llegado al puerto de destino. La primera etapa ha sido superada por la mayoría. Y ahora sabe Dios con qué se encontrarán.

—Creo que también llevo yo otra camisa en la maleta —dice Juan al ver que Silverio se pone una limpia.

—Es lo único de lo que dispongo para adecentarme un poco —comenta Silverio, y luego añade—: Cuánto daría por unos pantalones, aunque fuesen viejísimos. Estos están hechos un asco.

—Yo tampoco tengo —afirma Juan, que le pide a Silverio que le acerque su maleta para hacer él lo mismo.

Es tan grande el deseo de abandonar aquel recinto maloliente que cuando los marineros les dicen que pueden empezar a salir forcejean unos con otros para hacerlo los primeros.

—Juan, abróchate tranquilo la camisa. Tenemos tiempo, saldremos los últimos. Qué importa un cuarto de hora más después de veinte días —comenta Silverio con resignación.

Al cruzar la puerta es tal la claridad que sus ojos se deslumbran, y tienen que permanecer con ellos cerrados durante un buen rato. Caminan por cubierta hacia la salida. A Juan le cuesta andar, su debilidad es extrema, va agarrado del brazo de Silverio que lleva las dos maletas.

—Se anima el alma con este colorido —comenta Silverio—, y la temperatura es muy agradable. Mira al cielo, Juan, seguro que nunca has visto un azul igual.

—Ahora entiendo a uno de mi pueblo que decía que en Cuba las penas eran menores. Esto levanta el ánimo —exclama Juan.

Como son los últimos, abajo en el muelle ya no hay mucha gente. Pasajeros y familiares han desaparecido con gran prontitud. Solo algunos grupos con abundante equipaje parecen esperar el medio de transporte.

Bajan la escala despacio y, al pisar el firme del muelle de La Habana, Silverio se santigua y, mirando a Juan, exclama sonriente:

—Ya verás cómo todo nos saldrá bien.

—Perdone, ¿es usted Silverio? Sabía que no era uno de los fallecidos por la galerna y que tendría que salir del barco, aunque su tardanza me hizo dudar de si le recordaría como para reconocerlo, pero ahora creo que no me he equivocado.

Juan y Silverio, embelesados, miran a aquella guapísima señora tocada con un precioso sombrero. Silverio no puede creer que sea la misma que charló con él en cubierta.

—Sí, señora, yo soy Silverio.

—Pues encantada de saludarle, otra vez. Supongo que recordará mi nombre, Magdalena Sánchez de Castro. Le esperaba para, como le había dicho, brindarle mi apoyo y darle la dirección de una pensión muy cerquita de aquí a la que pueden ir andando y es barata. Digan que soy yo quien les envía. También le facilito el nombre de los almacenes de mi marido y nuestra dirección. Ya sabe que, si necesita algo, puede acudir a mí. Tenga por seguro que si está en mi mano, le ayudaré.

—Muchísimas gracias, señora, qué amable es usted.

—Porque sabrá leer, ¿verdad? —pregunta ella casi sin escucharle.

—Sí, sí, señora, sé leer.

—Eso le va a ayudar mucho, Silverio. Buenos días.

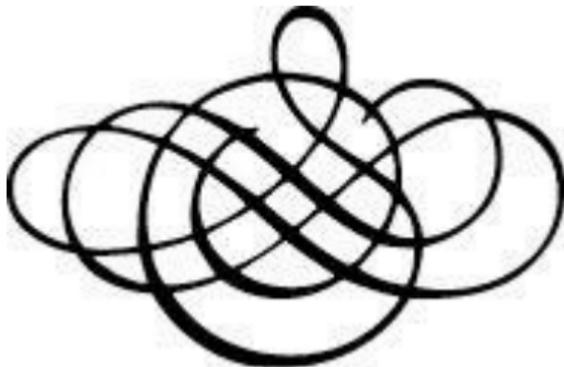
Juan, que no ha dicho ni una sola palabra, ni nadie se ha dirigido a él, tiene la sensación de haberse convertido en invisible. Mira a la mujer mientras se aleja.

—Hay que ver, Silverio —dice—, cómo le gustas a esa señora. Te devora con los ojos. Se concentró tanto en ti que a mí ni me vio.

—Yo creo que sigues delirando, Juan.

—Qué va y vaya si lo sabes tú.

—Bueno, de todas formas —dice Silverio—, nos ha venido perfecto. Iremos a conocer la pensión Esmeralda. Tenía otras dos direcciones que me dieron los de Santander, pero mejor probamos esta. La señora Sánchez me dijo que ella vivía en la ciudad desde hacía tiempo. Y vamos de su parte.



El número escrito en la nota que la señora le ha dado corresponde a una casa de dos plantas pintada de verde y blanco. Han tardado casi una hora en llegar. Claro que en condiciones normales no emplearían ni media hora, pero a Juan le cuesta mucho moverse. A lo largo del camino han tenido tiempo para sorprenderse con infinidad de cosas. Aquel, sin duda, es un mundo nuevo. Lo primero que les llama la atención es el vivo colorido de las casas, también la cantidad de gente que deambula por las calles, muchos de ellos negros, vestidos con muy poca ropa. Todas las personas con las que se cruzan no parecen precisamente nadar en la abundancia, lo que les hace temer que ellos acaben de igual forma vagando por la ciudad. Aunque también puede suceder que se encuentren en uno de los suburbios...

—Perdone, ¿es esta la pensión Esmeralda?

—Sí, aquí es. ¿Una o dos habitaciones? Aunque no sé si habrá.

La señora que les habla tendrá unos treinta años, más bien entrada en carnes, pero con una piel de un color tostado que les llama la atención. No es guapa, aunque resulta atractiva.

—Seguro que es mulata —dice muy bajito Silverio.

—¿Y eso qué es? —pregunta Juan.

—Hija de negro y blanca o viceversa.

—Pues lo siento, señores, como sospechaba, no nos queda habitación —dice la mujer con una sonrisa.

Silverio está convencido de que miente. Seguro que los rechaza porque no le gusta el sucio aspecto que tienen. Juan, que se encuentra agotado, exclama:

—¿Y ahora, adónde vamos?

—Algo encontraremos. Lo siento de verdad, sobre todo por el disgusto que se llevará doña Magdalena Sánchez de Castro, que tan bien nos habló de este lugar.

—Juanita, dile a los señores que entren —grita alguien desde dentro de la casa.

Juan mira a Silverio sorprendido y este le guiña un ojo. Acompañados de Juanita se dirigen a la casa. Antes de que lleguen aparece en la puerta una mujer de cierta edad, muy enojada, apoyándose en un bastón que a Silverio le parece precioso. No tiene ni idea de qué madera puede ser, las incrustaciones de plata y piedras de increíbles colores le dejan impresionado hasta tal punto que la señora se da cuenta.

—Veo que le gusta mi bastón —le dice—. Así que conocen ustedes a la señora de Castro.

—Sí —afirma Silverio—, ella fue quien nos envió aquí.

—Lo cierto es que tenemos todo ocupado, pero nos arreglaremos. No puedo dejar sin habitación a quien viene recomendado por doña Magdalena. Juanita, acompáñalos a la 23.

—Perdonen, no nos ha dicho cuánto cuesta la habitación —dice Silverio.

—No se preocupen. Tengo los precios más arreglados de la ciudad. No van a encontrar sitio más barato.

Tanto a Silverio como a Juan les parece imposible poder acostarse en una cama de verdad, lavarse... Están atravesando un patio interior con corredor en todo el primer piso que es donde se encuentran las habitaciones de los huéspedes...

—Por favor —dice Silverio—, ¿para asearnos...?

—En la habitación tienen una palangana. Disponen de dos retretes uno a cada lado de aquella esquina del corredor. Pero como me imagino que llevan muchos días sin lavarse, pueden usar aquel barreño. Ahora mandaré que lo preparen —responde la mulata, señalando una puerta abierta que da al patio en la parte baja. Tendrán que utilizar la misma agua para los dos, son muchos los litros que se precisan...

—Báñate tú, Silverio. Yo antes de nada me voy a tumbar, siento que me derrumbo —dice Juan, con una cara que muestra a las claras que no miente en cuanto a su estado.

—Está bien, te acompaño a la habitación y ahora bajo.

Es un cuarto diminuto, con dos camas pegadas, un pequeñísimo armario y dos sillas. Lo más bonito de la habitación es la espaciosa ventana que inunda el recinto de luz, amplificada por la blancura de las paredes.

—Tantos días a oscuras —dice Juan, tumbándose en una de las camas—. Esta luz me hace creer que estoy en el cielo. Silverio, ¿podremos pagarlo?

—No lo sé, Juan, pero disfruta estos días hasta que te repongas mientras yo busco trabajo.

A pesar de lo elemental del cuarto, los dos muchachos se encuentran en la gloria, les parece el mejor de los sitios.

Silverio, pensando en el baño que se dará dentro de unos minutos, olvida todas las penalidades sufridas. Después y antes de salir a buscar trabajo, escribirá a su

familia.

Candás, 1886. Tres años después

—Marina, por favor.

—Dígame, don Bernardo.

—Cuando te vayas, ¿podrías dejar este sobre en casa de don Higinió Fuentes?

—¿El señor alcalde?

—Sí.

—Por supuesto, señor, lo que mande.

—Gracias, guapa. Sabes que estamos muy contentos contigo. Siempre estás atenta a lo que se te dice y nunca ocasionas ningún tipo de problema.

—Es muy amable, señor —dice Marina ruborizada.

—Espera —le pide don Bernardo—, ayer he ido a Oviedo y he comprado unos ejemplares de la novela *José*, uno es para ti, toma.

—Pero no sé si debo...

—Claro que sí. Sé por doña Victoria lo mucho que te gusta leer y nunca te regalamos nada.

—Muchísimas gracias, señor. ¿Es verdad que los personajes de la novela son personas reales de Candás?

—Eso dicen —le contesta don Bernardo—. No lo he leído, pero aseguran que una de las protagonistas es mi suegra.

—¿Doña Joaquina? —pregunta sorprendida Marina.

—Sí. Ya sabes, Marina, que Armando Palacio Valdés pasó temporadas aquí.

—No me puedo creer que hayas comprado la novela —dice doña Elena, entrando en el salón—. Ya te he dicho que me han comentado que hay en el libro un personaje, no muy bueno, que está inspirado en mamá.

—Tonterías —replica don Bernardo, quitándole importancia—. Mira, he comprado tres. Uno se lo he regalado a Marina.

—Bueno, entonces ya sé quién me va a contar la verdad de lo escrito en la novela —dice, mirando intencionadamente a Marina.

—Sí, señora —le contesta esta.

La novela *José*, de Armando Palacio Valdés, había sido publicada un año antes, en 1885. Desde un principio gozó de gran aceptación entre el público, aunque también surgió la polémica sobre el pueblo en el que se desarrolla la acción que, en la ficción, se llama Rodillero. Candás y Cudillero se disputan el protagonismo. Puede que físicamente la descripción del lugar responda más a Cudillero, pero las costumbres, los personajes y el Santo Cristo Marinero no ofrecen duda.

—¿Puedo retirarme? —pregunta Marina tímidamente.

—Por supuesto, ya te he entretenido bastante con la reunión de amigos esta tarde.

—Entonces, si no disponen nada más, me voy. Buenas noches.

Ya en la cocina, se quita el delantal y se prepara para marcharse, pero antes rebusca en uno de los cajones de la mesa. Quiere anotar unos nombres que ha escuchado en la conversación de don Bernardo con sus amigos. Escribe: Alejandro Pidal y Mon, José María Celleruelo...

No es que se dedique a escuchar las conversaciones, pero mientras sirve oye muchas cosas de las que no tiene ni idea. Por eso le gusta tomar notas para que luego doña Victoria se lo explique. Marina cree que estos señores son políticos porque hablaban de las elecciones y desde que don Bernardo es concejal tiene mucha más actividad de este tipo.

Hacia menos de dos meses que en España se habían celebrado elecciones generales a Cortes. El partido liberal de Sagasta había barrido. De los trescientos noventa y dos diputados que constituían la Cámara, Sagasta había conseguido doscientos setenta y ocho. Se debe tener en cuenta que el sufragio era restringido. Solamente habían votado en aquellas elecciones —que serían las últimas censitarias— menos de un cinco por ciento de la población. El criterio para permitir la emisión del voto venía dado por las posesiones y riqueza del individuo. También se podían dar otro tipo de tratos.

A Asturias le correspondían catorce diputados. El espectro político asturiano estaba integrado por conservadores, liberales, republicanos, izquierdistas y carlistas.

Marina quiere recordar los nombres de los títulos de la grandeza de los que hablaban, pero solo consigue escribir tres: marqués de Pidal, conde de Toreno, marqués de Revillagigedo... Era pedirle demasiado a su memoria porque fueron siete los miembros de la nobleza que habían resultado elegidos en Asturias.

Marina anota la palabra «cacique» porque no sabe exactamente qué significa. A ella le da la sensación de que todos aquellos amigos del señor Alfageme estaban en desacuerdo con el resultado electoral porque gritaban y decían que les habían vuelto a engañar.

Marina no puede hablar con sus amigas o conocidos de este tema porque no

tienen ni idea de nada y además no les interesa, ya que piensan que poco pueden hacer y que no es de su competencia.

Esta postura no era exclusiva de las gentes de Candás. En toda España predominaba, a excepción de las ciudades, una población en su mayor parte analfabeta, que permitirá y favorecerá el fenómeno del caciquismo que también se dio en otros países.

Uno de los caciques más renombrados en aquel tiempo en Asturias fue el conservador don Alejandro Pidal que tenía su feudo en Villaviciosa.

El fraude electoral era en aquel entonces una práctica habitual, y no solo entre los conservadores y liberales. También los republicanos, a pesar de que públicamente lo criticaban, pedían ayuda a los caciques para alcanzar un escaño en el hemiciclo. Y eso sucedió también en Asturias en aquellos años. Buena muestra de ello es el caso de José María Celleruelo, republicano de pro, que solicitó el favor de Alejandro Pidal, entrando así en la órbita caciquil de este prohombre. En el ámbito político asturiano nadie se asombraba del poder de maniobra de Pidal ante el que muchos sucumbían, como el propio Emilio Castelar que pasaba temporadas con él en su quinta de Somio.

—Yo os aseguro que en lo de Camposagrado se han excedido. El escaño por Oviedo le correspondía a él.

Marina recuerda esta frase con nitidez porque quien la había pronunciado tenía una voz chillona y aflautada.

—Ya sabes que, hace unos años, Pedregal ganó por un centenar de votos de personas ya fallecidas —contestó don Bernardo.

También anota el nombre de Pedregal, aunque duda de la veracidad de su recuerdo. ¿Cómo iban a votar los muertos? Si estuviera Silverio, seguro que le podría aclarar muchas cosas.

Marina no se había equivocado al recordar la conversación. En las recientes elecciones, las protestas por la manipulación descarada de los resultados habían llegado al Congreso en Madrid. El problema era un escaño de Oviedo dado a Manuel Pedregal, reclamado por José María Bernardo de Quirós y González de Cienfuegos, marqués de Camposagrado, que argumentaba haber obtenido ochenta votos más. Al final, eran las decisiones de los caciques quienes plasmaban los resultados electorales de acuerdo con las élites de los partidos. Ellos eran quienes amañaban las elecciones. Este sistema funcionaría hasta bien entrado el siglo XX. En algunos casos llegó a utilizarse la violencia y a intercambiar votos por favores. Otras veces, simplemente, se hacían trampas, lo que se conoce como «pucherazo».

Marina guarda sus notas y sale casi corriendo de la casa. Se le ha hecho un poco tarde, sobre todo porque ha quedado con Teresa. Al pensar en el encuentro con su vecina y amiga, sonríe. Está casi segura de que no le dirá nada sobre lo que ella sospecha. Marina cree que dentro de muy poco Teresa se convertirá en

su cuñada. La muerte de Milagros en su segundo embarazo había conmocionado a toda la familia. A pesar de que el médico le había desaconsejado quedarse embarazada, Milagros no le había hecho caso. Ni ella ni el bebé habían conseguido sobrevivir. Hacía más de un año que Xuaco se había quedado viudo. En las últimas semanas se le veía hablando con frecuencia con Teresa. Marina la apreciaba mucho —el trabajo en la bodega las había unido—, y siempre había estado convencida de que su amiga nunca había dejado de querer a Xuaco pero era incapaz de entender cómo después de haberse casado con otra todavía lo seguía queriendo. Ella jamás podría comportarse así. Por muy grande que fuera su amor, si ella no era la elegida, su orgullo le impediría seguir manteniendo ese sentimiento.

Marina va tan ensimismada en sus pensamientos que casi se da de bruces con Rosa, la madre de Silverio.

—Perdón, Rosa, no la veía, ¿qué tal todo? —dice educadamente Marina, cuando lo que desea es preguntar si se habían recibido noticias de Silverio. Desde la marcha de su amigo, hace ya tres años, solo ha escrito dos cartas a su madre y una a Xuaco. Ella ha sido la encargada de contestarle en nombre de todos.

Marina ha intentado imaginar cómo será la vida en La Habana que, por lo poco que les ha contado Silverio, nada tiene que ver con la de Candás. La luminosidad del cielo que describe su amigo sin duda influirá en el carácter alegre de los cubanos. ¿Cómo será esa pensión Esmeralda adónde le envían las cartas? ¿Vivirá de verdad en ella o será una dirección que utiliza para que se crean lo que les cuenta? Duda de que a Silverio le vaya tan bien como dice, pero ella haría lo mismo, ¿para qué preocupar a sus seres queridos si nada pueden hacer? ¿Se habrá enamorado ya de alguna guapa cubana? No quiere pensar que en cualquier momento puede llegar la noticia de que su amigo se casa. Sin embargo, sabe que eso sería lo normal.

—Qué bien que te encuentro, Marina. Me iba a acercar a tu casa porque tengo carta de Silverio y unas cosas que ha enviado para ti.

—¿Sí? —pregunta Marina sin disimular su emoción.

—Está tarde me ha mandado llamar don Jovino Muñiz, que ha regresado de La Habana hace unos días, y es él quien me ha traído los paquetes de Silverio. Lo ha visto varias veces y me ha dicho que está muy bien. ¿Puedes acompañarme ahora o quieres que venga yo luego?

A Marina nada le apetece más que saber qué cuenta Silverio.

—Me acerco un minuto a ver a Teresa —le responde— para quedar con ella a otra hora y voy a su casa.

—Pero si has quedado con tu vecina, no te preocupes, puedo esperar.

—No, no, que me imagino que estará deseando que le lea lo que le escribe su hijo.

—Está bien, y así te quedas a cenar conmigo.

—Se lo agradezco —dice Marina—, pero no quiero dejar sola a Carmina que, por cierto, no sé por dónde andará, porque hoy no tenemos a la niña.

La hija de Xuaco y Milagros ya ha cumplido los tres años. Es una niña preciosa. Le han puesto por nombre Nora, en recuerdo de la abuela paterna. Después del fallecimiento de su madre, la familia de esta quiso hacerse cargo de la pequeña, pero Xuaco se negó, permitiéndoles que algunas veces la llevaran a pasar algunos días con ellos. Aquella tarde, la madre de Milagros había ido a buscarla aprovechando que Xuaco estaba en la mar.

—Entonces ven con Carmina —dice Rosa—. Así cenamos las cuatro, porque yo también estoy sola con Marisina.

—¿Ya van a la mar los gemelos?

—Hace un mes que empezaron a salir. Van en la lancha en la que trabajaba Silverio.

—Sería bueno que pudieran ir con Xuaco —dice Marina.

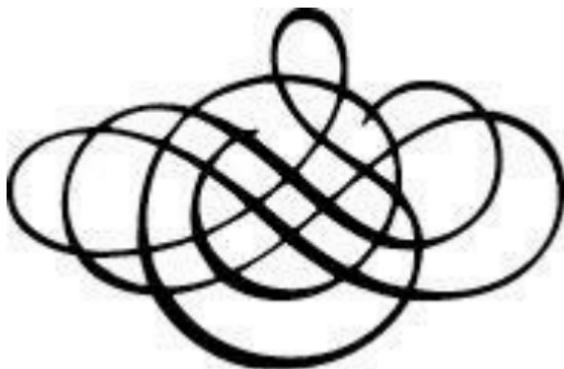
—No voy a cargar a tu hermano con todo el peso de mi familia. Ya tiene empleado a Lolo —responde sonriente Rosa.

—Con el que está encantado, porque es muy trabajador.

—Sí que lo es, y muy bueno —asegura su madre.

Llegan a la desviación de la calle Santolaya donde vive Marina.

—En quince minutos estoy en su casa, Rosa —dice la muchacha, y se aleja corriendo.



Marina no es capaz de dormir. Vuelve a acariciar la pulsera de bolitas azules que le ha enviado Silverio. Le parece preciosa. ¿Y si se le estropea durmiendo? En la carta, él le dice que ha elegido ese color porque es el más característico de la ciudad, en cuyas casas predomina el azul en ventanas, corredores e incluso puertas. Con mucho cuidado se quita la pulsera, y a punto está de encender la vela para volver a mirar la postal, aunque no lo necesita, porque la imagen de la plaza de San Francisco de La Habana ya está grabada en su retina. Le gusta

imaginar que tal vez un día paseará por ella. No puede evitar cierta satisfacción cuando recuerda las palabras de Silverio en las que asegura sentir añoranza de Candás: « No sabe, madre, cómo desearía estar con todos, pero ya llegará el día en que regrese» . Marina quiere pensar que se acuerda de ella y que la echa de menos. Le ha enviado una pulsera pero ni una sola palabra, aun cuando sabe que es ella quien lee las cartas.

No le sorprende que Silverio se abra camino y las cosas le vayan bien, porque es listo y posee cierta formación. Saber leer y escribir va a ser decisivo para él, porque, como cuenta, el director y propietario de los grandes almacenes donde trabaja le ha propuesto una ocupación de mayor responsabilidad en las oficinas del negocio.

No sabe, madre, lo contento que estoy. Ya le había contado que después de los dos primeros trabajos decidí acudir, para que me empleara, a doña Magdalena, cuyo marido es el propietario de El Nuevo Amanecer, una tienda en la que se puede comprar de todo, situada en una de las calles más comerciales de la ciudad. Pero lo que no le había dicho, madre es que, a los pocos meses, ya era el dependiente más valorado. Hace poco, el dueño me ofreció la posibilidad de convertirme en una especie de encargado y alternar mi trabajo en la tienda con la contabilidad en la oficina. Me paso el día entero en el establecimiento, pero me tienen en mucha consideración. Alguna vez mis patronos me invitan a su casa. Doña Magdalena es muy buena y hace todo lo que puede por beneficiarme...

Desconoce la razón, pero a Marina aquella señora no le gusta nada de nada. Se dice a si misma que ha de contener su imaginación y tener en cuenta que doña Magdalena es una mujer casada, aunque, quién sabe, dicen que en las grandes ciudades se dan comportamientos incomprensibles en otros lugares. Pero lo verdaderamente importante es que Silverio parece muy contento, y así está reflejado en su carta: « Madre, si no surgen contratiempos, dentro de unos años ya tendré algo de dinero ahorrado y podré pensar en la posibilidad de regresar» .

Al recordar estas líneas de la carta, Marina sonríe feliz, pero ¿cuánto tiempo habrá de pasar? No le importa, ella siempre esperará a Silverio. No se lo ha dicho a nadie, es su secreto mejor guardado, pero desde que se fue su amigo sabe que lo quiere más que a nada en el mundo. No pasa un solo día sin que se acuerde de él. Y Silverio..., ¿pensará en ella alguna vez?

No tiene ni idea de la hora que es, pero seguro que más de la medianoche. Le han dicho que en La Habana son unas cuantas horas menos, así que es muy probable que Silverio todavía esté trabajando... Sería maravilloso que ella pudiera presentarse en la tienda como una clienta más. ¿Cómo reaccionaría él? ¿La encontraría guapa?

La Habana

—Sea usted sincero, por favor, ¿cuál cree que me favorece más? —pregunta la elegante señora, acercando a su cara el extremo de dos piezas de tela.

—Los dos le sientan muy bien, pero, si me obliga a elegir, le aconsejo el verde, que hace juego con sus ojos y resalta su bellísima tez —responde Silverio desde detrás del mostrador.

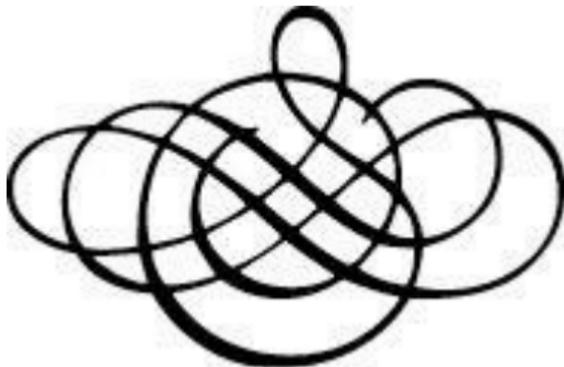
Silverio admira la belleza femenina desde niño. En Candás había mujeres muy guapas, pero en La Habana son especiales. Se ha dado cuenta de ello desde que trabaja en El Nuevo Amanecer. Le gusta cómo van vestidas. En su vida había visto tanto lujo y belleza. Todas parecen reinas. La clienta a la que está atendiendo lleva una hermosísima falda verde oscuro de un tejido precioso, un poco abullonada en las caderas, lo que acentúa la estrechez de su cintura de la que emerge una delicadísima blusa blanca de encaje con generoso escote que le permite lucir su hermoso y terso cuello. En la cabeza, un gracioso y diminuto tocado. Le entusiasma cómo andan todas estas señoras con sus aparatosos trajes y le fascina el movimiento que imprimen al abanico. Jamás había visto a ninguna mujer utilizarlo en Candás, claro que la temperatura era muy distinta. « Cuando regrese al *pueblín* —piensa Silverio—, le llevaré uno a mi madre» .

—Me ha convencido usted, me decido por el verde —dice la mujer.

—Gracias —responde Silverio con la mejor de sus sonrisas.

Una sonrisa capaz de conseguir que la señora se sienta como en el cielo, mirando embobada la cara del dependiente.

Alto, delgado, de ojos verdes y con unas marcadas facciones, Silverio se había convertido en objeto de deseo para muchas mujeres. Desde que trabajaba en El Nuevo Amanecer era otra persona. Doña Magdalena se había encargado de orientarle en cómo debía vestir, le enseñó modales y a comportarse de forma educada... Resultaba todo tan distinto a los primeros años...



En todo este tiempo Silverio le había mentado a su madre diciéndole que todo iba bien cuando en realidad lo estaba pasando fatal. Los dos primeros años han sido muy difíciles. Un primer trabajo en una carnicería, acarreado piezas de carne sin descanso, con la ropa empapada de sangre, y todo por unos miserables pesos con los que no podía ni pagar la pensión...

Había dormido entre sacos sucios y despojos sanguinolentos en el almacén de la propia carnicería que el dueño, muy magnánimo, le ofrecía, pero rebajándole un poco la paga. Tentado estuvo de irse a Cifuentes donde su amigo Juan había conseguido trabajo en una fábrica de tabaco, propiedad de asturianos. Las últimas noticias que habían llegado de su amigo era que lo habían ascendido a torcedor de hojas.

Pero a Silverio le gustaba la gran ciudad y quería dedicarse al comercio, textil o de lo que fuera.

Después de la carnicería había encontrado empleo en un almacén de vinos en donde hacía un poco de todo, desde fregar a chico de los recados. Este trabajo lo llevó mejor, pero pagaban una miseria y además lo pusieron en la calle porque vino alguien al que había que emplear y él sobraba. Después de eso, vinieron tiempos de auténtica penuria porque no encontraba trabajo alguno e incluso pasó hambre de nuevo, como cuando era niño en Candás. Cuando ya estaba a punto de dirigirse al centro de beneficencia creado por asturianos, se acordó de la mujer del barco. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se llamaba doña Magdalena, pero no recordaba más, ni el apellido, ni el nombre del comercio de su marido. La nota que la señora le había dado al llegar a La Habana había desaparecido con las pocas pertenencias que poseía, abandonadas en los distintos lugares en los que había tenido que malvivir. En aquellos momentos no tenía nada. Era el hombre más pobre de la tierra. Silverio era consciente de que si quería localizar a aquella señora tenía dos salidas: recorrer todos los grandes almacenes de la ciudad o, lo que podía resultar más sencillo, acercarse a la

pensión Esmeralda en donde la conocían muy bien, aunque no le resultaba agradable volver al lugar, porque al final les había dejado una deuda de más de un mes. De todos modos, la criada, la guapa mulata, se había hecho muy amiga suya. Ella era la encargada de recoger las cartas que le llegaban de Candás cuando ya no vivía allí. Tendría que acercarse a la pensión y espiar hasta ver a la muchacha.

Dubitativo, no sabía muy bien qué hacer, mas la suerte quiso acompañarle en esta ocasión, y de camino a la pensión decidió entrar en unos grandes almacenes que se encontró en el camino. Así llegó a El Nuevo Amanecer, que estaba en la calle Obispo, una de las más concurridas de la ciudad que desembocaba en la plaza de Armas. Era un gran edificio, no tan lujoso como otros, pero muy amplio y espacioso, con unas grandes columnas entremezcladas, por todos los salones, con distintos mostradores. En las paredes, las estanterías mostraban una infinidad de productos. Cuando Silverio entró no había muchos clientes, por lo que creyó que eso le facilitaría las cosas.

Se adentró tímidamente en el local contemplando todo con admiración. Nunca había visto a tanta gente bien vestida. Se dirigió a uno de los empleados, un hombre de mediana edad que, intrigado y no con muy buena cara, le preguntó qué deseaba.

—Intento localizar a una señora, doña Magdalena, que está casada con el propietario de unos grandes almacenes y pensé que podrían ser estos.

—Mire usted, no tengo ni idea si el propietario está casado, y aunque lo supiera, no se lo diría. Buenos días.

Silverio, un poco avergonzado por la forma en que lo acababan de tratar, no atinó más que a decir:

—Es muy importante para mí encontrar a esta señora.

—Por favor, le he dicho que no lo sé. Tenga la bondad de irse.

En aquellos momentos se sintió como un apestado. Iba mal vestido, casi con harapos... Aquel hombre tan desagradable... seguro que pensaba que era un pordiosero. Nadie le creería, ni le ayudaría...

No había caminado dos pasos por la acera cuando notó que le tocaban el brazo...

—Perdone, le he escuchado sin querer —le dijo un muchacho—. Yo puedo ayudarle. Doña Magdalena es la esposa del dueño.

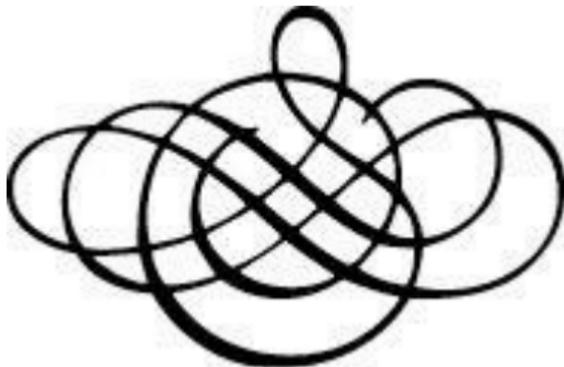
—Pero... —intentó decir Silverio.

—No diga nada, viven cerca de aquí, en la calle Mercaderes, 23.

—Muchas gracias, ¿cómo te llamas? ¿Por qué me ayudas?

—No tiene importancia. La persona con la que habló usted no es buena y no nos trata bien —afirmó el muchacho que se marchó de inmediato.

En aquel momento cambió su suerte.



Mientras termina de empaquetar la tela de la señora, Silverio mira al fondo del local. Allí está el antipático Sandoval, que tan mal le había tratado cuando vino a preguntar por doña Magdalena. Ahora ocupa un cargo inferior al suyo.

—¿Desea alguna cosa más la señora? —pregunta Silverio.

—No, muchísimas gracias. Hoy solo llevaré esto, pero volveré uno de estos días.

—Permítame —pide cortésmente Silverio, que la acompaña hasta la puerta, despidiéndola respetuosamente.

—Don Silverio —oye que le llaman.

No se ha acostumbrado a ese tratamiento. Todos lo llaman por su apellido, Rodríguez, pero Luisito, el chico de los recados, el artífice de su felicidad, siempre se dirige a él de esta forma.

—Qué pasa, Luisito, ¿ya es la hora de cerrar? Hoy no podrás acompañarme porque me quedará un rato a trabajar en la oficina. Quiero repasar los albaranes de unas compras.

—Pues me parece que no será así, porque tengo el encargo de doña Magdalena de decirle que le espera dentro de media hora para cenar en casa, con unos amigos.

Silverio frecuenta de tarde en tarde la casa de sus patronos, pero le sorprende la invitación de hoy, no tanto por la inmediatez —podía tener otro compromiso— como por la ausencia de don Agapito, el marido, que aquel mismo día había salido para Santiago de Cuba, donde contemplaba la posibilidad de abrir una sucursal.

—Está bien, Luisito, dile a doña Magdalena que allí estaré.

No le dará tiempo a pasar por la pensión donde vive para acicalarse un poco, pero va bien vestido. Silverio piensa —mientras se contempla en el espejo antes de salir— que si su amigo Xuaco y otros compañeros de Candás le vieran con aquel traje clarito de preciosa tela, creerían que se había convertido en

millonario, pero nada más lejos de la realidad. Vive bien, pero no ahorra casi nada. Le gusta divertirse, alternar y también toma lecciones de cálculo y contabilidad. Al principio, doña Magdalena le había adelantado dinero para que se vistiera adecuadamente y pudiera pagar una pensión. Hace un mes que Silverio le ha devuelto todo.

Siempre que llega a la casa de sus jefes se sorprende de lo normalita que parece. Pero el interior es una maravilla. Tiene un amplio y precioso patio con plantas e incluso una fuente. Es en esa especie de jardín donde suelen celebrar las cenas en las noches de buen tiempo, cuando no hace excesivo calor. ¿Serán muchas personas las que acudan esta noche? En ocasiones anteriores solían ser unas doce o quince.

Silverio se sorprende de que sea la doncella personal de doña Magdalena quien le abra.

—Buena noches, señor, le están esperando.

—No me diga que he llegado el último —dice Silverio un poco preocupado.

—No, es usted el primero —responde la mulatita con un gesto de complicidad que desconcierta a Silverio.

Magdalena Sánchez era una mujer muy guapa. Casada muy joven con Agapito Castro, casi veinte años mayor que ella, llevaba viviendo en La Habana desde hacía más de diez años. El matrimonio no tenía hijos, con el consiguiente disgusto de don Agapito que, después de hacer fortuna en la isla, había regresado a su pueblo de Cantabria en busca de la moza más guapa y más joven para crear una familia. Pero pese a que sus planes familiares no se cumplían, el matrimonio se llevaba bien y parecían muy unidos.

Aquella noche a Silverio le parece la mujer más guapa que ha visto en su vida. Lleva un vestido totalmente blanco de gasa. La melena rubia como el oro, sujeta de forma artística con flores también blancas. Sus negrísimo ojos y su roja boca resplandecen con fuerza en aquel marco tan bellamente tenue. Está de pie con una copa en la mano muy cerca de la fuente. Es como una aparición, Silverio piensa que si existieran las sirenas, tendrían que ser como ella.

—Cuánto me alegro de que haya venido, Silverio, acérquese, tomemos una copa de champán.

Silverio se aproxima tímidamente, besándole la mano que ella, condescendiente, le ofrece.

—Doña Magdalena, no sé si debo, pero está usted guapísima.

—Se lo agradezco, me he arreglado solo para usted —dice sonriendo Magdalena.

—¿Solo para mí? —pregunta incrédulo Silverio.

—Sí. Cenaremos los dos solos. Nos atenderá la doncella, que es la única que se ha quedado en la casa. Al resto de los criados les he dado la noche libre. Lo entendieron muy bien al estar de viaje el señor.

Silverio, por una parte, no quiere darse cuenta de lo que aquello puede significar y al mismo tiempo se siente tan feliz y excitado que le apetece gritar. Se toma la copa de un trago y se sirve de nuevo.

La cena ha sido espléndida. Pero, si le preguntan en ese momento, aunque la vida le fuera en ello, Silverio es incapaz de recordar qué ha comido o los temas de qué han conversado. Por su cabeza solo ronda una idea obsesiva: ¿qué pasará ahora? ¿Cómo tiene que comportarse? No puede precipitarse. Estar a solas con ella no tiene por qué significar nada. Además, es la mujer de su jefe.

—Silverio, parece usted un poco nervioso —le dice doña Magdalena, tomando una de las manos del muchacho, que en esos instantes empieza a temblar de verdad.

—Verá, señora, es usted tan hermosa, tan sensual, que me siento turbado.

—¿Te gustaría darme un beso? —pregunta burlona.

Silverio no puede más, el champán, la cerveza, el ron, le impiden pensar... Aquellos carnosos y hermosos labios rojos en los que sus ojos permanecen clavados son una tentación que no puede ni quiere resistir y abrazando a doña Magdalena la besa apasionadamente.

No es que sea un experto con las mujeres, pero algunas relaciones sí ha tenido, aunque nada que ver con el deseo que siente esta noche. Mataría por poseer a doña Magdalena.

—Mi querido Silverio, besas como yo imaginaba —dice ella, separándose un poco.

Silverio vuelve a fundir sus labios con los de aquella mujer que lo está volviendo loco.

—Tranquilo, mi amor, tenemos toda la noche para nosotros —dice mimosa doña Magdalena—. Te deseo, Silverio. Te deseo desde el día que te descubrí en la cubierta del barco y ahora me vas a demostrar que la espera ha merecido la pena.

Abrazados, abandonan el jardín

Candás

—Marina, creo que vas a llegar tarde —le dice Carmina, acercándose a la cama.

—Dios mío, ¿por qué no me has llamado antes?

—No me he despertado hasta hace un minuto. Arréglate que te hago café —propone Carmina muy cariñosa.

—No, no, ya lo tomaré cuando pueda —asegura Marina que, medio adormecida, pone agua en una palangana para lavarse.

Se ha quedado dormida muy tarde y pensando en Silverio. Le habría encantado soñar con él. «Qué distinto sería nuestro estado de ánimo —piensa—,

si pudiéramos mandar en nuestros sueños. Claro que yo suelo soñar bastante despierta».

No necesita pensar en qué ropa ponerse. Esta semana toca vestido. Una sencillísima bata azul clarito y una chaqueta de punto blanca es todo su vestuario de semana junto con una falda negra y una camisa blanca. Para los días de fiesta tiene un vestido estampado en flores pequeñitas que le regaló doña Elena y una chaqueta azul oscuro. Se calza las alpargatas blancas y le pide a su hermana que le acerque el libro que está en la mesa de la cocina. Ha empezado a leer *José* y está deseando seguir. Aprovechará cualquier momento que tenga libre en el día.

—Carmina, si sucede algo o precisas cualquier cosa, no dudes en acercarte a casa de don Bernardo, pero para tonterías, no —dice muy seria Marina.

—Vete tranquila, hermanita, que yo me las arreglo muy bien.

Marina sale corriendo del portal y como una exhalación baja la calle de Santolaya. Da lo mismo que se encuentre con algún conocido; no se parará, odia llegar tarde.

—No tienes por qué correr así —le dice la señora Covadonga mientras le abre la puerta—. No estás en la bodega para que por diez minutos de retraso te descuenten media hora. Y solo me entero yo de la hora a la que llegas.

—Muchas gracias, pero ya sabe que me gusta cumplir y que nadie pueda decirme nada. Si me quitasen media hora como en la fábrica, tal vez no corriese tanto y aceptaría de buen grado el castigo.

—Es bueno ser cumplidora —comenta la cocinera—, pero pienso que te pasas un poco. Oye, Marina, ayer te quedaste hasta tarde por la reunión de don Bernardo, no habrás oído nada sobre el cierre de la fábrica, ¿verdad?

—¿Va a cerrar la fábrica don Bernardo? —pregunta sorprendida Marina—. ¿Y todas las mujeres que trabajan allí qué van a hacer ahora?

—Buscar trabajo en otro sitio —dice la señora Covadonga, que insiste—: ¿Pero tú oíste algo o no?

—Nada de nada, hablaron todo el tiempo de política. ¿Cree que si lo supiera me iba a sorprender?

—También es verdad, pero a veces no te entiendo muy bien.

—¿Pero es verdad lo del cierre? —Quiere saber Marina.

—Lo comentaban ayer en casa de mi prima —explica la cocinera—, pero no era seguro. Aunque ya sabes que cuando el río suena, agua lleva.

—¿Y a qué se dedicará don Bernardo? ¿Se marcharán de Candás? Seguro que me quedo sin trabajo —dice pesimista Marina.

—No, mujer. No creo que se vayan de Candás, se encuentran muy bien aquí. Y si se fueran, con lo contentos que están contigo, estoy segura de que te proponen que les acompañes de interna.

—No me iré de Candás —asegura muy seria Marina.

Lo primero que piensa Marina es en Silverio. Si ella se fuera de Candás,

perdería todo contacto con él y eso no va a suceder. Siempre le queda la opción de volver a la fábrica.

—Hoy creo que viene a comer la madre de doña Elena. ¿Sabes que la han confirmado en su puesto de tesorera en la Sociedad de Mareantes? —le pregunta la señora Covadonga.

—No lo sabía, pero me parece muy bien porque no cobra —responde Marina sin darle importancia al tema.

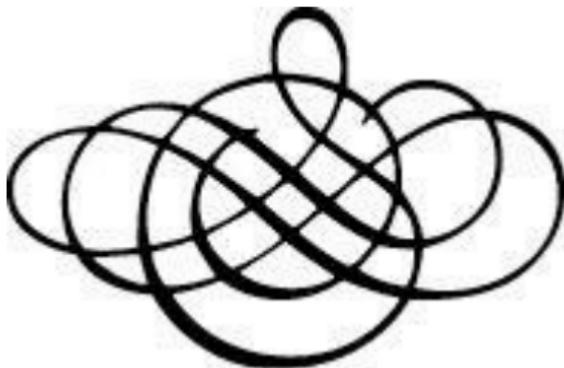
—Oficialmente no cobra, pero desde ese puesto maniobra cuanto le apetece.

—Está claro, señora Covadonga, que a usted no le cae muy bien doña Joaquina.

—La verdad es que no, pero qué importa lo que yo sienta, venga, vamos a trabajar, guapa. Por cierto, Marina, seguro que vienes en ayunas...

—Luego, después de limpiar el despacho y el salón, me tomaré un café.

—No, acompáñame a la cocina, lo tomarás ahora.



Había sido un día muy movido, de muchas visitas en la casa de los Alfageme.

—Por fin hemos terminado —dice la señora Covadonga—. ¿No estás cansada? Yo no puedo más.

—Un poco. Si quiere, me quedo yo a recoger y se va a casa —sugiere Marina.

—Ni hablar. ¿No tenías que ver a Teresa?

—Sí, pero ya está acostumbrada a que me retrase —dice sonriendo Marina.

—Pues no, te vas ahora mismo, que hace buen día para pasear. No te enfades, Marina, ya sabes que te quiero. ¿No piensas en tener novio? ¿No te gusta ningún chaval? Yo conozco uno que bebe los vientos por ti.

—Ay, señora Covadonga, no me diga esas cosas —exclama Marina apesadumbrada.

—Pero qué pasa, ¿te quieres quedar soltera o piensas ser monja?

—No he cumplido los dieciséis años...

—A tu edad yo estaba a punto de casarme. Lo que pasa es que al faltar tus padres, Xuaco no se ocupa.

—Suerte que tengo que a mi hermano no le preocupe nada ese tema.

—Ya verás cómo se alegra cuando el chaval al que tanto le gustas vaya a hablar con él.

—Perderá el tiempo. Xuaco nunca me obligará a hacer nada en contra de mi voluntad —asegura convencida—, y de momento no quiero novio.

Marina no quiere saber quién puede ser el chico al que se refiere. Ya se enterará, si es verdad que quiere hablar con su hermano.

—¿De verdad no se quiere ir usted? —pregunta Marina.

—No, Marina, vete ya. No tardo ni quince minutos en recoger.



Al salir Marina nota un poco de frío. Siempre que sopla el nordeste sucede lo mismo. Al final de la calle ve a Teresa que se despide de unas cuantas mujeres y se dirige hacia ella.

—Calculaba que saldrías más o menos a esta hora —le dice Teresa—, y pensé que podíamos dar un paseo. Paso tanto tiempo encerrada en casa...

En los últimos tiempos Teresa seguía en la bodega, pero también se dedicaba a coser por las tardes, lo que le permitía aumentar un poquito los ingresos. Estaba sola en el mundo y tenía que valerse por sí misma.

—Me parece una idea estupenda —asegura Marina—. Un paseo me vendrá muy bien, ¿quieres que vayamos hasta San Antonio?

—¡Perfecto! —exclama Teresa, agarrando a Marina del brazo.

Se cruzan con tres o cuatro vecinas, pero nadie se imagina que las dos muchachas vayan a dar un paseo, algo totalmente inhabitual excepto los domingos.

—¿Quieres que subamos a la capilla? —pregunta Teresa.

—Sí. Seguro que está cerrada, pero desde la puerta podemos rezar al santo —contesta Marina.

—¿Quieres pedirle un novio?— comenta Teresa riéndose.

—No, por favor, ¿pedirás su ayuda tú?

San Antonio siempre ha gozado de fama de casamentero y en España eran frecuentes las visitas de las mozas que acudían a pedir su intercesión para conseguir un buen novio. Los candasinos, independientemente de esa faceta del santo, eran muy devotos de san Antonio, cuya ermita había sido costeada en el siglo XVI por el pueblo de Candás como ofrenda para salir de la peste.

—Puede que se lo pida, Marina, nunca viene mal la ayuda de un santo.

A medida que se acercan a la ermita el viento sopla con mayor intensidad. Teresa, que tiene una preciosa melena rubia, se pone un pañuelo en la cabeza con la maestría característica de las candasinas. A Marina no le molesta el viento, lleva su cabello recogido en una trenza. Ascenden cogidas de la mano. Marina se encuentra muy bien, la belleza del paisaje infunde fuerza a su espíritu. En momentos como aquel no se cambiaría por nadie. El placer que le proporciona mirar al mar desde lo alto del monte de San Antonio es único. Se siente ligera como una pluma, pero con una emoción tan profunda... Tira de Teresa y la obliga a detenerse.

—Tú te vas a casar con mi hermano, ¿verdad? —le pregunta, mirándola a los ojos.

Teresa se pone roja y con voz apenas audible musita:

—¿Por qué me preguntas eso, te lo ha dicho Xuaco?

—No, no me ha dicho nada. Pero yo sé desde hace tiempo que estás enamorada de él. Teresa, te pido perdón al decirte esto, pero es que me pareces una persona estupenda y en este momento me siento tan cerca de ti.

Teresa, mucho más tranquila, mira con cariño a Marina.

—Siempre fuiste como una persona mayor —le dice—. Vamos a sentarnos en aquel lado de la capilla, que estaremos más resguardadas del viento. Luego le rezamos al santo.

—Qué bien estamos aquí —exclama Marina, al apoyar su espalda en la pared de la capilla.

Teresa se sincera con Marina como nunca lo ha hecho con nadie.

—No es tan difícil de entender, Marina, yo quería lo mejor para tu hermano. Y no era yo quien le podía ayudar... Vuestra madre enferma y todos vosotros pequeños... y él tenía que hacer frente a todo.

—Pero te quería a ti.

—Sí. ¿Sabes? De estar en su lugar, yo habría hecho lo mismo —asegura Teresa.

—No podría comportarme de esa forma —afirma pensativa Marina, que añade—: Creo que no sería capaz de amar así.

—Nunca se puede asegurar nada, eres muy joven.

—Sería estupendo que os casarais, Teresa.

—No adelantemos acontecimientos.

—La pequeña Nora te quiere como a nosotras. Te conoce desde siempre, y no digamos Carmina, que a veces creo que está más unida a ti que a mí —dice Marina sonriendo.

—De Carmina precisamente te quería hablar. No es que esté más unida a mí, es que tú, Marina, a pesar de que solo tengas cinco años más que ella, eres como su madre.

—Puede ser, pero ¿qué le pasa?

—Es posible que no tenga importancia, pero creo que debes saber que muchas tardes Carmina me deja a la niña y se va.

—¿Se va con sus amigas a callejear? —pregunta muy enfadada Marina.

—No lo creo. Tengo la sensación de que va a algún sitio y sola.

—¿Pero a dónde puede ir?

—Puede que a casa de alguna conocida. ¿Tiene alguna amiga enferma? —pregunta Teresa.

—Que yo sepa, no. Aunque esto lo arreglo yo en cuanto la vea —asegura Marina.

—Te pido por favor que no le digas que yo te lo he contado. Intenta enterarte de forma suave —le pide Teresa.

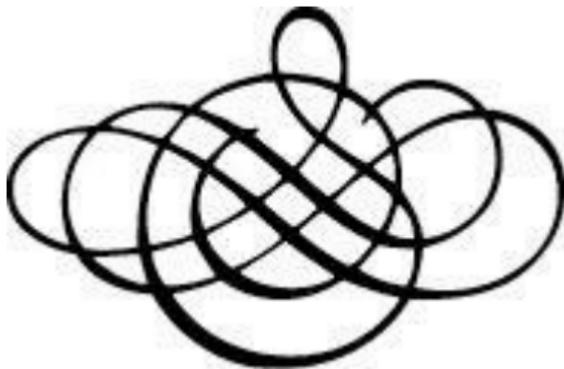
—¿Recorre a ti muchas tardes?

—Unas tres a la semana. Si fuera de forma esporádica no te habría dicho nada, pero al ser tan a menudo creo que debemos enterarnos.

—No te preocupes, Teresa, no te descubriré, y no sabes cuánto te agradezco que me lo hayas dicho. Dios mío, cómo pasa el tiempo. Ya está oscureciendo. ¿Nos vamos?

—Sí, pero si no te importa, me gustaría acercarme al muelle para ver la iluminación, que hoy estará encendida.

—De acuerdo —dice Marina, poniéndose en pie.



Aquel mismo año de 1886 se habían puesto en funcionamiento seis faroles en el muelle que debían alumbrar todas las noches del año que no hubiese luna y se encontraran embarcaciones en la mar.

—Me gustan —dice Teresa—. Todo el entorno parece distinto. ¿Tú ya los habías visto?

—Sí, una tarde del mes pasado me pidió la señora Covadonga que la acompañara. ¿No te parece, Teresa, que sería precioso que tuviéramos luz eléctrica en las calles del pueblo? ¿Te lo imaginas?

—Sí, tendría que ser muy bonito porque iluminan mucho más que las de gas.

—¿Sabes cuál fue el primer pueblo de España con luz eléctrica en sus calles? —le pregunta Marina.

—No tengo ni idea.

—Fue hace cinco años, en Comillas, con motivo de la visita del rey don Alfonso XII.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo he leído en *La Ilustración Española*, en casa de don Bernardo. Publicaron unos dibujos preciosos sobre cómo adornaron la villa para recibir al rey.

—Entonces seguro que habrás leído algo sobre el nacimiento del nuevo rey —comenta Teresa.

—No, porque solo leo las revistas cuando deciden guardarlas. Las archivan todas, y aprovecho entonces para mirarlas, aunque estén atrasadas. Pero sí he escuchado cómo la señora hablaba de ese niño que llegó al mundo siendo rey, porque su padre don Alfonso XII ya había muerto. Lo comentaban como un suceso extraordinario y sin duda lo es —sigue diciendo Marina—, pero no pude evitar pensar en los niños y niñas que en Candás han nacido sin padre, solo que ellos no tenían un trono esperándoles.

—Querida Marina, la vida es así; unos mucho y otros nada... Pero no nos pongamos tristes lamentándonos porque nada conseguiremos.

—Pero qué agradable es encontrarse con dos mozas tan guapas. Hace mucho que no te veía, Marina. A Teresa la encuentro con frecuencia camino de la bodega —les dice risueño el maestro, Manuel Artime—. ¿Cómo te va en casa del señor Alfageme?

—Buenas tardes, don Manuel. He tenido mucha suerte de trabajar con esos señores —contesta Marina—. Estoy muy contenta.

—Se le ve feliz, don Manuel, ¿no me diga que es por la alegría de encontrarnos? —pregunta Teresa, sonriendo.

—Contribuye lo suyo, pero la verdad es que vengo de una reunión de la Sociedad de Mareantes y estoy contento.

—¿Qué ha pasado? —inquire Marina.

—Pues algo que también a ti te va a alegrar; han decidido crear una especie

de escuela nocturna para adultos a la que podrán asistir los varones mayores de catorce años.

—¿Gratis? —Quiere saber Teresa.

—Para los asociados, totalmente gratuita, y para los que no lo son, el precio será de dos pesetas al mes. Dos horas de clase diarias durante cuatro meses.

—Y cuál es su sueldo —pregunta Teresa.

Marina la mira con cierta sorpresa. No sabía que fuera tan amiga del maestro como para hacerle aquella pregunta, aunque también es verdad que dentro de poco lo sabrá todo Candás, pues se había tratado en una junta pública de la sociedad.

—A mí —asegura el maestro— me han prometido doscientas cincuenta pesetas por los cuatro meses.

—No me extraña que esté contento, menuda —exclama Teresa.

—¿Y qué asignaturas van a dar? —se interesa Marina.

—Las normales, escritura, lectura, doctrina cristiana, aritmética y gramática.

—Es una pena que no puedan asistir las mujeres —observa Marina.

—Tú no lo necesitas, guapa, ya me ha dicho doña Victoria lo interesada que estás en saber. No me explico cómo no la imitáis, Teresa.

—¡Ay, don Manuel! Trabajo tanto que termino rendida. Reconozco que casi no sé leer.

—Eso lo arreglamos cuando quieras —apunta Marina.

—Ya lo sé, pero no tengo tiempo, puede que dentro de unos años lo haga.

—Marina, tienes que animar a tus hermanos a que asistan —le pide el maestro.

—Puede estar seguro de que lo haré, aunque no creo que me hagan mucho caso.

—Si soy sincero con vosotras —dice muy pensativo don Manuel—, tengo miedo de que fracase nuestro proyecto por falta de gente.

—Sería muy triste, don Manuel, es difícil convencer a la gente de que la cultura es muy buena y ayuda en la vida —comenta pesarosa Marina.

—Será en otros ambientes, porque aquí —puntualiza Teresa— no la necesitamos para nada.

—Esa es la postura de la mayoría, Marina, pero no hay que desanimarse y seguir insistiendo. Bueno, guapas, os dejo, me esperan en casa. Buenas noches.

—Buenas noches, don Manuel.

Las dos muchachas caminan despacio, disfrutando de la agradable temperatura, el viento ha amainado y el templado ambiente las incita a quedarse un rato más pero es Marina la que dice:

—De buena gana pasearía otro poco, pero mañana tenemos que madrugar y no sé si Carmina habrá hecho algo de cena.

—No creo —apunta Teresa—. Mírala, ahora mismo entra en el portal.

—¿De dónde vendrá a estas horas? Estoy muy intrigada con lo que me contaste.

—No te preocupes, y no me descubras, que ella confía en mí —pide Teresa.

—Todavía no sé cómo abordaré el tema para que me cuente la verdad de lo que hace cuando deja a Norita contigo.

—Miéntele, dile que cuando bajabas de San Antonio la viste jugando con un grupo cerca del Cueto, no sé o algo parecido...

—Hoy que estamos solas es el día perfecto —asegura Marina—. Ya te contaré.

Candás, 1892

Querido hijo Silverio:

Hace mucho que no tengo noticias tuyas y espero que te encuentres bien cuando recibas esta. Han pasado muchas cosas en nuestro pueblo desde que te fuiste, sobre todo en los últimos tiempos. Me gustaría tanto que estuvieras aquí para poner un poco de cordura. Todo se origina por las malditas artes de pesca de arrastre. El temido «boliche» que intenta llevar a la practicar don Pedro Herrero, dejando a los demás sin pesca, con la consiguiente desesperación que les lleva a protestar ante la Comandancia de Marina de Gijón para que lo prohíban. También acudieron al diputado conde de Revillagigedo para que defendiera sus reivindicaciones en las Cortes. Pero los candasinos ven cómo sus reclamaciones no son escuchadas, porque parece ser que la ley permite este sistema de pesca a treinta millas de la costa. Desesperados, siguen contemplando cómo las lanchas de don Pedro Herrero arramplan con todo sumiendo a los demás en la pobreza. Hijo, se organizó tal protesta en Candás, y tales enfrentamientos con la policía que fueron detenidos veintiún hombres y dos mujeres. Se los llevaron a Gijón y antes de meterlos en la cárcel los pasearon por las principales calles de la ciudad para que sirvieran de escarmiento, pero los marineros y muchas mujeres de Gijón se unieron a las protestas. Al final fueron encerrados en la cárcel de Cimadevilla seis marineros de Candás. Todos nos ocupamos de la familia de los presos, pero lo triste es que uno de ellos murió a consecuencia de las heridas recibidas en los enfrentamientos.

¡Ay, querido Silverio! Pero no queda ahí todo, porque siguen las protestas. Hace unos meses, los afectados de Candás convocaron a los pescadores de Luanco, Avilés, San Juan de la Arena, Cudillero, Gijón,

Lastres y Tazones para que se unieran a ellos en la protesta contra la utilización del «bolicho», aunque nada van a conseguir.

La Sociedad de Mareantes se ha puesto del lado de los pescadores humildes y de los fondos de la entidad les va a conceder pequeños préstamos.

—Rosa —dice Marina—, ¿qué otras cosas quiere que le cuente?

De buena gana Marina le hablaría a su amigo de muchos temas y sobre todo le preguntaría sobre la vida en la gran ciudad. Pero ella se limita a redactar lo mejor que puede lo que le pide la madre de Silverio. No añade nada de lo que se le ocurre. No lo hace porque cree que es lo correcto y sobre todo porque está dolida con la actitud de su amigo. Él sabe que es ella quien le escribe y lee las cartas que envía, y jamás aparece ni una sola palabra dedicada a ella. Marina tiene la sensación de que Silverio se ha olvidado de su existencia. Es posible que así sea, piensa ella. Sabe Dios la vida que llevará, las mujeres que frecuentará. Es consciente de que no puede esperar nada, pero Silverio es la persona que más le interesa en el mundo. Hace ya nueve años que se fue, ella ya tiene veintiuno y sigue sintiendo por él lo mismo que entonces...

—¿Ya has escrito todo el problema de la pesca? —pregunta Rosa sorprendida.

—Sí, se lo he explicado lo mejor que he podido.

—¿Le has contado lo de Lolo?

—No, pero, si usted quiere, lo hago. Aunque pienso que no debemos preocupar a Silverio diciéndole que uno de los detenidos fue su hermano.

—Tienes razón, Silverio nada puede hacer desde tan lejos, aunque sí que podría influir en su hermano, pero para ello tendría que estar aquí. No sé cómo me la arreglaría sin ti, Marinina.

—No tiene importancia, Rosa. Ya sabe que lo hago encantada.

—Háblale de los proyectos de boda del gemelo... A propósito, Marina, ¿has hablado con el señor cura de lo de Carmina?

—Sí, y está convencido de que es sincera. Pero le he dicho que hasta que no cumpla dieciocho años no ingresará en el convento.

—¿Qué piensan Xuaco y Teresa?

En este tiempo Xuaco y Teresa se habían casado, con algunas reticencias por parte de los familiares de Milagros, que pronto desaparecieron al ver que la pequeña Nora quería mucho a su nueva mamá. La familia se había incrementado con un precioso niño.

—Xuaco se opone con todas sus fuerzas. Dice que es un crimen que una chica se encierre en un convento y que tendríamos que quitárselo de la cabeza. Pero Teresa, que influye mucho en él, trata de hacerle comprender que Carmina tiene derecho a elegir la vida que desea. Usted sabe, Rosa, que Carmina siempre quiso mucho a Teresa y que fue esta la que me puso sobre aviso...

—Es verdad —comenta Rosa—. Tu hermana es una santa.

—Sí que es muy buena. Imagínese mi sorpresa cuando le pregunté adónde iba por las tardes. Su respuesta me dejó anonadada, no podía creer lo que me decía. Estaba convencida de que mentía y se reía de mí. ¿Cómo iba a imaginar, y o que pensaba que estaba con sus amigas divirtiéndose por la calle, que acudía a cuidar personas enfermas? Solo el párroco sabía de su secreto. Y él era quien le indicaba las casas en donde necesitaban ayuda.

—Marina, tienes más trabajo ahora con la casa de huéspedes, ¿verdad? —le pregunta Rosa, cambiando radicalmente de tema.

Bernardo Alfageme, tal y como se comentaba, había cerrado la fábrica de salazón en 1890 dedicándose al comercio de tejidos para decantarse finalmente por una casa de huéspedes con café y billar, instalada en su misma vivienda en la calle de la Plaza.

—La verdad es que no trabajo más —responde Marina—, porque han contratado a otra persona y desgraciadamente no tenemos muchos clientes.

—¿Ha dejado don Bernardo de ser concejal?

—Sí, pero sigue interesado en la política.

—Pobre Marina, te estoy entreteniendo demasiado y no puedes terminar la carta...

El ruido de la puerta las sobresalta.

—¡Quién será el bruto que cierra de esa forma! —exclama enfadada Rosa.

—Soy yo, madre —dice uno de los gemelos—. Entré corriendo y no me di cuenta. ¿No está Lolo en casa?

—No, seguro que lo encuentras en el bar. ¿Ha pasado algo? —pregunta preocupada Rosa al ver la cara un tanto alterada de su hijo.

—Sí. Han hundido una de las lanchas de don Pedro Herrero.

—¿Qué dices? —exclama Rosa, poniéndose en pie.

—Parece ser que esta noche un grupo de hombres decidieron hacerle pagar a don Pedro el daño que les estaba haciendo al dejarles sin capturas. Quería contárselo a Lolo.

—No tendrá él nada que ver, ¿verdad?

—No, madre, esta noche Lolo estaba en casa con nosotros, o es que no se acuerda. Me voy al chigre.

—No te metas en líos y dile a Lolo que venga pronto.

—Me cuesta creer que algún marinero pueda hundir a propósito una lancha... Cuánta rabia acumulada se necesita para hacer una cosa así —dice Marina pensativa.

En la noche del 23 de junio de 1892 quedó registrado el suceso. Personas desconocidas sacaron a la mar en Candás una de las traineras de Pedro Herrero y la llevaron a una milla de la costa donde la hundieron. Las pesquisas de la policía no dieron ningún resultado. Los pescadores candasinos en su conjunto se

hacían responsables de lo sucedido. Ante semejante comportamiento, el mismo afectado decidió no seguir con el tema.

—La gente lo está pasando mal y un momento de locura lo tiene cualquiera. ¡Ay, Marina! No ganamos para sustos, y ya soy mayor. No se te olvide ponerle a Silverio, al final de la carta, que no quisiera morir sin poder darle un abrazo...

La Habana, septiembre de 1892

A Silverio le gusta pasear los domingos a primera hora de la mañana cerca del mar. Es un camino casi en solitario en el que disfruta mirándolo todo, cada rincón, navegando sus ojos por el azul intenso de las aguas antillanas y aspirando ese olor a mar que él conoce tan bien, aunque el Cantábrico que baña Candás tiene un aroma más intenso. La carta de su madre le ha preocupado, bueno, más bien le ha hecho tomar conciencia con la realidad. Hace nueve años que llegó a Cuba y no ha ahorrado ni un solo peso a pesar de que trabaja y no está nada mal pagado, pero se dedica a vivir bien y alternar con gente de postín. Se relaciona muy poco con los españoles que, como él, han llegado a la isla en busca de fortuna. Doña Magdalena lo ha introducido en otro ambiente en el que vive feliz. Escribirá dentro de unos días a su madre y le contará lo contento que está y ese será un motivo de alegría para ella.

Pasea despacio en dirección a la fortaleza de los Tres Reyes Magos que todos conocen como el Morro. Allí le espera, a las doce de la mañana, su amigo Juan, según el mensaje que le envió por un señor de Cifuentes, de visita en La Habana. Desde que se separaron unos meses después de llegar a Cuba no se han vuelto a ver.

La vista de la bahía desde las inmediaciones de la fortaleza es preciosa. Una señora andaluza, que es cliente de la tienda, le dijo en más de una ocasión que la bahía habanera se parecía muchísimo a la gaditana. Silverio se recrea unos momentos más en la belleza del momento y sonríe al darse cuenta de que le asalta el mismo pensamiento que en Candás cuando miraba la mar besando la ribera; también este mar de las Antillas, se dice, tiene que participar de los sueños de esta ciudad en las noches silenciosas.

Al llegar a la explanada de la entrada principal de la fortaleza ve a un reducido grupo de personas, todos hombres, pero ninguno le parece Juan. ¿Habrá cambiado mucho? Se acerca a mirar en el bar más cercano y regresa a la plaza. Le llama la atención un hombre alto, fuerte, que se encuentra de espaldas a él... Juan era muy delgado, claro que han pasado más de ocho años... pero no cree que sea porque este viste como los guajiros... El amplio sombrero que lleva le impide verle la cara con nitidez... De repente el hombre se vuelve... y Silverio exclama mientras se acerca:

—Juan, estoy aquí.

—Nunca te hubiese reconocido, pareces un potentado, Silverio. Ya veo, no necesito preguntarte cómo te va la vida.

—Querido amigo, no sabes cuánto me alegro de verte —dice Silverio—. Vamos a tomar algo y charlamos con calma.

—Lo que tú quieras. Si no tienes compromiso, yo no tengo nada que hacer hasta mañana —responde Juan, que añade—: Pero, perdona, igual tienes novia...

—No, no, podemos pasar el día juntos.

A Silverio no le entusiasma la perspectiva, pero se siente obligado. ¿Qué asuntos tendrá que resolver Juan en La Habana? Lo mira y no sale de su asombro, parece un atleta. Está curtido y tiene la sensación de que es mucho más alto. Nada en él, salvo su expresión que sigue siendo soñadora, recuerda a aquel muchacho que nunca había visto el mar. ¿Habrá dejado el trabajo? No deben de irle muy bien las cosas, piensa Silverio, al observar lo rudimentario de su atuendo.

—Viendo cómo vas vestido, Silverio, seguro que te asustas al verme a mí. Pero desde que empecé a trabajar en Cienfuegos siempre voy así. Es mucho más cómodo y casi no gasto nada en ropa. ¿Sabes? En este tiempo, aparte de trabajar diez y doce horas al día, aprendí a leer y a escribir.

—Qué bien, me alegro mucho.

—Se lo debo a la persona que todos los días nos lee mientras trabajamos las hojas del tabaco para los puros. Me aficioné tanto a sus relatos que solo de pensar que yo podía tener acceso a ellos, sabiendo leer, hizo que me decidiera.

Desde el año 1865, en las galerías de las fábricas de tabaco existía la figura del lector que durante horas y horas leía novelas de la literatura universal, prensa, recetas de cocina y algún que otro tipo de artículos, para hacer más llevaderas, a los torcedores de hoja, las horas que tenían que pasar elaborando los cigarrillos. De ahí que muchas de las vitolas de los puros lleven los nombres de algunos de los protagonistas de estas obras (Romeo y Julieta, Montecristo...).

—Pues te felicito, Juan.

—Gracias, Silverio. Pero deja que te mire. Pareces otro. Se nota que te van bien las cosas. Seguro que tienes un buen sueldo.

—No puedo quejarme. Trabajo mucho, pero me han ascendido.

—Ya tendrás ahorrado un buen capitalito —apunta, riendo, muy confidencial Juan.

Silverio duda durante unos segundos, pero al final decide ser sincero.

—Ni un peso —dice muy serio, y le devuelve la pregunta—: ¿Tú lo tienes?

—Un poquito, sí. Vivo con lo indispensable. Ahorro todo lo que puedo. Y hemos decidido un compañero y yo, también asturiano, que lleva quince años en el mundo del tabaco, probar fortuna con un negocio propio. Por eso estoy en La Habana. Mañana firmaremos la compra de unas vegas.

—No sabes cuánto me alegro. ¿Están en Cifuentes?

—No, en Pinar del Río. Mi compañero asegura que con sus conocimientos sobre el cultivo de tabaco, en esas tierras, podemos conseguir una de las mejores hojas de la isla. Sabemos que puede no salir bien, pero el tabaco cada vez tiene más futuro y aquí se consigue el mejor del mundo —dice Juan, que no puede disimular su pasión—. Te confieso, Silverio, que sueño con convertirme un día en un gran empresario y me animo pensando que a los asturianos no se nos da mal el negocio del tabaco. Ya ves la fábrica de tabacos Henry Clay (en manos de asturianos), que hace poco se ha fusionado con el Águila de Oro.

—Ya sé —apunta Silverio— que es la primera sociedad anónima que se crea en la industria tabaquera.

—Cada vez interesa más el tabaco cubano al capital extranjero que últimamente está comprando fábricas.

—Sí, y además, es cierto eso que dices de los asturianos, uno de Candás también trabaja en el tabaco.

—¿Cómo se llama? —pregunta Juan.

—Genaro Velasco.

—He oído hablar de él. Creo que ocupa un importante cargo en la fábrica La Madama, que es de los hermanos Upmann.

—Te lo sabes todo —dice sonriente Silverio.

—No, en absoluto. ¿Sabes cuántas fábricas de tabaco existen en estos momentos en Cuba? —pregunta Juan, riéndose.

—Ni idea.

—Pues más de mil setecientas...

—¿Y en cuántas decide ya el capital extranjero? —Quiere saber Silverio.

—En unas cuantas, pero la mayoría están en manos de españoles, que no somos extranjeros. No olvides que Cuba pertenece a España —afirma orgulloso Juan.

—¿Por cuánto tiempo?

—Qué cosas preguntas, Silverio, así seguirá durante muchísimo tiempo.

—No estoy yo tan seguro.

—No quiero hablar de política. Tú, como vives en la ciudad, estarás más al tanto de lo que sucede, pero yo solo me dedico a trabajar para asegurar un futuro y poder regresar un día a Asturias. Si este negocio que ahora vamos a empezar nos sale bien, tengo pensado reclamar a mi hermano dentro de un año.

—Pero tú sabes que José Martí acaba de crear hace unos meses el Partido Revolucionario Cubano —afirma Silverio.

Juan permanece silencioso unos momentos, claro que lo sabe, el lector de la fábrica donde trabaja les ha mantenido muy bien informados. Incluso conoce el periódico *Patria*, volcado en conseguir adhesiones al nuevo partido. Se busca el apoyo de los trabajadores. Puede que la gente que vive en la ciudad se interese

más por los avatares políticos, pero como tema de conversación, aunque en la fábrica es distinto, allí se exige una implicación mayor...

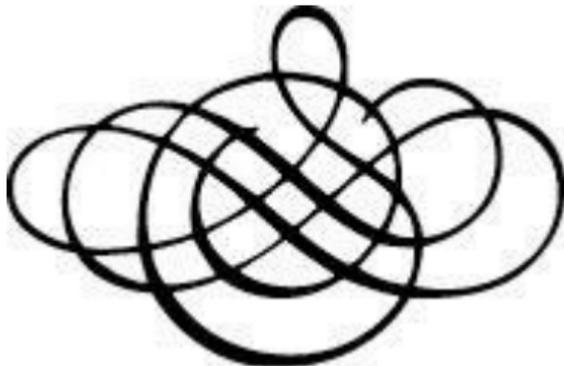
—Silverio, no entiendo nada de política, prefiero que hablemos de otras cosas.

—De acuerdo, Juan. Te voy a llevar a comer a un sitio que te gustará, aunque no tienen chorizo tan bueno como el que cenamos en el muelle en Santander, ¿te acuerdas?

Los dos hombres se sienten transportados por el recuerdo a comentar vivencias conjuntas... Son esas vivencias, la puerta que se abre para que los dos amigos se sinceren en una tarde de domingo.

De todas formas, el tema que había suscitado Silverio era una de las grandes preocupaciones en la sociedad habanera y en especial del gobierno, en manos entonces del general Alejandro Rodríguez Arias, que había sustituido hacía unos meses al general Camilo García de Polavieja como gobernador y capitán general de Cuba. Se decía que Polavieja, que consideraba preocupante la cada día mayor influencia de Estados Unidos en la isla, se iba por discrepancias con el gobierno central que no estaba de acuerdo con la postura del militar que era partidario de conceder una mayor autonomía a Cuba. Polavieja conocía bien la realidad de la isla. Antes de ocupar el cargo de capitán general había participado en los dos enfrentamientos con los independentistas cubanos; la Guerra de los Diez Años y la conocida como Guerra Chiquita.

En realidad, a pesar de la Paz de Zanjón, que puso fin a la Guerra de los Diez Años, los independentistas siguieron conspirando. El resultado fue la Guerra Chiquita. La derrota en este segundo enfrentamiento no les impidió seguir manifestando sus deseos de independencia, que aparecen reflejados en la creación del partido de Martí.



—Madre mía, Silverio, cómo hemos comido. ¿De verdad no quieres que paguemos a medias?

—No, hoy eres mi invitado. Cuando te visite en Pinar, me invitas tú.

—¿Sabes que me he convertido en un experto cocinero? Desde un principio empecé a prepararme la comida yo mismo —asegura Juan—, y ahora no sabes lo bien que me salen los platos criollos.

—¿Pero no vives en una pensión?

—No. Al principio no tenía dinero y me fui a una especie de cobertizos en los que nos dejaban dormir a los que trabajábamos en el campo. Después y como quería ahorrar, tuve la oportunidad de que me alquilaran —muy barato— un pequeño chamizo para mí solo. No es un hotel, pero para mí más que suficiente.

La conversación con su amigo está siendo un revulsivo para Silverio que por momentos recuerda escenas que ya no pertenecen a su mundo. ¿Cómo dormía él en Candás? ¿No compartía un cuarto con sus tres hermanos? «Pero estoy haciendo lo correcto —se dice—. Para eso vine a Cuba, para olvidar la miseria de mi vida anterior» .

—¿Nos sirve otra botella de ron? —pide Silverio al camarero.

—Al momento, señor.

—Uff, Silverio, ya estoy mareado, no estoy acostumbrado a beber —dice Juan, dándose aire con el sombrero—. Oye, amigo, sé que no es de mi incumbencia, pero ¿has vuelto a ver a la señora del barco que te devoraba con los ojos?

—No puedo creer que te acuerdes de ella —dice Silverio con una sonrisa forzada.

—Como si la estuviera viendo, algo que ella no podría hacer porque ni me miró.

—Pues sí, alguna vez la veo —responde Silverio, sin darle ninguna importancia—. De hecho, fue doña Magdalena quien me consiguió el trabajo que tengo.

—Con amigas así da gusto —comenta maliciosamente Juan—. Yo, sin embargo, me relaciono más con mulatas. Son maravillosas, simpáticas y muy sensuales. Además, no te complican la vida; prefieren ser las queridas de un blanco que esposas de un negro.

—Una amiga mía —comenta Silverio— asegura que las mulatas, si prefieren a los europeos es solo con la finalidad de mejorar la especie al tener hijos más blancos. ¿Sabías que cuando una mulata tiene un hijo negro se dice que ha sido un «saltoatrás» ?

Después de una sonora carcajada, Juan apostilla:

—Puede que tu amiga tenga razón, pero a mí no me importa que me utilicen para dar un «saltoalante» .

Ahora son los dos los que se ríen... y charlan sin cesar...

Terminada la botella de ron y antes de que Silverio pida otra, Juan se pone en pie con cierta dificultad, y agarrándose a su amigo, le pide que abandonen el local.

Por las explicaciones que le ha dado, la pensión en la que Juan se quedará esta noche no está lejos de donde se encuentran. De todas formas, un paseo les vendrá bien para despejar un poco.

—Venga, Juan, ánimo, puedes alojarte conmigo en mi hotel.

—Muchas gracias, Silverio, pero he quedado aquí con mi socio. He pasado un día estupendo y te lo agradezco de corazón. Ya sabes, querido amigo, que tengo una deuda de gratitud eterna contigo. Gracias a tu generosidad estoy hoy aquí, y tu comportamiento en el barco fue el de un auténtico amigo.

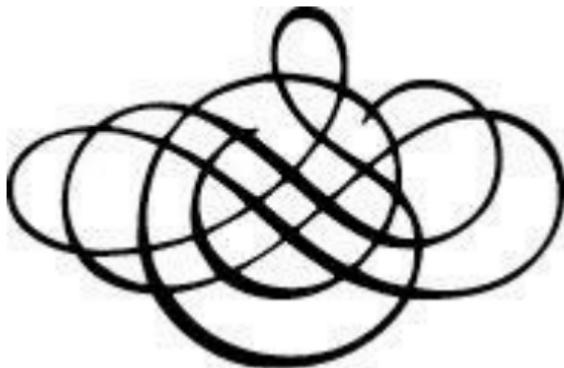
—Tú hubieras hecho lo mismo por mí. Sabes que puedes contar siempre conmigo. Espero que no tardemos tanto tiempo en volver a vernos —dice Silverio.

—Seguro que no, por cierto, dame tu dirección, que ahora ya sé escribir — comenta orgulloso Juan.

—Hotel Santa Isabel. Calle Habana, 136.

—No me extraña que no hayas ahorrado nada. Vives como un capitalista — exclama Juan, que arrepentido se apresura a añadir—: Perdona, Silverio, no tengo ningún derecho. Cada uno hace con su vida lo que quiere.

—No te preocupes, y tampoco resulta tan caro, me hacen un precio especial.



Antes de que abran El Nuevo Amanecer, Silverio pasea por la acera. No ha conseguido dormir en toda la noche. El encuentro con su amigo ha sido un aldabonazo en su adormecida conciencia. ¿Dónde han quedado todos sus proyectos? ¿Dónde los deseos de ayudar a la familia? Vive como un señor pero se ha olvidado de todo lo que no sea él. Su situación puede cambiar en cualquier momento y se verá obligado a partir de cero. ¿Cómo se ha dejado engullir en esta espiral? Sí que lo sabe, aunque le cueste reconocerlo. Silverio es consciente de que su vida está programada por doña Magdalena. Ella es quien le dice cómo debe vestirse. Ningún español empleado de comercio se pondría aquella ropa. Ha sido ella la que ha elegido el hotel Santa Isabel, porque allí puede visitarle con

toda discreción. Ella la que le ha acostumbrado a comer en los mejores restaurantes, a asistir a los lugares más de moda, a sorprenderla con delicados obsequios.

En sus reflexiones, Silverio no culpa a doña Magdalena de su situación, porque es él quien ha aceptado, y, encima, encantado. En esta vorágine en la que vive no se ha detenido a valorar cuál sería la actitud de su jefe si supiera que se acuesta con su mujer. No ha pensado en ello porque en La Habana se vive de otra manera. De hecho, se ha acostado con alguna más y todas casadas. Se promete a sí mismo tomar una decisión. Tiene que dejar de ser un juguete, por muy feliz que le haga doña Magdalena. No está enamorado de ella, pero con nadie es tan feliz. ¿Cómo separase de su lado?

Entra de forma automática en el establecimiento. Esta mañana habría preferido tener algún papel que despachar en la oficina para aislarse de la gente, pero tendrá que atender a los clientes, algo que normalmente le agrada aunque hoy no está para nada...

—¿Cree usted que esta tela, muselina me ha dicho, le gustará a mi mujer?

—Seguro, la hemos recibido hace solo dos días y es la última moda en Europa.

—Está bien, me la llevo —dice convencido el cliente.

—Perdón, don Silverio, la señora de Alonso desea que la atienda usted. Está en su volanta al lado de la puerta principal y quiere zapatos —dice Luisito, que dirigiéndose al cliente, añade—: Señor, yo le empaqueto la tela, acompáñeme, por favor.

La señora de Alonso es a quien menos desea ver aquella mañana. Con unas cuantas cajas de zapatos, Silverio se acerca al coche donde le espera la clienta.

—Buenos días, señora, me he permitido traerle unos zapatos preciosos de cabritilla y satén que hemos recibido y que son de última moda, recién llegados de París. Aunque tal vez usted quiera otro tipo de calzado.

—Querido Silverio, déjame ver, son preciosos. ¿Has traído de mi número?

—Claro, señora, ¿cuál prefiere que le pruebe?

—El azul. Venía en busca de botines, pero has sabido cómo tentarme.

—Ahora le muestro lo más nuevo en botines.

Menos mal que no eran muchas las señoras que hacían sus compras desde el coche, porque era verdaderamente incómodo, de forma especial cuando tenía que mostrarles piezas de género. Era una costumbre bastante arraigada entre las familias de alto nivel económico. Significaba el colmo de la comodidad y de la distinción porque no eran señoras mayores a las que les costase trabajo moverse, sino personas que no deseaban mezclarse con el resto de los clientes por considerarse superiores y para darse importancia.

—Silverio, me encantan los zapatos, sientan de maravilla. Por cierto, no tengo tu dirección, me prometieron que me la darían y no lo han hecho, así que te

invito de palabra a la cena que organizo mañana en el restaurante del Inglaterra.

—Muchísimas gracias, señora Alonso, pero me resulta imposible asistir. Tengo un compromiso ineludible.

—Bueno, en otra ocasión será. Sabes, querido, que te tengo en gran aprecio.

Silverio no tiene ningún compromiso. Ha mentido porque no quiere comprometerse por si a doña Magdalena no le gusta.

No ha terminado de colocar las cajas, cuando una voz que conoce muy bien le dice:

—Buenos días, Silverio, ¿cómo está? Pasaba cerca y pensé en saludar a mi marido, que me ha dicho que han llegado unas muselinas preciosas y aprovecho para verlas. ¿Me las puede mostrar usted?

A Silverio le cuesta disimular. Es rarísimo que doña Magdalena haya ido a los almacenes. Solo con pedirlo le habrían llevado a casa las piezas de tela.

—Buenos días, señora, encantado de mostrárselas, son realmente hermosas —se limita a responder—. Una de ellas tiene un estampado precioso.

La mujer las mira con detenimiento y muy bajo, cuando está segura de que solo Silverio la puede escuchar, le dice:

—¿Se puede saber qué te ha pasado ayer? Estuve pendiente de la puerta esperando tu llegada hasta que me fui desesperada. ¿Sales con alguien? De buena gana me hubiese presentado en el hotel para ver si te había pasado algo. No he dormido en toda la noche y por ello estoy aquí para comprobar que estabas bien. No tienes derecho a hacerme esto.

—Perdona, pero estuve todo el día con Juan, el amigo con el que vine a Cuba, y la verdad es que se me olvidó.

—¿Qué se te olvidó? Eso es mucho más grave. Silverio, sabes cómo te quiero y todo lo que he hecho por ti. Y tú te olvidas de que has quedado conmigo.

—Perdona, Magdalena, pero estabas con tu marido...

—Sí, y a lo sé, pero de no ser por la esperanza de bailar pegada a ti no hubiese ido.

—De verdad que lo siento. Tenemos que hablar, Magdalena —dice con un hilo de voz.

—¿Hablar? ¿De qué quieres hablar?

—De mí.

—No disimules, hombre, al final, todos sois iguales. Has encontrado a alguien y quieres salir corriendo. ¿Es eso verdad?

—No, Magdalena, es que necesito replantear mi vida.

—Déjate de bobadas. Esta tarde hablamos. Pasaré por tu hotel. Espérame en la habitación.

Este va a ser un día maravilloso de sol. Ha amanecido con un poco de calima que poco a poco ha ido desapareciendo y ahora, a las diez de la mañana, Candás reluce bajo un cielo azul purísimo iluminado por un sol esplendoroso. «Hoy la mar tiene que tener un color precioso —se dice Marina—, pero no podré acercarme hasta la tarde». Ha terminado de hacer las habitaciones, y antes de empezar con el comedor —donde todavía algún cliente desayuna—, pasa a la cocina para tomarse un café.

No lleva ni un minuto allí cuando entra la señora Covadonga cargada de bolsas.

—Buenos días, Marina, tenía que haberte pedido que me acompañaras, pero pensé que podría sola. Ahora iré a buscar lo que he dejado en la tienda. Quiero que no falte de nada porque puede que este fin de semana vengan más clientes.

—¿Por qué?

—Por la publicidad. Espera, que quiero que me lo leas. Ahora te traigo el periódico que llegó ayer cuando tú ya te habías ido. Qué suerte, nadie lo estaba leyendo, toma —dice, acercándole un ejemplar del periódico de Madrid, *El Imparcial*, del 23 de julio de 1893.

Marina comienza a leer:

Baños de ola de la playa de Candás (Asturias). Magnífica fonda con espaciosas habitaciones, preciosas vistas al mar y un espacioso comedor. Habitación y mesa redonda, cinco pesetas diarias. Las buenas condiciones de la playa para bañarse en cualquier estado de la mar son ya conocidas del público. La estación más próxima es Veriña, que dista cinco kilómetros, y a donde hay coches diarios de ida y vuelta. Para más detalles dirigirse a su propietario, don Bernardo Alfigeme, Candás (Asturias).

—¿Qué es eso de los baños de ola?—pregunta la señora Covadonga.

—Hace tiempo que es frecuente en otros lugares —comenta Marina.

—Qué lista eres, nena. ¡Ay, qué importante es saber leer! Cuéntame todo lo que sepas de eso baños, quiero estar informada por si alguno de esos finolis que vienen por aquí me pregunta algo —dice riendo la señora Covadonga.

—No conozco el tema a fondo, pero sé que en Francia son muy famosos y hace unos años que se han puesto de moda en Santander, donde todos los veranos acude muchísima gente. Dicen que los baños en la mar son buenos para la salud por las propiedades del agua marina.

Fue a comienzos del siglo XIX cuando las nuevas ideas médico terapéuticas empezaron a recomendar los baños de ola como muy beneficiosos para la salud. La propuesta médica pronto contó con seguidores entre la alta burguesía y la clase pudiente poniendo de moda muchas localidades costeras. La reina Isabel II fue una de las primeras en pasar sus vacaciones al lado del mar, siguiendo el consejo de los facultativos, por problemas cutáneos.

Los escenarios europeos de mayor fama en cuanto a «baños de ola» eran Deauville, Biarritz o Cannes. Muy pronto Santander se convirtió en centro de moda de este tipo de veraneo, a lo que contribuyó la presencia de la familia real española que había elegido la ciudad cántabra como lugar de sus vacaciones.

—Me parece una buenísima idea por parte de don Bernardo —dice Marina —, y puede que, si tiene aceptación y viene mucha gente a Candás, influya en la comisión de estudios del plan de ferrocarriles secundarios para que nos incluyan en la línea de la costa que intentan hacer.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunta sorprendida la señora Covadonga.

—Porque en la última reunión de la Sociedad de Mareantes acordaron enviar una carta al presidente de esa comisión para que tuviera en cuenta a Candás.

No estaba muy equivocada Marina porque los lugares que se iban consolidando como centros «balnearios» habían visto cómo sus comunicaciones habían mejorado, incluso la infraestructura de la localidad sufría modificaciones. Por ejemplo, las playas tendrían que contar con casetas para que los bañistas pudieran cambiarse al ser los trajes de baño de entonces de lana para que no se pegasen al cuerpo.

—Oye, Marina, y estoy pensando yo, la gente no se bañará en el mar como va vestida, ¿verdad?

—No, existen trajes de baño; un pantalón largo y una blusa. Creo que tienen que ser de tela gruesa y de color oscuro.

—¿Tú te bañarías, Marina?

—Me daría un poco de miedo, pero seguro que lo haría. Lo que más me asustaría sería la temperatura del agua. ¿Sabe, señora Covadonga? El periodista madrileño que está en la fonda con su madre me ha contado todos los requisitos que hay que cumplir antes de darse un baño de ola.

—¿Se va a bañar él?

—Creo que sí.

—Pues tendremos que ir a verlo. Tiene que ser todo un espectáculo.

—No creo que pueda, porque las horas aconsejadas son de diez de la mañana a cinco de la tarde, y durante ese tiempo estamos trabajando —explica, riéndose, Marina.

—¿Eso también te lo ha dicho él? ¿Qué otras cosas te ha contado de los baños?

—Pues que tienen que pasar dos días cerca del mar antes de introducirse en ella. Conviene bañarse con marea alta para que el agua esté más cerca y haya más olas. También es oportuno hacer algo de ejercicio antes de meterse al agua, y una vez que lo vas a hacer, tiene que ser de golpe para sentir menos frío.

—Menudo rompedero de cabeza, *guapina*. Mejor no bañarse. Y dime, ¿no te gusta un poco ese periodista?

—Pero, señora Covadonga, ¿a qué viene eso?

—Yo creo que tú le gustas muchísimo a él. No hay más que ver cómo te mira.

—Eso son imaginaciones. Me gusta hablar con él porque es amable y muy culto.

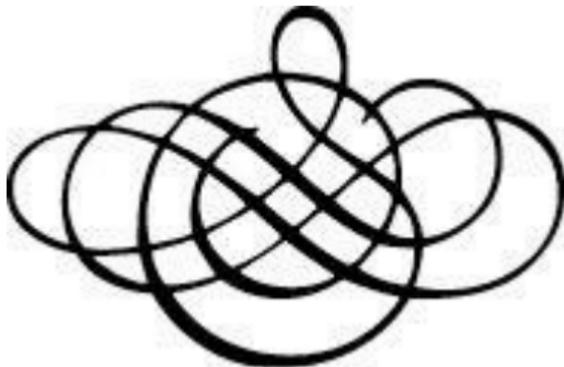
—¡Ay, tú y la cultura! Quiero que sepas que se van a quedar otros quince días y que todas las mozas de Candás están a la caza y captura del muchacho, así que si te interesa, aunque sea un poco, espabilate.

Ernesto Crespo era un joven periodista que había venido con su madre, recientemente viuda, a visitar a unos parientes en Piedeloro y se hospedaban en la fonda de Candás. El buen tiempo y el agradable ambiente en la villa y la posibilidad de poder darse unos «baños de ola» les había llevado a prolongar su estancia otros quince días.

Marina siente cierto malestar al pensar que alguna de las muchachas candasinas pueda hacerse amiga del periodista. Le molesta esa sensación pero no es capaz de saber la causa, porque a ella no le gusta el muchacho ni tiene ningún plan preconcebido con él. Aunque es probable que la explicación haya que buscarla en que si Ernesto se interesa por alguna chica, Marina se verá privada de las interesantes conversaciones que mantiene con él.

—¿Ya sale con alguien? —pregunta Marina.

—Que yo sepa, no, pero me consta que varias se hacen las encontradizas. Venga, vamos a trabajar.



—Qué buenísimas están estas rosquillas, señora Covadonga —alaba Marina.

—Ya sé que te gustan mucho. Come bien, que hoy has trabajado mucho. ¿Te vas para casa?

—No, hace tan bueno que me acercaré al muelle.

—¿Vas sola?

—Sí.

—¿No te importa que digan que eres un poco rara?

—No, en absoluto. Quien me conoce sabe que no es así.

—Te tengo en gran aprecio, Marina, y está bien que te muestres tan segura, pero ten cuidado.

—Gracias, señora Covadonga.

Marina, cuando lleva el pelo recogido, no se vuelve a peinar al salir del trabajo, pero hoy sí lo hace y se mira al espejo. Quiere estar lo mejor posible. Lleva aquella camisa blanca con un poco de encaje que le regaló doña Elena cuando la primera comunión de Carmina, hace algo más de diez años. Lo cierto es que cuida la ropa muchísimo. La falda es más reciente, de color azul oscuro, es de un largo (media pierna) que la favorece al estilizar su figura.

Contemplando su porte, se podría confundir perfectamente con la señora de la casa, aunque fuese vestida de forma sencilla.

Llega al muelle sin cruzarse con nadie amigo. Sí se ha encontrado con algunos forasteros que están de visita en Candás y que amablemente la han saludado dándole las buenas tardes al pasar a su lado. Marina piensa en lo agradable que puede hacer la vida la buena educación.

La mar está quieta, tranquila... un grupo de curiosos mira la llegada de las lanchas que vuelven de la sardina, que este verano se da de maravilla. Los niños se acercan con cubos para portar el brillante pescado.

—Buenas tardes, Marina, si yo viviera aquí, bajaría todas las tardes para verles llegar —comenta Ernesto Crespo, acercándose a ella.

—Siempre es momento de alegría presenciar el regreso de los pescadores a puerto.

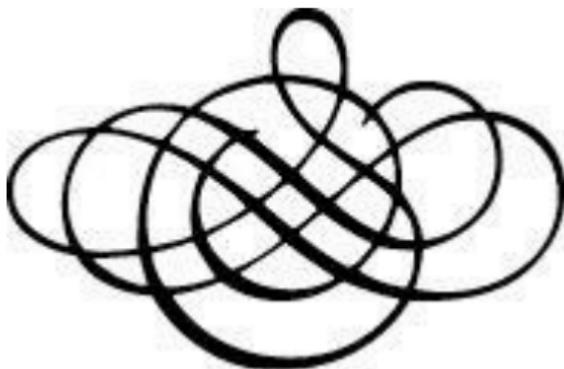
—Tiene usted razón, conozco la triste historia de este pueblo, como otros de la costa, marcada por los naufragios.

Marina se queda callada. Aquel joven es agradable, pero no desea compartir con él su triste y desgraciada experiencia. Sonríe levemente y se dispone a continuar su paseo.

—Perdóneme, ¿la puedo acompañar? —pregunta Ernesto.

La joven es consciente de que la van a criticar. Pasear sola con aquel muchacho dará lugar a muchos comentarios y especulaciones, pero no le importa. Ya es una persona adulta.

—Voy para casa... pero por supuesto que puede.



Nada más abrir la puerta de casa escucha la voz de su sobrina Norita que emocionada dice:

—Qué bien que llegas, Marina. Te estaba esperando. Quiero decirte la lección de geografía, ya me sé todos los ríos.

—Hola, cariño, en unos minutos estoy contigo.

Adora a aquella niña tan buena y tan estudiosa. Existe una relación muy especial entre tía y sobrina. La pequeña comparte habitación con ella y Carmina, que dentro de unos meses las dejará solas para ingresar en el convento. Dentro de poco se casará su hermano Armando y también se irá. Marina se entristece al comprobar cómo la familia se va desgajando, aunque sepa que es ley de vida. Ella es la única que permanece igual, que no imprime cambios en su existencia. No le gustaría convertirse en la tía solterona a la que todos recurren en un momento dado, pero si es eso lo que la vida le tiene destinado, lo aceptará de buen grado. Marina está segura de que jamás hará nada que no desee por cambiar su situación.

—Marina, quería hablar contigo —dice su hermano Xuaco desde la puerta de

la habitación, y antes de que ella responda, prosigue—: Estoy preocupado porque esta tarde me he encontrado con Rosa, la madre de Silverio, y hace más de un año que no tiene noticias tuyas.

—Me lo imaginaba —comenta Marina—, porque Rosa no me ha llamado desde hace mucho tiempo para leerle ninguna carta. Claro que puede recurrir a otra persona. Pero eso ya ha sucedido más veces. En una ocasión tardó casi dos años en mandar noticias.

—Pero Rosa dice que presiente que algo pasa. Estoy pensando que le voy a escribir yo —apunta Xuaco—. Si le sucede algo, tal vez sea más fácil que se desahogue conmigo que con su madre.

—Sí, es posible.

—¿Te importa escribir la carta, Marina? Ya sabes que mi letra es muy mala, por eso te lo pido.

—No me des explicaciones, hermano, lo hago con gusto. Primero voy a atender a Norita. Después de cenar la escribimos.

—Perdone, supongo que esto será suyo —dice la mujer al revisar los bolsillos de la chaqueta.

Silverio mira sorprendido el sobre y de repente se da cuenta. No tiene ni idea del tiempo que lleva aquella carta en su poder. ¡Se había olvidado de ella!

—Sí, gracias —dice, tomándola en sus manos.

—La chaqueta está en buen estado, pero no le puedo dar más de lo que le había dicho —asegura con cierta pena la empleada de la casa de empeño.

—Está bien, no se preocupe.

Ya en la calle busca un lugar donde sentarse. Mira el sobre y al darle la vuelta y leer el remite a punto está de gritar. Recuerda que cuando la recibió, al ver la misma letra de siempre, pensó que sería de su madre. Abre muy nervioso el sobre temiendo encontrarse con una triste e irreparable noticia...

Querido amigo Silverio:

Te sorprenderá que te escriba y te pido disculpas por entrometerme, pero te considero amigo y además quiero a tu madre. Ayer, después de estar con ella y de ver lo mal que lo está pasando, me decidí a ponerme en contacto contigo.

Seguro que tendrás tus razones para no dar cuenta de ti, aunque yo creo que, a no ser que estés enfermo o hayas perdido la memoria, no existe ninguna disculpa para que en tanto tiempo tu familia no sepa nada de ti.

Se ha casado uno de los gemelos. Sé que te lo contaron en la última carta y no te has molestado en enviarle unas letras de felicitación. Es tu hermano, Silverio.

He oído decir que las cosas en La Habana, en lo que a política se refiere, están un poco revueltas. No te habrás metido en líos, ¿verdad?

Te conozco bien, Silverio, y sé que eres buena persona. Es posible que en las grandes ciudades la vida se pueda complicar, aunque no creo que hasta el punto de no poder enviar noticias a casa.

Comprendo que pueda haberte pasado alguna desgracia, pero estoy casi seguro de que no ha sido así (de lo que me alegro). Normalmente, querido amigo, las malas noticias vuelan, y aunque estás muy lejos, nos enteraríamos.

Te pido por favor que des cuenta de ti. Es muy triste ver cómo tu madre se consume de dolor día a día creyendo que te ha pasado algo grave.

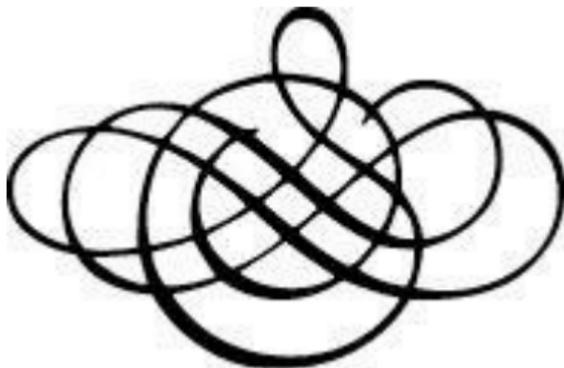
No te molestes en contestarme a mí, pero ponle dos letras a tu madre. Te vuelvo a pedir disculpas. Sabes que soy tu amigo, y por lo mucho que hemos vivido juntos es por lo que me atrevo a hablarte con la misma sinceridad que lo haría con un hermano.

Te envío un gran abrazo.

Xuaco

Silverio se queda petrificado incapaz de reaccionar. ¿Cómo escribir? ¿Qué les va a contar? Su vida en los últimos meses es una auténtica pesadilla. No quiere culpar a nadie, solo él es responsable de lo que le sucede. Pero no puede seguir así. Ya no sabe quién es... Tiene que dejar de sentir pena de sí mismo. Todavía hay gente que le quiere. Se ha olvidado de su familia... Puede que aún esté a tiempo de reconstruir su vida. Con el dinero que le han dado por la chaqueta se desplazará a Pinar del Río. No ha contestado tampoco a ninguna de las cartas de Juan, pero sabe que sigue allí. Su amigo es el único salvavidas al que puede agarrarse.

¿Cómo se puede llegar a odiar de esa forma?



Cuando le planteó a doña Magdalena que deberían terminar con su relación, se negó a escucharle. Ella sabía muy bien cómo hacerle olvidar todo. Le recordaba incesantemente lo mucho que le debía, que era un pobre desgraciado cuando acudió a ella. Además, el deseo que despertaba en él era incontrolable. Quería

alejarse, pero era incapaz de resistirse a sus encantos. La oportunidad se le presentó cuando doña Magdalena se ausentó unos días de la ciudad. Fue entonces cuando Silverio decidió cambiar de hotel, buscando una pensión modesta para intentar reconducir su vida.

A su regreso, doña Magdalena se mostró enfadadísima y acusó a Silverio de querer alejarse de ella porque había encontrado a otra mujer más joven.

—Claro que lo entiendo muy bien, te has acostado conmigo durante este tiempo porque yo era hermosa y apetecible, pero ahora, como estoy próxima a los cuarenta, me rechazas. ¿Para eso te he entregado yo nueve años de mi vida?

—También yo te los he entregado y me sigues pareciendo adorable, pero tengo que pensar en mi futuro y en mi familia.

—Déjate de monsergas. No te creo, y espero que reacciones, porque, de no ser así, te atendrás a las consecuencias.

Silverio recuerda que a punto estuvo de claudicar. Delante de aquella mujer se convertía en un monigote sin voluntad. Aún no sabe cómo consiguió mantenerse firme, pero lo hizo. Es posible que si sospechara lo que iba a pasar, renunciaría. Aunque no, todo lo contrario, no podría seguir al lado de una persona capaz de comportarse de aquella forma.

No había pasado una semana desde la conversación con doña Magdalena cuando el marido de esta, el dueño de El Nuevo Amanecer, su jefe, le llamó al despacho.

Silverio acudió confiado, jamás podría imaginar lo que sucedería en unos segundos.

—Pase, Rodríguez, y siéntese por favor.

—Gracias, buenos días —saludó Silverio.

—Verá usted, Rodríguez, es un tema embarazoso el que tenemos que tratar, pero espero que usted me ayude a solucionarlo lo más discretamente posible.

Aquellas palabras pusieron a Silverio sobre aviso.

—Usted dirá, señor Castro, ya sabe que cuenta siempre con mi colaboración —respondió muy serio.

—Eso espero, porque el escándalo puede afectarnos a todos. Me han dicho, y mi mujer me lo ha confirmado, que usted la persigue desde hace tiempo haciéndole todo tipo de insinuaciones. La verdad es que no podía creerlo, ¡usted!, Silverio, al que hemos tratado como a un hijo... Y además, por si esto fuera poco, tengo información de que nos ha robado. Se ha permitido regalar cortes de tela muy cara a señoras amigas. Incluso ha agasajado a personas, que todos conocemos, con zapatos exclusivos. Como comprenderá, esto no se puede tolerar.

—Pero todo es mentira. No es más que un engaño de alguien que me quiere destruir —dijo horrorizado Silverio, que no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Mire, Silverio, por los años que ha trabajado aquí y por el aprecio que

siempre le he tenido, voy a ser sincero; no sirve de nada que niegue las acusaciones que han llegado hasta mí, porque, aunque se demostrara que lleva razón, no le creería. Me veo obligado a despedirle, y de verdad le rogaría que fuera usted quien decidiera libremente irse. Así nadie indagará, como sucedería si le despido. Puede inventarse lo que quiera. Y no se moleste en pedir informes para conseguir otro trabajo porque, lógicamente, es mejor para usted que no existan. Lo comprende, ¿verdad?

—No, señor, no comprendo nada. Está cometiendo usted una injusticia manifiesta.

—Es posible que así sea, pero no me queda otra opción. Buenos días, Rodríguez.

Y así le habían puesto en la calle. No protestó. No habló con nadie. Desapareció de aquel ambiente en el que había vivido los últimos años. Un ambiente en el que nunca había sido verdaderamente admitido, ahora lo sabía. Qué inconsciente había sido. Se sentía avergonzado... Deambuló por la ciudad sin saber qué hacer... Pasó días enteros encerrado en la habitación de la casa de huéspedes. Bebió en exceso... El poco dinero del que disponía se terminó y empezó a deshacerse de sus pertenencias, sin tomar una decisión... No quería ver a nadie que le pudiera reconocer... Solo aquella mañana, al leer la carta de su amigo Xuaco, tomó la decisión de viajar a Pinar del Río en busca de ayuda.

El despertar de Silverio

La Habana, 1895. Dos años después

Silverio cierra el libro donde lleva la contabilidad de la sección que le han encomendado. Hace dos meses que trabaja en los grandes almacenes El Encanto. No puede creer la suerte que ha tenido. Es un hombre nuevo. Aunque tal vez fuera más correcto decir que ha vuelto a ser el mismo que salió de Candás hace doce años. Ha recuperado sus ilusiones, sus proyectos y todo gracias al cariño y apoyo de su amigo Juan. Quién le iba a decir cuando juntos cenaban al raso en el puerto de Santander que sería aquel inocente muchacho, Juan, que nunca había visto el mar, que no tenía más que cinco pesetas para llegar a Cuba, quien le salvaría de la desesperación...



Ni un hermano se habría comportado mejor. Silverio había llegado a Pinar del Río en un estado lamentable y Juan le cuidó proporcionándole un lugar donde reponerse. Después le ofreció trabajar con él. Y Silverio aceptó agradecido y empezó a conocer el interesante mundo del tabaco en el que Juan ya era un experto.

Corría el mes de agosto, la época en la que se preparaban las tierras. Silverio pudo comprobar cómo su amigo amaba la tierra y la cuidaba.

—Es como las personas, si la mimas y la tratas bien, siempre responde. He acertado al comprar esta vega —decía Juan—, porque es en esta zona occidental de la isla donde se dan las mejores condiciones climáticas. Las hojas que hemos recolectado de nuestra primera cosecha han sido espléndidas. No sabes la ilusión que me hace ver mis primeros habanos, pero tendré que esperar más de un año.

—¿Pero cómo es posible que se tarde tanto —había preguntado sorprendido Silverio—, si hace una semana que sembramos y las semillas ya han germinado?

—Porque el proceso es muy largo y laborioso. Mira, dentro de un mes —le explicaba Juan mientras recorrían la vega—, cuando los brotes de esas semillas alcancen los quince centímetros, los trasplantaremos a los surcos definitivos que deben estar abonados y muy bien regados. Después, durante unos tres meses, cuidaremos con esmero las plantas para que crezcan en libertad, hasta que alcancen una altura de un metro ochenta centímetros aproximadamente. Es entonces cuando les podaremos la yema superior para que no crezcan más y se fortalezcan. Después, en abril, haremos la recolección, que posiblemente sea el trabajo más duro, pues separamos hoja por hoja...

Vaya si era laborioso y cansado ir separando las hojas de una en una. Silverio lo había comprobado en la primavera siguiente; aunque su amigo no quería que fuera a la recolección, él se había empeñado. Después de observar durante un tiempo cómo la hacían los expertos, se puso a la labor.

—Vas a convertirte en un tabaquero experimentado, ya verás —le decía riendo Juan.

Verdaderamente, pensaba Silverio, el tabaco era barato si se tenía en cuenta el tiempo que era necesario dedicarle, porque después de todo aquel proceso, una vez recolectadas, había que insertar las hojas en unas grandes agujas que llamaban cujes para someterlas a la desecación natural. Pasados dos meses, se procedía al zafado o amarre del tabaco formando gavillas con las hojas que eran llevadas a la casa de fermentación o curación. Solo después del tiempo conveniente para la fermentación eran entregadas al torcedor.

Algunos días se acercó para ver cómo trabajaban los torcedores. Era pura artesanía. Silverio se reía mirando sus torpes manos. Jamás conseguiría hacer aquel trabajo que Juan realizaba como si no hubiese hecho otra cosa en su vida.

—No tengo el grado de maestro —le decía Juan—, pero me defiendo bastante bien, aunque me ha costado lo mío. Más de cinco años aprendiendo con los mejores.

—Ni en cincuenta podría aprender yo.

—Porque no te gusta.

Su amigo tenía razón, pero a pesar de estar trabajando en algo que no le satisfacía, Silverio se encontraba bien en Pinar del Río. La vida transcurría allí de

forma tranquila. No hacía ni treinta años que Pinar había sido distinguida con el título de ciudad. Tenía importantes edificaciones como la catedral, el ayuntamiento, el teatro y grandes almacenes que no desentonarían en La Habana. Más de una vez, Silverio había estado tentado a probar suerte y acudir a pedir trabajo, pero no quería que Juan se sintiese molesto. Qué poco conocía a su amigo.

Una tarde, cuando regresaban a casa, pasaron delante de los almacenes y, como si Juan supiese leer los pensamientos, le dijo:

—¿Por qué no entramos? Es posible que puedan emplearte.

Si Silverio se hubiera negado, a buen seguro seguiría en Pinar, pero no se opuso y los dos traspasaron la puerta.

Silverio no pudo evitar que su mente recuperara de nuevo todo lo sucedido en El Nuevo Amanecer. Volvió a escuchar la risa sonora de doña Magdalena.

—Juan, salgamos. Aquí no hacemos nada. No puedo.

Pero Juan no le hizo caso y Silverio vio cómo se dirigía a uno de los encargados con el que charlaba amigablemente. Se sintió mal, incapaz de escuchar lo que hablaban, solo quería salir de aquel lugar en el que parecía ahogarse, pero sí vio a un hombre sumándose a la conversación de su amigo con el encargado.

—Acércate, Silverio, te voy a presentar a don Bernardo Solís, es asturiano, como nosotros. Le invitamos, don Bernardo, vamos a tomar unas copitas de ron.

Cuando Silverio supo que aquel señor que estaba de visita en Pinar del Río era uno de los dueños de los almacenes El Encanto, de la ciudad de La Habana, le habría gustado desaparecer y al escuchar a Juan mucho más.

—Ya le digo, don Bernardo, mi amigo es buenísimo en todo lo referente al comercio y posee una amplia experiencia.

—Pero le pasa algo a su amigo. ¿Por qué no habla él? —preguntó don Bernardo.

—No se encuentra demasiado bien. Y creo que tiene miedo.

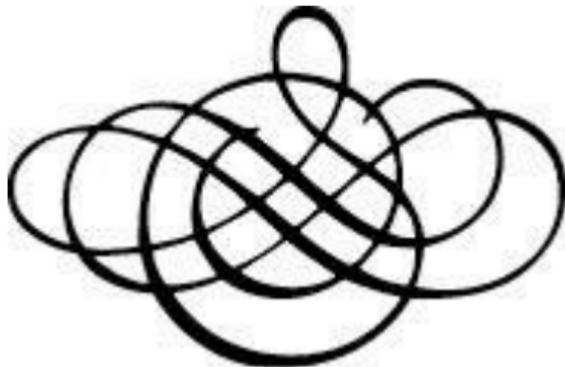
—¿Le gustaría a usted trabajar para nosotros? —le preguntó don Bernardo a Silverio.

No había nada que le pudiera hacer mayor ilusión que ser empleado en El Encanto, que se estaba convirtiendo en los almacenes más famosos de la isla, pero no debía, llegarían rumores, sabe Dios qué cosas dirían...

—Sí que me gustaría, pero es imposible porque estoy trabajando aquí en Pinar del Río —contestó muy serio Silverio.

—No entiendo nada, su amigo se estaba interesando por un empleo para usted...

—Verá, don Bernardo, el tema es un poco complicado. Silverio, ¿por qué no le cuentas la verdad?

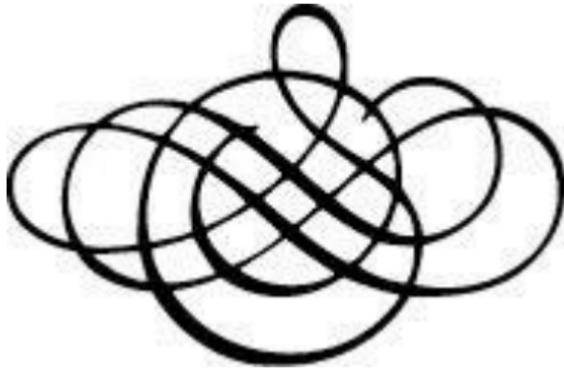


Al recordarlo, Silverio vuelve a sentir calor en sus mejillas. Forzado por su amigo, contó al dueño de El Encanto parte de su problema. De esa forma, si llegaba algún rumor o comentario, ya estaría enterado.

Y esa fue la solución. Don Bernardo mantuvo su oferta y Silverio aceptó, y allí está, trabajando en lo que más le gusta. Cada día aprende algo nuevo sobre el negocio y los muchos proyectos en los que se implica le llenan de ilusión.

Desde su llegada vive en una pensión normalita y se viste como cualquier español de los muchos que en Cuba se dedican al comercio. Ahora está mucho más en contacto con los asturianos. No imaginaba que superaran los cincuenta mil. Solamente la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana, en la que se ha inscrito, cuenta con diez mil trescientos afiliados.

Termina de recoger todo y, como no es muy tarde, decide escribir a su familia con calma. Después de la carta de Xuaco solo había enviado una diciendo que estaba bien y que nada grave le ocurría, dándoles la dirección de su amigo Juan para que le enviaran allí las cartas. Hoy tampoco les contará el porqué de su estancia en Pinar del Río, pero les dará sus nuevas señas en La Habana. Les dirá que ha vuelto a la ciudad por una estupenda oferta de trabajo y que espera dentro de poco hacerles una visita. Y por supuesto, les tranquilizará sobre la guerra que acaba de comenzar. Es posible que se inscriba como voluntario, todo dependerá de lo que le digan sus jefes. De momento, las ciudades permanecen bajo dominio español.



Hacia solo quince días que los independentistas cubanos habían protagonizado lo que pasaría a la historia como el Grito de Baire o de Guantánamo o de Oriente (poco importa). Era el estallido independentista, el comienzo de la guerra por liberarse de la tutela española. La normalidad no solo se había roto en Baire por los mambises capitaneados por José Martí, sino en otras treinta y cinco localidades en las que el ejército mambís atacó a las tropas españolas. La reacción del gobierno de Madrid fue nombrar gobernador de Cuba al general Martínez Campos, que ya había participado en anteriores confrontaciones con los independentistas y poseía un amplio conocimiento de la isla.

Candás. Unos meses después

La vida discurre en Candás sin grandes sobresaltos... Hace más de un año que Carmina ingresó como hermana de la caridad de San Vicente de Paúl. No pasa ni un solo día en que Marina no piense en ella, pero, para su satisfacción, las pocas veces que la ha visto la encuentra tan feliz que le ayuda a sobrellevar la separación. Su hermano Armando se ha casado y ya no vive con ellos. Todos se han ido para iniciar una nueva vida menos ella, que sigue compartiendo casa con Xuaco y Teresa. No le importa que muchos la tilden de solterona, no tanto por la edad, aunque ya tiene veinticuatro años, sino por el tipo de vida que hace, siempre pendiente de sus sobrinos, especialmente de Norita, a la que adora.

Aquella mañana, su cuñada Teresa, mientras amamanta al pequeño de sus hijos, la observa con curiosidad. Marina recoge la cocina antes de irse a trabajar.

—No te entretengas, Marina, luego lo hago yo. Me sorprende verte con esa ropa. ¿Vas a hacer algo especial hoy?—pregunta Teresa.

—No, nada extraordinario, pero como hay gente forastera en el pueblo, sí después de trabajar me apetece dar un paseo, quiero estar presentable.

—Estás muy guapa. Ya quisieran muchas de las veraneantes tener la planta que tú tienes. Cualquier cosa que te pongas te sienta bien. Un simple percal en ti se convierte en seda.

—No exageres, Teresa, tú sí que eres una artista. De no ser porque tú me los haces, no podría llevar estos vestidos tan bonitos.

Teresa ha dejado de ir a la bodega después de tener el segundo hijo y se dedica a coser, que siempre se le ha dado muy bien, y de esa forma puede estar mucho más pendiente de la casa y de los niños.

El vestido de Marina es de una tela sencilla pero con un bonito estampado en tonos rosa. La falda con vuelo, de campana. Cuerpo muy entallado, con escote redondo y unas mangas hasta el codo con forma de campana también. Lo han copiado de un anuncio en un periódico que había llevado Marina.

—Tú ya sabes, Marina, siempre que puedas, me traes periódicos o revistas para copiar.

—Por supuesto. Bueno, ya me voy. Dile a Norita que esta noche estudiamos juntas. No vendré tarde.

—Vives demasiado pendiente de tu sobrina, Marina. Tienes que hacer tu vida y divertirte como las demás jóvenes.

Teresa se lo dice por mero formulismo, porque sabe que es perder el tiempo. Su cuñada no es como las demás. Con un carácter muy reservado, jamás le ha dicho nada, pero ella sospecha que una de las razones que llevan a Marina a comportarse de esa forma es Silverio a quien seguro, piensa Teresa, ha idealizado en el recuerdo. No es que le preocupe la situación de su cuñada, aunque a veces tiene la sensación de que Marina no es feliz y eso habría que remediarlo.

Marina baja la calle Santolaya respirando con voluptuosidad el aroma que sube de la ribera que, recién nacido el día, es especial.

Ha mentado a su cuñada. No es verdad que se haya puesto el vestido nuevo por los forasteros —que poco le importan—, sino porque es muy probable que hoy llegue a pasar unos días Ernesto, su amigo periodista. No es que le interese mucho el muchacho, pero quiere que la vea guapa. Ya es el tercer verano que acude con su madre a Candás. Se han hecho amigos. A Marina le encanta hablar con él, sabe tanto. Le escribe dos o tres cartas al año. La señora Covadonga siempre le dice que está enamorado de ella, pero Marina prefiere no pensar en ello. Silverio no se ha casado y puede que vuelva en cualquier momento. Por fin le ha escrito a su madre diciéndole que vivía en otra ciudad. No se lo ha comentado a nadie, pero ella está segura de que a Silverio no le van bien las cosas. Y ahora, con la guerra, sabe Dios lo que sucederá. Está deseando preguntarle a Ernesto por Cuba. Seguro que él puede informarla. ¿Qué pasará con Silverio? ¿Tendrá que tomar las armas?

—Qué guapa vas, Marina —le dice la madre de Silverio, que coincide con ella delante del ayuntamiento.

—Gracias, Rosa, buenos días. Llega tarde a la bodega.

—No iré por la mañana, me encuentro regular, voy a que me vea el médico.

—¿Qué le pasa? —pregunta Marina con cariño.

—Me duele el estómago y siento mucho malestar. Tengo algo de fiebre. Seguro que fueron los corazones que cené.

—¿Ha cenado corazones? —pregunta asombrada Marina.

En Candás, sobre todo en las familias con mujeres en la bodega, era frecuente que les dieran los corazones de los bonitos que, bien limpios, partidos en trocitos y con mucha cebolla, se preparaban en la sartén, y eran considerados por entonces como un auténtico manjar.

—Ya sé que son muy fuertes —dice Rosa—, pero habían quedado del mediodía y están tan buenos que no me pude resistir.

—Corazones para comer y para cenar, no me extraña que se encuentre mal. Tendrá una congestión...

—No sé, y a veremos que dice el médico. Cuando tengas un rato libre después de trabajar, pásate por casa para escribirle a Silverio, pero sin prisa, cuando puedas.

—Esta tarde estaré ocupada, pero mañana me acerco.

—Cuando quieras. Oye, Marina, ¿no te sientes importante al servir en casa del alcalde? Menuda influencia que tendrás ahora —dice Rosa mientras se aleja sin esperar contestación.

Marina se queda un rato mirándola. La ve con mucha frecuencia y aun así nota lo que ha envejecido. Debe de tener unos cincuenta años, se dice, pero ha trabajado y trabaja tantísimo. Afortunadamente, ahora los hijos ya están empleados. Se han quedado con ella en casa Lolo, que es el mayor, después de Silverio, y uno de los gemelos; el otro se ha casado y vive en Gijón. La niña, Marisa, también se casó con un marinero de Luanco.

—Marina, ¿vas a trabajar? —le dice la maestra doña Victoria.

—Sí, me he parado con Rosa, pero ya voy con la hora justa.

—Qué bien, voy contigo. ¿Suele desayunar pronto don Bernardo o lo hace después de llegar tú?

—Casi siempre le sirve el desayuno la señora Covadonga antes de las ocho.

—Verás, es que quiero hablar con él para ver qué piensa del proyecto que me gustaría presentar para que lo debatieran en el pleno del ayuntamiento.

Después de haber desempeñado el cargo de concejal durante unos años, Bernardo Alfageme había sido elegido alcalde de Carreño.

—Hace unos días se nos ocurrió a doña María del Rosario y a mí la posibilidad de solicitar que nos permitieran abrir una escuela para adultas. Tú sabes, Marina, el escasisimo nivel de la mayoría de jovencitas, que no saben ni leer ni escribir. Entiendo que las personas mayores tengan esas carencias, pero las jóvenes... es algo que me desespera.

—Sí que es una pena —dice Marina—. ¿Se acuerda cómo fracasó el proyecto de la cofradía de enseñar a mayores de catorce años?

—Sí, pero debemos seguir intentándolo. Es incomprensible la falta de interés por la cultura en este pueblo.

Marina se queda pensativa. Está de acuerdo con la maestra, pero es candasina y ante una forastera tiene que defender a su gente.

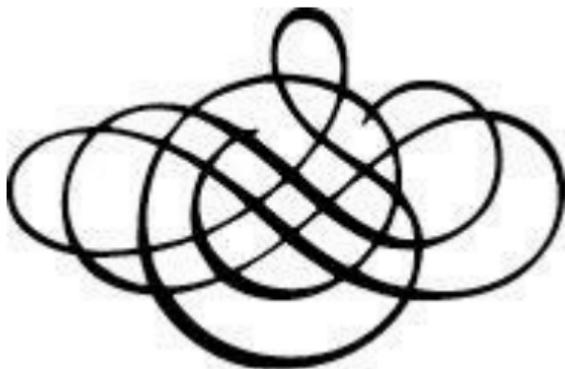
—Perdóneme, doña Victoria, pero no es del todo cierta esa afirmación —rebate—, porque a las niñas se las obliga a trabajar. Las necesidades son muy grandes y todas las manos son pocas. No es que no quieran aprender.

—Claro que las necesidades son grandes, pero lo que les pasa a la mayoría de las chicas es que no vuelven a leer nada nunca más. Hace dos años tuve que pedir que me enviaran a otra maestra porque no podía atender bien yo sola a

más de cien niñas. Ahora somos dos, María del Rosario y yo. Seguimos ocupándonos de muchas niñas, pero están tres años, cuatro, y pronto se olvidan de lo que han aprendido. Casos como el tuyo, Marina, no suelen darse. Bueno, sabrás que Norita se parece mucho a ti. Y se nota que tú te ocupas de ella.

A Marina se le iluminan los ojos. Adora a su sobrina. Ha concentrado todo su cariño en aquella muchacha.

—Espero que ella pueda estudiar. Lucharé para que lo haga —asegura muy seria Marina—. No deseo que le suceda lo que a mí.



Antes de meterlos en la bolsa los vuelve a mirar con adoración. Son dos libros, los dos tomos de *La Regenta*, la primera novela de Leopoldo Alas Clarín, escrita hacia diez años.

—Y luego dices que no está enamorado de ti. Pues no entiendo nada. Vamos, que si le resultaras indiferente, te iba a traer regalos —dice, riéndose, la señora Covadonga.

Tal y como presentía Marina, Ernesto Crespo había llegado a Candás para pasar quince días, acompañando a su madre.

—Sin duda es amabilísimo, pero no significa nada más, señora Covadonga. El año pasado me habló mucho de esta obra que alude a Candás, aunque le da otro nombre. Incluso se cita el desgraciado naufragio en el que murieron tantos candasinos, entre ellos mi padre. Ernesto sabe lo mucho que me gusta leer y quiso sorprenderme —dice Marina, que no puede disimular la ilusión que le hace ser la dueña de aquellos libros.

—Y seguro que ahora ya está esperando para dar un paseo y acompañarte a casa —apunta sonriendo la señora Covadonga.

—Puede que sí.

—Ándate con cuidado, Marina, que luego la gente habla.

—Me da lo mismo.

—Debería importarte. Ya dicen de ti que te consideras superior y que no

quieres relacionarte con la gente del pueblo.

—Eso no es verdad —replica la joven, enfadada—. Me voy, hasta mañana.

La conversación con la señora Covadonga la ha puesto de mal humor, aunque intente disimularlo. ¿Por qué todo el mundo opina sobre lo que hacen los demás? Ella no se ocupa de nadie. Aunque casi preferiría que Ernesto no la estuviera esperando. No quiere que los comentarios de otros influyan en ella, pero le duele lo que dicen... Al volver la esquina lo ve paseando por la acera.

—Marina, ¿me permite que la acompañe? —pregunta Ernesto con expresión ilusionada.

—Sí, y podemos bajar hasta el muelle porque he salido un poco antes.

Marina no entiende muy bien por qué ha dicho eso, si hace unos segundos prefería irse para casa, pero a veces es así de contradictoria. Aunque en el fondo conoce perfectamente la razón de su postura: quiere que la vean con un guapo mozo como Ernesto. Desea demostrar que si está soltera es porque le apetece.

—No sabe las ganas que tenía de volver a verla. He de confesar que muchas veces pienso en usted.

—Pues su vida en Madrid, en la redacción del periódico y con sus amigos, no debe dejarle mucho tiempo.

—No salgo mucho, llevo una vida muy tranquila. No se lo había dicho, Marina, pero cada vez está usted más guapa.

Ella se siente un poco violenta y disimula como puede.

—Gracias, eso se lo dirá usted a todas, Ernesto.

—La verdad es que no.

—¿Por qué no me habla de las obras de teatro a las que ha ido este invierno?

—Como usted quiera, Marina.

Los dos jóvenes pasean en animada conversación bajo la curiosa mirada de las personas con las que se cruzan.

—Un día que usted descanse, Marina, me gustaría organizar una pequeña excursión.

—¿Adónde me llevaría? —pregunta divertida.

—Desearía que fuera usted la que me enseñara algún lugar del concejo. Sería precioso descubrirlo a su lado.

A Marina le da la sensación de que este año su amigo ha cambiado. Es mucho más amable y meloso, algo que le hace ponerse en guardia. Tal vez sea mejor dar por finalizado el paseo.

—Ernesto, se me hace tarde, debo regresar a casa. Otro día me tiene que hablar de lo que está sucediendo en Cuba. Lo cierto es que estoy muy preocupada por un amigo que vive allí.

—Encantadísimo, Marina, pero seguro que su amigo no corre ningún peligro. Muchas gracias por permitir que la acompañara. Me encanta pasear con usted.

—Hasta mañana, Ernesto.

Al entrar en casa oye la voz de Norita que parece estar leyendo. « Qué raro —piensa—. ¿Por qué leerá en voz alta?». Mientras camina por el pasillo presta atención:

—« ... la verdad es que la fortuna me ha acompañado al empezar a trabajar en estos grandes almacenes, los mejores de La Habana, y con unos dueños que son asturianos y me tratan con cierta deferencia. Hola, Marina, porque supongo que serás tú quien le lea la carta a mi madre. Te mando muchos recuerdos, tal vez te hayas casado... Dile a tu hermano Xuaco que pronto le escribiré a él...» .

—Marina —exclama Rosa al verla entrar en la cocina—, me ha llegado a mediodía la carta y tenía tantas ganas de saber lo que contaba Silverio que no pude aguantar a mañana. Tenía pensado esperarte hasta que llegaras, pero Norita, que es muy buena y muy lista, me la está leyendo.

—Me parece perfecto. Sigue leyéndosela, Norita, luego me contáis —dice, mientras se dirige a su habitación.

Marina está a punto de llorar. Es inexplicable lo que le sucede, pero se siente mal. Es la primera vez que Silverio se acuerda de que ella existe y precisamente esa es la carta que no lee. « Pero soy imbécil —piensa—. Esto no tiene ninguna importancia, aunque puede que sí, tal vez signifique algo. Tendría que haber dado yo vida a esas letras y no mi sobrina...» .

—¡Tía, tía! —grita desde la puerta Norita—. ¿Podemos hacer los ejercicios? ¿Rosa ya se ha ido?

—Sí, guapa, en dos minutos estoy lista.

—¿Eras muy amiga de su hijo, de ese que escribe?

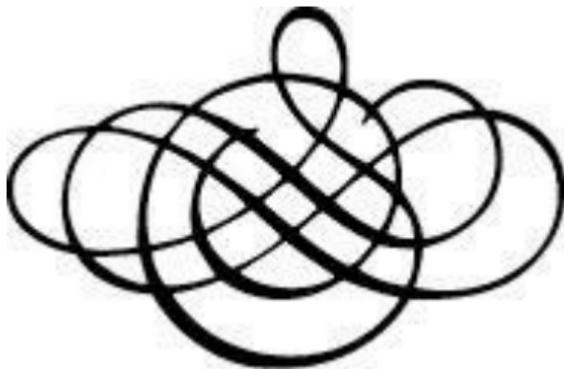
—Sí, fue mi mejor amigo.

—A él le gustaba estudiar como a ti, ¿verdad? Tiene una letra muy bonita.

—Sí, Silverio era un niño listo y con ganas de saber, igual que tú.

—¿Es guapo? ¿Se parece a su hermano Lolo o a los gemelos?

—No se parece a ninguno, es más guapo, pero venga, vamos a estudiar.



—Marina, es una vista preciosa —comenta Ernesto—. Gracias por enseñarme este lugar. Me parece imposible que ya hayan pasado quince días. Siento tanto tener que marcharme. ¿Me echará de menos?

—Seguro. Aprendo tanto con usted...

—¿Solo por eso? ¿No siente un poquito de afecto?

—Claro, le considero un buen amigo —dice Marina tajante.

Ernesto se da cuenta de que Marina empieza a sentirse incómoda y cambia el tema de conversación.

—Marina, podría pasarme horas enteras mirando al mar. Qué pequeñito se ve el puerto desde aquí.

—A mí me gusta mucho este sitio. Suelo venir algunas tardes de domingo. A veces, si hace bueno, me siento a leer —dice ella.

—¿Viene usted sola? Perdóneme, es algo que no debería preguntarle, aunque esté deseando saberlo.

—Claro, no necesito compañía para disfrutar del paisaje —contesta riéndose Marina.

—¿No le parece hermoso poder compartir las emociones? Además, me cuesta entender que una mujer tan guapa como usted se pase la tarde de los domingos sola. ¿Es que no hay hombres en este pueblo?

Marina prefiere no contestar. Le molestan esos temas... Se encuentra muy cómoda con su amigo, pero elude la conversación siempre que le parece que puede derivar en temas personales. Le gusta la compañía de Ernesto. La prueba es que en esta ocasión ha salido con él o la ha acompañado a casa al salir del trabajo casi todos los días. Los dos jóvenes están paseando por la ladera de San Antonio...

—Ernesto, vamos a acercarnos a la capilla.

—Me parece estupendo. ¿Sabe que en Madrid tenemos también una ermita muy hermosa? San Antonio de la Florida. No se puede imaginar cuánto me gustaría poder enseñársela y explicarle los frescos que allí pintó Francisco de Goya.

—Quién sabe, tal vez algún día, aunque me parece muy difícil. No conozco nada de la pintura de ese señor. ¿Cómo la definiría?

—No es el pintor que más me gusta, pero es buenísimo. En su obra se observan distintas épocas. Refleja como nadie los momentos trágicos vividos con la invasión de los franceses en el cuadro *Los fusilamientos de la Moncloa*. Sobrecoge pensar que fue un hecho real. Dicen que son increíbles sus pinturas negras de la última etapa de su vida, aunque yo prefiero su época más alegre en la que pintó cartones para la Real Fábrica de Tapices. Son escenas llenas de colorido, con mucho sabor popular; meriendas, verbenas y fiestas campestres. Estoy seguro de que le encantaría el cartón titulado *El columpio*. Uno de los que a mí me apasiona es *El quitasol*, en el que el pintor escenifica a una hermosa

señorita sentada en el campo y a un apuesto joven que con una sombrilla la protege del sol.

—Qué bonito. ¿Y cómo son los de la ermita? —pregunta Marina, deseosa de saber.

—Son frescos de precioso colorido integrados por escenas de ángeles. Ángeles muy especiales, con apariencia más humana que angélica. Muchos creen identificar en sus caras, los rasgos de algunos rostros femeninos de la sociedad madrileña de entonces.

Lo que omite Ernesto es que ese fue precisamente el motivo de que Carlos IV se mostrara ofendido al ver los frescos, que provocaron en los críticos algunos comentarios como este: « Los arcángeles y querubines tienen cutis de camelia, ojos de fuego y hermosura de meretriz, y sus tenuous y brillantes alas se mueven no en los purísimos espacios de la bienaventuranza, sino en la atmósfera de átomos de oro iluminada por un sol asiático » .

—Una de mis mayores ilusiones sería poder visitar Roma —sigue diciendo Ernesto— y ver la Capilla Sixtina. Se lo comento porque hay muchos que llaman a esta ermita la Capilla Sixtina de Madrid. Un amigo que sabe de arte me explicó lo interesante del trampantojo visual que el artista consigue en la cúpula o bóveda.

—¿Cómo ha dicho, trampantojo? —pregunta Marina sorprendida.

—Sí, no se le olvidará, piense que es como « una trampa al ojo » . Consiste en intentar engañar a la vista jugando con perspectivas, sombras, entorno arquitectónico. Para que se haga una idea, Goya consigue que las figuras que aparecen detrás de la barandilla que circunda la cúpula cobren una tercera dimensión desde cualquier ángulo desde el que se las mire.

—Pues sí que me gustaría ver la ermita —dice muy seria Marina.

—Vamos a pedirselo al santo, aunque dicen que los ruegos que no desoye son los de las mocitas casaderas. ¿Cree que también atenderá mis súplicas si le pido novia?

—Puede que sí —contesta Marina riendo.

—Lo que pasa es que quiero a una en concreto.

A ella le sorprende el cambio de tono en la voz de su amigo que de repente habla como en un susurro y con cierta emoción. Cuando siente las manos de Ernesto que toman las suyas, ya sabe lo que va a pasar.

—Marina, es a usted a quien quiero. Desde el primer día que la vi, hace tres años, supe que me enamoraría. Ahora estoy seguro de mis sentimientos. Me paso el año pensando en los días que pasaré en Candás, solo con la ilusión de verla. Le ruego que me dé una oportunidad. Dígame si quiere que hable con su hermano, para decirle que deseo ser su novio y que mis intenciones son serias. Mi mayor deseo sería poder casarme con usted. Si me acepta, vendré más veces al año para conocernos mejor.

Marina retira sus manos de forma brusca y con una tranquilidad que a ella misma le sorprende, replica:

—Me querido amigo, temía que este momento llegara. Es una pena, si es verdad que se ha enamorado de mí, porque no puedo corresponder a su amor. Le quiero como amigo, pero nada más. Y siento que nuestra amistad se vea truncada...

—Pero, Marina, somos amigos y lo seguiremos siendo. Yo la quiero a usted y tengo mucha paciencia cuando deseo algo. Dice que solo siente por mí afecto de amiga y la creo, pero el amor puede llegar en cualquier momento. Pienso comportarme de una forma que la lleve a amarme.

Marina se da cuenta de que Ernesto seguirá insistiendo y ella no está dispuesta a hacerle concebir ilusiones. Si adoptan la postura que desea él, seguro que se producen situaciones que ella quiere evitar por tranquilidad y también por honradez con su amigo. Es posible que se arrepienta de lo que va a hacer, pero considera que es lo mejor.

—Verá, Ernesto, bien sabe Dios que lamento causarle pesar, aunque en honor a nuestra amistad debo ser sincera. Jamás podré enamorarme de usted porque hace años que quiero a otra persona.

—Perdóneme, no sabía que usted estaba comprometida, que tenía novio.

—No, no lo tengo. La persona de la que estoy enamorada desconoce mis sentimientos.

Marina siente la necesidad de desahogarse con su amigo, de abrirle su corazón, algo que no ha hecho con nadie. Puede que los dos sean igual de desgraciados amando imposibles...

—Su amor, Marina, no puede ser otro que ese amigo emigrante por el que se preocupa.

Marina ya no lo duda. Ha llegado el momento de hablar de Silverio...



Caminan despacio... Como si ninguno quisiera llegar al final de aquella tarde de

domingo. Unos negros nubarrones en el azul intenso de un cielo que sueña con robarle unos minutos a la noche presagian lluvia. Una ligera brisa hace que Marina se ponga un pañuelo en la cabeza. Es de gasa azul clarito, un regalo de doña Elena.

—Está usted preciosa. Qué bien le sienta —dice Ernesto, mirándola arrobado.

—Gracias. ¿Quiere que nos acerquemos a la ribera antes de que me acompañe a casa?

—Será un placer, así podré despedirme del muelle hasta el verano que viene o antes si se me arregla.

Marina le sonríe. Presiente que se ha establecido entre ellos un lazo de verdadera amistad. Le ha contado toda su vida y se siente reconfortada por los consejos y opiniones de Ernesto que, aunque no haya dicho nada, no está dispuesto a retirarse. Pueden pasar tantas cosas... Él sabe ser paciente.

Candás, 1897

Todo el mundo hablaba de lo mismo. La guerra de Cuba se había convertido en tema de conversación en la mayoría de las tertulias. Pero aquellos días, el asesinato del presidente del gobierno, Antonio Cánovas del Castillo, hacía que se disparasen las especulaciones sobre las repercusiones que en el desarrollo de la contienda tendría la desaparición del político conservador.

Marina procuraba estar muy al tanto de todo lo que se decía sobre la guerra. En la fonda, además de algún periódico de Madrid, tenían *El Noroeste*, que desde hacía unos meses se editaba en Gijón. Le encantaba servirles el café y las copas a don Bernardo y a sus amigos que, dos veces a la semana, se reunían para hablar de política. Don Bernardo sabía lo que ella disfrutaba oyéndoles debatir y le había dicho que los sirviera con mucha calma y que dejara la puerta del salón entreabierta. A Marina en más de una ocasión le habría gustado opinar para discrepar o asentir a lo que decían. Ella no tenía ni la formación ni la experiencia de aquellos señores, pero estaba informada porque leía mucho y conocía el dolor de muchas familias que veían cómo sus hijos, hermanos, maridos se iban a la guerra y a los que tal vez no volverían a ver. De Candás se habían embarcado unos cuantos.

Su amigo Ernesto, admirador de Leopoldo Alas, el autor de aquella maravillosa novela que le había regalado y que ella ya había leído dos veces, le había enviado algunos artículos del escritor en los que este manifestaba su postura sobre la guerra de Cuba y con la que el periodista —que se confesaba liberal— estaba de acuerdo.

Después de leerlos, Marina se consideraba también liberal porque compartía y le gustaba lo que escribía Clarín. A ella siempre le había parecido muy injusto que la gente se librara de ir a la mili y ahora a la guerra si pagaba una determinada cantidad de dinero. ¿De dónde iban a sacar trescientos duros por cada hijo alguna de las familias de Candás? Clarín criticaba esta situación. Bien

es verdad —pensaba Marina— que al principio de la guerra la gente iba bastante animada. En Gijón y Oviedo se habían organizado grandes festejos para despedir a los batallones, y en este sentido, los artículos de Clarín la hicieron reflexionar sobre la influencia de los organizadores de estos eventos a los que el escritor llamaba « los patriotas de la palabra » que animaban a salir para Cuba mientras ellos se quedaban. De todo lo que había leído a Marina la frase que más le había gustado y hecho pensar era la que aseguraba que Cuba era España y no de España.



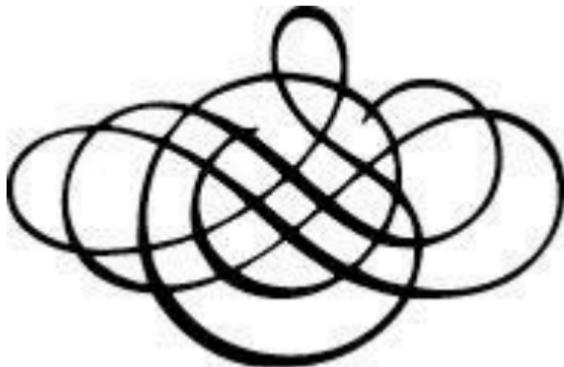
—Marina —llama la señora Covadonga—, mira qué flores tan preciosas han traído para doña Elena. Se las voy a enseñar y luego te las doy para que las coloques en el jarrón y lo pongas en el salón donde esta tarde se reúne el señor con sus amigos. Uno de ellos, el que viene de Oviedo, es quien las ha enviado.

—Son preciosas. Pregúntele si quiere que separe tres o cuatro para el comedor.

—Piensas en todo, Marina. ¿Cómo no te vamos a querer?

—Tanto usted como yo llevamos tiempo aquí y conocemos los gustos y la forma de ser de los señores...

—Sí, pero hay quien no se entera. Ahora vengo, Marina.



—Yo estoy casi seguro de que la reina regente ofrecerá la presidencia del gobierno a Sagasta —comenta Alfageme.

—Puede ser, pero ¿vosotros creéis que aceptará?

—Hay que decir que la papeleta resulta complicada para cualquiera. Os imagináis lo que puede suponer hacerse cargo en estos momentos del gobierno y mucho más para Sagasta, que siempre se mostró en desacuerdo con la postura de Cánovas en Cuba.

—Sí, pero los dos estaban de acuerdo en enviar al general Martínez Campos como gobernador de la isla al comienzo de la contienda.

—En eso tienes razón. Pero se te olvida que Sagasta era partidario de que la ley Abarzua, que se acababa de aprobar, entrase en vigor inmediatamente mientras que Cánovas decidió aplazar su aplicación porque no quería que se pensase que era un gesto de debilidad ante las presiones independentistas.

—¿Crees de verdad que eso iba a frenar la lucha?

—Nunca los sabremos, aunque la ley concedía una mayor autonomía para Cuba. Y Martínez Campos siempre se sintió inclinado a hacer concesiones.

—Yo creo —dice otro de los asistentes— que, aparte de lo que apuntáis, fallaron otras cosas. Pensad que hasta los seis meses de haberse iniciado la guerra no llegó a Cuba el refuerzo de cincuenta y cinco mil hombres. Habían sido reclutados cinco mil en la isla, pero eran insuficientes, sobre todo porque los mambises cada día aumentaban sus efectivos.

—Es posible y sin duda los mambises eran muy eficaces a la hora de persuadir a los campesinos cubanos. Primero arrasaban sus tierras y después los invitaban a unirse a la rebelión.

—Estoy de acuerdo en lo que se refiere a la escasez de efectivos militares. Cuando en junio de 1895 Máximo Gómez toma San Jerónimo de Camagüey, solo sesenta hombres defendían la plaza. Y es después de ese fracaso cuando Martínez Campos presenta su dimisión porque no se considera con fuerza para

desarrollar el tipo de guerra que pedían las circunstancias y es él quien sugiere al gobierno que envíen al general Weyler, al que estima más capacitado para actuar con mano dura.

—Y sí que lo ha hecho.

—Sí, pero tal vez tarde. Es posible que si Cánovas hubiera aceptado la dimisión de Martínez Campos después de lo de Camagüey, la situación fuese distinta. Pero ya sabéis que no nombra a Weyler hasta febrero de 1896 cuando el ejército mambís está a las puertas de La Habana.

—Hubo un momento, cuando los hombres de Weyler consiguen eliminar al líder independentista, Antonio Maceo, que pensé que podría cundir el desánimo entre los mambises.

—Lo mismo esperábamos cuando murió José Martí, pero nada los detiene.

—De todas formas, yo creo que la dureza de las medidas adoptadas por el general Weyler ha sembrado de dolor la isla. Sus campos de reconcentración han sido nefastos. ¿Lo cesará Sagasta si acepta la presidencia?

—Pienso que sí. En cuanto a los campos de reconcentración, opinamos que son negativos porque no se ha conseguido con ellos lo que se pretendía, si hubiéramos ganado, todos aplaudiríamos.

—Es dura tu reflexión, pero es posible que estés en lo cierto. Aunque no debemos olvidar el tema de las enfermedades, que han producido y están produciendo muchas más bajas que los heridos en la batalla.

—Es verdad, solo tenemos que pensar en los que tienen que regresar enfermos y en unas condiciones deplorables. Algunos no soportan el viaje y mueren en el camino. ¿Habéis leído *El Noroeste* de hoy? —pregunta uno de los reunidos—. Me ha impresionado esta noticia —dice mientras comienza a leer—: « En el tren de Galicia llegado ayer, y se nos dice que en los de otros días sucedía lo mismo, venía un coche con el rótulo “Coruña, enfermos de ultramar”. El cuadro que presentaba el referido coche era aterrador. Unos cuantos soldados con semblantes cadavéricos, sin fuerzas para tenerse en pie y que más parecían espectros que hombres, lo ocupaban, y al detenerse en las estaciones casi todas las señoras rompían a llorar. La gente aglomerada en los andenes prorrumpía en gritos de indignación, así contra la guerra como contra los que permitían que se pusieran en camino seres casi moribundos» .

—No sigas, por favor. Ya lo hemos leído. Creo que en lo que llevamos de año han regresado más de veinte mil.

—¿Se siente herida tu sensibilidad ante tanta vergüenza y prefieres cerrar los ojos? —pregunta provocador el que estaba leyendo.

—No digas bobadas. ¿Qué quieres que hagan con los enfermos, que los dejen morir en Cuba?

—No, pero que no los dejen viajar en esas condiciones.

—Dejaos de discusiones. Qué bien entiendo a las madres que han

protagonizado las manifestaciones de Valencia y Zaragoza para protestar por el envío masivo de hombres a Cuba.

—Yo también. No tienen otra forma de expresar su rechazo. ¿Qué haríamos nosotros?—Se plantea Alfageme, mientras hace sonar la campanilla.

—¿Llamaba el señor?—pregunta Marina desde la puerta.

—Sí, Marina, por favor, sírvanos otro café.

—Ahora mismo, señor.

—Da gusto tener un servicio tan eficiente, parece que estuviera en la puerta esperando que la llamas.

—Es posible —comenta riéndose don Bernardo Alfageme, que sabe que Marina ha estado escuchando.

La Habana, diciembre de 1897.

La noticia del cese del general Weyler como gobernador de Cuba fue recibida en La Habana sin que se produjera ningún tipo de reacción popular. Nadie diría que era el mismo personaje que hacía poco más de un año había llegado a la isla en medio de manifestaciones populares de alegría.

Los campos de reconcentrados ideados por Weyler habían sembrado por doquier miseria y enfermedades. La idea de alejar a los campesinos de sus tierras no había conseguido los efectos perseguidos y el hambre y las condiciones higiénicas en las que se veían obligados a vivir en barracones o a la intemperie y sin alimentos provocaban una mortalidad muy elevada.

Silverio se recuperaba en el hospital de una afección pulmonar severa. A los pocos meses de haberse declarado la guerra, había ingresado en uno de los grupos de voluntarios participando en algunos de los enfrentamientos con los mambises. Se encontraba cerca de La Habana cuando una fiebre muy alta y dificultad para respirar aconsejaron su traslado a la ciudad.

Silverio ya se encuentra mucho mejor, pero no le autorizan a dejar el hospital. Aquella mañana ha escuchado unos comentarios que le preocuparon de forma especial. Los familiares de un soldado herido que ocupaba la cama contigua a la suya comentaban que algunos de los tabaqueros de Pinar se habían unido a las tropas rebeldes, ante el horror de los campos de reconcentración. Teme por Juan, ya que lo considera muy capaz de solidarizarse con los campesinos obligados a abandonar sus tierras aunque a él no se lo exijan. «En cuanto me dejen salir del hospital —se dice— trataré de enterarme».

—Silverio Rodríguez es el que ocupa la segunda cama, pase usted, señora.

Silverio se sorprende al escuchar a la enfermera que dice su nombre, ¿quién puede venir a visitarle?

—¿Cómo estás, Silverio?

Por un momento tiene la sensación de que le ha vuelto la fiebre y está

soñando. No puede ser que doña Magdalena se encuentre a su lado.

—No sabes cuánto me ha costado localizarte. Primero acudí al hospital de beneficencia donde tardaron todo un día en comprobar si estabas allí. Dios mío, no tenía ni idea de que hubiera tantos enfermos.

Aparte del de beneficencia, que tiene una capacidad de dos mil cien camas, el otro hospital, en el que se encuentra Silverio, es el Alfonso XIII, que alberga unas tres mil camas. Silverio está en uno de los barracones para convalecientes.

—Pero cuéntame, ¿cómo estás? Me han dicho que ya has superado la enfermedad, pero que llegaron a temer por tu vida.

—Me encuentro bien. Pronto me dejarán salir. No tenías que haberte molestado en venir.

—Me he portado mal, Silverio, y te pido perdón. Te he hecho mucho daño.

—Lo he olvidado, Magdalena. Ya ha pasado...

—Ni un solo día he dejado de pensar en ti. El remordimiento no me abandona.

Silverio la mira... Es como si el tiempo no hubiese pasado por ella. Le sigue pareciendo una mujer hermosa y deseable. Se siente turbado y con rabia comprueba cómo el deseo se apodera de él. De buena gana la abrazaría... sus labios son tan tentadores... Piensa que el largo tiempo de abstinencia sexual al que ha sometido su cuerpo puede ser la causa de su reacción, pero a punto está de atraerla hacia sí.

—Ya sé que el exceso de cariño a veces es mal consejero —sigue diciendo Magdalena—, y te aseguro que no volveré a hacerte daño, aunque te sigo amando y deseando como el primer día.

Silverio se remueve inquieto en la cama. No sabe cómo reaccionar.

—¿Tú marido está bien? —pregunta de pronto.

—Sí, estupendamente. Colabora de forma muy activa con el ejército español prescindiendo de muchos de sus empleados para que acudan a prestar servicios por la patria y entregando importantes cantidades de dinero, aunque no creo que sirva de nada, porque al final perderemos —asegura Magdalena con cara de ocultar algo.

—No me lo creo, Magdalena. Nuestro ejército es superior. Es verdad que las enfermedades propias de estas tierras y la falta de alimentos causan muchísimas bajas. ¿Pero en qué te basas para pensar en el fracaso español?

—¿Te acuerdas de mi amigo el francés del que siempre sospeché que trabajaba en algún servicio de inteligencia?

—Sí —responde muy serio Silverio.

—Qué tonta soy —exclama Magdalena riéndose—. Cómo no lo vas a recordar, con el asedio al que te sometía nada más verte. ¿Sabes? En su última visita llegó acompañado de un inocente jovencito.

—No me interesa nada de la vida de ese personaje.

—Me lo imagino, pero fue él, que normalmente está muy bien informado, quien me habló de las aspiraciones del gobierno de los Estados Unidos en conseguir que España abandone Cuba. Dicen estar interesados en la independencia de los cubanos, pero lo que de verdad les importa es que España deje el camino libre.

—Si fuera cierto lo que dices, apoyarían a los mambises —apunta Silverio.

—Y lo hacen, no de forma directa, pero su propaganda en la prensa es nefasta —asegura Magdalena.

—Todo por dinero, ¿verdad?

—Más o menos, Silverio. Lo que quieren los americanos es tener las manos libres para importar y exportar. Cuba es una importante fuente de riqueza. El mejor tabaco del mundo... el azúcar... —dice ella con cierta languidez—. Ya veremos qué pasa, aunque la desesperanza ya es una realidad para muchos. Por otro lado, cada día se registran más manifestaciones aquí en La Habana a favor y en contra de la separación de la metrópoli. El ambiente no es bueno Pero no adelantemos acontecimientos. ¿Qué necesitas, Silverio? ¿Qué te puedo traer? ¿Qué harás cuando te den el alta? ¿Por qué no te vas a mi casa del campo? Prometo no molestarte.

Él sonríe. Se da cuenta de que si baja la guardia, puede volver a las andadas. Pero no está dispuesto.

—En cuanto esté en condiciones, volveré a incorporarme al batallón y lucharé como buen patriota, como siempre lo hace un asturiano.

—Sí, ya sé que los asturianos sois los más numerosos en los batallones de voluntarios.

—Los asturianos sentimos a Cuba como nuestra segunda tierra —dice melancólico Silverio—. Además, somos muchos los que vivimos en la isla.

—¿Más que los canarios?

—Creo que sí —responde Silverio—. Unos días antes de declararse la guerra éramos cincuenta mil.

—¿Tu amigo Juan también está en las filas del ejército?

Silverio tiene la sensación —ya le ha pasado más veces— de que Magdalena adivina sus preocupaciones.

—La verdad —le responde—, es que no tengo ni idea. Puede que no, porque cuando yo estuve cerca de Pinar no le vi y no quise preguntar por él.

—Eso es que sospechas que no se ha alistado, y como le quieres, temes perjudicarlo. Pero dejemos el tema, que nada me importa. Dentro de unos días es Navidad y quisiera ayudarte. Porque, aunque hace años que no nos vemos, creo que cinco, estoy al tanto de tu vida y sé que sigues solo. Déjame reparar un poco el daño que te hice.

—Te he dicho hace un momento que está todo olvidado. No quiero volver a tener relaciones contigo y si te frecuento no será posible.

—¿Aún me deseas? —pregunta anhelante la mujer, mirando de forma intencionada la boca del muchacho.

Silverio no tiene fuerzas o no quiere tenerlas y empujado por el deseo funde sus labios con los de Magdalena, que se aferra a él.

No les importa el lugar donde se encuentran ni que alguno de los enfermos los mire, por qué no decirlo, con envidia. Permanecen abrazados con una evidente pasión.

—¿Comprendes ahora las razones por las que deseo mantenerme alejado de ti? —dice Silverio con un hilo de voz.

—No tienes que hacerlo. Yo ya no soy la misma. Respetaré tu vida. No te obligaré a alternar en mi mundo, como antes. Podrás hacer lo que quieras, yo me conformaré con verte de vez en cuando.

—No, Magdalena, tú estás casada y yo, cuando pase esta guerra, viajaré a Cádiz en busca de esposa. Una vez casado, regresaré a La Habana para seguir trabajando y con el proyecto de formar una familia.

—Me parece muy bien, pero hasta que te vayas, permíteme que me ocupe un poquito de ti.

—No, Magdalena.

—Te dejo para que sigas pensándolo. Tendrás noticias mías.

¿Accidente o explosión intencionada?

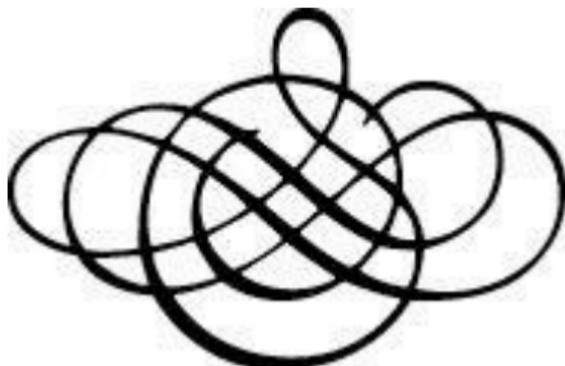
Cuando a finales de enero de 1898 atracó en el puerto de La Habana un viejo acorazado americano llamado *Maine*, muy pocos fueron los que supieron que no estaba autorizado para quedarse allí y que su presencia era preventiva para responder a los hipotéticos ataques a los que podrían verse sometidos los ciudadanos norteamericanos residentes en la isla.

Las autoridades españolas, encabezadas por el nuevo capitán general de Cuba, Ramón Blanco Erenas, no fueron especialmente efusivos con su nuevo visitante. No obstante, las normas de cortesía se impusieron, y la noche del 15 de febrero, parte de la oficialidad del *Maine* asistió a un baile que en su honor habían organizado las autoridades españolas. Pasadas las nueve y media, a pesar de la música, lo elevado de las risas y las conversaciones, llegó hasta ellos el eco de un fuerte estruendo que sumió a todos en un silencio expectante.

A lo lejos, el puerto de La Habana aparecía iluminado por los restos del incendio originado por una explosión: el *Maine* había volado por los aires. Más de doscientas personas perdieron la vida.

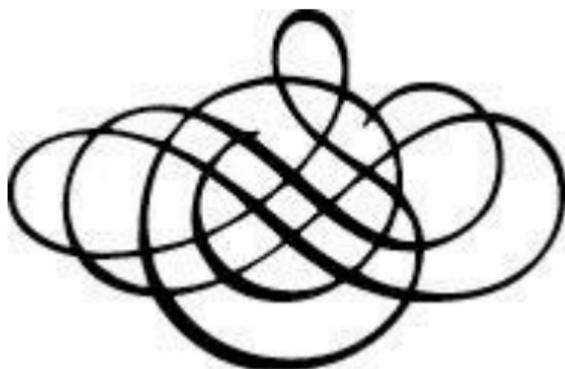
Al día siguiente, la prensa sensacionalista en manos de Randolph Hearst, cuyo yate estaba atracado también en el puerto de La Habana, tituló a toda página: « El barco de guerra *Maine* partido por la mitad por un infernal artefacto secreto del enemigo» .

No importó que las autoridades españolas negaran la autoría. El presidente norteamericano consiguió de este modo el motivo para poder declarar la guerra a España.



Silverio seguía en el hospital. Cuando iban a darle el alta, una enteritis aguda con vómitos incesantes aconsejó su traslado al barracón de enfermedades infecciosas. Después de dos días en observación y de intensos cuidados, los doctores descartaron que hubiese contraído la fiebre amarilla, concluyendo que posiblemente la infección intestinal era debida a la ingesta de alimentos en mal estado. La excesiva debilidad en la que se encontraba después de la neumonía había contribuido al agravamiento del problema.

Desde el primer día de su recaída, Magdalena Sánchez se preocupó de que los doctores le prestasen la máxima atención. Ni un solo día dejó de acudir al centro hospitalario para vigilar su recuperación. Ella era quien se había encargado de localizar a Juan que —como sospechaba Silverio— no participaba de forma activa en aquella guerra por no estar seguro de qué partido tomar.



Juan acude a visitar a su amigo pocos días después del hundimiento de acorazado, cuya explosión monopoliza todas las conversaciones.

—Estoy convencido de que ha sido todo una manipulación. Silverio, ¿no te

parece sospechoso que los estadounidenses no hayan querido que la comisión que investiga lo sucedido sea conjunta?

—No lo sé. Por supuesto que creo firmemente la versión de España, pero cuesta pensar que fueran los propios americanos; claro que puede deberse a un simple y fortuito accidente.

—El accidente también puede ser obra de algunos sicarios —apunta Juan—. Ya veremos lo que dicen las comisiones, pero si hay algo evidente es que la explosión se produjo en el interior del buque.

—Por otro lado, existe otro dato real —asegura Silverio—. España no quiere la guerra con Estados Unidos, con lo cual no tendría sentido provocarles. Pero al gobierno norteamericano sí, porque anhelan convertirse en la nueva metrópoli.

—Me dan pena los cubanos. Ellos no quieren ser dirigidos por los yanquis —dice pesaroso Juan—. Tienen derecho a ser independientes.

—O sea que tú estás del lado de los mambises —sentencia Silverio con cariño—. Por eso no te alistaste como voluntario.

—No los apoyo abiertamente, pero la política de reconcentración del general Valeriano Weyler ha sido contraproducente y yo no he sido el único que se ha sentido cerca de los campesinos reconcentrados.

—Es una pena que haya ocurrido este incidente ahora que, según me han contado —dice Silverio—, el nuevo capitán general, Ramón Blanco Erenas, ha llegado con la intención de restaurar un poco la situación.

—Es verdad que se han creado Juntas Protectoras y concedido una mayor autonomía... Pero estas medidas llegan demasiado tarde —se lamenta Juan—. A mí me han respetado y no me han reconcentrado ni exigido mi enrolamiento en el ejército, pero mi hermano, que acababa de llegar de Asturias, se fue de voluntario y también la mayoría de mis empleados. Que te conste que yo les he dado libertad para hacer lo que considerasen oportuno. Mi postura es conocida por todos ellos. Esta es mi tierra de adopción donde he encontrado mi futuro. Voy a tener un hijo y muy pronto me casaré con su madre, que es mulata.

—¿Estás seguro de lo que dices? —pregunta Silverio asombrado.

—No te asustes hombre. La quiero. No me importa su color. Puede que nuestro hijo sea un «saltoatrás» o no. La verdad, es que me gustaría que fuera como yo, pero si no es así, le querré igual.

—¿Y no te importará regresar a la *tierrina* con mujer e hijos negros?

—¿Qué sería mejor que los tuviera y no los reconociera como hacen la mayoría?

—Tampoco es tan malo. Ya sabes que las mulatas prefieren ser las amantes de un blanco que las esposas de un negro —dice Silverio, intentando ser gracioso.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Déjame que me aclare, o sea que a ti, Silverio, te dejaría impasible que una amante mulata tuviera varios hijos tuyos... no te importaría en absoluto, aun sabiendo que son tuyos...

—Bueno, los ayudaría económicamente, pero...

—Te avergonzarías. ¿Pues sabes qué te digo, querido amigo? Que yo no podría vivir con el remordimiento de no reconocerlos. Pero hablemos de otros temas.

—No, Juan, tú haces lo correcto. Yo me conozco y soy consciente de mi cobardía y de lo débil de mi voluntad —confiesa Silverio pesaroso.

—Eres una excelente persona, Silverio. Yo puedo dar fe de ello. Tú sabes que las circunstancias que se dan en cada vida pueden ser la causa de muchos de los cambios operados en nuestra conducta. Tal vez a ti te envolvieron situaciones especiales que te deslumbraron... Por cierto, esta doña Magdalena te quiere de verdad. Se ha encargado de que te cuidaran día y noche y ella fue quien mandó a buscarme porque deseaba darte una alegría.

—La verdad es que lo consiguió, pero prefiero no hablar de ella.

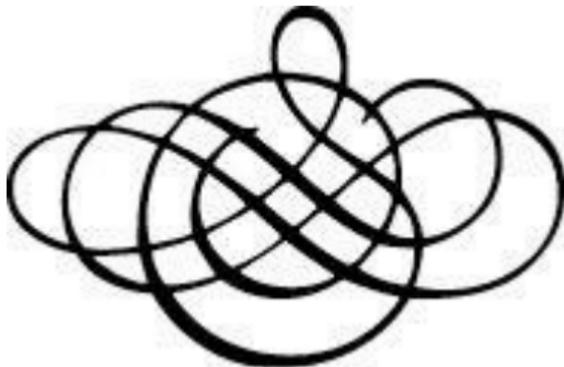
—Como quieras, amigo.

Candás, mayo de 1898

Marina está leyendo periódicos y revistas atrasados que siguen de actualidad porque el tema de Cuba se encuentra en plena efervescencia. Vuelve a mirar con detenimiento la fotografía de la reina regente. Sin duda era una gran señora y una buena gobernante. Marina no entiende mucho de política, pero aquella decisión de no acceder a la venta de Cuba a los Estados Unidos —dicen— la ha cubierto de gloria, recibiendo el aplauso de casi todos los españoles que sintieron crecer su patriotismo y se enorgullecieron con esta medida, aunque la guerra con Estados Unidos estuviera abocada al fracaso.

Era verdad que la postura del ejecutivo español había sido unánime respecto a la venta de Cuba, pero no era menos cierto que doña María Cristina de Habsburgo, la reina regente, fue tan firme en su oposición que amenazó con irse de España en caso de que el gobierno estuviese dispuesto a acceder a las pretensiones del presidente americano McKinley. Cuba no iba a ser vendida como la Luisiana por los franceses.

La negativa española a vender Cuba parecía conducir a una guerra inevitable, ya que las conclusiones de las comisiones estadounidense y española encargadas de la investigación de la explosión del *Maine* fueron, como cabía esperar, totalmente diferentes. Mientras que los americanos aseguraron que la explosión había sido provocada y externa, los españoles concluyeron que era debida a causas internas. Ambas presentaron distintos estudios que avalaban sus resultados. Todo iba a resultar inútil.



Marina ha escuchado algunas opiniones contradictorias sobre la guerra a los amigos del señor, aunque todos coinciden en la imposibilidad de evitarla sin que el honor quede en entredicho.

A Marina la guerra le parece algo espantoso y no quiere creer que no existan medios para impedirla. « Tiene que ser horrible —se dice— poner en juego la vida de miles de personas, y más si ya sospechas que nada se puede conseguir, ¡tremendo! Menuda responsabilidad la de los políticos» .

—¿Son buenas las noticias? —le pregunta la señora Covadonga sacando del horno un apetitoso pollo.

—Es prensa atrasada, seguro que en la de hoy las noticias sobre la guerra son optimistas porque se trata de animar a la población asegurándonos la victoria. Imagínese, señora Covadonga, que cuando los americanos nos declaran la guerra, no esperan la respuesta de España, y ya bloquean la isla.

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Ernesto me escribe de vez en cuando. Es él quien me informa.

—¡Ay, Marinina, no te enfades! Se me olvidó. No recuerdo si llegó ayer o antes de ayer —se lamenta la señora Covadonga, entregándole un sobre.

—No se preocupe, no tiene importancia.

—¿Sabes qué te digo, Marina? Que deberías decidirte. Ernesto es un muchacho estupendo y pienso que serías muy feliz con él. Mira que te quiere...

—Es mi mejor amigo y le aprecio mucho, pero no estoy enamorada de él —dice sonriendo Marina.

—Amor, amor, eso viene después. Y si no llega, tampoco pasa nada. Oye, a propósito, ayer vi a tu sobrina, a Norita. Está guapísima, seguro que va a tener novio antes que tú.

—Los quince años siempre son preciosos, aunque ella lo es de forma especial —contesta Marina, que no puede disimular su orgullo—. Y es una niña buenísima y muy habilidosa. Me he quedado asombrada con las guirnaldas de flores que ha

hecho para adornar el día del Corpus.

—Esperemos que haga buen día para la procesión. Mira, Marina, creo que me ha salido el pollo mejor que nunca.

—Seguro, es usted una cocinera buenísima. ¿A qué hora tengo que servir la comida?

—Vienen dos matrimonios de Oviedo. Creo que sobre las dos y media debes estar preparada.



Candás, como otras muchas localidades, celebraba el Corpus Christi con gran solemnidad. Los vecinos se afanaban en adornar las calles con alfombras de espadaña, *cenoyo* (hinojo), pétalos de rosa y hermosas guirnaldas que, a modo de columnas, custodiaban los humildes altares en los que se hacía una parada para que los candasinos entonasen cantos a Jesús Sacramentado, en un gesto de amor.

El buen tiempo se había querido sumar a la celebración que había resultado muy hermosa.

—Qué pena quitarlo, con lo preciosos que están —dice Norita, retirando unos jarrones del improvisado altar.

—Sí, pero así tiene que ser. Ahora, cuando terminemos, le llevamos estas flores a la Virgen del Rosario —comenta Marina.

—Tanto tiempo trabajando para unos minutos —se lamenta Norita.

—Ha merecido la pena. El año que viene te tienes que superar. No me digas que no has quedado satisfecha.

—Sí, tía, tengo buen ejemplo en ti.

—Venga, apura, no seas zalamera. Tus padres nos esperan en el bar —le recuerda Marina.

No era nada frecuente que las mujeres fueran a los chigres en Candás —casi siempre abarrotados de marineros—, pero de forma excepcional, en determinadas fechas especiales, como el Cristo, la Pascua, el Corpus..., algunas

familias se dejaban ver, aunque los niños y las mujeres pronto se iban ante las conversaciones estruendosas de los hombres que poco o nada les interesaban.

Cuando Marina y su sobrina llegan al chigre, Teresa y sus dos hijos están a punto de marcharse.

—Creía que no ibais a venir. No aguanto más. Llevan toda la mañana hablando de la guerra. Necesito aire —dice Teresa a su cuñada.

Xuaco mira a su mujer diciéndole adiós con la mano mientras sigue en la charla.

—¿Vosotros sabíais que Fernando Villaamil es asturiano de Castropol? —pregunta Xuaco.

—Claro —responde el mayor del grupo—. ¿No fue el que dio la vuelta al mundo en una corbeta hace cuatro años?

—El mismo, que, además, es un experto en construcción naval —responde Xuaco.

—Oye, Xuaco, ¿cómo se llamaba el primero que dio la vuelta al mundo? —pregunta uno de los reunidos.

—Pues no lo sé. ¿Alguien se acuerda? —dice Xuaco, levantando aún más la voz.

—¿Cómo quieres que lo recuerde si nunca lo supe? —exclama uno—. Tal vez vosotros lo hayáis olvidado, pero yo ni idea.

Marina, que no se había ido porque le gustaba enterarse de lo que comentaban de la guerra para poder contrastar con lo que escuchaba en las tertulias en casa de don Bernardo, no sabe muy bien si seguir callada o decirles los nombres. Le resuelve el dilema su hermano que, viendo que ella sigue allí, le grita:

—Marina, seguro que tú lo sabes. ¿Cómo se llamaba el primer hombre que dio la vuelta al mundo?

—Fernando Magallanes. Él fue quien capitaneaba la expedición, pero murió antes de completarla. La terminó Juan Sebastián Elcano.

—Oye, Xuaco, menuda lumbreira tenéis en casa. Pero, dime una cosa, estábamos hablando de la guerra de Cuba, ¿adónde quieres ir a parar al preguntarnos si sabíamos que Villaamil era asturiano?

—Muy sencillo. Ya sabéis, y si no os lo digo yo, que Villaamil forma parte de la nueva flota de la Armada que salió para la guerra. Pues en algún sitio oí que este había comentado que estaba todo perdido y que las fuerzas estadounidenses eran superiores. Y yo lo que planteo es lo siguiente: si eso lo dice un asturiano, es que es verdad, porque con lo grandones y valientes que somos, nunca haríamos tal comentario si no estuviéramos convencidos de ello.

A Marina le hace gracia la reflexión de su hermano, no exenta de cierta verosimilitud. Le gustaría intervenir para decir que esa misma opinión la compartían muchos marinos y de forma especial el almirante Pascual Cervera

que antes de zarpar había dicho: « Vamos a un sacrificio tan estéril como inútil » .

—Dicen que la flota donde va Villaamil está en el puerto de Santiago de Cuba. Yo no soy entendido —explica uno de los marineros—, pero alguna vez vi mapas de la zona y pienso que están en una especie de ratonera, porque la bocana de ese puerto es muy estrecha y va a complicar la salida de los barcos. Allí están seguros, pero si quieren abandonar, será muy difícil. Dios quiera que me equivoque.

—Da lo mismo, ya se las arreglarán. Yo creo que les vamos a dar una buena paliza. Los políticos también piensan en la victoria de España —apunta el más joven del grupo.

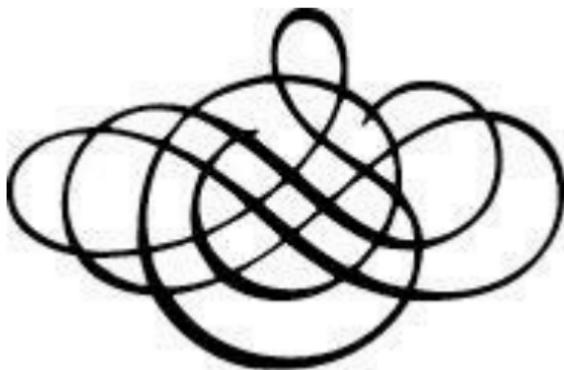
—Qué se habrán creído esos yanquis imbéciles, que con cuatro bravuconadas íbamos a salir corriendo —comenta otro—. No tienen ni idea de lo que significa ser español.

—Tienes toda la razón. Qué infelices, querer quitarnos Cuba.

—Dentro de nada estaremos brindando por la victoria española.

—Oye, ¿por qué no adelantamos el brindis?

Marina, al verlos tan alegres y eufóricos, tan seguros de la victoria, recuerda un chiste que le contaba Ernesto: « ¿Sabes cuál es la diferencia entre un pesimista y un optimista? Que el pesimista es un optimista ilustrado » .



Querida madre:

Espero que al recibo de esta se encuentre bien. Yo estoy muy bien, gracias a Dios, y deseando verla. Aquí las cosas se están recomponiendo poco a poco. Ha sido triste y muy duro asumir la derrota. Estoy tranquilo porque mi vida profesional no creo que cambie. De todas formas, tengo que esperar para ver qué sucede. En cuanto se estabilice todo, le volveré a escribir, pero le adelanto que, si no se producen grandes cambios, el año que viene les haré una visita.

Silverio dejó la pluma y dobló el papel. Era casi como un telegrama, pero no se sentía con ánimos para escribir más. Solo deseaba comunicarles que seguía con vida porque se imaginaba que tendrían que estar sufriendo con las noticias en la prensa y de forma especial al enterarse del estado en el que volvían los repatriados. No tenía ni idea de cómo llegarían, aunque sí conocía cómo embarcaban. Estaba seguro de que muchos no podrían resistir la travesía de regreso a casa. Se repatriaban soldados, militares y sus familias. La mayoría de los que habían llegado a la isla en busca de fortuna de momento no pensaban en el regreso.

Silverio era consciente de que mientras no se pactasen los acuerdos de aquella guerra la situación sería inestable, sobre todo para las grandes fortunas. Los dueños de El Encanto le habían dicho que desconocían cuál iba a ser el futuro de la tienda, aunque muchos negocios estaban ya en manos de americanos.

Tomó el sombrero y se dispuso a salir de la habitación del hotel. Seguro que aunque eran las siete de la tarde haría calor. Era domingo y desde un tiempo atrás, gracias a la Asociación de Dependientes, habían conseguido el ansiado y merecido descanso dominical. Le esperaba un compañero en un café cerca de Capitanía. Tendría que darse un poco de prisa.

Nada más entrar a trabajar en El Encanto, Silverio entabló amistad con Mariano Pérez, que estaba empleado en el establecimiento desde su inauguración. También era asturiano, de la zona de Llanes, y había llegado a La Habana unos cuantos años antes que él. Siempre había trabajado como dependiente y estaba considerado uno de los mejores por estar al tanto de todas las novedades introducidas en los grandes almacenes. Muchas de las innovaciones ofrecidas en El Encanto habían llegado de su mano.

Llevaba casi veinte años ahorrando y creía llegado el momento de iniciar una aventura comercial propia. Estaba muy bien relacionado. Hacía un tiempo que venía tentándole para que hablasen de la posibilidad de establecerse los dos juntos. Mariano tenía un amigo, Ricardo Cardoné, un importante empresario con plantaciones de azúcar, que estaba dispuesto a invertir, a ser socio capitalista, si se decidían a abrir una tienda.

A pesar de ser domingo no se veía mucha gente en la calle. La hermosa plaza de Armas se encontraba prácticamente vacía. Silverio miró con cierta melancolía al edificio de Capitanía, en el que ya no quedaba ningún español, ahora quien se ocupaba desde allí del gobierno de la isla era el administrador de los Estados Unidos.

Silverio se acercó hasta la puerta para mirar el patio interior. Solo había estado una vez allí, acompañando a Magdalena. Tenía curiosidad por comprobar si los estadounidenses habían retirado la estatua de Cristóbal Colón. En el fondo, le habría gustado que lo hicieran para afeor su conducta, pero allí estaba.

¿Qué implicaciones traería para la población normal la administración de la

isla por parte de los americanos? ¿Serían peor tratados los españoles? Aun viviendo allí, Silverio no sabía pronunciarse sobre el sentimiento auténtico de los cubanos ante el cambio de dirección de los destinos de la isla. Seguro que Magdalena estaría informadísima. Le gustaría verla, pero no debía porque seguía siendo un peligro para él y no estaba dispuesto a abandonar el camino que había trazado para su vida.

Sin darse cuenta se encontró ya en la calle Mercaderes, donde estaba el café en el que le esperaba Mariano. Era la misma calle en la que también vivía Magdalena.

En toda España se vivía con pena el triste final de aquella guerra que todos daban por ganada. Muchos españoles habían perdido la vida. Nunca tantos hombres habían salido del país como en esos años. Los que iban regresando, aunque fuera en condiciones deplorables, podían considerarse afortunados.

En Candás se siguen con avidez las noticias aparecidas en la prensa.

Sentados al sol cerca de la ribera, un buen número de marineros —muchos no saben leer o lo hacen con dificultad— escuchan con atención a uno de los más jóvenes que en voz alta les da cuenta de lo publicado en el periódico.

—¿Dices que han muerto cuatro de los repatriados llegados a La Coruña?

—Sí. Todos los días fallecen algunos. Tanto en Vigo, como en Santander o La Coruña los tienen en cuarentena antes de dejarles irse.

—¿Es verdad que debido a la falta de orden y organización no se tiene en cuenta la procedencia de los repatriados y los meten en cualquier barco y luego llegan a otra provincia y se encuentran sin dinero para poder volver a sus lugares de origen?

—Eso dicen. En el periódico de hoy comentan que en La Coruña grupos de niñas salen a pedir limosna a la calle para que los repatriados puedan regresar a sus casas.

—Qué vergüenza. ¿Sabéis si regresó alguno de los de Candás?

—De momento creo que no volvió ninguno. Aunque eso no significa que hayan muerto. Puede que se encuentren en algún hospital en Cuba —dice el que está leyendo para animarles.

—Qué desgraciados somos los pobres... pensar que si hubieran dispuesto de mil quinientas pesetas, estarían todos aquí como nosotros —comenta uno de los mayores, que añade—: Yo libré por edad y mi hijo porque no dio la talla. Mira tú por dónde ser bajo fue una suerte.

—Siempre los pobres llevamos la peor parte.

—Aunque eso sea verdad, alguien tiene que defender la patria en caso de guerra.

—Mira este, claro, pero que no medie el dinero para decidir quién tiene que ir

o no. Si por edad y condición física eres apto, pues a la guerra, con o sin dinero.

A aquella misma hora, en el café de la fonda un grupo de forasteros también habla sobre lo sucedido en Cuba.

—Pese a lo que decís, para mí, la postura del almirante Cervera fue la de un patriota que asumió su responsabilidad, aun a sabiendas de que iba hacia el sacrificio.

—Eso es muy relativo. Ya sé que se argumenta que la actitud del almirante Cervera, convencido de la inutilidad de mantener un enfrentamiento con los americanos, fue la de conseguir el menor número de víctimas posible. Y por ello abandonó el puerto de Santiago de día e hizo salir los buques de uno en uno por lo angosto del canal y lo más pegados posible a la costa para evitar los ataques. Pero se podía haber hecho de otra forma. El mismo Fernando Villaamil, que estaba al mando de los destructores, pidió a Cervera desde un principio autorización para salir con sus destructores a atacar algunos puertos de la costa este de Estados Unidos, con la finalidad de obligar a parte de la flota americana a acudir a socorrer a sus puertos. Pero su propuesta no fue aceptada. Igualmente fue desestimado el proyecto de Villaamil de efectuar un ataque nocturno por sorpresa con torpedos de los dos destructores.

—Es verdad que los destructores fueron desaprovechados, pero de no ser así habrían muerto muchas más personas en la batalla de Santiago.

—Pero si han muerto más de trescientas. Una de ellas Fernando Villaamil, que se hundió con sus destructores. Ciento cincuenta resultaron heridas y más de mil setecientas fueron hechas prisioneras, entre las que se encontraba el almirante Cervera.

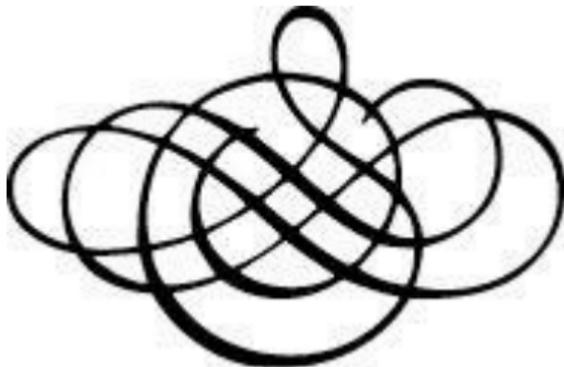
—Sí, pero seguro que de haber seguido otra estrategia las bajas habrían sido mayores.

—No sé vosotros —dice uno de los contertulios que no había intervenido hasta entonces—, pero yo no entiendo cómo, si el interés que movía a Cervera era salvar vidas, no enarboló la bandera blanca.

—Muy sencillo, no podía hacerlo sin autorización del gobierno. Cervera, como buen militar, acató las órdenes recibidas, aunque las considerara de todo punto erróneas. Y trató de que causaran el menor daño. La disciplina de Cervera fue ejemplar y también la de Villaamil al aceptar la decisión de Cervera.

—Creo que nos has convencido. Por mi parte, no volveré a criticar al almirante Cervera.

—Ya nos quedan muy pocos días de vacaciones. ¿Qué os parece si llevamos a nuestras esposas a Gijón a pasar la tarde? Me parece que en el café Colón dan hoy concierto.



A pocos metros de allí, en el comedor de la fonda, Marina está acabando de poner las mesas para el almuerzo.

En la primera semana de septiembre en la fonda se viven los últimos coletazos del verano. Solo tienen a tres matrimonios y a dos viajantes. No ha sido un buen verano en cuanto a clientes.

—Marina, ¿has terminado? ¿Vienes a comer? —le pregunta la señora Covadonga desde la puerta.

—Sí, ahora mismo.

—¿Estás más animada?

—Sí, pero no dejo de pensar en ello.

—No debes atormentarte. No se sabe lo que les ha pasado y la vida es así de dura y de injusta. Los más débiles somos siempre los más vulnerables.

—Ya lo sé, y además, si es verdad que han muerto, entraba dentro de lo posible pero es tan dura la realidad al comprobar que tu vecino se ha librado de la muerte por tener dinero. Y no es que yo quisiera que murieran todos para consolarme por el dolor de la desaparición de alguien querido, pero duele y mucho pensar que el dinero nos hace distintos. Y usted sabe, señora Covadonga, que yo he contribuido con mis ahorros a conseguir la cantidad suficiente para que los gemelos, los hermanos de Silverio, no fueran a la guerra. Pero el marido de mi amiga no disponía ni de recursos ni de ayuda.

Al ir a trabajar, Marina se había encontrado con una amiga que, angustiada, le había hecho partícipe de su temor, muy fundado a juzgar por el tiempo transcurrido, a que su marido hubiese muerto en Cuba. Nada se sabía de ninguno de los hombres del concejo de Carreño que se habían embarcado para la isla caribeña, pero Marina intentó animarla, aunque compartía su temor y desolación.

—Ya es seguro, Marina —dice la señora Covadonga, cambiando de tema—, don Bernardo cierra la fonda y vuelve a abrir una fábrica. Me ha dicho doña

Elena que esta misma mañana han solicitado al ayuntamiento la licencia.

—Pues me da un poco de pena, me había acostumbrado a conocer a gente nueva...

—Quien lo va a sentir es tu amigo Ernesto, pero siempre puede venir a una casa del pueblo. Ya sabes que muchas familias en el verano comparten sus viviendas con los veraneantes.

Marina guarda silencio. No es un buen día para ella. En medio de su tristeza solo la anima pensar que Silverio regresará a Candás el próximo año.

Navidad de 1898

En Navidad parecía que se notaba más la falta de los seres queridos. Tanto en Cuba como en España las ausencias eran muchas. La tristeza embargaba los corazones, pero la vida continuaba y era obligado sobreponerse.

Durante los meses transcurridos desde el final de la guerra, se habían celebrado intensas reuniones para tratar de llegar a unos acuerdos. Por fin, el 10 de diciembre se firmaba el tratado de paz de París entre España y los Estados Unidos.

Los españoles afincados en La Habana ya podían respirar tranquilos, porque, según el texto de los acuerdos, todos los españoles que desearan continuar residiendo en Cuba podrían hacerlo conservando sus propiedades, y lo más importante era que se les garantizaba que no se tomarían represalias contra ninguno, aunque hubieran luchado en contra de la libertad de los cubanos.

—Brindemos, Silverio, por la nueva situación.

—Por nosotros, Mariano, porque nuestro negocio salga adelante.

—Seguro que sí. Ya verás, tenemos casi un año para organizarlo todo. Empezaremos a caminar de la mano del nuevo siglo. ¿No te parece una buena fecha?

—Por supuesto —corroborra Silverio, que añade—: Creo que el nombre de nuestra tienda puede ser El Siglo XX.

—Me parece perfecto, amigo, otro brindis —pide el socio, levantando la copa.

—En cuanto pasen estas fiestas —dice Silverio—, tenemos que dedicarnos a buscar un local. Ya sabes que tengo pensado viajar a Asturias en abril o mayo. Hoy le he escrito a mi mejor amigo contándole mi intención de casarme...

—¿Cuánto tiempo piensas estar allí?

—En principio, unos seis meses. Me gustaría estar de vuelta para Navidad. Por cierto, Ricardo Cardón me pareció estupendo. Es mayor que tú, ¿verdad?

¿Le conoces desde hace mucho?

—Desde que llegué a La Habana. Era cliente de la tienda en la que trabajé — responde Mariano—. Le hice algunos favores porque él siempre vivió cerca de Cienfuegos, aunque ahora tiene su hacienda en Trinidad. Desconozco su edad, pero sí, es mayor que yo. Puede que tenga cuarenta o cuarenta y algo.

Silverio no sabe muy bien cómo decirle a Mariano que le resulta un poco extraña tanta generosidad por parte de Cardoné. Iba a tener una importante participación en el negocio, pero también cabía el fracaso... Además, podría invertir en su propio negocio azucarero.

—Mariano, resulta evidente que sin la ayuda de tu amigo sería muy difícil que nos estableciéramos.

—Así es, pero Ricardo se lo puede permitir.

—¿Tanto dinero tiene?

—Mucho más de lo que te puedas imaginar —asegura Mariano.

—¿Y toda su fortuna la consiguió con la plantación de azúcar?

—En teoría, sí.

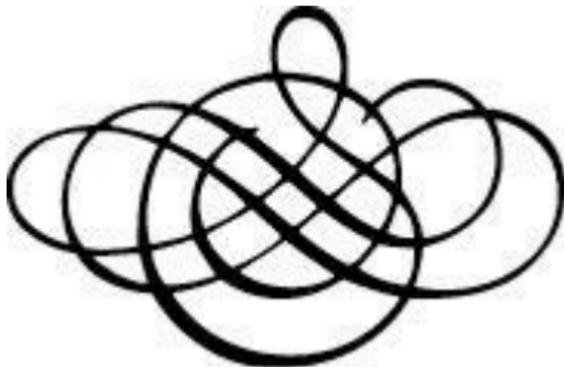
Algo en la escueta respuesta de su amigo le hace pensar a Silverio que sabe mucho más que no le ha querido contar.

—Nunca te he preguntado, Mariano, por la verdadera razón que te mueve a quererme como socio cuando tú solo, con el apoyo económico de Ricardo, podrías salir adelante y tendrías menos que repartir.

—Puede ser. Pero tú eres un buen profesional. Sabes de qué va el negocio y encima tienes encanto para las mujeres y ellas son nuestras clientas más seguras. Por todo esto, creo que el negocio irá mejor con tu presencia y porque eres asturiano como yo, porque confío en ti y te considero un amigo. A propósito, ¿cómo pasarás estas fiestas?

—Me hubiese gustado ir a Pinar del Río a ver a mi amigo Juan, pero no quiero pedir permiso en el trabajo y no me compensa desplazarme para estar solo unas horas. Puede que me acerque hasta el Centro Asturiano. ¿Qué harás tú?

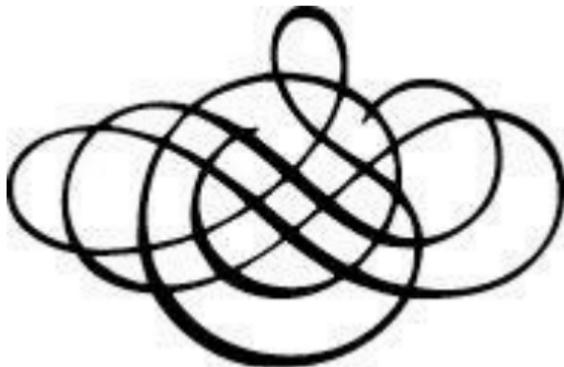
—Lo mismo de siempre. Me reuniré con un grupo de amigos e iré a misa en la catedral.



No iban a ser muy alegres aquellas Navidades en muchos de los hogares candasinos donde había huecos irremplazables, y aunque todos se esforzasen por disimular, el dolor seguía vivo en sus corazones ante la incertidumbre sobre el regreso de sus familiares. Hasta aquel momento solo unos pocos lo habían conseguido.

A Marina no le gustan mucho las fiestas navideñas, la ponen un poco triste. Recuerda con una sonrisa a su padre que en esos días le contaba historias de cuando él era niño y, como siempre, les prometía que al siguiente año, si la costera era buena, les compraría muchos dulces y alguna figurita para ir poco a poco poniendo un belén. Pero la sonrisa se desvanece cuando evoca a su madre y el triste estado en el que estuvo sumida desde la desaparición de su padre. Han pasado desde entonces más de veinte años y ella sigue sin tener ni una figurita del Niño Jesús. La verdad —se dice— que alguna sí podría haber comprado, pero existen prioridades mayores y además en casa de don Bernardo ponen un nacimiento precioso del que disfruta. Precisamente aquella tarde lo van a instalar. Casi siempre delegan en ella para que lo haga. Hubo un tiempo en que al señorito Hermenegildo le gustaba montarlo, pero ahora ni se ocupa. Los estudios y la novia acaparan toda su actividad.

Marina no sabe exactamente la hora que es, pero su sobrina Norita tenía que haber llegado ya. Le había dicho que la esperara para colocar el belén. Norita era quien se había acercado a la fuente de los Ángeles, en las afueras de Candás, a buscar *mofo*, que es como le llaman allí al musgo. Había traído unos tapines que parecían auténticas alfombras mullidas. Seguro que estaba a punto de llegar.



—Ha quedado precioso, Marina. ¿Lo has hecho tú sola? ¿No iba a venir tu sobrina? —pregunta doña Elena, que acaba de entrar en la habitación.

—Sí, no sé qué le habrá pasado a Norita, me tiene preocupada.

—Algo la habrá entretenido, no te preocupes, pero puedes irte a casa, si eso te tranquiliza.

—Gracias, doña Elena.

Marina le da un beso a la figura de la Virgen y le pide por todos sus seres queridos, en especial por Norita que últimamente la ha decepcionado al no querer estudiar para maestra. Ella estaba dispuesta a encargarse de los estudios de su sobrina, aunque tuviera que hacer algún tipo de trabajo extra. Pero ni su hermano ni su cuñada habían apoyado su proyecto. Y Norita, respaldada por ellos, rechazó la posibilidad de convertirse en maestra, aunque tampoco iba a la bodega. A Marina le desesperaba comprobar cómo su queridísima sobrina, en quien había puesto todas sus esperanzas, no quería más futuro que un novio para casarse.

Con la mirada perdida piensa que no es justa su postura. Cada uno tiene derecho a luchar por aquello que quiere y cierto es que desea para su sobrina lo que ella no ha podido hacer, pero no es eso a lo que aspira Norita. «Ayúdala siempre, Virgen María, es como si fuera mi hija, la adoro».

—Ay, perdóname, tía, pero no sabes lo que ha pasado. Estoy contentísima, ahora te lo cuento. Qué bonito lo has puesto. Mucho mejor que si yo te ayudara. Eres fantástica.

—Mira que eres zalamera, no te esfuerces, que te quiero igual. Otro día vienes a verlo con calma, hoy se ha hecho tarde.

Marina y Norita salen de la casa. Son dos guapas mujeres. No existe parecido entre ellas, pero sí cierto aire que bien puede ser genético o de mimetismo por la diaria convivencia. Marina tiene mayor prestancia. Es imposible no mirarla. Norita posee el atractivo de la juventud. Es rubia de ojos claros, delgada, alta y

de expresión dulce y risueña. Marina está convencida de que esa armonía placentera en el rostro de su sobrina es debida a la infancia feliz de la que ha disfrutado. Esa tarde está especialmente risueña.

—Bueno, cuéntame, ¿qué es eso tan maravilloso que ha pasado? —pregunta Marina, tomando del brazo a su sobrina.

Las dos caminan hacia casa. Lo hacen muy despacio porque la agradable temperatura, a pesar de estar en diciembre, invita al paseo.

—No te lo vas a creer, ¿sabes que ya tengo novio? —dice entre risas Norita.

—Todavía faltan unos días para los Inocentes, no te rías de mí. ¿Cómo vas a tener novio, si no sales con ningún chico ni te has fijado en nadie?

—No, no le conozco, pero estoy segura de que me enamoraré de él. Padre me ha prometido hoy con vuestro amigo Silverio, que vendrá a Candás el año que viene. Tienes que acompañarme cuando me case y viaje a Cuba.

Marina no da crédito a lo que está escuchando... ¡Silverio...! La persona que más quiere en el mundo, no se puede casar con Norita, es ella quien está enamorada de él... Es un sueño... No puede ser real lo que le está sucediendo. Seguro que se ha quedado dormida... Pronto despertará... Pero su sobrina sigue hablando...

—Esta mañana llegó la carta en la que vuestro amigo le contaba a padre que venía a Candás para verlos a todos y con la intención de casarse. Le pedía orientación sobre alguna muchacha joven, buena y formal. Esta tarde padre me llamó para contármelo y me preguntó si me gustaría. Como comprenderás, ni lo dudé. Es vuestro amigo y con él tendré una vida distinta. ¿Verdad que te alegras, tía? No me veré obligada a vivir una existencia mediocre llena de dificultades...

Marina se agarra más fuerte al brazo de su sobrina; siente que está a punto de desmayarse. Disimula como puede.

—Tiene diecisiete años más que tú —le dice con un hilo de voz—. Podría ser tu padre. ¿Y si no te gusta?

—En la carta que padre me dictó para Silverio le decía que la última palabra la tendría yo. Que si después de conocerlo no quería casarme, no habría boda.

«Dios mío, ya le han escrito y Xuaco no me ha comentado nada; claro que es su hija. Y qué sabe Xuaco de mis sentimientos. Tal vez si se lo hubiera contado, no se le ocurriría pensar en su hija. Tal vez si yo le hubiera dicho algo a Silverio... No puedo creer lo que está pasando... Norita es aún una niña».

—Bueno, eso de que seas tú la que decida me parece muy bien, me tranquiliza —afirma Marina, en medio del caos en el que está sumida.

—Sabía que te alegrarías, tía.

Continúan caminando sin cruzarse con nadie.

—Norita, adelántate tú a casa —dice Marina, al llegar a la altura del ayuntamiento—. Casi se me olvida que tengo que acercarme a la tienda para recoger unos hilos que me ha encargado doña Elena.

—¿No quieres que te acompañe?

—Prefiero que vayas a casa, puede que Teresa te necesite.

—¿Pero estás segura de que la tienda esté abierta a estas horas? —pregunta Norita.

—No, pero lo intento, y así no tengo que ir mañana.

Marina está deseando quedarse sola, inventó lo de la tienda porque no puede ir a casa en el estado en que se encuentra. Necesita pensar, asimilar la terrible noticia que le acaban de dar. Se encamina hacia el mar. Piensa que si alguien la ve, creerán que se ha vuelto loca, aunque poco le importa.

Sin darse cuenta y de forma inconsciente ha llegado a la Peña Furada. La marea está baja. Duda si acercarse a las rocas. Al final lo hace y se sienta en una de ellas. Y Marina vuelve a ser la niña que hablaba con las olas, la niña que, abrazada a Silverio, el amigo de su hermano, lloró la pérdida de su padre... La misma que esta noche acude cerca del mar en busca de consuelo.

Las huellas del pasado

—Marina, mira, ¿te gusta cómo ha quedado el vestido? —le pregunta su cuñada Teresa.

—Sí, es precioso, y a Norita tiene que sentarle muy bien.

—Está guapísima. Voy a intentar hacerle un abrigo antes de que llegue Silverio. Queremos que la vea muy guapa.

Resulta de todo punto imposible que Marina no piense en Silverio, y a que en casa continuamente hablan de él. En este tiempo ha intentado convencerse de que sus sentimientos no responden a un verdadero amor y que son fruto del proceso de idealización al que ha sometido al único amigo que ha tenido de niña. «Es muy probable que cuando lo vea —se decía— me dé cuenta de lo equivocada que estaba». Y para colmo, él ni se acordará de ella y esto, para que negarlo, a Marina le duele en lo más profundo.

Con su hermano casi no ha hablado del tema, pero sí con Teresa, que siempre sospechó de sus sentimientos con respecto a Silverio.

—¿No te parece acertada la decisión de Xuaco de casar a Norita con Silverio? Estaba un poco reacio, pero yo le animé a que escribiera inmediatamente.

—¿Por alguna razón en especial?

—Creo que para Norita este matrimonio es muy bueno. Y ya sabes cómo son los hombres. Cualquiera podría haberlo engatusado. Pero mediando un compromiso, ya es difícil. ¿Sabes, Marina? En algún momento llegué a pensar que tú estabas enamorada de Silverio, pero después de tanto tiempo eso es imposible. Además, tú has nacido para soltera.

—Sí, puede que tengas razón —le había contestado.

Ahora, el evocar aquella conversación con su cuñada, Marina recuerda cuánto le había dolido, pero es una experta en disimular y nadie se percató de la enorme tristeza que ensombreció sus ojos.

—Marina, ¿no te cansas de leer? —le pregunta Teresa, que sigue dándole vueltas al vestido de Norita.

—Nunca. Mi vida sería horrible si tuviera que prescindir de la lectura.

—¿Cómo están las dos mujeres más guapas de Candás? —grita Xuaco desde la puerta de la cocina donde ellas se encuentran.

—Seguro que ya has tomado un vaso más de la cuenta —contesta Teresa.

—Puede, pero está justificado porque hemos estado celebrando la llegada mañana de Silverio.

—¿Tan pronto? —exclama Teresa.

—Sí, me lo dijo su hermano Lolo. Mañana estará en Candás.

—Me alegro, así podrá asistir a la Semana Santa después de tanto tiempo —dice Marina, que se apresura a añadir—: Es tarde, me voy a dormir.

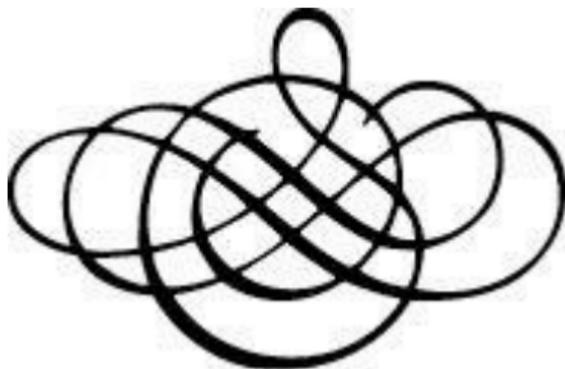
Al cerrar la puerta de su cuarto Marina contiene los sollozos. No quiere despertar a Norita que duerme.



Sabe que tiene que verlo, pero está demorando el encuentro todo lo que puede. Estuvo en casa dos veces, pero ella se encontraba trabajando y no mostró el suficiente interés para ir a esperarla a la salida de la casa donde sirve. ¿Pero por qué iba a hacerlo? Seguro que ella no es más que un lejano recuerdo, una niña que le ayudaba a mantenerse al día en sus conocimientos... que le facilitaba libros... que paseaba de vez en cuando con él...

Su sobrina Norita está como loca. Le ha dicho que Silverio es un hombre guapísimo y muy amable. Que no tiene dudas, que ya se siente enamorada de él.

Marina está asistiendo a la misa del día de Jueves Santo. Se conmemora la última cena del Señor, aunque ella permanece ausente pensando solo en su situación. Les pide al Cristo y a la Virgen del Rosario que la ayuden, que ese amor que siente por Silverio —y que por más esfuerzos que hace no consigue sofocar— sea una ilusión fomentada en el recuerdo y desde la distancia. Les ruega que cuando lo vea se dé cuenta de que todo son fantasías. Y les suplica protejan a Norita. Su sobrina merece ser feliz y, si es al lado de Silverio, que así sea.



Hace tres días que ha llegado a Candás y Silverio tiene la sensación de que no se ha ido nunca. Nada más entrar en su casa de siempre, abrazar a su madre, a sus hermanos, toda su vida anterior se ha hecho presente con una gran fuerza. No han cambiado muchas cosas en el pueblo desde su marcha. Es verdad que el puerto ha mejorado. Le dicen que ya cuentan con setenta botes y traineras, un vapor de pesca y treinta lanchas de altura, y, desde hace muy poco, con un faro que han instalado en el monte San Sebastián, que ahora todos conocen como Fuxa —así llamaban al *talaiero* que se ocupaba de mantener la luz encendida en el monte—. El nuevo faro despidе una luz verde que alcanza una distancia de seis millas.

—Ya me imagino, Silverio, que viniendo de Cuba, todo esto que te muestro orgulloso te dejará indiferente —le dice Xuaco, que pasea con él por el muelle.

—En absoluto. Es verdad que La Habana es una gran ciudad y mucho más moderna de lo que había imaginado y que nos brinda la oportunidad de unos empleos a los que aquí jamás tendríamos acceso, pero también existe la miseria y las penalidades. Mucho mayores que aquí, Xuaco. Yo mismo lo he pasado muy mal.

—Pero buen dinerito le has traído a tu madre.

—Un poco para que vaya tirando. Ya va siendo hora de que deje de trabajar. En todos estos años no la he ayudado, pero ahora pienso mandarle dinero por lo menos tres veces al año. Cuando hables con ella, convéncela de que donde mejor está el dinero es en el banco. Yo me cansé de insistir para que lo ingresara, pero no hay forma.

En Candás hacía casi diez años que se había establecido por primera vez una banca en el concejo, Velasco y Sobrino, dirigida precisamente por una persona que se había formado en La Habana, Jovino Muñiz, y que era el encargado de convertir en realidad los proyectos de su tío, Genaro Velasco que tantos años llevaba en Cuba.

—No te preocupes, se lo diré en cuanto la vea, pero ya sabes cómo son las personas mayores. Y cambiando de tema, no sabes lo contenta que está Norita.

—Es una mujer muy guapa y sobre todo muy dulce. Es fácil quererla. Te aseguro, Xuaco, que nunca le faltará nada. La cuidaré por encima de todo. Si las cosas van adelante, como los dos deseamos, me gustaría que la boda fuera en septiembre, cerca del día del Cristo. Mi intención es que nos embarcáramos para Cuba en noviembre más o menos. Aunque tenemos todo el tiempo, debemos pensar que conviene que un médico examine a Norita para saber las precauciones que debemos tomar, porque en la isla siempre acechan todo tipo de infecciones. Ese es el azote que debemos soportar. Sí, Xuaco, yo me fui de Candás en busca de fortuna, pero en el fondo lo que de verdad me movió fue no seguir en la mar. No quería un final como el de mi padre. En La Habana no corro ese riesgo, pero existen otros. Yo mismo estuve a punto de contraer la fiebre amarilla.

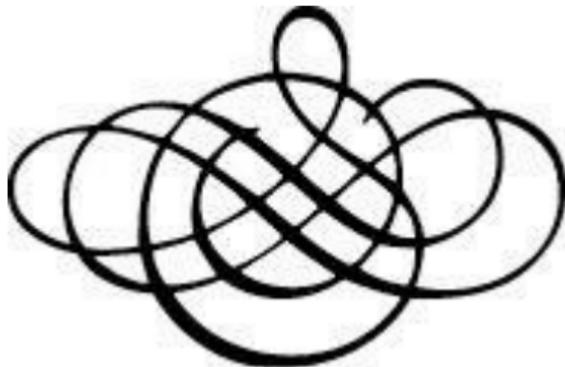
—Te entiendo, Silverio. Pero no comparto tus ideas. Yo amo a la mar. No conozco otra cosa. Si el destino quiere que me suceda lo mismo que a mi padre, pues será. Si todos nos comportáramos como tú, Candás quedaría desierto. ¿No te da pena? ¿No te parece que se lo debemos a nuestros antepasados que tanto lucharon? Mira, desde que te fuiste hemos tenido otro naufragio importante, en diciembre se cumplirán los ocho años en que la furia de la mar se cebó en la lancha *Julia*. Murieron once hombres. Y fue especialmente doloroso porque muchos candasinos presenciaron cómo el mar vencía a sus seres queridos quedándose con ellos, sin poder hacer nada por salvarlos.

—Qué horror, no sabía nada. Tuvo que ser terrible. ¿A qué altura se produjo?

—Fue a la altura de Socampo.

—La vida es dura, Xuaco, el peligro siempre acecha. Aunque tienes razón, las personas somos distintas; yo no soy tan valiente. La mar me puede. Si yo consiguiera una ocupación aquí que me permitiera vivir de ella, jamás abandonaré Candás, pero desgraciadamente no tengo esa posibilidad, así que no queda más remedio que emigrar, aunque siempre con el deseo de volver. Por cierto, no me has contado nada de Marina. Ya sé que Carmina se ha metido en un convento. He de reconocer que casi no la recuerdo y de Marina tengo la imagen de una niña muy especial, muy lista... Si te parece, nos acercamos a casa. Tengo ganas de verla.

—No está en casa. A estas horas seguro que asiste a misa, mejor podemos ir a su encuentro.



Subiendo del muelle se encontraron con varios conocidos que, al estar cerrados los bares por ser Semana Santa, bajaban al muelle a tomar el aire y mirar a la mar, algo a lo que la gente de Candás era muy aficionada.

—¡Ay, Xuaco! Se me había olvidado lo empinadas que son las calles candasinas, pero no sabes cómo disfruto del pueblo ahora que he faltado tanto tiempo. Estos días he salido a pasear por la noche para tenerlo para mí solo. Es una experiencia preciosa y muy curiosa. ¿Sabes? A cualquier lugar al que te dirijas tienes la sensación de que la mar está presente.

Xuaco mira a su amigo sorprendido y sonriendo le dice:

—No has bebido, ¿verdad?

—¿Crees que estoy loco? Pues te he contado la verdad, eso es lo que yo percibo.

—No me extraña que te llevaras bien con Marina. Seguro que ella entiende lo que acabas de decir, aunque yo sea incapaz de comprenderte. Mira, ya salen de misa. Mejor que esperemos en aquella esquina y tú te pones de espaldas, así evitamos que todos se paren con nosotros —aconseja Xuaco.

—Si a los jóvenes no los conozco y me cuesta identificar a los de mi edad. Han pasado casi diecisiete años desde que me fui. A ellos les pasará lo mismo conmigo.

—Es posible —dice Xuaco—, pero al verte a mi lado y saber que regresabas al pueblo todos se darán cuenta de quién eres. Además, fíjate cómo vas. Todos te tienen que mirar.

Silverio sonríe. Él se habría vestido con ropa oscura, pero su madre le ha obligado a poner el traje con el que había llegado. Quería que todos le vieran con aquel traje clarito que tan bien le sienta. Su madre desea que en el pueblo vean que las cosas le van bien.

Silverio mira a la gente que baja de misa. En su mayoría son mujeres y niños. En Candás solo a las celebraciones del Santo Cristo, el Sábado Santo y el

Domingo de Pascua van algunos marineros a la iglesia. De repente, una de las personas que bajan por la escalera llama su atención. Es una mujer... la mira fijamente. Va toda de negro, alta... pero lo que hace que se fije en ella es su forma de andar. Magdalena diría que tiene clase, una de esas mujeres que poco importa la ropa que lleven porque solo se las ve a ellas. «Seguro que es forastera», se dice.

—Mira, Silverio, por allí viene Marina —comenta Xuaco.

—¿Y quién es la más alta de melena?

—¿La más alta? Bajan varias mujeres y están a distintos niveles.

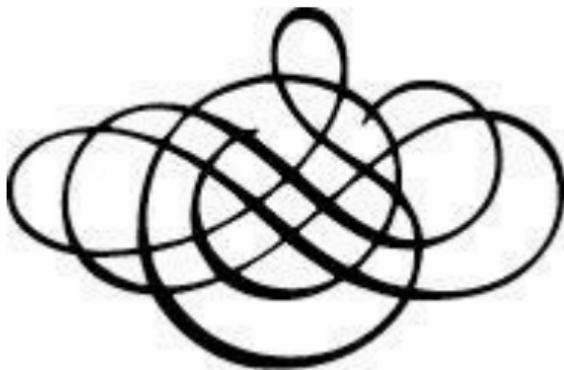
—Me refiero a la mujer que ahora habla con el hombre que lleva una niña de la mano.

—¿La de abrigo negro y mantilla?

—Sí, sí, esa.

—Es Marina.

—¿Cómo?



Marina los ha visto y su corazón palpita enloquecido. Le gustaría desaparecer, pero eso es imposible. Siente que sus mejillas arden, tiene que conseguir dominarse. Nadie debe notar su azoramiento. Intenta caminar más despacio, tiene que darse tiempo. Desde lejos, Silverio le parece sacado de *La Ilustración Española y Americana*, la revista que habla y muestra a los personajes importantes. Se le ve muy elegante...

Aún les separan unos cuantos metros, pero Silverio se adelanta a su encuentro.

—¡Marina! Estás preciosa —exclama mientras la abraza—. No puedo creer que aquella niña flacucha se haya convertido en una mujer tan guapa. Ya sé ahora a quién se parece Norita.

—Gracias, tú también has cambiado, Silverio.

Marina hace verdaderos esfuerzos para mostrarse tranquila, pero aquella forma de besarle la mano después de abrazarla... Y los ojos. Los ojos de Silverio son tal y como los recordaba, verdes, pero ahora poseen una profundidad de la que antes carecían. Se pasaría la vida mirándose en ellos.

—Estaba deseando verte —le dice Silverio—. Tienes que contarme muchas cosas. Tu sobrina Norita te adora, solo me habla de ti.

—No sabes lo unidas que están —comenta Xuaco—. A Teresa la quiere mucho, pero siempre tuve la sensación de que el cariño de su madre, que ya sabes que murió cuando ella era muy pequeña, lo centró en Marina.

—Puede ser —opina Silverio, que añade—: ¿Sabes, Marina? Me ha dicho que siente no haberte complacido al no querer estudiar.

—Yo sí que lo siento, porque aptitudes tiene para ello, pero en fin, ni su padre, aquí presente, ni su madre me apoyaron.

—Ya veo que sigues con tu afán por la cultura. Tú sí que tendrías que haber estudiado.

—Pero la vida es como es. Silverio, tú sabes mejor que nadie que ninguno de los dos pudimos seguir en la escuela, ¿o se te ha olvidado?

—No, pero hace tanto tiempo... Jamás me olvidaré, porque gracias a ti que me ayudaste a recordar lo aprendido en la escuela, pude desenvolverme mejor en Cuba. ¿Sigues leyendo tanto? Me gustaría que me dejaras algún libro.

—¿Por qué no damos un paseo? —pregunta Xuaco—. Vinimos aquí para verte, Marina. Podemos acercarnos al muelle. Compruebo que, como siempre, estáis deseando contaros cosas.

—Id vosotros. A mí me esperan en casa de doña Elena.

—¿Trabajas hoy también? —Quiere saber Silverio.

—No. Pero he quedado en pasar a recoger unas cosas.

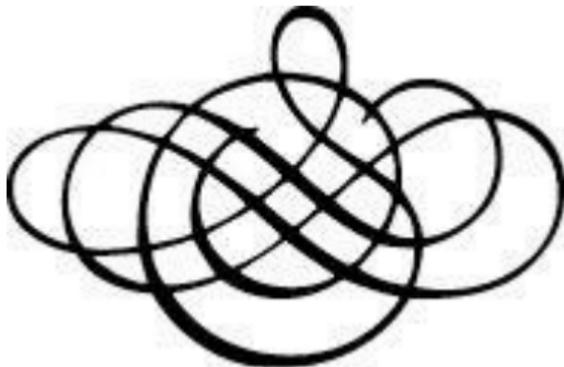
—Entonces te podemos acompañar —sugiere Silverio.

—No, prefiero ir sola, porque igual me entretengo. Hasta luego —dice, alejándose de ellos sin darles tiempo a decir nada.

—Xuaco, qué guapisima está tu hermana y sigue igual que siempre de carácter. Me pregunto cómo es posible que sea una mujer con tanta distinción. En La Habana creerían que es una rica heredera.

—Se habrá contagiado de los finolis de sus señores y de los amigos de estos —dice Xuaco riendo.

Silverio no responde nada porque en el fondo piensa que hay algo innato en la elegancia de Marina. Es posible —se dice— que sus deseos de convertirse en persona culta también influyan en sus modales.



Marina no sabe muy bien adónde ir. Solo quiere alejarse de ellos. Su amor no son ensoñaciones, Silverio es el hombre de su vida. Y encima se ha convertido en un ser guapisimo, interesante. Y sus modales... Sabe Dios qué vida habrá llevado en La Habana. Marina deduce que su amigo se ha movido en ambientes distinguidos. No le sorprende que su sobrina se haya ilusionado con él. Y a Silverio tiene que resultarle fácil enamorarse de una chica tan joven y guapa como Norita. Aunque a Marina los hombres le parecen distintos, tiene la sensación de que para ellos el amor es menos importante.

Se da cuenta de que aún lleva la mantilla puesta. Se la quita y la dobla cuidadosamente. Nunca había tenido ninguna. Esta se la regaló doña Elena. Qué dura es la vida. ¿Por qué tuvo que adelantarse Xuaco en buscarle novia a su amigo? De no haber sido así ¿Silverio pensaría en ella como esposa? ¿Qué le habría parecido de verdad? La ha piropeado, pero seguro que lo hizo por pura cortesía...

Dará la vuelta por la calle de la Cruz para ir a casa. No cree que haya nadie. Norita llegará de noche. Ha ido a casa de sus abuelos.

Marina sabe que no debe darle más vueltas a su dolor. Llegará un momento en que lo asimilará. Seguro que hay más de una mujer en Candás que ha tenido también que sufrir el desamor. A Marina la ayuda en su pena pensar que Silverio no la quiere. Por mucho que ella deseara casarse con él, nunca lo haría si su amor no fuese correspondido.

De todas formas, cree que le haría bien desahogarse con alguien. Pero ¿con quién? Ernesto es la única persona que conoce sus sentimientos, pero no le parece oportuno contarle la actual situación. Tal vez debiera hacerle una visita a su hermana Carmina en el convento, aunque tampoco es cuestión de agobiarla contándole algo que seguro la entristece. A sus amigas conocidas, ni hablar. Es posible que lo mejor sea comentarlo con don Francisco, el párroco, que sabrá aconsejarla. Nadie debe notar nada. No tiene derecho a enturbiar la felicidad de

su sobrina.

Un cálido y tormentoso verano

Hace tiempo que en Asturias no tenían un verano tan bueno. Quien mejor soporta las altas temperaturas sin duda es Silverio, habituado al clima tropical.

—¿Y tú crees que me acostumbraré? Para mí hoy hace un calor insoportable —comenta Norita mientras se abanica—. Vaya acierto con el regalo que me has hecho.

Silverio ha traído abanicos para todas las mujeres de su entorno. A Norita le entusiasma y lo cierto es que aquellos días se hacía necesario.

—Seguro que pronto te aclimasas, lo mismo que he hecho yo. Además, no se está todo el día en la calle y las casas son frescas. Estoy seguro de que te vas a encontrar muy bien en La Habana.

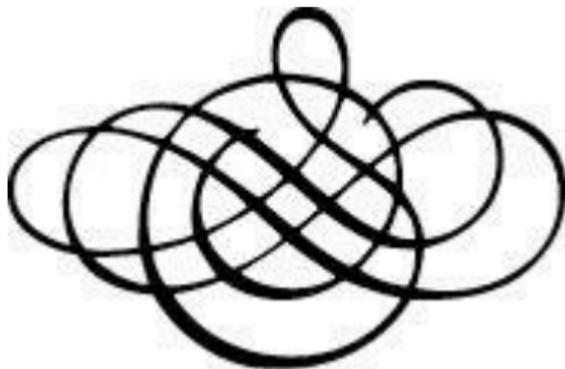
—Dios te oiga. Porque yo quiero casarme contigo, aunque la idea de irme tan lejos me asusta un poco.

—No tienes de qué preocuparte. Yo te cuidaré.

El compromiso entre ellos ya es conocido en el pueblo. Condicionado desde el primer momento a la decisión de Norita, que en todo momento se mostró encantada, y aseguró haberse enamorado de Silverio, se había consolidado de forma normal.

Silverio tendría que sentirse feliz. La muchacha es guapa, buena, no había tenido ningún novio... Sí, seguro que vivirá feliz a su lado... Tiempo tiene para enamorarse de ella. Pero existe algo en su interior que le impide sentirse ilusionado. Puede que sean los deseos que siente constantemente de hablar con Marina. Tiene la sensación de que su amiga de la infancia le rehúye. Si Marina tuviese novio lo entendería, aunque tampoco, porque él no entraña ningún peligro. La verdad es que, pensándolo bien, resulta extraño que, con lo guapa e interesante que es, permanezca soltera y sin compromiso. En estos meses solo la ha visto cinco veces y siempre con gente alrededor que le impidieron hablar con ella como antes. Le gustaría poder desahogarse con alguien para que le ayudara a entender lo que le está pasando. Xuaco, su mejor amigo, no es la persona adecuada. La única que le puede ayudar es Marina y precisamente ella no desea hablar con él.

Silverio y Norita se encuentran sentados en El Paseín. Han estado de paseo...
—Estoy un poco cansada, Silverio, ¿me acompañas a casa?



Ha salido pronto de trabajar y hace tan bueno que Marina en vez de ir a casa decide dar un paseo por la ladera de San Antonio.

Últimamente pasea mucho y por lugares solitarios. De esa forma está consiguiendo no encontrarse con Silverio. A veces, cuando nadie la ve, llora. Pero considera que tiene la situación controlada. Las conversaciones en las que Norita le cuenta lo mucho que quiere a Silverio y lo amable que es él con ella se han convertido en auténticos opiáceos que amortiguan su pena. Si ella no puede ser amada por el hombre al que adora, que sea su sobrina quien comparta la vida con él le duele menos. Por Norita daría la vida...

Cuando su sobrina y Silverio abandonen Cándas, Marina sabe que será terrible para ella, porque se alejan las dos personas a las que más quiere en la vida. A sus hermanos, Xuaco, Armando y Carmina los quiere muchísimo, pero es distinto. También a sus otros sobrinos los quiere, aunque Norita siempre fue su amor. Seguirá teniendo una existencia mediocre y aburrida, aunque ahora se sentirá mucho más sola. No quiere ni pensar cómo sería su vida sin poder leer. Gracias a los libros que le sigue proporcionando la maestra, los que le regalan los señores y alguno que le envía Ernesto consigue sobreponerse...

Marina soporta muy bien el calor. Aquella tarde lleva el pelo recogido y va vestida como siempre muy sencilla: falda azul y camisa blanca. Las alpargatas también son blancas... antes de llegar a la capilla decide sentarse para relajarse mirando al mar y empezar a leer la novela que esta misma tarde le ha dejado doña Victoria, la maestra.



—¿Seguro que no te apetece quedarte un rato con nosotros?

—Me quedaría feliz, Xuaco, si no estuviera tanto o más cansado que Norita —dice Silverio.

Silverio no desea quedarse de conversación en casa de su amigo y no se atreve a preguntar por Marina.

—¿Tanto habéis andado? —pregunta Teresa.

—La verdad es que sí. Hemos ido hasta Piedeloro para ver la iglesia de Santa María que, dicho sea de paso, es preciosa. Pensar que viví aquí hasta los diecisiete años y nunca supe de su existencia.

—Yo nunca la he visto —afirma Xuaco muy orgulloso.

—Pero Marina seguro que ha ido cien veces. ¿Por qué crees que Norita te la quiso enseñar? —apunta Teresa.

—Por cierto, ¿no está Marina? —pregunta Silverio como sin darle importancia.

—Cada vez pasa menos tiempo en casa —afirma Teresa—. Claro que cuando está se encierra en su habitación a leer. Así que es como si no estuviera.

—No, lo que pasa es que trabaja mucho y no me extraña que al terminar la jornada le apetezca más tomar el aire y pasear un rato por San Antonio, antes de venir a casa.

Silverio se despide de Norita y de sus futuros suegros. Antes de llegar al portal ya tiene claro adónde ir.

La calle de Santolaya... la plaza del Cueto... y San Antonio. Silverio nunca se había detenido a pensar lo cerca que estaba todo en los pueblos. Le encantaría encontrar a Marina, pero aunque no la vea agradece el paseo. Subirá hasta la capilla del santo. Al poco de iniciar el sendero ve una figura femenina sentada de espaldas mirando a la mar. Tiene que ser ella, se dice. En aquellos momentos, como por encantamiento, Silverio recuerda con toda nitidez la mañana más triste de su vida y ve la imagen de aquella niña sentada en una roca al lado de la Peña

Furada... Pero a diferencia de entonces, no se acerca despacio para no asustarla, ahora hace todo lo contrario y desde donde se encuentra, grita:

—Marina, ¿eres tú?

Marina cree haber oído su nombre y se vuelve. La presencia de Silverio que camina hacia ella la pone nerviosísima.

—No te levantes, que me siento a tu lado. Qué guapo el muelle desde aquí. ¿Eres capaz de identificar la lancha que está entrando? —le pregunta Silverio.

—Déjame ver —pide Marina—. Sí, creo que es la *No te olvidamos*.

—¿La de Xuaco? Pero si él estaba en casa.

—Algunos días no sale a la mar. Tu hermano Lolo y el mío, Armando, se ocupan de todo.

—No es mal lugar este para ver las lanchas volver a puerto —comenta Silverio.

—Suelo venir mucho —asegura Marina, intentando mostrarse amable y normal.

—¿Sabes que tenía unas ganas enormes de charlar contigo? Hace meses que he llegado y no hemos hablado más de cinco minutos, cuando antes nos pasábamos horas enteras...

—Eran otros tiempos y yo no estaba tan ocupada como ahora.

—Me han dicho que tus señores te tienen en mucha consideración.

—Son muy buenos conmigo. Y en su casa tengo oportunidad de observar y aprender.

—¡Ay, Marina! Si supieras que no he leído un libro desde que me fui de aquí.

—No me sorprende, si solo te dedicabas a trabajar, y supongo que no tendrías quien te los prestara. Porque no ibas a gastar tu dinero en libros, cuando lo que querías era ahorrar —dice Marina.

—Sigues siendo la misma. Siempre has tenido respuesta para todo. Déjame ver lo que estás leyendo —pide Silverio.

—Es una novela de doña Emilia Pardo Bazán.

—Perfecto para mí —dice riendo Silverio—. *Un viaje de novios*. ¿Qué tal es? ¿Me lo recomiendas?

—No lo he leído. Esta misma tarde me lo prestó doña Victoria.

Según pasan los segundos, Marina se va sintiendo más cómoda...

—Silverio, cuéntame cómo es la ciudad de La Habana. ¿Es mucho más grande que Gijón?

Marina sigue interesándose por la vida en Cuba. Pregunta sin cesar y Silverio se muestra encantado de satisfacer su curiosidad.

Se encuentran tan enfrascados en la conversación que no se dan cuenta del tiempo que llevan allí, hasta que Marina, sorprendida, dice:

—Dentro de nada se hará de noche. Debemos irnos.

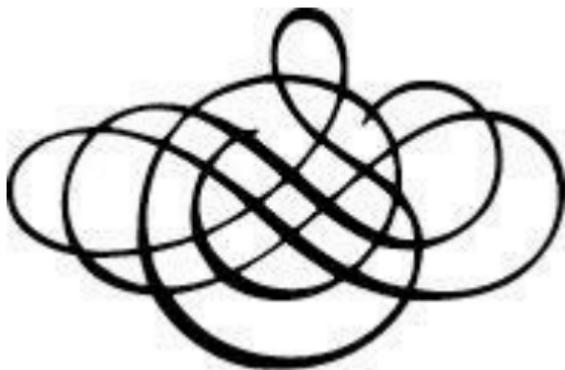
—De acuerdo, pero prométeme que nos veremos más veces. Como ves,

tenemos muchas cosas de que hablar.

—Ya sabes donde puedes encontrarme. Si hace bueno y salgo relativamente pronto, vengo aquí. Cuando tengo menos tiempo, me acerco al muelle.

—Aquí en San Antonio es perfecto. Podemos charlar sin que nadie nos moleste —asegura Silverio.

Aquella noche, Marina tarda mucho en quedarse dormida. Le está dando vueltas a su encuentro con Silverio. No quería estar cerca de él por evitarse sufrimientos. Sin embargo, se ha dado cuenta de que por no verlo no va a dejar de quererlo y siempre será mejor que su relación con él sea normal y hacerse a la idea que pronto se irá, casado con su sobrina. La vida se porta mal con ella pero deberá superarlo.



Desde aquel día son muchos los encuentros que Silverio y Marina mantienen. En uno de ellos, Silverio le cuenta la verdad de su vida en La Habana. Marina, un poco abrumada por la confianza que su amigo le demuestra, no sabe muy bien qué decir.

—Allí las mujeres se comportan de forma distinta —asegura Silverio.

Marina no quiere comentarle que cuando en una carta aludía a la tal Magdalena ella tuvo la sensación de que algo existía entre ellos.

—¿Es muy guapa Magdalena? —Se limita a preguntarle.

—Sí. Pero sobre todo muy atractiva y con mucho mundo. Sabe moverse en todos los ambientes.

—Pero, por lo que veo, ese tipo de mujeres no te gustan para casarte.

—Por supuesto que no. Por ello me voy a casar con Norita.

—¿Y el amor? —pregunta Marina.

—Llegará más tarde. Y si no es así, me portaré siempre bien con mi mujer.

Marina, cuando Silverio mira al mar o algún otro lugar, aprovecha para observarlo. Es tan interesante. No le sorprende que haya vuelto locas a todas aquellas señoras. Si ella fuera una de ellas, seguro que estaría intentando

conquistarlo. Sin embargo, queriéndole como le quiere, allí está sentada a su lado como la fiel y buena amiga; claro que existe Norita, que muy pronto se convertirá en su esposa.

—No te preocupes por Norita, que la cuidaré muy bien. ¿Y tú, Marina, no te has enamorado? Me imagino que no porque no creo que ningún hombre rechace tu amor. Seguro que has tenido muchos pretendientes.

—Pues te equivocas.

—Algunos habrás tenido

—Pero que no me interesaban. No estoy dispuesta a casarme sin estar enamorada.

—Alguien me ha dicho que hay un joven madrileño con el que sales con frecuencia. Seguro que estás enamorada de él.

—No, de verdad, Ernesto, es un buen amigo.

—Eso son disculpas. La amistad entre un hombre y una mujer al final siempre resulta ser otra cosa —asegura Silverio riéndose.

—¡Qué dices! ¿Tú y yo no somos amigos?

—Lo nuestro es distinto. Somos amigos desde niños.

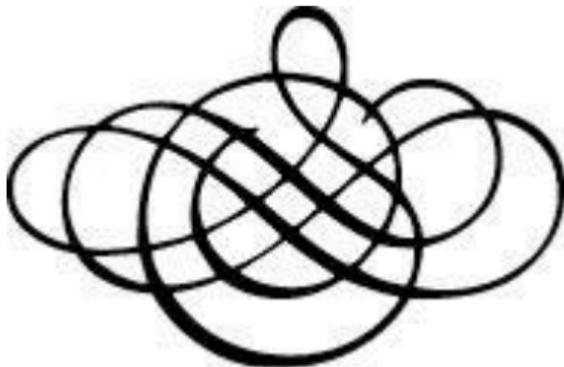
—Tienes razón —asegura Marina con cierta nota de tristeza en su voz.

Silverio percibe este cambio y, tomando las manos de Marina, la obliga a mirarle a la cara directamente...

Se produce un silencio embarazoso en el que sus ojos se miran como si acabasen de descubrirse.

—Qué guapa eres, Marina...

—Hablemos de otra cosa, por favor —pide ella, que se ha puesto roja.



Marina no puede olvidar la forma en que la miró Silverio. Ella no es experta, aunque juraría que lo ha hecho como Ernesto cuando le confesó que deseaba ser su novio, pero no puede ser, solo son imaginaciones. El ruido de la puerta al cerrarse la saca de su ensimismamiento.

—Qué bien, creí que no estarías en casa —dice Norita, que entra como una exhalación en el cuarto.

—Sí, hace poco que he llegado. ¿Pero vienes sola?

—Teresa ha ido a recoger a los niños.

—¿Habéis comprado la tela?

—Preciosa, mira, la tengo aquí. Teresa me dice que quedará el traje aún más bonito que en la revista.

—Seguro que así es —dice Marina—. ¿Fue la madre de Silverio con vosotras a Gijón?

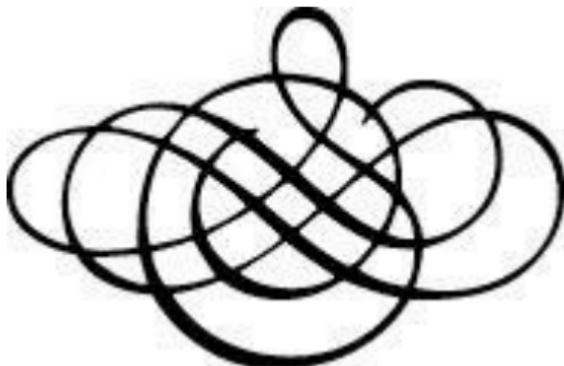
—Sí, y dice que voy a ser la novia más guapa de Candás.

—Eso ya lo sé yo, querida Norita.

—¿Has visto a Silverio esta tarde? —le pregunta su sobrina.

—Sí, estuve con él un rato en San Antonio.

—No sabes cómo me alegro de que os llevéis tan bien —afirma Norita.



Hace días que Rosa observa a su hijo Silverio. Tiene la sensación de que algo le preocupa. Cuando aquella tarde llega a casa y lo encuentra fumando con la mirada perdida, no se resiste más y le pregunta qué le sucede.

—Nada, madre. Estoy bien. Puede que sea la responsabilidad del matrimonio. Estoy tan acostumbrado a vivir solo.

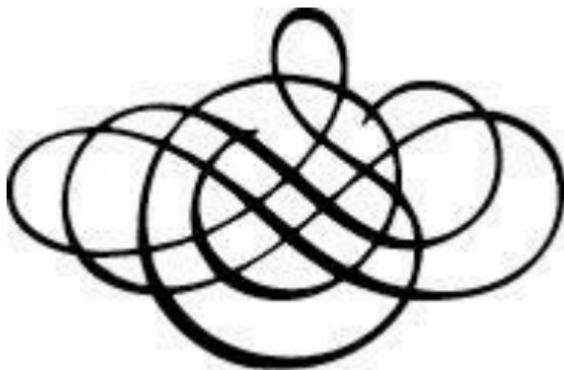
—No estarás pensando en irte, dejando plantada a Norita, ¿verdad?

—No, madre. Jamás faltaría a mi palabra.

—Eso me tranquiliza.

Silverio ha mentido a su madre. Lo mismo que hará con todos. Nadie debe conocer sus auténticos sentimientos. Se odia a sí mismo por haber pedido que le ayudaran a buscar esposa, cuando ahora sabe que la mujer a la que ama estuvo siempre a su lado. Tenía que haberse dado cuenta desde el primer momento de que aquellos deseos de hablar con ella debían de obedecer a algo. Desde esta misma tarde en San Antonio, Silverio sabe que ama a Marina. Ha tenido que

hacer auténticos esfuerzos para no besarla. La quiere y desea más que a nadie en el mundo. Los encuentros que casi a diario mantiene con ella dan alas a su espíritu, y el día que no la ve es como si le faltara el aire. A su lado es mejor persona, le estimula a saber, le brinda la fuerza de la que él carece. Junto a ella su corazón se expande y la complicidad entre ellos brota de forma espontánea. Qué desgracia haberse comprometido con Norita.



El mes de agosto estaba llegando a su final. En aquel caluroso verano en Candás se había abierto la nueva fábrica de conservas de Bernardo Alfageme y en Gijón se había creado la Industrial Candasina con la finalidad de establecer una fábrica de luz eléctrica en Candás.

Los candasinos se preparaban para celebrar por todo lo alto las fiestas del Santísimo Cristo. La costera del bonito no había estado mal, lo que les iba a permitir un pequeño desahogo.

La boda de Norita y Silverio estaba fijada para el día 9 de septiembre, cinco días antes del Cristo.

Marina ha ido a buscar agua a la fuente de Santarúa y tiene la sensación de que nunca llegará a casa porque todos con los que se encuentra le preguntan por la boda y coinciden en la suerte que tiene su sobrina. Ella lo lleva como puede. Hay momentos en los que se encuentra tranquila, pero en otros siente una pena tan grande que no puede contener las lágrimas. Hace días que no ha visto a Silverio y casi lo agradece aunque no deja de sorprenderle que en toda una semana no haya aparecido por San Antonio y precisamente después de haberla mirado de aquella forma que la hizo temblar. Antes de entrar en el portal de casa, mira al cielo. Hace un calor bochornoso y puede que haya tormenta, pero en cuanto deje el agua se acercará un rato a mirar el mar que adquiere, en esos momentos previos a las tormentas, un color indescriptible.



Desde que Silverio fue consciente de su amor por Marina no quiso volver a verla. Pero esta tarde es incapaz de resistir a la tentación de charlar con ella y se dirige hacia San Antonio con la ilusión de encontrarla, aunque piensa que sería bueno que no estuviera.

Camina despacio y no puede evitar imaginar qué distinto sería todo si pudiera decirle a Marina todo lo que la quiere y lo feliz que sería de convertirse en su compañero para toda la vida. Solo contemplar esta posibilidad hace que se sienta etéreo... ¡Vivir con ella en La Habana!... Pero la realidad es muy distinta. ¿Por qué no puede dar marcha atrás? ¿Por qué tuvo que escribir aquella carta...?

De repente se da cuenta de algo en lo que no había pensado: ¿qué diría Marina de su amor? Es probable que se riera de él... No debe darle vueltas a algo que desgraciadamente ya es un imposible...

Ve a Marina sentada en el lugar de siempre... Duda si acercarse o dar la vuelta... pero el deseo de verla es grande...

Antes de llegar a su altura, ella se vuelve y con una sonrisa le dice:

—¿Querías darme un susto?

—No, es que me gusta verte así. Si supiera pintar, te inmortalizaría en este entorno.

—Con este cielo —dice Marina— podrías ponerle por nombre *Minutos antes de la tormenta*.

—¿Hoy no has traído libro?

—No, hace unos minutos que he llegado y no creo que la lluvia me permita permanecer mucho tiempo aquí.

—Seguro que has terminado *Un viaje de novios*. Me lo tienes que prestar.

—Mejor no.

—¿Por qué?

—El final no es feliz y pienso que no conviene que lo leas. Mira, empiezan a caer unas gotas.

—Uff, se agradecen, con este bochorno. Pero dime qué pasa en el libro...

Marina no quiere contarle el desenlace de la historia, no porque les vaya a suceder a Norita y a él lo mismo, aunque prefiere no hacerle pensar en semejante posibilidad. Comienza a llover con fuerza...

—Corramos a resguardarnos a la capilla —dice Silverio.

—Pero si está cerrada —grita Marina mientras corre hacia ella.

—Sí, pero si nos colocamos a su espalda, nos protegerá. El viento viene de ese lado y el alero del tejado, aunque es pequeño, nos cubrirá un poco.

Llegan jadeantes, y muy pegados a la pared intentan que la lluvia no les alcance. En un movimiento inconsciente Marina roza el brazo de Silverio. La emoción le embarga y una descarga eléctrica no hubiese conseguido efecto más estimulante.

Silverio la mira... el deseo de abrazarla, de confesarle su amor, se apodera de él, y como si el mundo fuera a desaparecer en ese momento, la atrae hacia sí con fuerza y buscando su boca la besa con pasión... Marina intenta reaccionar, pero al sentir el contacto de los labios de Silverio en los suyos se deja llevar... Aquello tiene que ser el cielo...

Sofocada y avergonzada, Marina trata de separarse.

—Por favor, Silverio... —le pide.

—Perdona, Marina, pero te quiero, te quiero...

—Dios mío, Silverio, dime que no es verdad.

—Mírame, Marina —le suplica él, tomándola por los hombros—. No existe una certeza mayor en mi vida.

Marina acerca sus manos al rostro de Silverio recorriendo con sus dedos todos sus rasgos, con amor, como si quisiera aprenderlos de memoria.

—¿Es posible que tú me quieras? —pregunta emocionado Silverio.

—Más que a mi vida. Te amo desde el día que te fuiste de Candás.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no se lo comentaste a tu hermano? Qué distinto sería todo.

—No sabía cómo ibas a reaccionar y Xuaco te escribió sin comentármelo.

—La culpa es mía —dice pesaroso Silverio—. No tenía que ilusionar a Norita, me daba lo mismo que me rechazara. Pero no fui consciente de que te quería, Marina, hasta la otra tarde en la que de repente lo descubrí, y entonces entendí la dependencia que siempre tuve de ti. Y ahora ¿qué vamos a hacer?

—Nada. ¿Te imaginas cómo me sentiría yo al decirle a mi sobrina que la boda con la que sueña día y noche no se celebrará porque seré yo quien me case con el hombre que quiere? No podría vivir, Silverio. Nuestra vida semeja una auténtica tragedia griega. En todo este tiempo mi consuelo era que no me quisieras, pero ahora, no sé... Si no creyera en Dios, estaría dispuesta a buscar la muerte a tu lado y a que contigo no puedo vivir.

—Marina... —exclama Silverio mientras la besa y la abraza con auténtica

desesperación—. Tienes que ayudarme, tú eres más fuerte que yo. Tal vez si hablaras con tu hermano —le pide Silverio como en un susurro.

—Yo no puedo. El remordimiento no me dejaría vivir —contesta ella.

—Entonces, ¿qué hacemos? Yo te quiero, Marina. ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—No lo sé. Pero eres tú quien tiene que decidir lo que debes hacer.

Las nubes siguen su camino y la lluvia ha cesado...

—Silverio —dice Marina—. Es mejor que te vayas ahora. Yo me iré pronto.

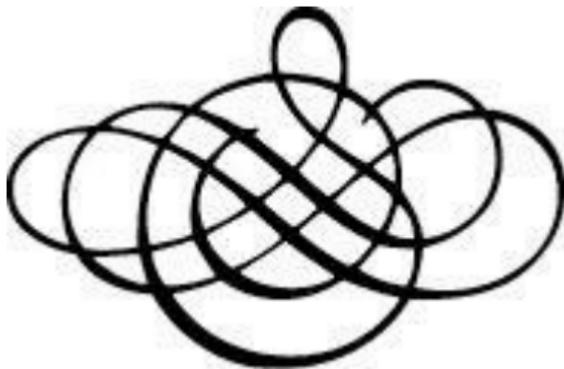
—Podemos regresar juntos. Te acompaño a casa.

—No, prefiero quedarme un rato.

—Tenemos que volver a vernos, por favor —suplica él.

Marina lo mira mientras se aleja. Se siente tan mal que es incapaz de llorar. Tiene la felicidad al alcance de la mano y debe renunciar a ella. Por un momento piensa en enfrentarse a todos y a todo y luchar por su amor. Se imagina por un instante el revuelo que se organizaría en el pueblo. Durante mucho tiempo no se hablaría de otra cosa. Dirían cosas terribles de ella. Sería un gran escándalo, piensa, una mancha en su familia que tendrían que soportar toda la vida.

Marina sabe que podría hacer frente a todos estos aspectos negativos, pero lo que la obliga a renunciar a su felicidad es el amor a su sobrina. En gesto suplicante mira al cielo y con voz implorante dice: «Santísima Virgen del Rosario, tú como mujer conoces bien lo que estoy sufriendo; haz que Norita se desenamore, ayúdame para que pueda vivir al lado del hombre que es toda mi vida». De repente, Marina cree haber encontrado la solución. Silverio debe disculparse e inventar alguna historia y renunciar al matrimonio argumentando que es por el bien de Norita. «Sí —se dice convencida—. Eso es lo que yo haría, regresaría a Cuba, y después de un tiempo, cuando Norita se haya olvidado y casado con otro, yo podría viajar a La Habana para reunirme con Silverio...».



Los días siguientes, Marina está muy pendiente de todo lo que se dice en casa, anhelando alguna noticia que le demuestre que Silverio ha hecho algo, pero todo sigue su curso normal.

Una tarde, al salir del trabajo, ve que Silverio la espera. No lo ha vuelto a ver desde la tarde en que le declaró su amor. Tiene la sensación de que él ha adelgazado y su aspecto es de cansancio.

—Hola, Marina, he preferido venir a esperarte en vez de acudir a San Antonio porque allí corro el riesgo de no saber comportarme, y paseando por la calle, como todos nos ven... —A Marina no le sienta nada bien lo que está escuchando, pero guarda silencio—. Sí, Marina, te quiero tanto que no respondo de mi comportamiento.

—Yo sí respondo del mío —afirma ella interrumpiéndole.

—Ya, pero no deseo colocarte en una situación embarazosa. Estoy desesperado porque no veo la forma de solucionar nuestro problema. ¿Se te ha ocurrido algo?

Marina está a punto de contarle lo que ha pensado; sin embargo, opta por callar. No es ella la que se va a casar. Él tiene que decidir...

—Ya comentamos, Silverio, que existen muy pocas salidas, pero debes ser tú quien las tome.

—Podrías ayudarme con Xuaco.

—No, Silverio, es a ti a quien le corresponde hablar con él.

—Soy débil, Marina, no tengo fuerza...

En ese momento ella se siente morir... Ya sabe qué va a pasar...

El sol había querido sumarse a la fiesta y la procesión del Santo Cristo había reunido a numerosos fieles y devotos que, descalzos y con velas encendidas, seguían la imagen de Jesús crucificado, llevada a hombros por marineros por las calles de la villa. No era el Cristo de Candás que siempre permanecía en el camarín, sino el Cristo del Amparo, perteneciente a una familia de El Regual, que tradicionalmente lo cedía a la parroquia para la procesión.

El día estaba resultando perfecto. Era costumbre bailar la danza prima. Se formaba un gran círculo de mujeres y hombres, que, agarrados de la mano, entonaban canciones y de forma acompasada movían brazos y piernas. Este tipo de baile era popular en Candás y gozaba de fama en toda la región, ya Jovellanos había aludido a la danza prima de Candás el día del Cristo como la más hermosa que había visto en su vida.

Marina había participado alguna vez, pero este año está dispuesta a bailar y disfrutar de la fiesta.

Muchos de los más allegados a ella, que se encuentran en la plaza de la Baragaña, se alegran al verla llegar. Aquella tarde Marina está especialmente guapa.

—Tendrías que llevar siempre el pañuelo a la candasina. No existe nadie a quien le siente mejor —le dice la señora Covadonga que, a pesar de sus años, sigue acudiendo a bailar la danza prima.

—Gracias, eso porque usted me mira con buenos ojos.

—Eso por supuesto. Pero estás guapísima. ¿No vienen los recién casados?

Marina contesta con la mejor de sus sonrisas.

—No tengo ni idea. Comimos todos en casa. Pero se han ido a ver a la madre de Silverio.

Marina estaba pasando los peores momentos de su vida. Como se imaginaba, Silverio no hizo nada por detener el compromiso y en la fecha prevista se casó con Norita. Ella asistió a la misa de esponsales. Todavía no sabía cómo había conseguido disimular. Se sentía tan triste y tan decepcionada... Lo único que la mantenía a flote era comprobar la felicidad de su sobrina. Habían regresado de

viaje de novios. Tres días en Oviedo. Norita le había dicho:

—Debes casarte, tía Marina. Es maravilloso tener marido.

—Algún día lo haré —había contestado ella.

Se alegraba mucho por su sobrina, aunque le daba pena pensar que Silverio no estuviera enamorado de su ya mujer. ¿Pero lo estaba de ella? Marina dudaba de su amor, pero ese mediodía durante la comida se había convencido de que Silverio la seguía queriendo cuando Norita, como lo más normal del mundo, dijo:

—Padre, ¿qué le parece? Ya sabe lo mucho que quiero a Marina, y Silverio me ha animado a que la invite a venirse con nosotros a vivir a La Habana. ¿Tía, no te gustaría acompañarme? Para mí sería la felicidad completa.

Aún es incapaz de describir la tormenta sentimental que experimentó su corazón al escuchar semejante barbaridad. De lo que está segura es que su amor por Silverio ha desaparecido convirtiéndose en odio. Sí, le parece un ser despreciable. ¿Cómo puede pensar que ella va a aceptar? ¿La considera una persona amoral? Desde ese momento, Marina tiene un objetivo en la vida, hacerle pagar a Silverio el daño que le ha hecho. Por eso se ha arreglado tanto y por eso va a disfrutar de las fiestas. Tiene que demostrarle que nada le importa su amor. Si Ernesto estuviera en Candás se casaría con él solo para darle en cara a Silverio.

Se está formando el corro, pero tanta gente quiere participar que probablemente tendrán que hacer dos. Los más jóvenes se colocan en el del centro.

—Mira, Marina, por allí vienen Norita y Silverio —le dice la señora Covadonga—. Seguro que quieren participar en la danza. Hazles señas para que te vean.

—No se preocupe. Ya buscarán hueco.

Santo Cristo de Candás (bis), para quién estás mirando (bis). Miro *pa* los *mis* romeros, como vienen caminando. Ay, qué danza tan alegre (bis), tan arrodada de mozos (bis). Ay de mí, que ya no tengo donde yo poner los ojos...

Ciertamente es un placer escuchar las voces de las candasinas y candasinos entonar aquellas letras que no por repetidas dejan de emocionarlos.

Nadie percibe la dureza en los ojos de Marina cuando su sobrina y Silverio se colocan entre la señora Covadonga y ella. Al sentir la mano de Silverio que toma la suya con fuerza, Marina consigue mantenerla flácida, como muerta. Él la mira, pero no encuentra respuesta, Marina está inmersa en la canción:

Para bocartes, pravianos (bis); para *xardes*, los luanquinos (bis), y para pescar bonito Dios me dé los candasinos.

—Marina, no sabía que tenías tan buena voz —le dice Silverio mientras danzan.

—Tú no sabes nada de mí.

—Tenemos que vernos antes de que me vaya. Necesito hablar contigo, por favor —suplica Silverio—. Debo darte algunas explicaciones.

—No preciso ningún tipo de aclaración, conmigo ya lo has hablado todo.

La señora Covadonga percibe que algo le sucede a Marina al ver cómo se separa de ellos para seguir danzando en otro lugar del corro al lado de unos amigos. Sin embargo, la alegría de su cara le hace desistir de ningún tipo de especulación. Será —se dice— que le apetece más bailar con sus amigas.

Echa mucho de menos a su sobrina. Hace quince días que se fueron y le parece una eternidad. El otoño siempre le produce una cierta melancolía. Los días son tan cortos... Cuando regresa a casa del trabajo ya es de noche. Al mirar las empinadas y tortuosas calles de Candás totalmente solitarias, Marina siente algo parecido a la desolación... Así late su corazón, con una congoja que amenaza ahogarla... Tiene que seguir viviendo, pero no sabe muy bien para qué. Xuaco y Teresa son felices con sus hijos. Su hermano Armando tiene su propia familia y no la necesita. A ella se le ha ido la vida con su sobrina... Ya no puede disfrutar mostrándole a Silverio su desprecio. Había tenido mucho cuidado de que nadie notara nada pero no perdió oportunidad de hacerle daño. Ahora se ha quedado sola, con su desesperado dolor.

No se había desahogado con nadie salvo con el párroco, don Francisco Suárez-Castello. Había acudido a confesarse contándole toda la historia y se acusó de disfrutar haciendo daño a Silverio.

El sacerdote se mostró de acuerdo con la decisión que había tomado Marina por amor a su sobrina y a su familia. Le pidió que rezara por ellos y comentó que los caminos de Dios son inescrutables y que tal vez ella estuviera llamada a seguir una senda distinta a la del matrimonio. « Es posible —le dijo— que Dios espere de ti que fructifiques tus conocimientos compartiéndolos con los demás» .

Marina había salido reconfortada del confesionario y mucho más ligera al descargar su conciencia. Don Francisco era hombre bueno y comprensivo. Había insistido en que debía eliminar el odio y el rencor que emponzoñaban el alma y le aseguró que el odio a una persona a la que se había querido mucho era una forma de amar. Marina había mostrado su desacuerdo, pero de vez en cuando vuelve a pensar en ello.

Hace días que no lee. Es incapaz de concentrarse en la lectura ni en nada, pero es consciente de que no puede quedarse así; tiene que remontar este estado de abatimiento. No sabe cómo, pero debe hacerlo...

No se ha cruzado con nadie en su camino a casa, aunque en algunos chigres se oyen voces. Los pescadores y en especial los de Candás son vocingleros. Al

llegar al punto que tiene que desviarse para tomar Santolaya, Marina decide bajar a la ribera, ¡ay, la ribera! Nadie como ella conocía las penas y dolores, las alegrías y esperanzas de los candasinos que aman a la mar.

Camina despacio. No hace frío, pero la humedad propia de la cercanía de la mar hace que se arrebujee en la característica manta marinera que suelen utilizar las mujeres del pueblo. El suave rumor de las olas le brinda una gran tranquilidad.

Cuánto daría por encontrarse con su sobrina al volver a casa. Seguro que si no habían llegado a La Habana estarían a punto de hacerlo.

De pronto oye como unos murmullos. Mira a su alrededor, pero no ve a nadie. Tiene la sensación de que el sonido proviene de una de las pequeñas lanchas... Según se va acercando escucha con mayor claridad. Son voces infantiles... Detrás de una lancha, sentadas en el suelo, se encuentran dos niñas de unos diez años.

—¿Pero qué hacéis aquí, no deberíais estar en casa?

—Sí, ahora vamos —dice la más alta de las dos.

Marina observa que la más pequeña ha llorado, tiene los ojos enrojecidos...

—¿Estáis bien, puedo ayudaros?

Las pequeñas se han puesto en pie. Marina no está segura, pero la mayor de las dos le parece que es la hija de una prima de la señora Covadonga y la otra hija de la vecina de la madre de Silverio. No les pregunta por sus familias para que se sientan más libres.

—No, no pasa nada, es que en casa de Luisina —sigue hablando la más alta— tienen problemas. Su madre ha enfermado y ella mañana ya tiene que dejar de ir a la escuela porque es la mayor de los hermanos. Pero yo le digo que no se disguste, que mientras yo siga en la escuela la puedo ayudar. Claro que a mí cualquier día me sucede lo mismo.

Marina se ve a sí misma reflejada en aquellas niñas. Qué pena que muchos niños de Candás no puedan recibir una formación adecuada. Ella, dentro de lo que cabe, fue una privilegiada al contar con la ayuda de doña Victoria y al encontrar un trabajo que, al no ser tan duro como el de la bodega, le permitía leer. Las mira con detenimiento... su corazón se enternece, recuerda lo que le recomendó el párroco y con cariño les dice:

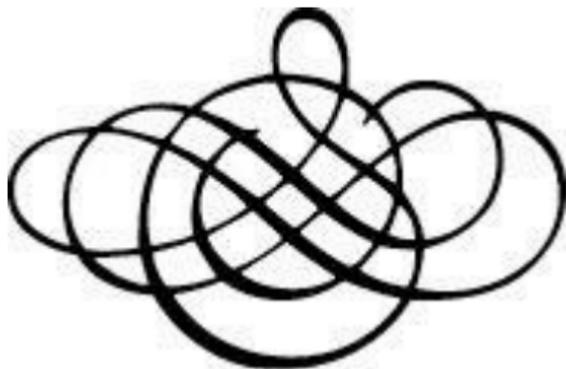
—Mirad, os voy a hacer una propuesta. Nos podemos ver un día a la semana, los sábados por la tarde, cuando yo salga del trabajo, sobre las cinco. Quedamos aquí, en la ribera, os invito a merendar y leemos juntas. Si llueve o hace malo, nos vamos a mi casa. ¿Qué os parece?

Las niñas se miran sorprendidas. Curiosamente es la más pequeña, Luisina, que no había abierto la boca, la que con una amplia sonrisa exclama:

—Sí, sí, qué bien.

—Pues ya lo sabéis, el sábado os espero a las cinco.

Las niñas se van cogidas de la mano. Marina se da cuenta de que algo ha cambiado en su interior, la posibilidad de ayudar a aquellas pequeñas, de hacerles la vida un poco más agradable, es a ella a quien beneficia.



Silverio está convencido de que Norita será una buena esposa que no le ocasionará ningún tipo de problema y que le hará quedar muy bien ante todos sus conocidos. Si no fuera por Marina, podría ser muy feliz con ella. No importa lo que él sienta. Se comportará como si fuera el marido más enamorado del mundo y Norita será muy feliz a su lado. Lo hace porque es su mujer y él no es mala persona, aunque, si es sincero, debe reconocer que desea con toda su alma que Marina se entere de lo feliz que hace a su sobrina, porque sabe lo mucho que la quiere.

Norita había soportado bastante bien la travesía y los primeros días en la ciudad está un poco afectada por el clima.

—¿Y dices que esta es la temporada seca y en la que hace menos calor? —pregunta Norita, abanicándose.

—Sí, desde este mes hasta abril no suele exceder la temperatura los veintiocho grados.

Silverio y Norita habían llegado a La Habana a finales de noviembre, mes en el que los huracanes eran menos frecuentes y el clima empezaba a ser mucho más agradable.

—¿Pero se mantiene siempre en veintiocho grados? —pregunta Norita un tanto asustada.

—No, suele oscilar entre veintiuno y veintiocho, la máxima. Y la baja entre dieciocho y veinticuatro. Ya verás cómo te acostumbras. Es muy agradable.

—Tendré que hacerme ropa. Ya he visto los vestidos que llevan las señoras aquí.

—Le pediré a una buena amiga, Magdalena Sánchez, que te acompañe a la modista y te vaya enseñando la ciudad.

—Me gustaría que me acompañaras tú. Quiero conocer la ciudad a tu lado.

—Claro, los domingos no nos separaremos, pero el resto de la semana debo trabajar y tú tienes que ocupar el tiempo en algo.

—Podría limpiar la casa y que no viniera esa señora. También me gustaría aprender a coser.

Silverio, asesorado por Mariano, su socio, que le había buscado una casa en alquiler en una céntrica calle de la zona antigua, contrató a una mulata para el servicio durante el día.

—Mira, Norita, si las cosas nos van como hasta ahora, y yo gano lo suficiente y quiero que tú seas una auténtica señora.

Durante los meses pasados en Asturias la situación económica en La Habana había mejorado y esto se notaba en el comercio. Hacía solo una semana que había abierto sus puertas el establecimiento del que era socio Silverio, El Siglo XX, y tal vez fuera por la novedad, pero lo cierto era que las ventas habían superado todo lo previsto.

—Pues lo que tenemos que hacer entonces para que esté ocupada es tener hijos inmediatamente —dice Norita muy convencida.

—Déjame que te dé un beso, preciosa —dice Silverio conmovido. Xuaco le había dicho que debería consultar a un médico, pues cabía la posibilidad de que a Norita los embarazos le pudieran ocasionar problemas de salud como a su madre.

—Marina, ¿de verdad que no te importa quedarte con los niños?

—En absoluto, Teresa. No son bebés, algo que podría asustarme. Mis sobrinos ya tienen diez y once años, son casi unos chavales. Podéis iros tranquilos.

—Volveremos para cenar. Ya sabes que dejo todo preparado, solo tienes que calentarlo.

—¿A qué hora llegaréis? —pregunta Marina.

—Antes de las diez —dice Xuaco, que añade—: Teresa, si supieras lo poco que me apetece ir.

—Ya lo sé, pero no quiero que acabe el siglo sin haber asistido nunca al baile. Y no tenemos más oportunidades, porque hoy es 31 de diciembre, además, domingo.

—Yo no pienso asistir hasta que no tengamos baile en Candás —comenta riendo Marina.

—Pues te convertirás en una viejecita.

—Poco me importa.

—Pero a mí me hace mucha ilusión —afirma Teresa—. Y me han dicho que en Los Campos Eliseos se pasa muy bien.

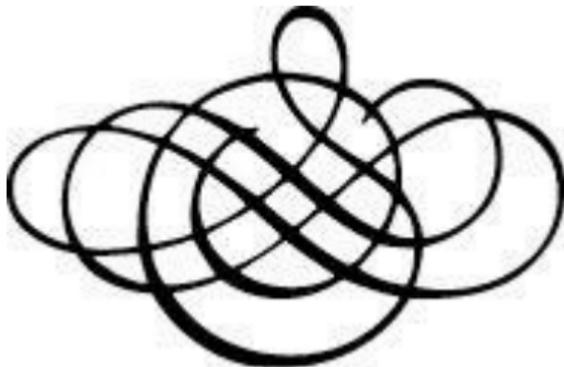
—Sí, ya sé —dice Marina— que es el salón de moda en Gijón. Hoy he visto el anuncio en el periódico. Por cierto, me sorprendió que siendo fin de año la sesión de baile finalice a las diez de la noche.

—Es que no están autorizados para mantenerlo abierto más tarde —apunta Teresa.

—Sí, ya lo sé, pero es extraño que siendo este día no se levante un poco la mano —insiste Marina.

—¿Te parecen poco seis horas? Date cuenta que el salón abre sus puertas a las cuatro de la tarde —dice Xuaco.

—Pues también es verdad. Venga, iros ya y pasadlo muy bien. No os preocupéis de nada —los tranquiliza Marina.



Aunque es domingo, los niños están jugando en la calle. Nada más irse sus padres sale a decirles que en cuanto empiece a oscurecer vuelvan a casa. Es el último día del año y a Marina le apetece mirar a la mar antes de que se acabe el siglo, pero lo hará después de cenar. Ahora pasará la tarde en casa leyendo. Tiene deseos de empezar la novela de Palacio Valdés, *Marta y María*, que le ha regalado el señorito Hermenegildo en Navidad. Por fin ha vuelto a ser la misma. Aquellas niñas —ahora eran tres— a las que ve todas las semanas le han devuelto la alegría de vivir. Para ella es muy importante sentirse útil...

Por la ventana de la cocina entra un rayito de tibio sol, lo suficientemente atractivo para que Marina —y a que está sola— decida sentarse allí a leer.

Al coger el libro de la mesita de noche ve la carta de Norita y no resiste la tentación de volver a leerla.

Mi queridísima tía Marina:

Deseo que estés bien al recibo de esta. Yo me encuentro feliz, aunque te echo de menos. Me gustaría que estuvieras aquí conmigo para poder disfrutar juntas de esta ciudad maravillosa. No pensé que me fuera a gustar tanto. Lo que más llama mi atención es el azul de las casas que con la luz, que casi siempre nos acompaña, reluce y brilla de forma increíble.

Silverio es muy bueno y cariñoso conmigo. No quiere que haga nada. Figúrate que viene una señora a limpiar la casa. Los negocios le van muy bien. Me ha presentado a una amiga, que es una señora muy importante, Magdalena Sánchez, para que me acompañe a la modista y a las tiendas. Es encantadora, estoy segura de que te gustaría...

Ha leído la carta unas cuantas veces, y cada vez que llega a este punto, Marina se detiene. ¿Será posible que Silverio haya vuelto a las andadas? La verdad es que no lo cree. No porque no sea capaz de ser infiel, sino porque no

está enamorado de la tal Magdalena, y para mantener relaciones mejor su mujer que es guapa y muchísimo más joven. Marina, que ha recuperado la calma interior cuando piensa en Silverio, observa cómo su corazón se endurece. Quizá, piensa, Magdalena se haya convertido en su paño de lágrimas, pero algo le dice que no. Aunque si es tan experta en todo, seguro que se ha percatado de que Silverio no ama a su mujer. Sigue leyendo.

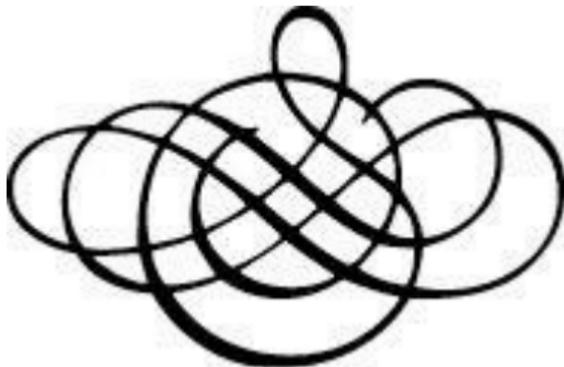
Me han hecho dos vestidos preciosos. Casi todas las costureras son mulatas y cosen todo a mano. Y no te lo vas a creer; muchas señoras compran desde el coche, que aquí llaman volantas. Me encantan los escaparates, muestran tantas cosas bonitas. Aunque yo he ido a las costureras que llaman de baratillo, que cosen en sus casas y son más baratas. Doña Magdalena conoce a una buenísima.

Querida tía, ahora, en esta hermosa ciudad, me he dado cuenta de la gratitud que te debo al haber insistido en que leyera y estudiara. Es muy importante la cultura, no quiero ni imaginar cómo me enfrentaría a mi nueva vida sin saber leer. Sería espantoso. Silverio me anima a que estudie francés para que se lo enseñe a él. En La Habana, la alta sociedad se expresa en este idioma.

A Marina le sorprende que no sea el inglés el elegido, teniendo en cuenta la situación de la isla regida por representantes del gobierno de los Estados Unidos, pero recuerda que Silverio le había hablado de la influencia de Europa, especialmente de Francia, en la ciudad de La Habana.

Se me olvidaba contarte lo mejor; fuimos a una fiesta preciosa en el Centro Asturiano, a mí me daba vergüenza porque no conocía a nadie, pero la gente es muy amable y sobre todo los socios de Silverio, que en todo momento estuvieron pendientes de mí. Este es otro mundo, Marina, aunque me acuerdo mucho de Candás. Escríbeme pronto y cuéntame muchas cosas. Sabes que te quiero muchísimo. Silverio te manda muchos besos... Y los dos os deseamos un nuevo año muy feliz. Besos para todos.

—Lo mismo te deseo yo, cariño —dice Marina en voz alta mientras guarda la carta. Podría contestarle ahora, pero no, esperará que pasen los Reyes.



—Año nuevo, vida nueva. Siglo nuevo, imagínate... pues no, Marina, todo sigue igual. El mismo trabajo, las mismas preocupaciones, las mismas caras con las que te cruzas a diario, los mismos comentarios, las mismas miserias...

Resulta evidente que la señora Covadonga no tiene un buen día, Marina nunca la ha visto así.

—¿De verdad creía usted que por cambiar de siglo todo sería nuevo?

—No, mujer, es un decir. Y una forma de echar fuera el malhumor. Además, es un regalo de Dios que pueda vivir en el siglo XX, nunca creí que llegaría. Casi todos mis familiares se han quedado en el camino. Así que mi postura tiene que ser de agradecimiento.

—Pero hay algo que la ha disgustado, ¿verdad? ¿Me lo quiere contar? —le pregunta Marina.

—Soy una tonta, a pesar de los años que tengo y de todo lo que he vivido, hay personas que me siguen defraudando —dice la señora Covadonga muy triste.

Marina no insiste porque conoce muy bien a la señora Covadonga y sabe que está deseando contárselo. Hace unos minutos que ha regresado de la compra y está vaciando las bolsas...

—Pues fíjate lo que me ha pasado al salir de la tienda. No te voy a dar el nombre porque no quiero predisponerte en su contra, pero una de esas «señoras» que visitan frecuentemente a doña Elena, y que aquí me trata con cierto afecto y deferencia, me ha vuelto la cabeza cuando la saludé dándole los buenos días. Es verdad que iba con otra señora desconocida y posiblemente se avergonzó de que vieran que tenía trato con una criada.

—Eso no tiene que ponerla triste. Esa señora, que no deseo identificar, no es nada. Piense, señora Covadonga, que las personas de valía son las más sencillas, las que no se dan ninguna importancia y tratan bien a todos, aunque sean criadas como nosotras.

—Ya sé que tienes toda la razón. Pero duele. Puede que a ti menos, porque no

te consideras inferior.

—¿Y usted por qué lo sabe? —pregunta Marina riendo.

—Se nota.

—Claro que no lo soy. Ni usted tampoco. Hemos tenido peor suerte en la vida al no disponer de medios, pero no es el dinero el que proporciona categoría a las personas. Hay pescadores de Candás que son mucho más señores que algunos que se las dan de tal. Aunque debemos reconocer que también hay personas excelentes entre los reconocidos como señores.

—Sí, Marina, pero el dinero da poder y los hace dueños de todo.

—Ya lo sé, y nosotros tenemos que servirlos.

—Y agradecidas de que nos den trabajo.

—Por supuesto, pero no son más que nosotros a los ojos de Dios. Así que a llevar con dignidad el papel que nos ha tocado en la vida. Y vamos a trabajar, que se nos echa el tiempo encima —dice Marina.

—¿Tú crees que va a cambiar la vida para Candás en este nuevo siglo?

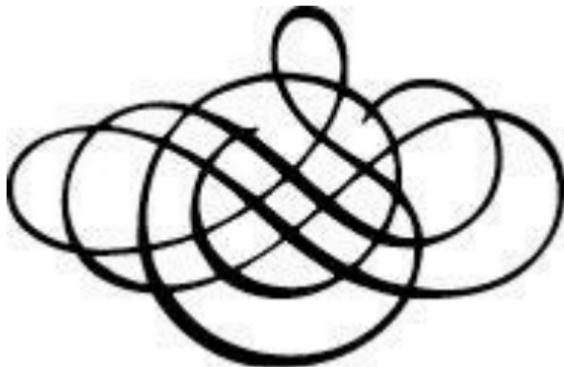
Marina mira a la señora Covadonga; indudablemente, aquella mañana parece otra persona.

—Quién sabe lo que pasará. Todos deseamos mejorar. Y sobre todo que haya paz. Candás forma parte de Asturias, de España, de Europa, del mundo, y no permanecerá ajeno a los grandes acontecimientos que se produzcan. De todas formas, señora Covadonga, Candás ha mejorado en los últimos años y esperemos que siga así.

Lo cierto era que en Candás funcionaban entonces unas trece fábricas de conservas que empleaban a más de cuatrocientas personas. Los pescadores censados oficialmente eran unos trescientos treinta. Derivados de esta actividad había empleos de barrileros, carpinteros, anzoleros, cordeleros, lateros...

—Dios te oiga, Marina.

—Yo me siento contenta porque en los meses que llevamos del nuevo siglo ha vuelto a funcionar la escuela que organiza la Sociedad de Mareantes para mayores de catorce años a cargo del maestro don Manuel Artime, que merece un monumento por lo que lucha por la cultura.



Iniciar el camino de un nuevo siglo siempre mueve a la imaginación y a elucubrar sobre futuribles más o menos seguros era algo frecuente. En La Habana no eran ajenos a esta tendencia, pero los cubanos y quienes allí vivían sabían que los cambios estaban a punto de producirse. Lo cierto era que dentro de unos días estaban llamados a las urnas para elegir a los delegados que formarían parte de la Asamblea Constituyente.

—Ya sabes que solo pueden votar los que saben leer y escribir y los que tengan doscientos cincuenta pesos en propiedades —dijo Silverio, que estaba reunido con un grupo de asturianos en uno de los salones del Centro Asturiano. Norita se encontraba en la zona donde charlaban las mujeres.

—O sea que yo no puedo votar. No sé leer ni escribir y el dinero lo tengo a buen recaudo —dice uno de los reunidos.

—Está claro que no. El sufragio que nos aplican es el ilustrado y el censitario. Aunque al final creo que predomina el censitario. Si tienes propiedades no importa que no sepas leer —comenta irónico uno del grupo.

—Creo que estás equivocado y eres injusto en tu apreciación, porque lo mismo se puede decir del sufragio ilustrado; si sabes leer y escribir, no importa que no poseas propiedades —aclara Silverio.

—Sí, es verdad lo que apuntas, Silverio, reconozco mi error, pero también es verdad que la mayoría de los que saben leer tienen propiedades y los que no saben son los más pobres que carecen de todo y que, como siempre, son los más perjudicados.

—Ese es otro tema —afirma Silverio.

—Son muy importantes estas elecciones —apunta otro—, porque las personas elegidas serán las encargadas de elaborar la nueva Constitución por la que se regirá Cuba.

—¿Creéis que los estadounidenses, hoy en el gobierno de la isla y siendo ellos un poco los mentores de la Carta Magna, no intentarán defender la anexión? —

inquiere Silverio.

—Seguro —dice uno—, pero no olvidéis que somos muchos más, y me incluyo, los que deseamos la independencia.

—De todas formas y en honor a la verdad, debemos decir que bajo la ocupación americana están mejorando algunos aspectos.

—Totalmente de acuerdo —opina Silverio—. Los cambios operados son especialmente visibles en el saneamiento de la ciudad.



Ajenas a la conversación de sus maridos, el grupo de señoras charla sobre temas muy dispares, aunque la mayoría son asturianas y la *tierrina* siempre está presente. Norita es la más joven de todas y ha sido la última en incorporarse. Algunas tienen hacia ella una actitud protectora que no le desagrada. Por edad, algunas podrían ser sus madres.

—Para ti, Norita, es todo más fácil, porque Silverio ya llevaba años aquí, pero yo —comenta la mayor del grupo— llegué a la vez que mi marido, y no deseo a nadie lo que sufrimos en los primeros años. Primero enfermé yo, después él. Sin poder trabajar, logramos sobrevivir gracias a la caridad de algunas buenas personas. Menos mal que tardamos en tener hijos.

—Por eso es tan bueno —apunta otra— el departamento de beneficencia que se ha establecido en el centro. Es una forma de no sentirse solo y ayudar a muchos emigrantes a los que la suerte no ha acompañado.

—De todas formas, la emigración, para mí, aunque las cosas te salgan medianamente bien, es dura. Cuesta mucho habituarse a unas costumbres y a una vida diferente a la que conocías y sin el cariño de la familia. ¿Sabéis? Llevo casi veinte años en La Habana y sigo añorando los prados asturianos y cada día siento mayor necesidad de volver a mi *pueblín*, aunque puede que nunca lo consiga.

—Seguro que sí. Ya sabes que yo he tenido la suerte de poder ir este año.

Tenemos el proyecto de estar unos cuantos años más aquí y regresar definitivamente —dice con ilusión una de ellas.

—Es duro tener que salir, dejar nuestras raíces para poder vivir mejor. Y agradecidos tenemos que estar a esta tierra que nos ha dado cobijo —comenta otra.

Norita las escucha muy atenta y con la tristeza reflejada en su rostro. Una de ellas, al observarla, dice:

—Ya está bien, dejémonos de lamentaciones, pobre Norita, la estamos asustando. —Y tomándola de la mano, añade—: Llevamos mucho tiempo en la isla y de vez en cuando nos desahogamos, pero nuestra vida aquí no es mala y este centro nos ayuda mucho a tener presente a nuestra *tierrina*. Aquí celebramos el día de la Virgen de Covadonga como si estuviéramos allí. Ya verás cómo te gusta la fiesta.

La Habana, primavera de 1901

—Dios mío, Silverio, es increíble... Así me imagino que tendría que ser el paraíso. Creo que nunca he visto un paraje natural más hermoso. Incluso es tan verde o más que nuestra Asturias.

Antes de que comenzaran los meses más húmedos, Silverio había querido llevar a su mujer a visitar a Juan, en Pinar del Río. Solo tres días habían pasado con él, pero antes de irse llevó a Norita a conocer el valle de Viñales. Un paraje que a él le parecía único.

—Fíjate, Norita, esas rocas espectaculares se llaman mogotes y el mismo nombre reciben las formaciones vegetales que, como puedes comprobar, se adaptan de forma maravillosa a los diferentes tipos de relieve.

—Qué verdes tan delicados, Silverio, y qué variedad...

Situado en la sierra de los Órganos, dentro del municipio de Pinar del Río, el valle de Viñales constituía uno de los lugares de mayor atractivo paisajístico de la isla de Cuba en el que se podían admirar especies vegetales únicas, entre las que destacaba la palma corcho, considerada como auténtico fósil vegetal.

—Silverio, gracias por traerme aquí, nunca olvidaré este lugar.

—Volveremos, Norita, y te llevaré a una de las cuevas que hay en el valle. Ahora, si te parece, podemos sentarnos y comer algo de lo que nos ha preparado la mujer de Juan —le sugiere Silverio.

—Me gusta mucho la mujer de Juan. Es guapísima a pesar de ser mulata —dice Norita—, y el niño es precioso. Me ha encantado conocerlos. Es una alegría verles tan enamorados.

—Juan es la mejor persona que conozco y merece ser feliz. Y se ha comportado de forma admirable al casarse con una mujer de color, algo que casi nadie hace —afirmó Silverio.

—Mira qué buena pinta tiene esto —exclama Norita alborozada—. ¿Cómo me has dicho que se llama, tamal?

—Sí, ya sabes que es uno de los platos tradicionales.

—Está buenísimo —dice Norita—, tengo que aprender cocina cubana. Me parece imposible que la envoltura sean hojas de mazorca, están exquisitas.

Silverio se siente tranquilo y disfruta viendo lo feliz que es Norita. No puede evitar el pensar en Marina. ¿Cómo reaccionaría ella ante aquel hermoso paisaje? Nunca podrá querer a Norita ni a nadie como la quiere a ella. ¿Por qué había tardado tanto en darse cuenta? Había tenido la felicidad al alcance de la mano y la dejó escapar. Tal vez algún día tenga la oportunidad de pedirle perdón por aquella metedura de pata cuando quiso animarla a viajar con ellos a La Habana. No se va de su mente la expresión de odio que desde entonces se adueñó de los ojos de Marina cada vez que se posaban en él.

—Silverio, tenemos que comprar algún regalito para el niño de Juan, su mujer nos ha hecho flan de plátano, con lo que me gusta.

—Me alegre.

—Seguro que le has dicho tú que es mi preferido.

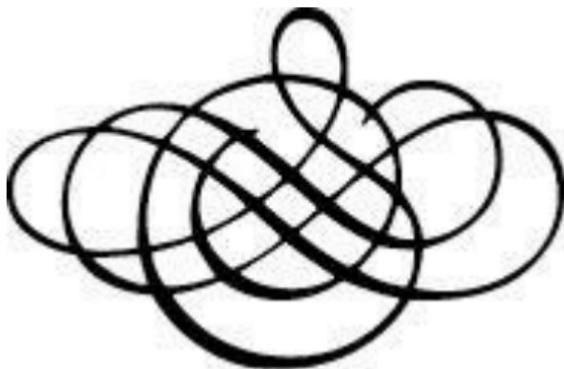
—Sí, pero yo no tengo ningún mérito porque ella me lo preguntó.

—Sabes que te quiero muchísimo —dice Norita.

—Dame un beso, preciosa.

Silverio abraza a su mujer... su imaginación vuela muy lejos... la besa...

—Mi amor —susurra Norita—. Te sienta bien este lugar. Bésame otra vez.



Candás, verano de 1901.

Poco aliciente presentaban los veranos para Marina. En realidad, el mismo que el resto del año. Su vida seguía una rutina a la que ya estaba acostumbrada. Antes rompía un poco la monotonía la ilusión de un futuro, pero esta había desaparecido. También la presencia de Ernesto contribuía a animar el verano,

aunque hacía tres que no venía. De vez en cuando se escribían, pero al enfermar su madre y al no darle Marina ninguna esperanza de que su relación podía prosperar, dejó de venir a Candás. Este mismo verano le había escrito una extensa carta muy impresionado con la muerte de Leopoldo Alas, fallecido en Oviedo cuando aún no había cumplido los cincuenta años.

A Marina también le sorprendió la muerte de Clarín, porque unos meses antes había actuado como mediador en la huelga general de Gijón. Ella había leído algunos de los artículos que sobre la huelga escribiera en *El Imparcial*.

Aunque era posible que estuviera enfermo, como le decía Ernesto, basándose en unas palabras que el escritor había pronunciado en un homenaje póstumo tributado a Campoamor, fallecido aquel mismo año.

Ernesto le había transcrito esas palabras para ella: « Una cosa es saber que morir tenemos y otra cosa es ir viendo a la muerte alrededor nuestro, cómo va matándonos la parte del corazón que tenemos desparramada por el mundo y cómo se va acercando al canto afinando la puntería, hasta herir el misterioso templo en que lo sentimos todo» .

Sin duda, Ernesto tenía razón, aquel texto era muy revelador.

Como su personal homenaje al escritor fallecido, Marina volvería a leer una de sus novelas cortas. Probablemente *Doña Berta*, por su vinculación con el concejo de Carreño. Se la pediría a la maestra.

Aunque en su interior no se siente como una solterona, Marina sabe que esa es la imagen que de ella tienen en Candás. Ha cumplido treinta años y a esa edad si no te has casado es difícil que lo hagas.

Dentro de lo desgraciada que ha sido su vida afectiva se siente afortunada del trabajo que tiene porque, entre otras cosas, le permite leer el periódico todos los días, muchas veces atrasado y a escondidas, pero está al tanto de todo lo que sucede. ¡Ay! Si hubiese podido estudiar y si fuera hombre, es posible que se dedicara a la política.

Después de casi veinte años trabajando en casa de don Bernardo Alfageme, tiene cierta confianza con los señores, que siempre la han tratado bien. Tal vez de forma especial el señor, no porque sea más amable, sino porque la conoce mejor y de vez en cuando charla con ella de temas ajenos al servicio que presta en la casa.

Esa actitud de don Bernardo le da pie para que ella, en determinados momentos, se atreva a preguntarle por algunas personas o asuntos. Había hablado bastante con él de un diputado que a Marina le encantaría conocer, Melquiades Álvarez, que era amigo de don Bernardo y que había resultado elegido en las recientes elecciones. Decían que su primer discurso en las Cortes había sido magnífico.

El gijonés Melquiades Álvarez era uno de los dieciséis diputados republicanos presentes en el Congreso después de las elecciones de abril de 1901, ganadas por

los liberales de Sagasta.

—Marina, me gusta mirarte cuando te quedas así sentada pensando sabe Dios en qué.

—Ya he terminado la faena, señora Covadonga, estoy a punto de irme.

—Lo sé, menuda eres tú para perder el tiempo. Oye, quería volver a darte las gracias por haberme acompañado ayer a Gijón al teatro.

—Las gracias a los señores, que nos invitaron —contesta muy sonriente Marina.

—Por supuesto, pero a ti por la compañía. Yo sola nunca me hubiese atrevido a ir. Fue precioso. Nunca lo olvidaré. Quién me iba a decir a mí que un día iría al teatro como una señora y a escuchar una ópera. ¡Ay, qué pena haber nacido tan pronto! Y qué bonita la historia. ¡Cómo cantaban! Me emocioné mucho. ¿No te hizo ilusión que la protagonista se llamara igual que tú?

Aquellos días, con motivo de las fiestas de Begoña, en el teatro Dindurra de Gijón, se representaba la ópera *Marina*. Los señores eran muy aficionados y tenían las entradas para asistir, pero una indisposición a última hora de don Bernardo, llevó a que doña Elena las invitara. Las dos se vistieron con sus mejores galas. La señora Covadonga llevaba un vestido negro muy sencillo y Marina un ligero vestido azul. Sus trajes, aunque muy austeros, no desentonaban, pero ellas sí se encontraban extrañas. Sobre todo Marina, obsesionada con hacer lo correcto. A los pocos minutos de iniciarse la ópera su preocupación desapareció. No tenía ni idea del argumento, por ello casi no podía creer lo que estaba viendo en el escenario.

—Bueno, no es más que una coincidencia que la protagonista y la obra se llamen como yo.

—Pero no sé —dice la señora Covadonga—. Algo en la protagonista, aparte del nombre, me hacía pensar en ti.

—Puede, pero la obra cuenta la realidad de unos personajes inventados. No tiene más que ver el final feliz de la historia.

—Preciosa. Ya le dije a doña Elena lo mucho que me había gustado. Bueno, guapa, no te entretengo más, que querrás irte. Mañana llegaré un poco más tarde —dice la señora Covadonga.

—No se preocupe, yo puedo venir un poco antes.

—Pues te lo agradezco. Seguro que ahora te vas a leer. ¿Sabes una cosa, Marina? Si fuera más joven, te pediría que me enseñaras a leer. Ver lo feliz que te hace me da un poco de envidia.

Marina sonrió agradecida, era el mayor elogio que le habían hecho en mucho tiempo y recordó: «Hay un lugar en el norte de España adónde no llegaron nunca ni los romanos ni los moros...».

—Tengo que felicitarte, Silverio, ya que fue tuya la idea de incorporar esta nueva sección que está teniendo una aceptación estupenda —dice Mariano, su socio.

—No estaba muy seguro —confiesa Silverio—, pero es verdad que muchos de los clientes que acuden en busca de ropa, al ver estos objetos tan hermosos, se encaprichan de ellos.

En una de las salas de la planta baja, con vistas al exterior a través de unos espaciosos escaparates, habían expuesto dentro de las dependencias de su establecimiento El Siglo XX una preciosa colección de objetos de marcado carácter oriental; jarrones, biombos, tapices, butacas...

—Por cierto, no te he comentado que las dos figuras chinas las ha comprado Ricardo, que me pidió te diera la enhorabuena. No sabes lo contento que está con la marcha del negocio.

—Y creo —apunta Silverio— que las cosas irán mejor.

—Lo dices porque dentro de unos meses tendremos un gobierno republicano cubano al frente de los destinos de la isla.

—No creo que eso cambie mucho la situación. Es importante la presencia de capital estadounidense —señala Silverio.

—Así es. Y pienso que lo seguirá siendo. Debemos tener en cuenta que al final se aprobó la tan traída y llevada Enmienda Platt, ante el ultimátum estadounidense de que o aprobaban la enmienda o renunciaban a la república y continuaban con la ocupación.

—Es una forma de seguir controlando la situación, porque si no me equivoco, por esta enmienda el gobierno estadounidense puede intervenir en los asuntos internos de Cuba cuando lo considere conveniente.

Los dos socios se encuentran charlando en una especie de despacho oficina, que también utilizan como comedor para no perder tiempo y porque les resulta más económico que acudir al restaurante.

—¿No estás cansado, Silverio? —pregunta Mariano.

—No mucho, pero tú no necesitas decirlo. Tienes cara de agotamiento,

Mariano. Solo falta media hora para cerrar. ¿Por qué no te vas? Yo espero el cierre y luego me quedo a revisar unas cosas.

—Te haré caso —asiente el amigo—. Creo que me iré a la cama sin cenar nada. Y decías que no entendías la razón por la que te quería a mi lado en el negocio. Aparte de lo que te dije en su día, añado ahora tus conocimientos mercantiles que hacen que no tengamos que contratar a nadie.

—Está bien, socio. Apúrate a descansar, que mañana nos espera un buen día —dice Silverio sonriendo.

Desde la ventana interior del despacho se ve el salón y la entrada principal. Mariano se detiene un momento y comenta:

—Cómo me gusta ver la tienda así de animada. Si todo sigue igual, puede que necesitemos otro dependiente. Acaba de entrar doña Magdalena, seguro que viene a verte a ti, Silverio. Bueno te dejo. Hasta mañana.

Silverio, muy sorprendido de la presencia de Magdalena a quien suponía con Norita en casa de unas amigas, se pone la chaqueta para recibirla.

Resultaba asombroso comprobar cómo había cambiado su relación con ella. En realidad, Magdalena ya no era la guapísima mujer que le tenía subyugado. Seguía siendo muy hermosa pero rondaría los cuarenta y cinco años y él estaba casado y enamorado, aunque no de su esposa. También la actitud de ella con respecto a él era distinta. Silverio estaba ya convencido de su arrepentimiento sincero porque día a día le estaba demostrando su amistad al ocuparse de Norita a la que trataba con verdadero afecto.

—Hola, Silverio. No te asustes, no ha sucedido nada grave, pero quería contártelo yo porque Norita seguro que espera un tiempo para decírtelo. Es probable que los vómitos de esta tarde se deban a un embarazo, pero creo que debes llevarla al doctor.

—Pero, cuéntame, ¿qué pasó?

—Ya cuando la recogí en casa me pareció que no tenía muy buena cara. Se la veía pálida y con expresión triste. Después se animó un poco, pero a lo hora de merendar, nada más probar las pastas se sintió mal, con náuseas y mareos. Salimos al jardín para que le diera un poco el aire y cuando se sintió mejor la acompañé a casa.

—¿Le desaparecieron los vómitos? —pregunta Silverio preocupado.

—Sí, pero no la sensación de asco. Como te decía hace unos segundos, tengo la impresión de que Norita está embarazada y de ahí el malestar, muy frecuente en la gestación. Además, ya hace casi dos años que os habéis casado, hora es de que tengáis descendencia.

Silverio no quiso comentarle nada a Magdalena del temor que existía en la familia a que Norita hubiese heredado las dolencias de su madre.

—Mañana llamaré al doctor. Gracias por todo, Magdalena. Ahora mismo me voy a casa.

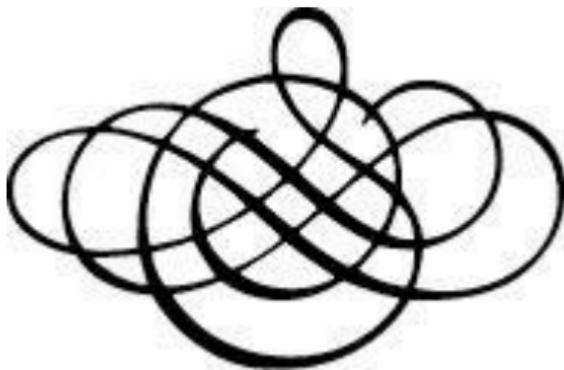
—A ti, Silverio, por permitirme hacer algo que me redima de mi culpa. Nunca me perdonaré el daño que te he causado.

—Hace tiempo que lo he olvidado. Te considero una buena amiga.

—Sigues siendo el hombre al que más he amado y deseado, pero el tiempo lo calma todo. Y tú tienes una preciosa mujer a la que quiero como si fuese mi hija. Norita es un encanto.

—Sí que lo es. Todos los días hace que me sienta feliz de haberme casado con ella.

Magdalena no dice nada, pero en su interior piensa que Silverio no puede estar enamorado de Norita. Se comporta de forma admirable, como un marido ejemplar, pero ella le conoce bien. A Silverio le atraen las mujeres fuertes, incluso diría que necesita sentirse protegido. Es probable que haya encontrado cierta estabilidad y se conforme con eso. Lo malo será —piensa Magdalena— si un día se enamora de verdad. Porque a ella, aunque no quiera reconocerlo, le sigue agradando que Silverio —su gran amor— no haya entregado su corazón.



Marina no recuerda una niebla igual. No se ve nada. Camino de casa se encuentra con varias personas que bajan a la ribera. Le comentan que hay unas cuantas lanchas en la mar y que, ante la dificultad que tendrán para encontrar la entrada del puerto, van dispuestas a dar gritos para que les escuchen y así puedan orientarse.

—¿Pero sabéis que volverán a esta hora? —les pregunta Marina.

—No, pero como la niebla que viene de la mar se presentó hace media hora, tienen que estar intentando volver. Además, para las sardinias no se alejan mucho y menos este año, que se dan en cantidad.

—¿Se sabe cuántas lanchas han salido?

—No lo sabemos. Ahora lo dirán. Pero suponemos que casi todas.

Es una situación nueva que Marina nunca ha vivido. El efecto al llegar a la ribera asusta. No se ve nada. Marina intenta localizar visualmente la bocana, pero

no lo consigue. Resulta imposible ver la luz del faro. La niebla lo envuelve todo. La mar está tranquila, como adormecida en brazos de aquella especie de humo condensado... La gente grita « ¡Aquí! ¡Aquí!» . Las voces se van turnando para que no se produzcan grandes silencios. Marina cree identificar la voz de Teresa y se acerca al grupo que grita en esos momentos. Su cuñada al verla la agarra de la mano.

—Ven, grita con nosotros —le pide—. Ya es desgracia, Xuaco, que nunca sale por las tardes, decidió hacerlo hoy.

—No te preocupes, Teresa. Esta situación asusta, pero no es muy grave. En el peor de los casos lo que pueden hacer es quedarse quietos y esperar al viento para que levante la niebla.

—Nervios de acero se necesitan para eso —comenta Teresa—. Y por otra parte, puede colisionar alguien contigo.

—Claro, pero desde la lancha también se pueden hacer ruidos para alertar de su presencia.

—¿Pero tú te imaginas lo que tiene que ser encontrarte en medio de la nada, no poder distinguir lo que hay a un palmo de tus narices y saber que el mar te rodea por todas partes? —pregunta Teresa.

—Para nosotras, horroroso —asegura Marina—, pero los pescadores están acostumbrados a situaciones peores. Tú sabes tan bien como yo que lo terrible es cuando la mar se enfada y gime enloquecida. Por cierto, ¿dónde están los niños? —Quiere saber Marina.

—Los he dejado en casa. Menos mal —dice Teresa suspirando— que no he dejado que Xuaco se llevara al mayor con él, como era su intención.

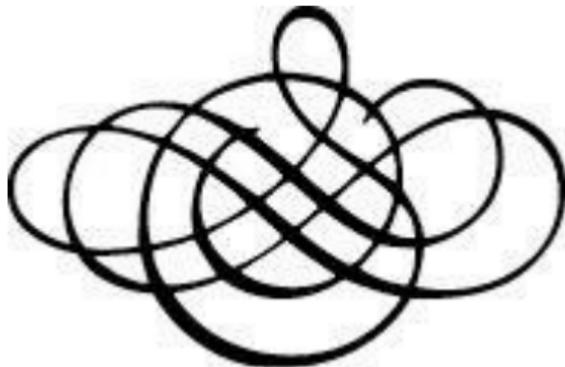
—Si no me necesitas, Teresa, me voy a casa. Les doy de cenar a los chicos, y si después de acostarlos no habéis regresado, bajo para hacerte compañía.

—Se me olvidó comentarte que ha llegado carta de Norita.

—¿Y qué dice?

—No la he abierto. Ya sabes que me cuesta leer y además prefiero que lo hagáis tú o Xuaco.

La gente sigue bajando a la ribera. Marina camina rápido hacia su casa. Está deseando leer la carta de Norita. Al llegar a la calle Santolaya, mira hacia las obras de la casa que por encargo de Genaro Velasco —candasino que vive en Cuba desde hace un montón de años— se está construyendo en su misma calle. La niebla le impide ver nada. « Es posible —piensa— que un día Silverio y Norita también manden levantar una casa en Candás en la que pasar los últimos años de sus vidas. Para entonces mi dolor será mucho más llevadero» .



—Marina —llama Teresa desde la puerta—. ¿No me habías dicho que ibas a bajar? Afortunadamente, todas las lanchas han regresado. Solo se ha quedado en un susto, gracias a Dios.

Marina está sentada en la cocina, con la mirada perdida. Se encuentra tan ensimismada en sus pensamientos que no se ha enterado de que abrían la puerta. Al oír a su cuñada da un respingo y contesta de forma automática.

—Pensando en lo que cuenta Norita, se me ha pasado la hora.

—¿Está todo bien? —pregunta Xuaco.

—Sí y no —responde Marina.

—¿Qué pasa? —inquire Teresa.

—Que Norita está embarazada y parece que no le sienta muy bien. Dice que Silverio le ha pedido que no lo haga, pero ella me suplica que viaje a La Habana para estar con ella y cuidarla —cuenta Marina, que casi no puede contener las lágrimas.

—¿Y qué vas a hacer? Supongo que irás —dice Xuaco.

—Pues la verdad es que no lo sé —responde pensativa Marina.

—Tendré que ir yo —dice Xuaco—. Es mi hija y no voy a permitir que Marina viaje sola.

—¿Pero cómo te vas a ir tú? —exclama Teresa preocupada.

—No, Xuaco, tiene razón Teresa, poco la podrías ayudar, debo ser yo quien vaya. En cuanto a acompañarme ya han pensado en ello. Silverio quiere que vaya el gemelo. Ya sabes que es un poco conflictivo y llevándose con él le quita preocupaciones a su madre.

—Pero, dínos ¿Norita cómo está? —Quiere saber su padre.

—Toma la carta —dice Marina mientras se la acerca—. Está feliz. Hace meses que deseaba quedarse embarazada...

—¿Y si le pasa como a su madre? —Plantea Xuaco con temor.

—Esperemos que no. Y ten en cuenta que en estos años la medicina ha

avanzado mucho —dice Marina.

Llevan nueve días de navegación y la mar no les ha dado ningún susto. Marina se pasa el día sentada en el lugar más discreto de la cubierta a la que tienen acceso los que viajan en tercera económica. El gemelo, el hermano de Silverio, sigue malhumorado y casi no habla con ella. Quería haberse quedado en Candás. En más de una ocasión le ha dicho que en cuanto lleguen a La Habana regresará de polizón en el primer barco que salga. Marina no le hace caso porque sabe que en cuanto vea a Silverio no se atreverá a contradecirle.

Le parece imposible estar viajando a Cuba, ella que jamás pensó en salir de Candás. Le había resultado especialmente duro despedirse de la señora Covadonga. Muchas veces uno no se da cuenta de lo que significa una persona hasta que desaparece de su vida. Marina sabe que la señora Covadonga fue y es para ella como parte de su familia, incluso más. Con ella ha convivido ocho horas diarias durante veinte años... En el abrazo de despedida, Marina fue consciente del gran cariño que por ella sentía y recuerda con emoción sus palabras:

—Marinina, puede que no volvamos a vernos más.

—No diga eso. Dentro de dos años estoy de vuelta.

—¡Ay, nena! No creo que sea así, pero aunque lo fuera, dos años son muchos para mí.

—Eso son bobadas. Estoy segura de que vivirá un montón de años.

—Ya, ya, pero escúchame. No soy nadie, una auténtica inculta, aunque la vida me ha enseñado y quiero darte un consejo. No te enfades, Marina, por lo que voy a decirte, pero tú eres un poco soberbia y orgullosa y me gustaría recomendarte que no te dejes llevar de esos sentimientos porque solo lograrás la infelicidad. Sabes que no soy muy religiosa, pero, hace tiempo, una persona a la que quise mucho me dijo que el hecho de perdonar a quienes nos han ofendido nos hacía semejantes a Dios.

A Marina le había sorprendido la reflexión de la señora Covadonga, porque no la consideraba capaz de pensar en algo tan profundo y también porque daba la sensación de que leía en el interior de su corazón. Recordando ahora, en la soledad de la cubierta, la conversación mantenida con la cocinera de los

Alfageme, sabe que ella se aleja de Dios porque sigue odiando a Silverio con todas sus fuerzas. Y, aunque sea injusta, lo considera responsable de lo que pueda sucederle a Norita.

También le había emocionado la despedida de los señores, los dos muy cariñosos, pero de forma especial don Bernardo que le aseguró que las puertas de su casa siempre estarían abiertas para ella. El señorito Hermenegildo, a diferencia de los demás, mostró su alegría por ella ante el nuevo horizonte que se abría a sus ojos y que enriquecería su vida. El señorito se encontraba muy feliz porque dentro de cuatro meses, el 2 de mayo de ese mismo año de 1902, se casaría con Rita del Busto, hija del que había sido el primer presidente de la Sociedad de Mareantes de Candás. Precisamente, la novia había nacido en Cuba.

Marina, si cierra los ojos, aún puede sentir el calor del emocionado abrazo de su hermana Carmina. Era curioso observar cómo había evolucionado. Era su hermana pequeña que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado y ahora parecía ella la mayor, no por su aspecto sino por la paz, cordura y sensatez de sus comentarios. Marina no la visitaba con frecuencia y, por supuesto, no le había contado nada de su drama personal, por ello se sorprendió cuando su hermana le dijo:

—Que te vayas a Cuba es un gesto de generosidad por tu parte. Siempre fuiste muy responsable, Marina, preocupándote por todos. No sabes lo agradecida que te estoy por haberme cuidado como lo hiciste. Tienes que sentirte satisfecha de ti misma. Ya sé que la vida es difícil, también aquí dentro del convento lo es. Solo que yo he tenido la suerte inmensa de enamorarme de alguien que nunca falla.

Evocando en ese instante esas palabras, sigue pensando que Carmina sospecha algo de su problema personal, aunque le parece imposible. De todas formas, la despedida de su hermana fue reconfortante para ella, al verla tan feliz.

A determinadas horas la cubierta se llena de gente. Marina se entretiene mirando los rostros tan diferentes unos de otros. Le gusta fijarse en ellos y pensar en cómo será la vida de aquellas personas de las que desconoce todo. No es curiosa, no le importa la vida de los demás, pero disfruta imaginando, cosa que no puede hacer con su propia vida porque es incapaz de pensar cómo va a solucionar el hecho de tener que vivir en la misma casa que Silverio.

Un fuerte viento empieza a soplar... No han pasado quince minutos cuando la gente se va retirando ante las grandes olas que chocan contra el barco. Marina, antes de abandonar la cubierta, deja volar su pensamiento hacia aquella tristísima noche en la que su padre perdió la vida en el terrible abrazo de una mar enloquecida y asesina... Sus ojos rebosantes de dolor miran sin ver el fuerte y hermoso oleaje. Se acuerda de su padre y le pide que la ayude... Cuánto daría por volver a ser una niña acurrucada en sus amorosos brazos...

No sabe lo que experimentarán otros a su llegada al puerto de La Habana, pero ella está emocionada. Es de noche, pero aquella inmensidad de luces que rodean a la mar y que debe ser la ciudad la dejan estupefacta. En esos momentos Marina se dice que tiene que disfrutar cada minuto que le brinde el contacto con esta nueva realidad. Ayudará a su sobrina en todo, la colmará de atenciones. Con Silverio será inflexible y en el tiempo que disponga para ella tratará de sacar rendimiento a cuanto la rodea.

El viaje al que tanto temía ha resultado mucho más llevadero de lo que pensaba. Bien es verdad que han tenido mucha suerte con el estado de la mar. Un poco movida algunos días pero nada más.

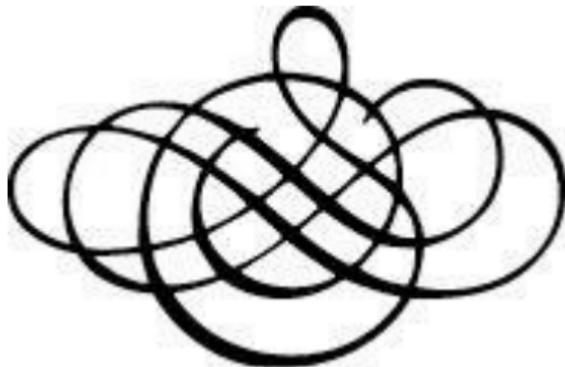
Le parece estar soñando. Desde que salió de Candás tiene la sensación de que es otra persona. No sabe lo que le deparará el destino, pero esta especie de improvisación en su vida le hace bien. Lo más difícil será convivir con Silverio, aunque, afortunadamente, como le contaba Norita, se pasa todo el día trabajando. « Con un poco de suerte —se dice—, apenas lo veré» .

La cubierta se ha llenado de gente. Muchos buscan un rostro amigo entre los que esperan en el muelle. Los emigrantes que llegan por primera vez y a quienes nadie los aguarda no están en cubierta. No accederán a ella hasta que el resto del pasaje desembarque. Marina conoce las penosas condiciones en que viajaban los que disponen de muy poco dinero. Silverio le había contado su experiencia.

En la travesía se había interesado por los que viajaban en la bodega. Aunque no mucho, las condiciones habían mejorado un poco con respecto a lo que le contó Silverio.

—Mira, Marina, allí están Silverio y Norita —dice el gemelo.

Sin duda hacen una buena pareja. Norita le parece otra persona, así vestida... Está guapisima. Marina mira su triste ropa; falda negra y camisa blanca, sus alpargatas... le gustaría desaparecer... pero la voz de Norita, que la llama alborozada, moviendo los brazos con ímpetu, hace que se olvide de todo.

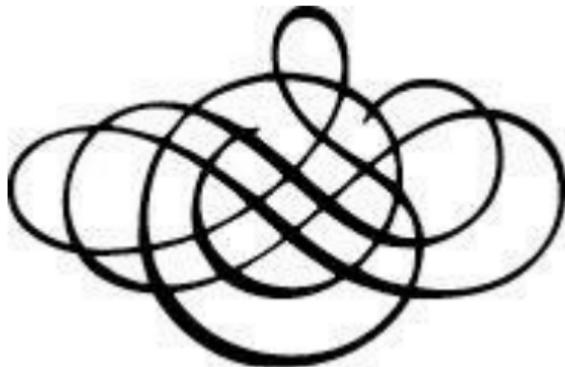


No sabe si meterse en la cama o sentarse a escribir sus impresiones. Marina se encuentra en la que será su habitación en La Habana. Es la primera vez en su vida que va a disponer de una habitación para ella sola. La casa en la que viven Norita y Silverio es de una planta y cuenta con salón, comedor, tres habitaciones, cocina y cuarto de baño. ¡Un retrete para ellos solos! Le parece el colmo de la comodidad no tener que compartirlo con otros vecinos, como en Candás. Los muebles son escasos y sencillos. En una de las habitaciones hay algo que nunca había visto hasta ahora y deduce que tiene que ser una hamaca. Es como una cama flotante colocada en diagonal y sujeta en dos esquinas del cuarto. A ella le parece una excentricidad, pero tiene que dar mucho gusto dejarse mecer en semejante invento. Por lo demás, la vivienda es sencilla y está ubicada, según le han dicho, en el centro de la ciudad. La ventana de la habitación da a un patio interior; la abre porque a pesar de ser enero, la temperatura es maravillosa.

Por fin Marina se decide y se sienta para escribir sus impresiones. Es algo que viene haciendo desde su salida de Candás. Había sido el maestro don Manuel Artime el que la animó a tomar notas. Recuerda que le dijo: «Plasmar tus emociones del día —que no es más que escribir un diario— te ayudará a no sentirte sola. Y pasado un tiempo te gustará leerlo». En lo que hoy escriba no será del todo sincera porque si alude a Silverio tendrá que hacerlo de una forma en la que, si alguien lo lee, no se entere de nada de lo que ha sucedido entre ellos.

Está contenta porque ha visto a Norita feliz. En estos dos años se ha convertido en una mujer muy guapa, con una dulzura en su expresión que desarma a cualquiera. Existe en ella una especie de plenitud de la que antes carecía. Incluso sus modales han cambiado y anda de otra forma. Siempre fue una chica lista.

Marina se siente satisfecha porque ha conseguido no mirar a Silverio a los ojos. No quiere que él vea a través de los suyos todo el odio que despierta en ella.



—¿Has dormido bien? No sabes, querida tía, lo que te agradezco que hayas venido. Silverio no quería que te llamara, pero estoy mucho más tranquila contigo a mi lado —le dice Norita muy cariñosa.

—Pero cuéntame, ¿qué te ha dicho el médico?

—Que estoy embarazada y que debo tener bastante quietud. Cree que las náuseas se me irán dentro de poco.

—¿De cuánto estás embarazada?

—Casi tres meses.

—Seguro que a partir del cuarto mejora tu malestar —dice Marina, aunque con su madre sucedió lo contrario.

—Tengo que ver al doctor cada quince días. Ha dicho que quiere observar mi corazón.

—Eso no tiene importancia, es simple precaución —asegura Marina, que a duras penas puede disimular la preocupación que le produce este comentario. El corazón de Milagros no había podido resistir el segundo embarazo.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo hasta la plaza de Armas? —pregunta Norita.

—¿Pero no te ha dicho el médico que debes reposar?

—Sí, aunque no pasarme todo el día tumbada. Además, está muy cerquita. A la una debemos estar en casa porque Magdalena vendrá a buscarnos para invitarnos a comer. A propósito, cómo me acordé de ti, querida tía, el primer día que asistí a una comida con esta señora. Menos mal que me habías enseñado a utilizar los cubiertos, a pesar de ello pasé auténticos apuros.

—¿Es muy amiga tuya esa tal Magdalena?

—Podría ser mi madre y la verdad es que se porta conmigo como si fuera de mi familia. Es muy buena y cariñosa, pero, venga, se nos va a hacer tarde. Oye tía, tú y yo casi tenemos la misma talla. Tengo una falda y una blusa que te pueden sentar bien.

—¿Tan mal estoy?

—No, pero la forma de vestir aquí es distinta.

—Está bien, intentaré ponérmelas, aunque hay un pequeño problema, no tengo más que alpargatas y no calzamos el mismo número. Tendrás que acompañarme a comprar unos zapatos —pide Marina.

—Te los regalamos nosotros —exclama risueña Norita.

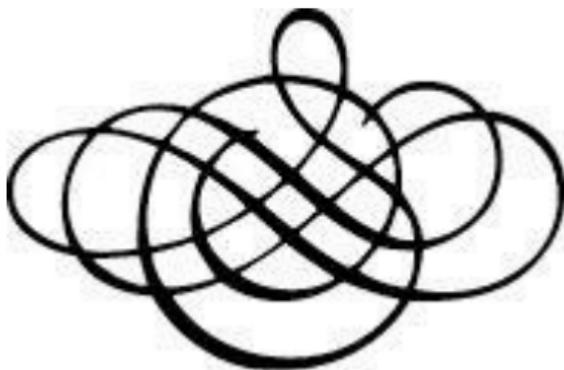
—No, querida. Tengo algo de dinero y quiero que desde el primer momento nos pongamos de acuerdo. Hoy le dices a Silverio que en cuanto pueda despida a la sirvienta. Yo me ocuparé de todo y así no me sentiré mal al ocasionaros gasto.

—¿Pero qué dices? Eres nuestra invitada. Silverio no lo va a consentir.

—Por favor, Norita, sabes que tener una casa en orden para mí es lo más normal.

—¿Y la comida?

—No te preocupes, no se me da nada mal. Y pronto me pondré al día respecto a los gustos cubanos.



—¿Suele ser impuntual esa señora? —pregunta Marina.

—No, no mucho, pero aquí ya te acostumbrarás, las cosas se toman con más calma.

Marina y su sobrina esperan en el salón. Las dos van vestidas a la moda, aunque sus trajes sean imitación de los que llevaba la aristocracia criolla. El vestido de Norita es de nansú estampado en tonos suaves. Cintura muy ceñida, no muy escotado y una falda con miriñaque. La falda y blusa que le ha prestado a su tía le sientan a la perfección. La blusa toda de encaje es preciosa y la falda de algodón de rayas blancas y verde agua con un cinturón de raso del mismo verde que las rayas le proporcionan un toque de cierta originalidad que Marina rentabiliza como nadie. Nunca se ha visto más guapa.

—No están nada mal esos zapatos de suela fina, aunque los botines me gustaban más —apunta Norita.

—Pero la diferencia de precio era notable. Estos están perfectos —asegura Marina sonriendo.

Una llamada a la puerta interrumpe su conversación.

—Ya ha llegado —dice Norita, que se levanta a abrir.

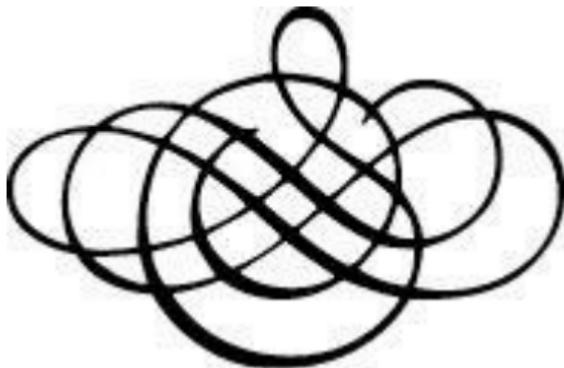
Marina, desde el fondo de la habitación, observa con todo detalle a la mujer que acaba de entrar. Tiene que haber sido guapísima, todavía lo es. «No me extraña que haya vuelto loco a Silverio», se dice. Va vestida de color crema que, con su cabello rubio, le da una apariencia evanescente. Es alta, delgada y no representa los años que tiene.

Magdalena se queda sorprendida al saludar a Marina. Imaginaba que la tía de Norita sería una mujer sencilla. Aquella mujer que educadamente estrecha su mano posee una gran personalidad y, encima es guapa, con una belleza muy distinta a la de Norita, que es como un ángel.

Después de los saludos de rigor, las tres mujeres abandonan la casa. Marina mira sorprendida al hombre negro de uniforme que les abre la portezuela de un coche con dos ruedas enormes del que tiran dos relucientes caballos.

—Buenos días, Pascual —dice Norita.

—Muy buenos días, señora.



—Qué bonito —dice Marina—. No sabía que había un hotel Inglaterra en La Habana.

—¿Conoce usted alguno? —pregunta Magdalena.

—No, no. Es que un amigo siempre se queda en el Inglaterra cuando va a Sevilla.

—Pues no sé cuál será más antiguo. Este lo acaban de restaurar. Creo que lo han convertido en uno de los mejores del mundo. Han instalado la luz eléctrica y teléfono en todas las habitaciones. También baño en cada habitación y agua caliente y fría —les explica Magdalena.

—Así será de caro —exclama Norita—. ¿Y nos invitas a comer aquí?

—No te preocupes, cielo, es un detalle para con tu tía y no podemos defraudarla.

—Muchas gracias, pero no puede usted defraudarme en este aspecto, porque nunca he ido a un restaurante —confiesa Marina.

Magdalena la mira con interés mientras piensa que la personalidad de aquella mujer no reside solo en su apariencia externa.

Marina se siente un poco cohibida y en vez de bajar la cabeza para pasar desapercibida reacciona de forma contraria y aunque procura no mirar a nadie su gesto es un tanto desafiante.

El restaurante le parece precioso y todos los clientes van elegantísimos. Entiende muy bien que Magdalena haya dominado a Silverio introduciéndolo en aquel mundo que a ella le parece fabuloso y deslumbrante.

—Yo creo que lo mejor es que tú nos orientes, Magdalena, sobre qué pedir —le sugiere Norita.

—¿Puedes comer de todo?

—Sí, porque el malestar no depende de la comida. Desde ayer antes de la cena no he sentido ninguna náusea.

Hace un rato que Marina nota que las miran desde una de las mesas ocupada por cuatro hombres. Uno de ellos, el más guapo, no aparta sus ojos de ella. No comenta nada, pero al poco tiempo ve cómo el que la mira incesantemente habla con el camarero y levantándose se dirige hacia ellas.

—Magdalena, Norita, no estaba seguro que fuerais vosotras. ¿Por qué no me presentáis a esta preciosa señora? —dice, mirando fijamente a Marina.

—Claro, Ricardo, es mi tía Marina. Él es Ricardo Cardoné, socio de Silverio —dice Norita.

—Y el soltero más asediado cuando visita la ciudad —añade Magdalena.

Marina extiende su mano con una sonrisa, y dice:

—¿No vive usted en La Habana?

—No, mi casa, que es la suya desde este mismo momento, está en Trinidad.

—Ricardo posee uno de los ingenios azucareros más importantes de la zona de Trinidad. Ya su padre fue un influyente y consolidado hacendado —aclara Magdalena.

Marina no quiere preguntar, pero no entiende muy bien lo que significa ingenio azucarero. Piensa que puede que se refiera a la instalación en la que se procesa la caña de azúcar o que el tal Ricardo sea muy ingenioso o habilidoso en su trabajo...

—Me quedo en la ciudad hasta después de las fiestas de Carnaval, que no me perdería por nada. Y me encantaría que en este tiempo nos viéramos. Se lo comentaré a Silverio. ¿No la ha acompañado su marido? —pregunta Ricardo mirando a Marina.

—Mi tía está soltera y sin compromiso —se adelanta Norita, antes de que

Marina responde.

—¡Norita! —exclama Marina, un poco avergonzada.

—Yo organizaré una cena en casa la próxima semana —se ofrece Magdalena.

—Perfecto, tan encantadora como siempre, querida. Nos vemos. Un placer conocerla, Marina.

—Parece que le has gustado, Marina —dice Norita—. Ricardo es agradable, pero nunca lo había visto tan simpático como hoy.

—Las mujeres le vuelven loco —sentencia Magdalena.

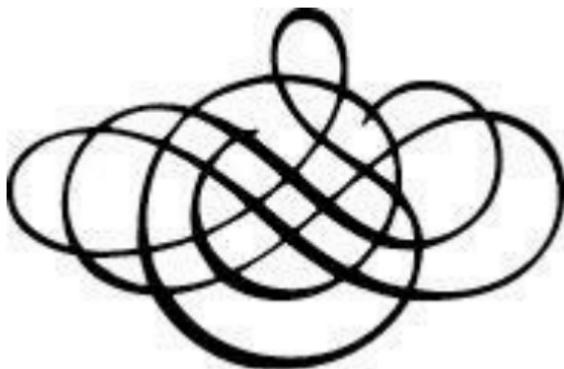
—Es raro que no se haya casado, porque edad para ello tiene —opina Marina.

—No creo que cumpla los cuarenta. Tengo la sensación desde hace tiempo —comenta Magdalena— que las cualidades que él busca en la mujer ideal para ser su esposa no las encuentra en la isla y como por otro lado tiene las necesidades cubiertas...

Marina iba a pedirle que le aclarara lo que acababa de decir, pero al ver cómo Norita palidece y se lleva la mano a la boca, se levanta de la silla para acercarse a su sobrina...

—No es nada, no te asustes. Solo ha sido una ligera náusea.

—Mejor será que te tomes una infusión y nos vayamos a casa —aconseja Marina.



Marina está deseando que Norita se levante. Al regresar de la comida no había querido acostarse y estuvieron charlando hasta pasadas las seis de la tarde, momento en el que decidió tumbarse un rato para estar despejada cuando llegara Silverio. Y eso es lo que teme, que llegue Silverio y que su sobrina siga en la cama. No quiere verlo a solas. Le resulta violento.

En este tiempo que ha estado sola ha escrito a Xuaco. Le tranquiliza sobre el estado de su hija y le cuenta lo guapa y feliz que está.

Ha mirado por todos los rincones y no ha encontrado nada que leer. No es como la casa donde ella servía. Este es el hogar de un empleado que trabaja de sol a sol con la esperanza de hacerse rico. Seguro, se dice, que tiene que haber algún sitio donde presten libros o revistas en la ciudad. Un ruido en la cerradura de la puerta la hace ponerse en guardia. De repente se da cuenta de que puede irse a su habitación, pero es demasiado tarde.

—Hola, Marina.

—Ya me iba —acierta a decir.

—Por favor, espera. Quiero hablar contigo. ¿Cómo se encuentra Norita?

—Está descansando. Pasó bastante buen día.

—Cuánto me alegro. Marina, quiero pedirte perdón. Siento muchísimo el equívoco que se originó cuando Norita te dijo que yo la animaba a que te vinieras a vivir con nosotros...

—No sigas —le interrumpe ella—. Olvidalo, como yo lo he hecho. No tengo nada que perdonarte. El pasado ha muerto para mí.

—Pero, Marina, y o...

—Atiéndeme bien, Silverio, estoy aquí porque mi sobrina, a la que adoro y daría mi vida por ella, me necesita. No me resulta agradable verte porque me recuerdas a alguien a quien conocí hace tiempo y que ha dejado de existir.

—¿Se ha muerto algún conocido? —pregunta Norita, que entra risueña en el salón.

—No, hablábamos de un señor de Candás a quien no conoces —responde Marina con la mayor tranquilidad.

—Dame un beso, mi amor, tienes aspecto de cansado —le dice Norita muy mimosa a Silverio.

Marina los mira mientras se besan. Es verdad que Silverio parece agotado, pero tiene que reconocer que es el hombre más guapo que ha visto en su vida. Unas incipientes canas que aparecen en sus sienes le dan un aspecto muy interesante.

Baile de máscaras

—Si no nos acompañas al baile, me enfado contigo —dice Norita enfurruñada.

—No te comportes como una niña pequeña. Es posible que la que no tuviera que ir eres tú —le aconseja Marina.

—No tengo que volver al médico hasta dentro de una semana. Y ya sabes que en el último reconocimiento no observó nada anormal.

—Pero sigues con vómitos y malestar.

—Son llevaderos y los bailes de Carnaval maravillosos. Ya estuve el año pasado y merece la pena, de verdad. Tienes que animarte, por favor.

En el tiempo que lleva en La Habana, Marina se ha hecho cargo de la casa. La mucama ha sido despedida como ella quería y su sobrina hace menos vida social que antes. Sin enfrentarse a Magdalena, ha conseguido alejarla un poco de la familia. Es amable y quiere mucho a Norita, pero como ella sabe lo que aquella mujer significó en la vida de Silverio, no le parece bien que mantenga tanta relación con ellos. Marina sintió no asistir a la cena en su casa. Le hubiera gustado volver a encontrarse con Ricardo Cardoné, que tan galante había sido con ella. Pero como Silverio también iba, decidió quedarse. Procura verlo lo imprescindible. Por ello no le apetece nada el baile, aunque bien es verdad que todos llevarán máscara o antifaz.

—¿Sabes, Norita, que nunca he ido a un baile?

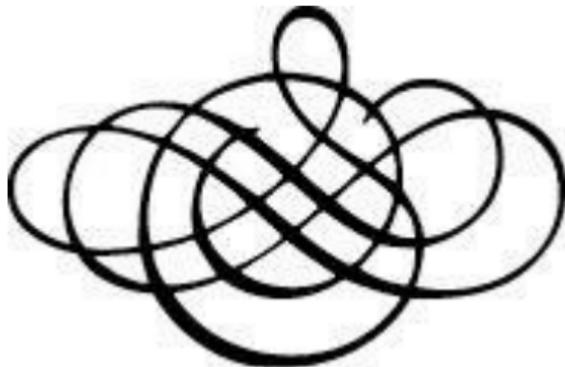
—Ya lo sabía. No te olvides que soy candasina como tú y que allí he vivido hasta hace poco más de dos años.

—No podré bailar, porque no tengo ni idea —se sincera Marina.

—Es facilísimo. Te explico, la conga es lo más sencillo, solo tienes que ver lo que hacen e imitarlo. Después en los bailes de pareja, los más fáciles son el bolero y las rumbas. Los calipsos, las sambas y el danzón tampoco son difíciles.

—Madre mía, ¿cómo conoces tantos bailes? Eres una experta, Norita.

—No te creas, de algunos solo conozco el nombre. Aunque te puedo enseñar los pasos del bolero y de la samba, ven, vamos a probar.



—Le voy a decir a Silverio que no te deje ir al baile. Te has pasado la mañana devolviendo y creo que lo prudente es que nos quedemos en casa —dice casi suplicante Marina.

—Por favor, no le digas nada. Te prometo que solo iremos al de hoy. Luego te obedeceré en todo. Ya ves que no he insistido en ir al desfile, que este año dicen será precioso.

Aquel año de 1902, bajo la influencia estadounidense, por primera vez en la historia de La Habana aparecerán las carrozas y los confetis en las fiestas de Carnaval.

Marina la mira con cariño, en realidad Norita es tan joven y con tantos deseos de divertirse...

—Está bien, vamos a arreglarnos. Te ayudó a ti y luego me vistió yo — claudica Marina.

—Qué gusto tan refinado tiene Magdalena. ¿No te parece preciosa esta túnica que me ha regalado? Me ha venido perfecta porque ya no me sirve ningún vestido.

—Sí que es preciosa, me encanta el color. El rosa te sienta de maravilla. ¿Te suele regalar muchas cosas Magdalena?

—Algunas, y a sabes que es muy rica y no tiene familia.

—¿A Silverio le parece bien?

—A veces no se lo cuento, ¿por qué me lo preguntas?

—No tiene importancia. Estás preciosa. Déjame que te coloque las flores en el pelo. Así, qué guapa.

—Gracias —dice Norita—. Mientras te arreglas tú, voy a ver si viene Silverio.



Marina ya conocía el exterior del teatro Tacón porque estaba situado al lado de lo que había sido la muralla de la vieja ciudad de La Habana, cuya demolición era una realidad desde el 1863. Le gustaba acudir a aquel lugar para observar los restos que aún quedaban de las puertas que daban acceso a la ciudad. Le habían contado que estas se cerraban después del cañonazo de las nueve de la noche y ella disfrutaba imaginándose la vida de entonces. Lo cierto era que no le había prestado demasiada atención al edificio del teatro porque jamás había imaginado que el interior fuera tan hermoso. Para el baile habían desmontado el lunetario, que aparecía esplendoroso y diáfano sin butacas bajo la luz que irradiaba una gran estrella de cinco puntas a la que daban vida ciento veinte bombillas eléctricas. Era como un sol resplandeciente en medio de un artesonado blanco con filetes dorados.

No todos, pero la mayoría de los palcos que se distribuían en dos de los cinco pisos con los que contaba el teatro, estaban ocupados. Al baile también asistía gente mayor que disfrutaba viendo cómo los demás bailaban.

—Estamos invitados al palco de Ricardo —dijo Silverio— que, dicho sea de paso, está obsesionado contigo, Marina. No ha dejado de insistir todos los días para que te convenciéramos de asistir al baile de hoy.

—Es una persona muy amable —contestó secamente Marina.

—Sería maravilloso —dice Norita— que se enamorara de ti. De esa forma te quedarías aquí cerca de nosotros.

Ni Marina ni Silverio pudieron decir nada porque en aquellos momentos Ricardo Cardoné se acercaba muy sonriente quitándose el antifaz para que lo identificaran.

—Vaya suerte, Silverio, creo que eres el hombre mejor acompañado de toda la ciudad. Querida Norita, Marina, un auténtico placer volver a verla. No he conseguido el palco que me gusta, pero me han dado uno que no está mal. Ya ha llegado Mariano con unos amigos.

Marina tiene la sensación de que todos los habitantes de Candás tendrían cabida dentro del teatro, está asombrada mirándolo todo y fijándose en cada detalle.

—Veo por su expresión que le gusta —le dice Ricardo, pendiente de ella todo el tiempo.

—Sí, mucho.

—Es una pena que no haya podido ver la gran araña que hasta hace poco más de año y medio fue admirada por unos y detestada por otros. Me habría encantado conocer su opinión —le dice Ricardo mirándola entusiasmado.

—¿Era de cristal? —pregunta Marina.

—Finísimo, la habían traído de París a los pocos años de la inauguración del teatro, creo que en 1838 o 1839. ¿Sabe por qué se llama Tacón?

—Ni idea —responde Marina.

—Porque lo mandó construir el entonces capitán general, Miguel Tacón. Pero sigamos con la magnífica araña.

—Deduzco que a usted le gustaba.

—Muchísimo. Era tan popular que muchos se referían al teatro como el de la araña. Incluso hay una copla que dice; « Tres cosas tiene La Habana que causan admiración, el Morro, la Cabaña y la araña del Tacón» .

—¿El Morro y la Cabaña no son lo mismo? —Se atreve a preguntar Marina.

Ricardo piensa que no debe de resultar fácil engañarla y que además le gusta saber, algo que para él es fundamental.

—No, no son lo mismo. Las dos fortalezas, o palacios, están construidas en el mismo saliente que llamamos Morro, por ser el terreno que más se introduce en el mar. Lo que sucede es que a la primera que levantaron le pusieron el nombre de fortaleza de los Tres Reyes Magos, pero como existió ella sola durante bastante tiempo, se la conoce también como el Morro, de ahí su confusión.

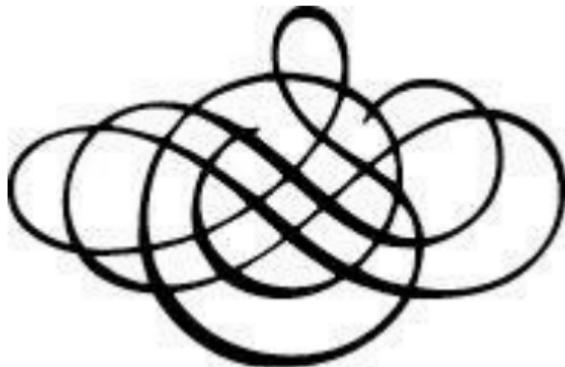
—Muchas gracias. Ahora lo entiendo. No he ido todavía, pero recuerdo que cuando pregunté dónde estaba San Carlos de la Cabaña me dijeron que en el Morro, por ello pensé que era lo mismo.

—Marina, sería para mí un inmenso placer que me concediera el honor de bailar con usted.

—Le advierto que no sé bailar —dice sonriendo Marina.

—Yo le enseño —dice galante Ricardo.

—De acuerdo, pero antes cuénteme qué pasó con la araña.



Silverio los observa con preocupación. Nunca le había agradado Ricardo y mucho menos ahora que parece tan interesado por Marina. Ve cómo se alejan y al pensar que dentro de unos minutos se abrazarán para bailar, algo parecido a los celos amenaza con ahogarle. Ya sabe que no tiene ningún derecho sobre Marina, pero cada día la quiere y desea más. Busca a Norita con la mirada y la ve bailando con Mariano. Dentro de unos minutos irá a bailar con ella. Jamás se perdonaría que su mujer se diera cuenta de que algo en él ha cambiado.

Desde un palco cercano, Magdalena observa. Al ver que Silverio se ha quedado solo acude a su lado.

—Que solo te has quedado. ¿Te apetece que bailemos? —le dice nada más acercarse a él.

—Hola, Magdalena, no te había visto, ¿con quién estás?

—Con unos amigos. Ya sabes que mi marido casi nunca sale. Solo abandona la casa por el trabajo. ¿Te animas a bailar?

—Iba a ir en busca de Norita. Pero vamos. Bailo contigo y luego te dejo con Mariano. Hacemos cambio de pareja.

—Hay que ver la suerte de Marina —comenta Magdalena—. Mira que si conquista a Ricardo. Parece que no le disgusta. Se les ve muy felices bailando...

El comentario de Magdalena le pone nervioso.

—Ya me ocuparé yo de que no la engañe —afirma—. Marina no tiene ninguna experiencia. Nunca ha tenido novio.

A Magdalena no se le escapa la reacción de Silverio, pero disimula.

—Eso es precisamente lo que le gusta a él —replica—, ser el primero. Es un auténtico cazador.



Marina se está divirtiendo. Es imposible no dejarse llevar por aquellos ritmos. Le ha sorprendido lo del cambio de pareja. La primera vez que pasa de los brazos de Ricardo a los de un extraño se pone tensa, pero al darse cuenta que todos lo hacen y no es más que un juego, se deja llevar.

Ricardo la ha recuperado después de varios intentos.

—Yo creo que alguien hace trampas. Llevo intentando volver a usted hace un rato, pero siempre se me adelanta alguien —le dice riendo.

—Yo creo —apunta Marina, siguiéndole la broma— que son sus admiradoras las que le rodean y, una vez que le han atrapado, no le dejan salir de su entorno.

—Es usted rápida.

—No, es que tengo buena vista.

—¿Lo está pasando bien?

—Es divertido, pero un poco agotador.

—Si está cansada, nos vamos a sentar.

—No, quedémonos un poquito más —pide Marina.

—Marina, desde el primer momento en que la vi no pude apartar mis ojos de usted. Todo el tiempo deseo estar a su lado. Me voy a quedar quince días más en la ciudad con la ilusión de que acepte comer conmigo a solas. Deseo conocerla mejor.

Para su sorpresa, Marina no se azara ni rehúye la conversación, sino que se siente halagada y sobre todo le encanta poder darle celos a Silverio.

Un nuevo cambio de pareja les interrumpe. Marina a punto está de dejar de bailar, pero los brazos que la rodean no le permiten ningún movimiento y se siente morir al notar el calor de unos labios en su cuello desnudo. No necesita mirar quién es. El temblor que recorre su cuerpo lo ha reconocido. Solo unos segundos duda si dejarse llevar del instinto y buscar la boca de quien así se comporta... pero,

—Cómo te atreves, ¿te has vuelto loco?

—Sí, Marina, estoy loco. Perdona no he podido resistir —dice Silverio.

—¿Te imaginas qué diría Norita si nos viera?

—Por eso debes estar tranquila. Con este barullo nadie se entera de nada. Solo te he dado un beso.

Silverio se equivoca; una persona ha visto su comportamiento. Magdalena Sánchez los está mirando y va a su encuentro cuando ve que Marina, seguida de Silverio, abandona el baile camino del palco.

—¿Se ha ido Ricardo? —les pregunta Magdalena, que simula un encuentro fortuito con ellos—. Quería comentarle un asunto y como lo he visto con usted, Marina, hace unos minutos.

—No, por cierto, si le localizas dile que me he llevado a Marina porque Norita está muy cansada y nos vamos a casa.

—¿No se encuentra bien? —pregunta Magdalena.

—Está muy bien, pero agotada. Creo que no teníamos que haber venido —dice Silverio.

Se alejan de Magdalena, y antes de que Marina diga nada, Silverio se disculpa:

—No le he mentado a Magdalena. Es verdad que iba a decirte que nos fuéramos porque Norita está cansadísima. Pero coincidió el cambio de pareja y no pude resistirme. Perdóname, por favor.

Marina guarda silencio. Al llegar al palco ve a Norita charlando muy animada con Mariano.

—Cuando quieras nos vamos, ya estoy aquí —le dice Marina—. Estás muy cansada, ¿verdad?

—Sí, pero sentada charlando me encuentro perfecta y no tengo ninguna prisa para llegar a casa. ¿No te apetece bailar un poco más? Ya sé que te has divertido y no sabes cómo me alegro —dice Norita con aspecto feliz.

—Ya has oído a Marina, nos vamos, Norita —dice Silverio.

—Bueno, está bien, nos vamos si así lo queréis.

Marina siente no despedirse de Ricardo, pero tal vez sea mejor así.

Cinco días después

Cada mañana, a la misma hora, un joven llama a la puerta de la casa de Silverio con una rosa para la señora Marina González. El muchacho, después de entregarla, pregunta: «¿Hay alguna respuesta?».

Ricardo Cardoné esperaba la aceptación de Marina a comer con él y cada día se lo recordaba saludándola de esa forma tan romántica.

—Cuando llegue esta mañana la rosa, le dices que sí. Hoy vas a comer con él —le pide Norita.

—Prefiero quedarme contigo. Estoy más tranquila.

—Querida Marina, no me pasa nada grave. Solo estoy cansada, incluso mis náuseas han disminuido. Y la verdad es que duermo fatal. Pero tu presencia, que me hace feliz, no me alivia el cansancio, así que, por favor, dile que sí.

Tía y sobrina están sentadas en el patio interior de la casa, donde la temperatura es deliciosa. Marina comprueba, con miedo, cómo el estado de Norita cada vez se parece más al de su madre, que ella había vivido tan de cerca. Teme que el corazón de su sobrina se esté debilitando. Ella es muy religiosa y, por las tardes, cuando su sobrina intenta descansar, se va al convento de Santa Clara. Le gusta rezar en medio de la soledad en la que se encuentra el templo a aquella hora. Le pide a la santa con todo su corazón que vele por la salud de su sobrina. Marina se ha hecho amiga de algunas monjas que le hablan orgullosas de los orígenes del convento.

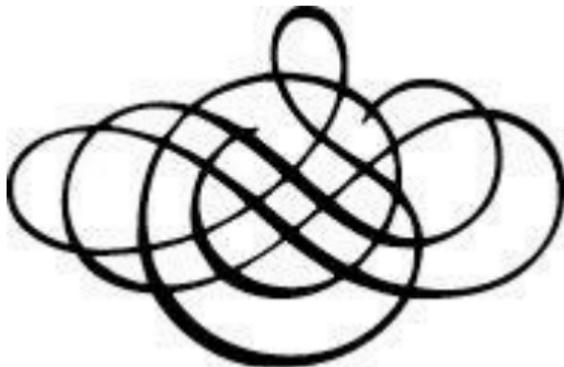
—Figúrese cómo sería el ambiente en la ciudad en el siglo XVII que muchos señores, cabezas de familia, ante el temor de lo que pudiera sucederles a sus hijas, pensaron en crear un convento donde las religiosas pudieran formarlas en las buenas costumbres a la vez que las alejaban de las situaciones de peligro. Piense usted que entonces los atentados contra la moral eran continuos. Hubo épocas en que la comunidad estaba formada por cien religiosas y por aquí pasaron muchísimas mujeres. Algunas alcanzaron gran notoriedad, como María de las Mercedes Beltrán, conocida como la condesa de Merlin y considerada una de las primeras escritoras cubanas.

En Santa Clara siguen dedicándose a lo mismo, aunque las religiosas piensan que por poco tiempo, pues temen que el nuevo gobierno republicano las obligue a vender el edificio.

—Norita, ¿conoces el convento de Santa Clara? —le pregunta Marina.

—He visto el edificio por fuera. Yo no soy como tú, me interesan más otras cosas. Pero estaría encantada de que me lo enseñaras porque estoy segura de que ya sabes todo de él. A cambio, te ruego que aceptes la invitación de Ricardo.

—Mira que te pones pesada. Si llega la rosa, hoy me iré a comer con él.



—Esto es para usted —dice Ricardo, entregándole un pequeño estuche.

—¿Para mí? —pregunta Marina, verdaderamente sorprendida.

—Sí. Con todo mi afecto y espero que le guste.

Se encuentran en el restaurante. Ya han pedido la comida. Marina mira a su alrededor, no hay mucha gente. No sabe qué es lo correcto, si abrir ahora el regalo o esperar. Intenta recordar qué hacía doña Elena cuando recibía algún presente, ella servía el café, pero es incapaz de saberlo... Ricardo la observa y dice:

—Ábralo, porque si le gusta, ahora mismo lo puede estrenar.

Marina le agradece con una sonrisa su gesto.

—¡No puedo aceptarlo! —exclama con asombro—. Es demasiado. Dios mío, nunca había visto nada tan precioso.

—Nada comparable a la luz de sus ojos. Permítame.

Ricardo se levanta y con suma delicadeza coloca el collar de rubíes en el cuello de Marina que, ruborizada, le deja hacer.

—Está usted preciosa.

—No sé qué decir —confiesa—. El valor del regalo me desconcierta.

—Marina, acéptelo como prueba de mi admiración. Los dos somos adultos y se habrá dado cuenta de que estoy intentando conquistarla porque me gusta usted muchísimo y deseo conocerla mejor. Mis intenciones son serias y no tiene que sentirse obligada a nada para aceptar este obsequio. Mi mayor ilusión sería no resultarle indiferente —dice con expresión estudiada Ricardo.

A Marina le gusta su sinceridad.

—Me ha encantado conocerle, Ricardo —le responde con la mejor de sus sonrisas—, y si he aceptado su invitación es porque me siento bien en su compañía.

—Gracias —contesta Ricardo, acercando sus labios a la mano de Marina que ha tomado entre las suyas—. Le hablaré un poco de lo que ha sido mi vida para

que me conozca mejor...

Ricardo le cuenta que era hijo único. Que había nacido en un pueblo de Santander pero que a los tres años lo llevaron a Cuba. Sus padres habían muerto y él era el único dueño de una considerable fortuna heredada e incrementada en los últimos años. Nunca había estado casado a pesar de que lo que más le gustaba en el mundo eran las mujeres.

—Pues sí que es raro que no haya encontrado mujer con la que casarse con la cantidad de jóvenes guapísimas que hay en La Habana —comenta Marina sorprendida.

—Tiene usted toda la razón, pero yo no vivo aquí y en mis visitas esporádicas las mujeres con las que estoy, todas guapísimas, por supuesto, tienen demasiada experiencia para convertirlas en esposas. Pone usted cara de no entender —añade Ricardo—. Se lo explicaré, son mujeres que ya han mantenido relaciones sexuales. A la mayoría de los hombres nos gustan las mujeres vírgenes, deseamos ser los únicos. Las queremos virtuosas. Por eso muchos de nosotros viajamos a la *tierrina* en busca de esposa, como Silverio, por ejemplo, pero yo estoy demasiado ocupado.

—Le he entendido muy bien, y según lo que usted me cuenta se me plantea un interrogante, ¿cree usted que nosotras deberíamos hacer lo mismo? —pregunta con ingenuidad.

—Es usted perversa, me encanta.

—No, simplemente sincera. Creo que se ha hecho un poco tarde, debo regresar a casa. Lo he pasado muy bien, Ricardo, muchísimas gracias.

—Un placer absoluto, Marina. No sé cómo me las arreglaré tan lejos de usted. Si Trinidad estuviera más cerca, la visitaría con frecuencia, siempre que usted me lo permitiera.

—¿A qué distancia se encuentra Trinidad?—Quiere saber Marina.

—A más de trescientos kilómetros. La acompaño a casa y ya sabe lo feliz que me ha hecho aceptando mi invitación. Si no le importa, me gustaría llevarla a la plaza de Armas, que seguro ya conoce, pero quiero hablarle del castillo de la Real Fuerza.

—¿Es el que tiene una figura femenina en lo alto?

—Sí, la llaman la Giraldilla porque recuerda la que se encuentra en Sevilla. ¿Pero no me diga que conoce la historia de Isabel de Bobadilla?

—No, no tengo ni idea. ¿Quién fue?

—La primera y única mujer gobernadora de Cuba, en ausencia de su esposo. Es una historia preciosa que me hace ilusión contarle...

Impotencia ante la enfermedad

Marina llora a escondidas. El doctor ha sido contundente: según avanza el embarazo, el corazón de Norita se debilita. Lo mismo que le sucedió a su madre. Pero lo terrible es que no pueden hacer nada. Sospechan que el problema puede deberse a que en la segunda mitad del embarazo se producen alteraciones en la presión arterial, pero resulta imposible comprobarlo porque no se sabe de qué forma medirla y mucho menos qué tratamiento aplicar.

Silverio, por medio de Magdalena, ha consultado con los mejores doctores. También Marina se lo ha comentado a Ricardo, que, generoso, se ha ofrecido a llevarla a Estados Unidos.

Norita no conoce la gravedad de su estado y afortunadamente está animada ya que sus vómitos han cesado, aunque el cansancio es continuo y también de vez en cuando le duele la cabeza.

Suele salir por las mañanas a dar cortos paseos con Marina.

—No te imaginas las ganas que tengo de que nazca el niño. Esta vida tan tranquila me aburre un poco —dice Norita.

—Ya falta menos. Tú lo sabes mejor, pero creo que estás de seis meses.

—Sí, así es. ¿Has enviado la carta a mi padre?

—Sí, yo también le he escrito. Las he mandado juntas.

Había sido muy doloroso contarle la verdad a Xuaco. Tenían que mantener la esperanza. En este sentido le decía a su hermano que el doctor les había comentado que si conseguía superar el parto habría que tomar medidas para que no volviera a quedarse embarazada. Marina le pedía a Xuaco que en su respuesta no dejara ver su desánimo porque Norita desconocía toda la verdad.

—Marina, ¿no te parece que Silverio está distinto? ¿No lo encuentras un tanto distraído?

—Puede que tenga exceso de trabajo, aunque lo veo como siempre.

Marina sabe muy bien que Silverio está destrozado y se desespera ante la imposibilidad de poder ayudar a su mujer. Desde que se han enterado del estado de Norita, Silverio y Marina se han olvidado de sí mismos para hablar de ella y tratar de ayudarla. En aquella difícil situación por la que están pasando, Marina

reconoce que Silverio quiere sinceramente a su mujer, algo que le agradece en lo más profundo de su corazón.

—Me ha escrito Ricardo y dice que vendrá a La Habana y le gustaría invitarnos a cenar, al teatro, a la ópera o a lo que tú prefieras, Norita.

—¿Ya se te ha declarado? Supe desde el primer día que se había enamorado de ti, Marina. ¿Te casarás con él?

—Por favor, Norita, no exageres. Somos amigos y nada más.

—Si te casas con él, serás riquísima y podrás volver a Candás como una reina siendo la envidia de todos.

Marina sonríe para disimular la melancolía que las palabras de Norita han despertado en ella. El nombre de Candás le ha tocado el corazón. Lleva unos meses en La Habana, en medio de un mundo maravilloso con el que jamás se había atrevido a soñar. Rodeada de cosas hermosas, con regalos valiosísimos. Un hombre atractivo y riquísimo le hace la corte. Frecuenta lugares de ensueño. « Es normal —se dice— que todo este tiempo no haya tenido ni un solo pensamiento para mi pueblo », pero solo escuchar su nombre ha sido suficiente para que Marina recuperara su memoria afectiva, sus vivencias más íntimas. Jamás volvería a ser tan feliz como aquella tarde al lado de la capilla de San Antonio. Candás siempre será el lugar donde se posó la primera mirada de su corazón y eso jamás se olvida.

—No estoy enamorada de él —comenta riendo Marina.

—No importa. Mira, tú sabes lo enamorada que yo estoy de Silverio y lo buenísimo que es conmigo, lo feliz que me hace. Pues te contaré un secreto, creo que no está enamorado de mí, se comporta como si lo estuviera, pero yo sé que no es así.

—Me imagino que estás hablando en broma.

—Muy en serio. Eres tú, mi querida tía, a la única persona a quien he abierto mi corazón.

—¿Cómo te has convencido de ello? ¿Dispones de alguna prueba?

—De ninguna, es más, estoy segura de que no me ha sido infiel.

—¿Entonces? —pregunta Marina, verdaderamente interesada.

—Es su mirada. A veces, cuando cree que no le veo, su mirada se torna tan triste y desolada que mueve a compasión. Y de verdad que lo siento. Me duele no ser capaz de hacerle olvidar ese amor.

Marina no puede creer lo que está escuchando. Cómo había madurado su sobrina y qué encantadora es.

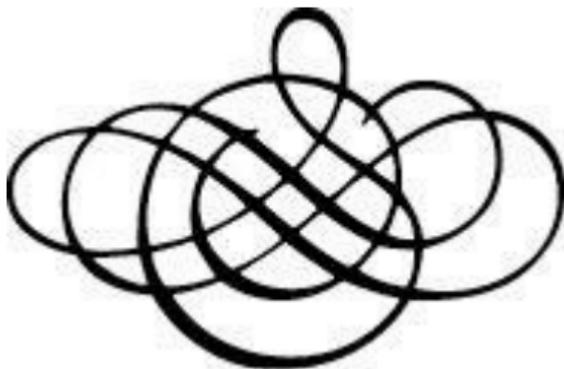
—Eres maravillosa, Norita, Silverio tiene que adorarte. Sabe Dios cuáles serán esos pensamientos que a veces le perturban. Claro que puede ser un viejo amor, pero también otras cosas, como la vida en la mar, el recuerdo de sus seres queridos, de su padre que se quedó en el abrazo de las olas eternamente. La añoranza de Candás...

—¿De verdad crees que puede ser algo distinto a un amor lo que le produce tanta pena? —pregunta ansiosa Norita.

Marina la mira con cariño.

—Por supuesto —afirma con la mejor de sus sonrisas—. Cuando uno se aleja de sus raíces, aunque el ambiente en el que se desenvuelva tu vida sea fabuloso, hay momentos en que retazos de tu vida anterior se hacen presentes provocando una especial melancolía.

—Eres estúpida. Qué bien me hacen tus palabras. Te quiero mucho, Marina.



—Estos dulces que me has traído saben a gloria, qué delicia. Querida Magdalena, te agradezco que hayas venido a verme, porque Marina no quiere dejarme sola ni un momento. Me daba pena que no pudiera salir a comer con Ricardo en su último día en La Habana.

—Sabes muy bien, Norita, lo mucho que te quiero. Últimamente estoy menos contigo porque Marina se ocupa de todo, pero quiero que sepas que siempre estoy para ti porque te considero como a una hija. Precisamente me he acercado esta tarde pensando en Marina y Ricardo.

—Yo creo que de hoy no pasa y que se le declara —comenta riendo Norita.

—Es posible. ¿De verdad que tu tía nunca ha tenido novio? —pregunta Magdalena como de pasada.

A Norita le sorprende este comentario de Magdalena. Es posible, piensa, que la propia Marina se lo haya contado y le da todo tipo de detalles sobre su tía, desde que empezó a trabajar a los once años hasta su vida de doncella o criada y su afán por la cultura.

—La primera imagen que recuerdo de ella es con un libro en las manos. Marina siempre estaba leyendo en un rincón de la cocina ajena a cuanto sucedía a su alrededor.

—De ahí su comportamiento y su saber estar —opina Magdalena—. Cualquiera creería que ha sido educada en el mejor de los colegios.

—Ella me ha enseñado todo lo que sé. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida. Magdalena, tengo miedo. No quiero decírselo a ellos, pero estoy aterrada. Temo que me pase lo mismo que a mi madre, que murió en su segundo embarazo. Creen que no lo sé, y como los quiero tanto, prefiero que piensen que no sospecho nada.

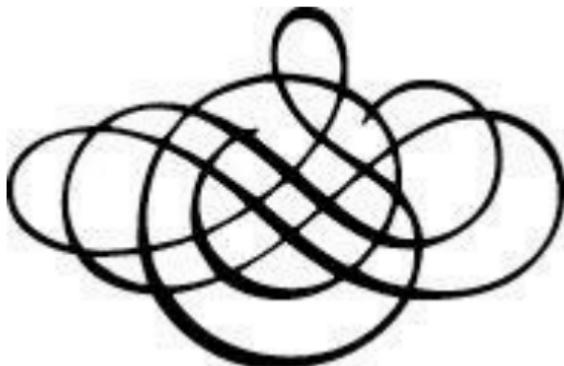
—Eres un ángel —le dice Magdalena emocionada—. Pero no temas. Tendrás a tu niño y, eso sí, deberás procurar no volver a quedarte embarazada.

—Pero eso es muy triste. Oye, Magdalena, prométeme que no dirás nada de lo que te he comentado —le ruega Norita.

—Puedes estar segura, mi amor.

—¿Por qué no te vas? No me apetece dejarte sola, pero quiero tumbarme un ratito, y además, pronto llegará Silverio.

—Acuéstate tranquila, que yo me quedo aquí, contemplando las plantas —le asegura Magdalena.



Magdalena conoce poco a Marina, pero le sorprende que haya asumido ella sola el cuidado de la casa, que está perfecta. Debe de ser muy trabajadora y resulta evidente que no se avergüenza de su pasado como criada. Pocas personas hubiesen hecho lo que ella al pedir que despidieran a la sirvienta. También puede suponer un gesto de orgullo al querer contribuir a la economía familiar. Quién sabe, pero lo que nadie puede dudar es que posee carácter para convencer a los demás de lo que ella quiere. Magdalena sospecha que existe alguna relación entre Marina y Silverio. Está casi segura de que él está enamorado de ella. Eso explicaría muchas cosas. Será divertido observar e intentar influir un poquito sin que nadie se percate de ello para que Marina y Ricardo lleguen a algo. De hecho, está encantada de acompañar a Norita, pero, si es sincera, debe reconocer que se ofreció para facilitarle el camino a Ricardo. A Magdalena le encantaría que se casaran y le dejaran a Norita y Silverio para ella sola, como antes de llegar Marina.

—¡Hola! ¿Qué tal el día? —grita Silverio desde la puerta—. He podido venir antes y, si queréis, podemos dar un paseíto. Pero...

Antes de que Silverio, sorprendido por la presencia de Magdalena, diga nada, esta le aconseja:

—No hables muy alto. Es posible que Norita se haya quedado dormida, ha ido a descansar hace un rato.

—¿Y Marina?

—Ha ido a comer con Ricardo.

—¿Aún no ha vuelto?

—Norita le dijo que no tuviera prisa, porque yo me quedaba con ella hasta que tú llegaras.

Magdalena, que estudia el rostro de Silverio, que trata de disimular, observa un pequeño gesto de crispación, que se vuelve mucho más evidente cuando dice:

—No me gusta que Marina pase tanto tiempo con Ricardo.

—Pero si es tu socio capitalista —responde Magdalena.

—Precisamente por eso. Creo que le conozco bastante bien y no me gustaría que una hermana mía saliera con él.

—Ya me dirás por qué. Y Marina no es tu hermana. Es una mujer adulta, que ya ha cumplido los treinta y que estoy segura sabe protegerse muy bien ella sola.

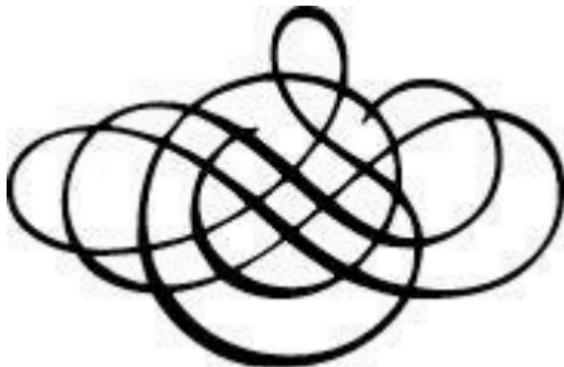
—Sí que se puede defender por sí misma, pero a veces existen formas de obnubilar la voluntad: regalos, halagos, amabilidad extrema. Ricardo es un mago en las relaciones públicas Pero tú sabes igual que yo de sus amores en la ciudad. Y para colmo, se dice que en Trinidad tiene varios hijos que, por supuesto, no ha reconocido. Por todo esto no me gustaría que la tía de mi mujer se enamorara de un personaje de ese calibre, sin hacer mención a la procedencia de su inmensa fortuna.

—Estoy de acuerdo contigo en esto último. Es muy triste enriquecerse con el negocio de la venta de esclavos, pero piensa, querido Silverio, que hubo un tiempo en que era legal y que muchas de las hoy fortunas honorables tienen su origen en algo tan vergonzoso.

—Perdona, Magdalena, pero no te he preguntado por tu esposo, ¿cómo está? —pregunta Silverio.

—Mal. El doctor nos ha dicho que no tiene solución. No queda más remedio que esperar. Lo mismo puede mejorar que empeorar.

—Lo siento. Disculpa, me voy a acercar a ver a Norita.



Si alguien se dedicase a observar el quitrín o carruaje que despacio recorría las calles de El Vedado podría concluir que la pareja que en él se desplazaba o bien buscaba una edificación concreta o eran nuevos ricos que estudiaban la zona ante la posibilidad de levantar allí su mansión, una moda muy extendida en los últimos años.

A Marina le parece estar viviendo un sueño. Después de la comida, Ricardo le ha dicho que desea casarse con ella. Hace muy poco que se conocen pero asegura no necesitar más tiempo para pensarlo. Al día siguiente regresará a Trinidad y no volverá a La Habana hasta dentro de cuatro meses. Le escribirá y espera que su respuesta sea un sí.

Antes de llevarla a casa, Ricardo quiere enseñarle la nueva zona residencial de ciudad.

—¿Le gustaría vivir aquí? —le pregunta.

Marina deja que sus ojos recorran las preciosas mansiones de aquel lugar. Jamás ha visto nada igual.

—Si le dijera que no, mentiría.

—He querido que lo viera, porque si acepta convertirse en mi esposa, mandaré construir una casa aquí.

Marina se siente abrumada, no sabe qué decir... Ella convertida en la dueña de una casa igual de señorial que aquellas... No puede ser real... Le da la sensación de que le están tendiendo una red tan maravillosa que tiene que ser un placer dejarse envolver en ella... Aunque, como candasina, conoce muy bien para qué se utiliza la red.

—Ricardo, es usted una persona encantadora y me siento enormemente halagada por su proposición. Pero debe saber que yo soy una criada, que no calcé zapatos hasta que llegué a La Habana, que he pasado hambre...

—No siga, por favor, nada de eso me importa. A quien yo quiero es a la mujer que está ahora mismo a mi lado. Una mujer que es sensible, inteligente,

buena y que siempre está deseando crecer en conocimiento, y en eso, querida, se percibe la grandeza. La quiero, Marina —confesó Ricardo, mirándola con insistencia a los ojos.

Marina ha bebido un poco de vino en la comida, aunque no está mareada, pero hay algo en el ambiente, aquellas hermosas frases, la forma en que la mira que le resulta embriagador... por ello se deja llevar y no rechaza el apasionado beso de Ricardo.

—Perdóneme, si la he ofendido —dice Ricardo.

Marina no dice nada. Ricardo cree adivinar una media sonrisa en su cara y mientras toma una de sus manos, le pide al cochero que aligere la marcha.

Tres meses más tarde

—Querido Juan, ¿por qué te has molestado en venir?

Los dos amigos se funden en un prolongado abrazo.

—Sé que lo estáis pasando mal y quiero darle muestras a Norita de mi cariño e infundiros mucho ánimo. Además, así acompañaba a tu hermano. Escucha, Silverio, sois jóvenes, tendréis más hijos —dice Juan mientras se fija en lo delgadísimo que está su amigo y en lo triste de su aspecto.

—No será así. Norita no soportaría un nuevo embarazo. Te juro que eso es lo que menos me importa. Lo terrible es que los doctores dudan de su recuperación. Ha quedado expuesta a que en cualquier momento se le presente una hemorragia cerebral. Es terrible —exclama Silverio con sus ojos arrasados en lágrimas.

Pasados los ocho meses de embarazo Norita se puso de parto, pero la falta de dilatación y la situación muy alta del bebé recomendaba, según la opinión de los doctores, la utilización de fórceps. Después de mucho sufrimiento, consiguieron extraer al bebé, pero muerto.

—Tienes que mantener la esperanza. Norita debe veros animados. Eso le hará bien —aconseja Juan.

—¿Dónde se quedó mi hermano? —pregunta Silverio.

—Ha ido con Marina a ver a Norita. Por cierto, qué buenísima impresión me ha causado la tía de tu mujer, sin tener en cuenta que fue mi «hada madrina» ...

Silverio esboza una pequeña sonrisa ante el recuerdo de su amigo.

—Sí, ha sido una gran ayuda contar con ella en esta situación —admite—. Pero dime, ¿qué tal el gemelo?

El hermano de Silverio que había llegado a Cuba con Marina no soportaba el trabajo que para él tenían pensado en los almacenes, y después de darle unas cuantas vueltas, decidieron enviarlo a Pinar del Río junto a Juan, a trabajar en su plantación de tabaco.

—Los primeros días regular, pero ahora está totalmente integrado y creo que

feliz, él te contará. Ha hecho muy buenas migas con mi hermano y juntos van a todas partes.

—Cuánto me alegro. Siempre fue un poco complicado.

—Ya sé que vuestro negocio, Silverio, va muy bien. Me he quedado impresionado del gran movimiento que se ve en las calles comerciales y de la calidad de los establecimientos.

—La verdad es que sí. No podemos quejarnos.

—Casi todo el mundo está contento con la nueva situación política. Sin embargo, bueno, tú ya sabes cómo pienso, tengo la sensación de que el recién elegido presidente de la república está dirigido por los norteamericanos. Hubiese preferido una mayor independencia —asegura Juan.

—Tú y yo nunca estaremos de acuerdo en estos temas —concluye Silverio—. Pero la prueba de que vivimos un buen momento la tenemos en la llegada masiva de emigrantes. Por miles llegan de Asturias.

—Ya lo sé, pero en esa emigración también puede influir la situación del propio país —matiza Juan.

—De acuerdo, aunque, si la situación aquí no fuera buena, elegirían otro lugar —responde Silverio.

—Cómo pasa el tiempo —exclama Juan—. Dentro de nada hará veinte años que llegamos a La Habana. Y tenemos que estar satisfechos. No nos hemos hecho millonarios, pero vivimos con dignidad y con posibilidades de incrementar nuestro patrimonio, una vez pasados los años más difíciles.

—Es verdad que muchos emigrantes que, al igual que nosotros, llegaron aquí rebosantes de ilusión y esperanza no han podido superar lo complicado que resulta vivir en un país desconocido, con un clima endiablado, con unas costumbres totalmente ajenas... Pero yo, Juan, si soy sincero, no me considero en absoluto un triunfador —dice Silverio pesaroso.

—Estás influenciado por la situación por la que estás pasando. Pero cuántos quisieran estar en tu pellejo o en el mío.

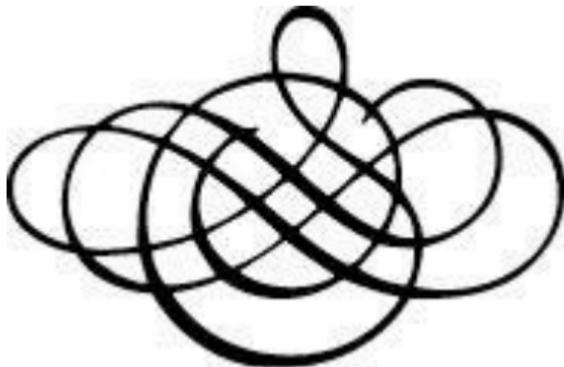
—Tú sí, Juan, tú eres un triunfador en el amplio sentido de la palabra. Desde el primer día tuviste las cosas muy claras y luchaste por ellas. Yo, en cambio, anduve dando tumbos. Precisamente, gracias a ti, que eres un amigo de verdad, volví al buen camino, pero soy un perdedor nato.

—Venga, no exageres. ¿Por qué no nos preparamos un café?

—De acuerdo. ¿Pero de verdad crees que El Siglo XX podría funcionar tan bien si no estuviera Mariano a mi lado?

—¿Qué dices? Si tú eres el alma del negocio, Silverio.

—Sin apoyo no soy nada.



—Me alegra que el gemelo haya venido a verme, aunque es una prueba más de la gravedad de mi estado —dice Norita con su dulce sonrisa.

—Ya te he dicho que no es así. Ha viajado acompañando a Juan, que tenía que venir por negocios. Ahora pasará a saludarte; se ha quedado con Silverio —le dice Marina—. ¿Por qué no te levantas un ratito?

—Estoy tan agotada. Es imposible que me ponga bien. Qué pena, Marina, acabo de cumplir veinte años. Si el niño hubiese logrado sobrevivir, quedaría algo mío y de Silverio —dice entre sollozos.

—Por favor, Norita, no debes disgustarte. Ponerte nerviosa no te ayuda a mejorar. Claro que lo del niño ha sido doloroso, pero tú estás aquí. Y aquí vas a seguir.

—¿De verdad lo crees?

Marina se ha convertido en una consumada actriz. Ni una sola concesión al desaliento. Ha comprobado asimismo que esta actitud también la ayuda a ella. Tomando la mano de su sobrina la mira a los ojos y le dice:

—¿Te he mentido yo alguna vez?

—Creo que no —contesta con un hilo de voz Norita.

—Pues escúchame bien. Puedes y vas a superar ese cansancio que no te deja vivir. Tienes que pensar que pasará y animarte a empezar a dar cortos paseos.

—Lo intento, pero no puedo. A veces me pongo muy triste, Marina, pienso que ya nunca volveré a ver a mi padre ni a mis hermanos. Nunca volveré a Candás.

—Por favor, Norita, me vas a hacer llorar. Regresaremos juntas y nos iremos de estos momentos.

—¿Sabes, Marina? Doy gracias a Dios de que hayas venido. No sé qué sería de mí sin tenerte a mi lado. Silverio es lo que más quiero en el mundo, pero tú eres como mi madre. ¿Estabas con ella cuando murió?

—No. ¿Te acuerdas de ella? —le pregunta Marina.

—Estos días muchísimo. Sé que está conmigo. Ella ha pasado por lo mismo.

Marina siente que la emoción está a punto de dominarla y en un gesto espontáneo pero que la ayuda a disimular se levanta para abrazar a su sobrina.

—Cariño, no sabes cuánto te quiero —dice, rodeándola con sus brazos y ocultando su cara para que no la delate.

—Sí que lo sé. Por ello estás aquí. Oye, qué bien hueles.

—¿Te gusta? —pregunta Marina.

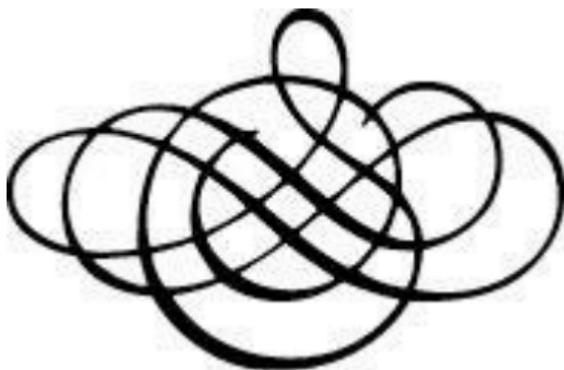
—Mucho. Resulta estimulante.

—Es agua de verbena. Me la compré ayer en la Gran Farmacia Johnson.

—¿La que está en la calle O'Reilly?

—Sí. Voy a la habitación y te traigo para que te pongas.

Desde la primera vez que Marina percibió el aroma que envolvía a una de las amigas de doña Elena soñó con que un día ella también podría perfumarse. Había llegado a La Habana con sus escasos ahorros y no había gastado nada porque sus necesidades estaban cubiertas y los guardaba celosamente por lo que pudiera suceder. Pero aquellos días estaba sufriendo tanto que pensó en la posibilidad de comprar una colonia concediéndose un capricho en un intento de animarse.



—Mi amor, ¿estás dormida? —pregunta Silverio desde la puerta.

—No, pasa, Silverio —contesta Norita, intentando que su voz suene como siempre y no en aquel tono apagado del que no consigue deshacerse.

—Tienes mejor aspecto esta tarde. Juan desea saludarte, pero antes quería preguntarte si te encuentras con ánimo.

—Sí, pero antes quiero hablar contigo. ¿Has visto a tu hermano? ¿Qué te parece? Yo lo he encontrado bastante bien.

—Sí, está más animado.

—Silverio, siento haberte fallado. Tenías que haber buscado otra esposa.

—Por favor, Norita. No quiero oírte decir eso. Mil veces me volvería a casar

contigo. Nos queda mucha vida por delante.

—Marina miente mejor que tú. Tendrías que ver tus ojos, Silverio. Eres lo que más quiero en la vida y soy muy feliz de haber vivido estos tres años contigo, los más felices de mi existencia —dice llorando Norita.

—Mi amor —replica Silverio, abrazándola—, y los que aún viviremos. Pienso dedicarte mucho más tiempo. Ya he hablado con Mariano para tomar una semana de vacaciones en cuanto te pongas bien y haremos un viaje que nunca olvidarás.

—Sí, por favor, cuéntame a dónde iremos...

En las Navidades, Norita había experimentado una ligera mejoría. Todos los días se levantaba un poco y parecía más animada. Marina y Silverio estaban volcados en ella. No la dejaban ni un momento y le proporcionaban todo aquello que pudiera hacerla feliz. Incluso consintieron en llevarla un día al teatro, a pesar de las recomendaciones en contra del doctor.

Marina reza de rodillas en su habitación ante unas estampas de la Virgen del Rosario y del Santo Cristo de Candás que ocupan un lugar preferente en la mesita de noche. Les da gracias por haber permitido que su sobrina haya podido disfrutar de esa Navidad que tal vez sea la última de su vida. Marina pide en sus oraciones por toda la familia que con tanta resignación están llevando la enfermedad de Norita. En especial pide por su hermano Xuaco.

—A ti, Virgen Santísima, que conoces bien el dolor de ver morir a un hijo, te pido que ayudes a Xuaco, para que pueda llevar con resignación la pérdida de su hija, si es que esa es la voluntad de Dios.

Marina había llorado al leer la carta que su hermano le enviaba al conocer la enfermedad de Norita. Una carta que Xuaco había querido escribir personalmente a pesar de que casi no sabía. Aquel detalle había emocionado mucho a Marina. Ya nunca podría borrar de su mente algunos de los párrafos que reflejaban el desgarrado dolor de un hombre sencillo que debía enfrentarse a algo antinatural como es la muerte de un hijo.

A mediados de enero, Norita ya no pudo levantarse de la cama y aunque los doctores les decían que el final se acercaba, ni Marina ni Silverio lo aceptaban, agarrándose como locos a la débil llama que aún alumbraba, mimándola para que no se apagara.

Aquella tarde Norita está un poco más despierta. Marina lee a su lado.

—En cuanto llegue Silverio te vas a dar un paseo —le pide Norita a su tía—. No quiero que enfermes tú también. ¿Es interesante esa novela?

Marina la mira ilusionada. Ricardo, que había quedado en regresar a La Habana, no lo había hecho debido a problemas surgidos en sus negocios en Trinidad y también porque, al estar Marina pendiente de su sobrina, no podrían

apenas verse, pero conociendo su afición por la lectura, le había enviado una novela de la autora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda que se titulaba *Sab*.

—Solo he leído diez páginas, pero creo que es muy romántica y que trata el tema de la esclavitud. Ya te iré contando.

—Si no te apuras, puede que no te dé tiempo de llegar al final. Acércame el agua de verbena —pide Norita con un hilo de voz.

Desde que ha descubierto el perfume, Norita tiene la sensación de que el frescor de aquel aroma la estimula. Marina toma un pañuelo e impregnándolo de verbena se lo acerca a su sobrina, que con una sonrisa se lo agradece para volver a sumirse en un sopor.

No han pasado ni quince minutos cuando llega Silverio que, después de darle un beso a Norita, le hace señas a Marina para que salga de la habitación.

—He visto al doctor esta mañana y me ha dicho que el final se acerca. Su corazón se agota.

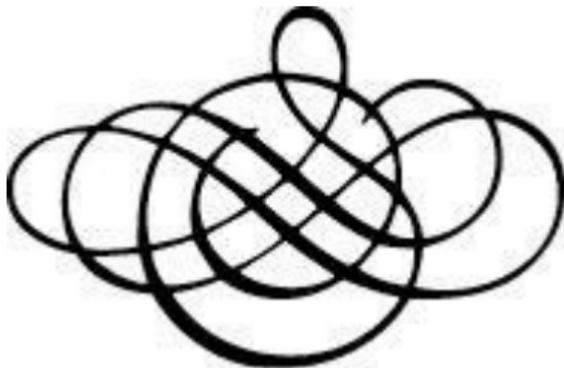
—Dios mío, Silverio, no puede ser. Tenemos que hacer algo —dice llorando Marina.

—Qué más quisiera yo que poder hacer algo. Mi vida daría a cambio de la de ella —asegura él.

Marina lo mira agradecida y guarda silencio.

—¿Por qué no sales a tomar un poco el aire? Te hará bien. No puedes estar todo el día encerrada. Yo me quedo con Norita.

—Está bien. Volveré pronto.



Sin saber muy bien por qué, se dirige a la plaza de San Francisco. Aunque si profundiza en su corazón sí que lo sabe. Cuántas veces soñó con pasear por ella después de verla en aquella postal enviada por Silverio. Sus ojos cansados de llorar recorren agradecidos las edificaciones deteniéndose en la alta torre del convento de San Francisco, fijándose en cada uno de sus detalles.

La plaza se encuentra muy cercana a la mar y hasta Marina llega su rumor

al que no puede hacer oídos sordos y camina hacia ella. El lugar donde está le impide disfrutar del precioso tramo de malecón que ya han realizado entre el paseo del Prado y Crespo, pero la vista que de la mar se puede tener desde allí es increíble y una vez más se queda extasiada ante su belleza e inmensidad... Las olas sonrientes con sus mejores galas hacen que sus ojos se sumerjan en la profundidad de sus blancas puntillas de encaje finísimo y naveguen a otro mar, tal vez menos azul, pero mucho más cercano a su corazón. Y Marina como si estuviera en la Peña Furada de Candás les habla a las olas de su dolor...

De regreso a casa camina despacio por la calle O'Reilly, repleta de escaparates o vidrieras, como los llaman allí, que muestran lo más hermoso y atrayente de cada establecimiento. Marina, aunque no se siente con ánimo, se detiene para admirar unos rosarios de coral engarzados en plata que le parecen preciosos. Se va, sin detenerse a mirar el resto de las joyas y demás objetos de decoración que llenan el espacio expositor.

No cree que haya pasado más de hora y media desde que ha salido de casa. Seguro que tendrá que cenar a solas con Silverio como ha hecho en los últimos días. Marina está muy satisfecha de cómo se comportan. El cariño por Norita ha obrado el milagro. Ninguno de los dos se concede la más mínima licencia, como si nunca hubiera existido amor entre ellos.

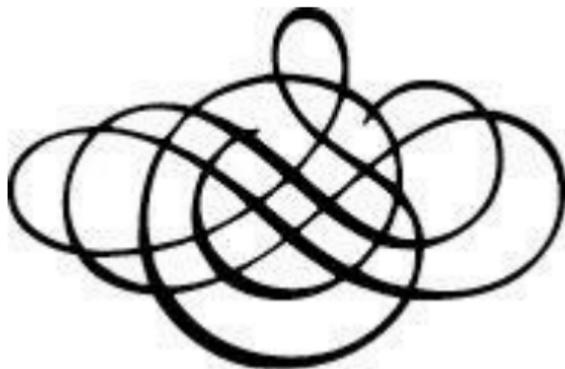
Al ver las luces de toda la casa encendidas Marina se asusta. Los nervios le impiden abrir la puerta, cuando al final lo consigue se encuentra con Silverio que, llorando, viene hacia ella.

—Ha muerto Norita —le dice.

Marina, desesperada, corre hacia la habitación. Silverio la detiene...

—Espera, ahora la verás, está el médico.

Marina no hace caso y sin mirar a nadie se abraza llorando al cuerpo sin vida de su sobrina.



—Parece imposible que Norita no esté. Ahora es cuando vamos a notar su

ausencia de verdad. Estos días hemos estado aturridos con tanta gente. Tanto Magdalena como tus socios han estado a la altura de las circunstancias —dice Marina.

—Sí, ellos se han ocupado de todo el papeleo. El día que regrese a Candás me gustaría llevar conmigo los restos de Norita —asegura Silverio.

Marina no dice nada, llora en silencio. Hace unos minutos se ha despedido de Ricardo que regresaba a Trinidad, agradeciéndole de corazón su presencia para acompañarla. Ricardo le había recordado que esperaba una respuesta y le rogó que, aunque esta fuera negativa, no abandonara la ciudad sin verle. ¿Pero qué va a hacer?, se pregunta Marina. ¿Volver a Candás? ¿Casarse con Ricardo? ¿Buscar un trabajo en La Habana? ¿Quedarse al lado de Silverio?

—Marina —llama Silverio—. ¿Sabes que Norita, unos minutos antes de quedarse inconsciente, me pidió que me ocupará de ti?

Están solos, sentado uno frente a otro, en el salón en que tantas veces reían con ella. Marina lo mira, secándose las lágrimas.

—No me has dicho cómo fue su final.

—Al poco de irte tú se despertó y me llamó a su lado. Estaba con una gran paz. Me preguntó si te habías ido. Le dije que sí. Fue entonces cuando me pidió que te cuidara. Le volví a recordar que pronto nos iríamos los dos solos de viaje. Nos besamos. De pronto ella llevó las manos a la cabeza y dijo: «Silverio, me duele muchísimo...». Tomé el paño que tenía en la mesilla. Lo humedecí y al ir a ponérselo en la frente vi que estaba muerta. Fue una hemorragia cerebral instantánea, según el doctor. No sufrió. Eso siempre es un consuelo.

—Me hubiese gustado estar junto a ella en el último momento, pero dicen que a quienes se les avecina la muerte eligen a la persona al lado de la que desean irse de este mundo —asegura Marina—, y te eligió a ti.

—Puede que así sea —asiente Silverio.

—No sé si debería buscarme un lugar donde vivir —dice Marina—. Creo que no deberíamos seguir los dos solos bajo el mismo techo.

—Lo mejor será que yo me vaya a vivir una temporada con mi socio Mariano, que está soltero y su casa es bastante grande.

—Siento causarte molestias —se disculpa Marina—, pero creo que es lo más conveniente para los dos.

—Estoy de acuerdo y no significa ningún problema para mí. Dentro de unos meses reconsideramos nuestra situación, porque yo sigo enamorado de ti, Marina.

—¿Cómo puedes hablarme así en estos momentos?

A Marina le parece que Silverio está traicionando la memoria de su sobrina. Si no se hubiera casado con ella, todavía estaría viva. Es posible que se hubiera casado con otro, piensa, aunque no la habría sometido a los rigores de un clima tropical. Además, decidió el matrimonio con Norita traicionando su amor por ella

y causándole el mayor de los dolores. No puede comportarse como si nada hubiera pasado. Debe pagar por su comportamiento, recoger lo que ha sembrado.

—Perdona, Marina, pero sabes que nunca he dejado de quererte. Y estoy seguro de que a ti te sucede lo mismo.

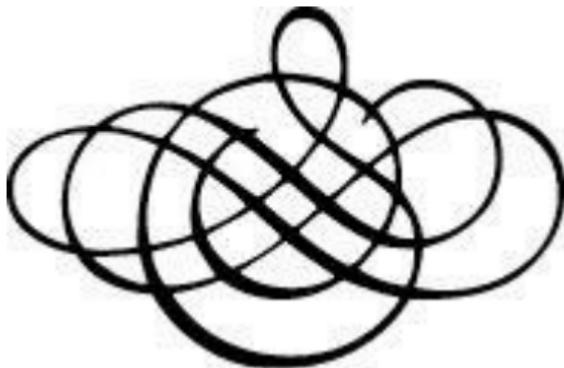
—Qué ingenuo eres, pobre Silverio, ¿casarme contigo cuando Ricardo Cardoné está esperando mi respuesta para convertirme en su esposa?

—No puedes casarte con él. Es conmigo con quien tienes que hacerlo. Él no te conviene, no es lo que parece.

—Yo le conozco bien, así que no te molestes; pronto me convertiré en su esposa.

Marina lo dice sin haber tomado la decisión, solo para vengarse de Silverio. La alegría que le produce esta especie de revancha se convierte en desasosiego al ver la expresión del rostro de Silverio, pronto superado porque sus deseos de hacerle daño son los que la impulsan.

—Me voy a mi habitación —le dice, mirándolo con desprecio—. Puedes recoger tus cosas. No tardaré mucho en dejarte la casa libre. Deseo que todo te vaya bien. Adiós, Silverio.

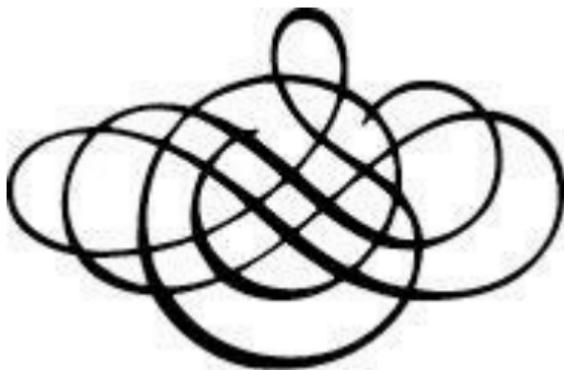


Los días siguientes Marina se alimenta del placer que le produce saber que Silverio no lo estará pasando demasiado bien. Tampoco ella es feliz. Aún no le ha contestado a Ricardo. Está a punto de hacer algo que siempre ha criticado, casarse sin amor. Aunque si Silverio respondió bien como marido de Norita, ella también podrá hacerlo. Además se convertirá en una mujer poderosa y seguirá sabiendo de Silverio porque será la esposa de su socio capitalista.

A Marina le gustaría hablar con alguien, poder desahogarse, que la aconsejen, aunque sea para no hacer caso, pero está sola. En Candás le había hablado de sus problemas al párroco, tal vez deba aquí en La Habana acudir al confesionario. Una buena cristiana no debería dejarse llevar por la venganza y el odio como

ella. Se acuerda entonces de las palabras de la señora Covadonga: «Eres un poco soberbia y orgullosa» y piensa en lo bien que la conocía.

Mañana escribirá a Ricardo dándole una respuesta. Egoístamente tiene que hacerlo ya, porque su situación económica no da para más, claro que puede emplearse de criada... Esta tarde comprará unas flores y las llevará a la tumba de su sobrina.



Es la segunda vez que visita el cementerio Colón y vuelve a asombrarse ante su aspecto deslumbrante. La blancura del mármol de Carrara de las preciosas esculturas y mausoleos resplandece al sol. Muchos de ellos se convierten a aquella hora de la tarde en escenario en el que se mueven las sombras de las ramas de las frondosas palmeras. Marina nunca hubiera imaginado que una necrópolis pudiera presentar un aspecto risueño como aquel.

Camina por los largos pasillos del cementerio en busca de la zona donde reposan la mayoría de asturianos muertos en La Habana. Allí se encuentra el cuerpo de Norita, en una sencilla e inmaculada tumba.

Observando las grandes dimensiones del recinto, Marina piensa en el gran número de muertos habidos en La Habana en los últimos tiempos. Parece imposible que en los diecisiete años que lleva abierto se hubiese llenado de aquella forma.

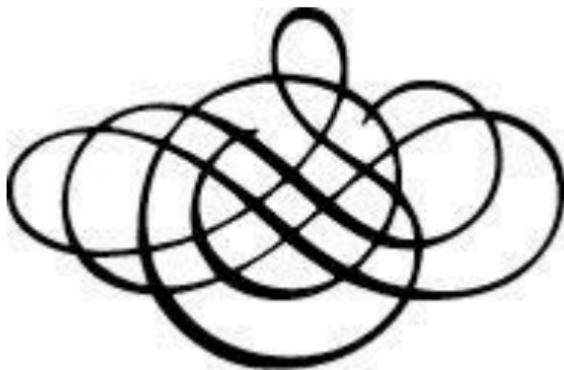
Cerca de la capilla central, antes de tomar la avenida de la derecha, Marina se para ante una humilde tumba en cuya lápida está escrito el nombre de Cecilia Valdés, y sacando una rosa del ramo que lleva, la pone sobre ella. Ricardo le había contado que así se llamaba la protagonista de una de las mejores novelas cubanas. En un principio, los que la leyeron creían que el personaje era producto de la imaginación del autor, pero ahora muchos pensaban que había existido realmente.

Al llegar al ángulo desde el que se ve la sepultura de Norita, observa que un hombre está poniendo unas flores. Le parece Silverio, pero no está segura. Casi

no hay nadie en esa zona y Marina prefiere no encontrarse con esa persona, aunque sí le gustaría saber quién es. Piensa que la mejor forma es caminar deprisa hasta un panteón cercano y allí, detrás de una de las esculturas, poder verlo con todo detalle. Claro que se arriesga a que el hombre mire hacia atrás o decida irse antes de que ella llegue al lugar elegido como escondite.

Bien segura ya de que no la descubrirán, Marina comprueba que es Silverio quien permanece quieto ante la sepultura de su mujer. Le parece que ha adelgazado, pero es tan guapo... De buena gana, si pudiera olvidar lo que ha sido su vida, se acercaría y le daría el mayor de los abrazos. Solo una buena persona, se dice, vendría a ponerle flores a un ser querido. En aquellos momentos piensa en que el amor de verdad tiene que desear la felicidad del ser amado por encima de todo. La preciosa y desgraciada historia de amor del esclavo Sap —la novela que acaba de leer—, que da todo por su amada, es buena prueba de ello.

Silverio se aleja por la avenida... Marina mira su cara, sus preciosos ojos verdes que jamás olvidará pase lo que pase...



Desde que llegó a casa no para de dar vueltas. Su visita al cementerio la ha trastocado hasta el punto de pensar en ir a ver a Silverio para pedirle disculpas por su brusca reacción de hace unos días. Aunque lo cierto es que fue muy inoportuno. Pero esta tarde, al verlo ante la tumba de Norita, su corazón se ha enternecido...

La casa de Mariano no está lejos, quince minutos andando. Sí, irá a pedirle disculpas.

En el camino Marina intenta distraerse mirando el entorno. No quiere darle mayor importancia a la decisión que ha tomado.

A unos metros de la casa de Mariano, se detiene. ¿Estará haciendo lo correcto? No hace caso a las dudas que la acometen y llama decidida a la puerta.

Pasan unos segundos y nadie acude a abrir. Marina piensa que puede ser una solución que no haya nadie.

—Hola, Marina —dice Mariano al abrir la puerta—. Pase usted.

—Gracias, venía a ver a Silverio.

—No está.

—Se habrá quedado en la tienda —apunta Marina.

—Salió diez minutos antes que yo. Probablemente tendría algo que hacer.

Habrá quedado con algún cliente. Pero no suele tardar. Pase, tomaremos algo mientras llega.



Ha pasado casi una hora y Silverio no aparece.

—Gracias, Mariano, pero no le entretengo más —se despide Marina, disimulando su nerviosismo—. Tampoco es tan urgente lo que le tengo que decir. Mañana le veré.

—Como quiera, Marina. De todas formas, yo le diré que ha venido a verle.

—Gracias, Mariano, buenas noches.

Se siente contrariada, ¿dónde estará Silverio? Y ella que pensaba que se encontraría solo y hundido.

A cada segundo que pasa su enfado va en aumento. Camina ligera. De repente se acuerda de Magdalena y algo parecido a los celos se apodera de ella. Intenta convencerse de que no le importa nada lo que haga Silverio. «Lo que tengo que hacer —se dice— es irme a casa y tranquilizarme». Pero sus pasos la llevan a la calle donde vive Magdalena.

Solo la había visto una vez, pero no le cuesta nada identificarla. ¿Y ahora qué? ¿Va a llamar a la puerta y preguntar por él? Seguro que Silverio ha vuelto a los brazos de aquella mujer que nunca dejó de amarlo. Marina necesita saber si está con ella, pero eso no es fácil, ni tiene ningún derecho a inmiscuirse en la vida de Silverio. Se encuentra en la acera de enfrente a la casa a punto de hacer el ridículo, pero reacciona y decide irse. En ese momento el ruido de una puerta al abrirse hace que instintivamente se oculte tras un árbol...

Silverio se despide de Magdalena, que muy amable le ha acompañado a la

puerta.

Aquella misma noche, mientras llora, y sin darse tiempo para pensar en lo que ha pasado, Marina escribe a Ricardo aceptando ser su mujer.

Cuando, a la tarde siguiente, Silverio se acerca a verla, Marina hubiese preferido no tener que hablar con él, pero seguro que insistiría otro día. Haciendo un esfuerzo acude a abrirle la puerta.

—Hola, Marina. Hasta hace unos minutos, Mariano no me comentó que ayer estuviste en casa. ¿Ha pasado algo?

—Nada importante, quería que supieras por mí que me caso con Ricardo.

—No puedes casarte con él, me quieres a mí.

—Hay que ser presuntuoso para afirmar eso, pero, aunque así fuera, ¿no te casaste tú también queriéndome a mí?

—Era completamente distinto, yo nada podía hacer.

—Sí que podías, y lo hubiera hecho.

—¿Por qué no me ayudaste?

—Esas cosas las decide uno mismo.

—Por favor, Marina, te quiero. Podemos ser felices.

Silverio la rodea con sus brazos y desesperado busca su boca. Marina, temblando, se separa.

—¡No me toques! —grita—. No soporto tu contacto. ¿Cómo crees que le sentaría a Magdalena que me abrazaras?

—¿Quién te ha dicho que estuve ayer con ella?

—Qué importa —dice Marina, mirándolo con ojos enfurecidos.

—No es nada de lo que imaginas. Marina, te juro que, desde que te besé y supe que te amaba, ninguna mujer me dice nada. Ayer precisamente le estuve contando a Magdalena lo que sentía por ti. Necesitaba decirselo a alguien y también buscaba consejo porque no sé qué hacer para convencerte de que te adoro, Marina. Tienes que romper tu compromiso, te lo ruego, por favor.

Marina lo está mirando directamente a los ojos y piensa que es muy posible que diga la verdad. Pero por su culpa ayer se comportó de una forma bochornosa, impropia. Además, la vida le está dando la oportunidad de vengarse, algo que siempre ha deseado.

—Querido Silverio, la palabra dada, sea de hombre o de mujer, se debe cumplir siempre —afirma con una dulce sonrisa—. Tú sabes muy bien lo que eso significa. Yo he dado mi palabra y como entenderás no debo incumplirla.

—Marina, ¿aceptas a Ricardo como esposo, y prometes serle fiel...?

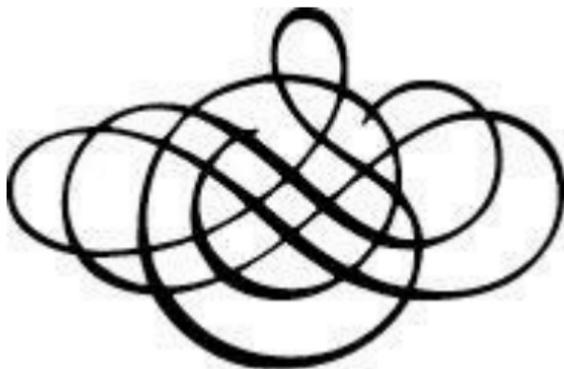
Marina cierra los ojos y por unos instantes cree estar en el templo parroquial de Candás. ¿Qué está haciendo? Es una sencilla mujer pueblerina, ¿cómo ha llegado a aquella situación? Si da el paso definitivo, ya no habrá marcha atrás. Le produce una especie de vértigo pensar que es dueña de su destino. Ella puede decidir qué hacer con su vida. Decir que sí y convertirse en la esposa de un rico hacendado o pedir perdón y volver a La Habana para que Silverio se haga cargo de ella...

Su voz suena clara y contundente.

—Sí, lo acepto.

—Yo os declaro marido y mujer. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

El reducido grupo de invitados que asiste a la ceremonia que se está celebrando en la iglesia de San Francisco, en Trinidad, se miran y sonríen.



Todo se había desarrollado con una rapidez vertiginosa. A los pocos días de haber enviado la carta, se presentó Ricardo a buscarla y juntos viajaron a Trinidad.

Marina se había quedado impresionada por la belleza del paisaje del conocido

como valle de los Ingenios y de forma especial por la que sería su casa, una hacienda jamás imaginada por sus dimensiones y por la belleza acumulada en su interior.

Ricardo mandó a la gobernanta que habilitara una de las habitaciones de invitados para la señora. Se casarían dentro de dos días y, aunque al principio había pensado que Marina se quedara en casa de unos conocidos, decidió que lo hiciera en la suya propia.

Por primera vez en su vida, Marina, no tenía que pensar ni organizar nada, solo dejarse llevar... Era una dulce sensación a la que no estaba acostumbrada. Hasta el vestido que se pondría en la boda aparecía colgado en la habitación que le habían destinado. No era la única sorpresa. Al abrir el armario, se encontró con varios trajes a cada cual más hermoso. Se sintió muy halagada y pensó que no le podía ir mal con un hombre tan detallista y delicado. Siempre preocupado por ella.

Marina no pudo reprimirse y se probó uno de los vestidos que por fortuna le sentaba perfecto. Se miró al espejo y le pareció estar mirando a una extraña...

A su llegada a la hacienda, Ricardo le había presentado a todos los criados que atendían la casa y que desde ese momento estaban a su servicio. Eran cuatro mujeres, incluida la gobernanta, y tres hombres. Todos negros, menos las dos mujeres más jóvenes, que eran mulatas.

Al día siguiente la había llevado al ingenio o complejo azucarero. Se quedó un poco asustada porque aquello era en realidad un pequeño poblado en el que se levantaban viviendas para los que allí trabajaban. Por supuesto, según el trabajo así eran las casas.

Ricardo le contó que allí, al poblado de los ingenios, lo llamaban batey. Le explicó que había hecho muchas reformas para adecuar el ingenio a la modernidad que sin duda había llegado de la mano del ferrocarril.

—Antes existían muchos más ingenios de baja producción, pero ahora solo resistimos los más fuertes. Yo puedo enviar azúcar a lugares antes impensables. Hemos tenido suerte porque somos el primer país de América Latina en contar con ferrocarril.

Marina, curiosa como era, hubiese deseado enterarse de muchas más cosas, pero Ricardo le aseguró que tiempo tendría para verlo y examinarlo todo con detalle.



—Gracias, mi amor —dice Ricardo rodeando con su brazo los hombros de Marina—. Eres la mujer con la que siempre he soñado para madre de mis hijos. Te adoro y quiero darte las gracias por tu comportamiento de esta noche. Has estado perfecta. Me siento orgulloso de tenerte como esposa y de sentirme envidiado por todos los varones.

La noche del día de la boda, Ricardo Cardoné había querido presentar a su mujer y para ello organizó una cena en su casa a la que asistieron los amigos y propietarios de ingenios vecinos.

—Soy yo la que tengo que estar agradecida, ha sido una fiesta preciosa.

Los recién casados acaban de despedir a sus invitados y se disponen a subir a la habitación. Marina está magnífica con un vestido largo de muselina rosa pálido. La falda toda de volantes superpuestos, el cuerpo de generosísimo escote con el talle muy ceñido en el que lleva una especie de cinta de raso color amatista artísticamente enroscada. El efecto que se perseguía era perfecto porque tiene el mismo color del collar que luce al cuello.

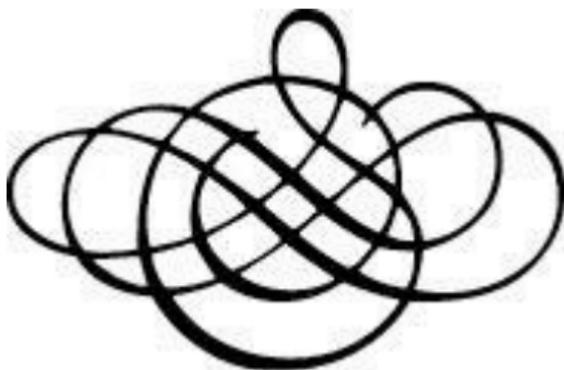
—Nunca te había visto con el pelo recogido —le dice Ricardo, acariciando su nuca—. Este moño bajo te hace más distinguida, aunque yo te adore así — exclama, mientras sus expertas manos le sueltan la melena y se van deslizando por su espalda...— Marina se pone un poco tensa—. Ven, mi amor, antes de acostarnos nos tomaremos una copita de un licor delicioso.

Obediente, Marina toma un sorbo de aquel líquido dulzón que, después de paladearlo, le parece delicioso y acerca su copa para que le sirva un poquito más.

—Ya veo que te ha gustado, pero no quiero que te quedes dormida —dice besándola en la boca, el cuello, los hombros, el escote...

Marina siente cómo su vestido se cae al suelo... y casi sin darse cuenta se encuentra tumbada en el lecho mientras Ricardo recorre todo su cuerpo de una forma que sin duda le resulta placentera... De repente y sin quererlo, Marina

piensa en Silverio. Recuerda su primer beso en San Antonio y por un momento se imagina cómo se sentiría si fuera él quien estuviera a su lado y percibe entonces una excitación gozosa que la recorre y se deja llevar... Su respuesta positiva hace que Ricardo se crezca...



—¡Dios mío, Marina, he sido el primero! Me comentaron que nunca habías tenido novio, pero nunca se sabe. Te adoro, cariño.

—¿Quién te lo ha dicho?—pregunta molesta.

—Silverio, mi socio, el marido de tu sobrina.

—¿Y por qué habéis hablado de mí?

—No te enfades, lo hizo por tu bien. Intentó que te dejara por considerarme poco recomendable para ti. ¿Te he hecho feliz mi vida? ¿Has sentido mucha molestia?

—Un poquito.

Ricardo descansa a su lado y mirándola con renovado deseo dice:

—¿Te enfadarías si te dijera que siento deseos de volver a estar dentro de ti?

El recuerdo compartido de Silverio la ha puesto furiosa y en un arranque y como respuesta a lo que acababa de preguntarle, Marina se gira hacia él besándolo con pasión.

La vida discurría sin sobresaltos. Marina se había integrado de forma ejemplar en la actividad de los ingenios. Desde los primeros meses en Trinidad había insistido para que Ricardo la dejara asistir a todo el proceso de elaboración del azúcar. Él intentó en todo momento que no entrara en contacto con aquel mundo al que ella era ajena, pero como persona testaruda, activa y trabajadora —y aunque dedicase un buen tiempo para leer—, necesitaba llenar su vida. Marina no respondía al prototipo de esposa de hacendado que se mantiene indiferente a los negocios del marido.

Así, aprendió a montar a caballo para poder moverse por la zona sin tener que depender de nadie. Era muy respetada, y los empleados del ingenio la apreciaban y les gustaba que la señora se preocupara y hablara con todos.

Oficialmente, ya no existían esclavos en la isla, pero toda aquella gente negra que trabajaba para su marido seguía siendo marginada. A Marina le dolía ver cómo se comportaba el mayoral con alguno de ellos, incluso Ricardo, en su trato, a veces los despreciaba.

Las casas en las que vivían eran las mismas que utilizaban antes los esclavos, los conocidos como bohíos, hechos de guano y tablas. También había barracones.

A Marina le gustaba hablar sobre todo con los niños, con los que pasaba mucho rato, y pensaba lo maravilloso que tendría que ser poder enseñarles a leer. Había una niña mulata de unos diez años que desde el primer día llamó su atención. Se llamaba Rosita y era la que se ocupaba de todos los pequeños cuando los otros estaban en el campo. Aquella tarde, antes de que su marido se marche a Trinidad a una reunión, le cuenta su idea. Ricardo la mira asustado, creyendo que se ha vuelto loca.

—Tendré que pensar en que nos vayamos unos días a La Habana. Puede que estar tanto tiempo aquí te afecte. Por algo no quería yo que te acercaras a las plantaciones y al batey —le dice Ricardo muy serio, para añadir—: Se me olvidó comentártelo, pero al poco de llegar nosotros a Trinidad, Silverio, el viudo de tu sobrina, vendió sus acciones en la empresa y se fue. No me explico el rechazo que siente hacia mí y sobre todo no entiendo su oposición a nuestro matrimonio.

Porque está claro que su reacción ha sido para mostrar su desacuerdo y romper toda relación con nosotros.

Marina disimula como puede la congoja que amenaza con ahogarla. ¿Será posible que se hubiera ido a Candás?

—Pues ya no tiene edad para empezar de nuevo —dice de forma distraída.

—Tampoco es tan mayor, qué tendrá, alrededor de cuarenta, ¿no?

Marina sabe que Silverio tiene exactamente treinta y ocho.

—Por ahí andará —se limita a decir.

—No le he dado ninguna importancia al asunto —dice Ricardo—, y la prueba es que no te he comentado nada hasta ahora. Pero cuando lo supe, pensé que regresaría a Asturias, pues el dinero de las acciones no era ninguna bobada, pero creo que conseguí empleo como dependiente en El Encanto.

Marina respira aliviada. Qué le importará a ella lo que haga Silverio, pero sí piensa que ya no vive en La Habana se siente morir.

—Últimamente nunca me hablas de la casa que nos están construyendo en El Vedado —dice Marina.

—Es que han tenido problemas y han paralizado las obras por un tiempo. Tenemos que decorarla juntos. ¿No te apetece que nos vayamos unos días a la ciudad? —le pregunta Ricardo.

—Si te digo la verdad, no. Lo que más me apetece es ver la zafra.

—Todavía faltan unos días para empezar. Pero podemos hacerlo todo. Una zafra dura por lo menos cinco o seis meses.

—¿Tanto? —pregunta sorprendida Marina.

—La caña se corta a mano con el machete. Luego se arrancan las hojas y se van formando paquetes de caña que se deben trasladar en el día al batey. La caña no puede estar más de veinticuatro horas cortada sin hacerle nada. Piensa en las hectáreas que tenemos y no te parecerá mucho tiempo.

—Es verdad. Entonces, al mismo tiempo que cortáis la caña la triturráis en esa especie de molino, ¿cómo lo llamáis, trapiche?

—Sí, pero antes debe ser examinada y desmenuzada con unas cuchillas especiales para ello.

—Ya iré asimilando todo el proceso —dice Marina—. Se me van los nombres, ¿cómo se llama el líquido dulce que se extrae de la caña?

—Guarapo.

—¿Tú lo tomas?

—Lo he probado, pero es demasiado dulce para mí.

—Oye, Ricardo, ¿te entretendrás mucho en Trinidad?

—No creo. Seguro que quieres salir a caballo. Vete tranquila. Llegaré poco antes de cenar. Dame un beso.

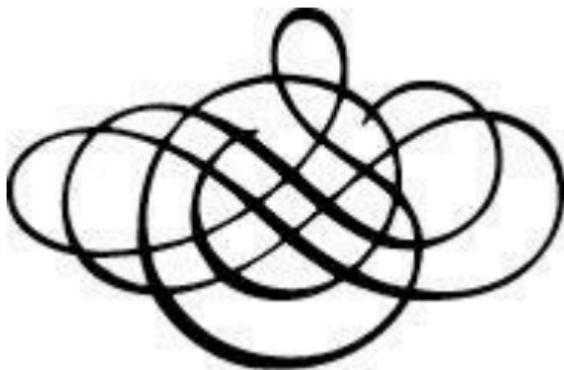
Marina se acercó y posó ligeramente sus labios en los de su marido...

—Así no —dice Ricardo, que la aprieta contra sí.

—Pero, Ricardo —exclama Marina, sabiendo lo que se avecina.

—¿Ya no me quieres? —pregunta, con voz enronquecida por la pasión mientras la tumba en el sofá y levantándole la falda, susurra a su oído—: Me vuelves loco, mi vida, tengo que conseguir que te quedes embarazada.

A Marina no le gustan aquellas formas. La primera vez que su marido quiso hacer el amor en el comedor ella se asustó porque podrían verlos, pero él le había dicho que las criadas no se asustaban por nada y que no se les ocurriría entrar. Lo cierto es que a ella no le disgusta comprobar la atracción que ejerce sobre su esposo. Le da fuerza, aunque el sentimiento no sea recíproco. No tiene con quién hablar sobre la maternidad, pero todavía hay tiempo, aunque ya pasa de los treinta.



Al atardecer, le entusiasmaba pasear por los campos en los que se elevaban aquellos jugosos tallos que con sus brillantes y verdes hojas podían alcanzar una altura como mínimo de cinco metros, coronados por las blancas panochas que, gráciles, eran bamboleadas por el viento, creando una bella estampa.

Llevaba tres días sola y no echaba en falta a su marido. Había pasado una mañana en Trinidad visitando sus plazas e iglesias. Era la tercera villa fundada en Cuba por los españoles, y a Marina le pareció que su influencia pervivía en muchos aspectos de su fisonomía. Era un lugar encantador con casas muy bonitas de muchos colores que nada tenía que ver con Candás, pero sus calles empedradas y la irregularidad de su trazado contribuían a que ella recordara con cierta melancolía a su querido pueblo, donde, según le decía su hermano Xuaco en la carta que había recibido, todo seguía más o menos igual. Le contaba que la señora Covadonga había estado enferma, pero que poco a poco se recuperaba y le mandaba muchos besos. También que doña Elena y don Bernardo habían sido abuelos de un niño precioso, al que llamaron Braulio, como su abuelo materno. Le comentaba que tenía muchas ganas de conocer a su marido y le preguntaba por Silverio, del que hacía muchísimo que no sabía nada.

Marina había estado tentada en más de una ocasión en escribirle una carta a Silverio y enviarla a la dirección de Magdalena, pero afortunadamente siempre desistía, porque sería una irresponsabilidad por su parte. No pasaba un solo día en que no pensara en él. Ahora mismo le gustaría tanto poder compartir con él la belleza de este momento.

Le parece que algo se mueve entre las cañas. «Será el viento», se dice, pero no, las cañas en su balanceo dejan ver por momentos algo de color rojo. Marina se acerca y apeándose del caballo camina hacia el lugar. Una negra solloza con la cabeza entre las manos, al percibir que alguien se acerca, sin mirar, suplica: «Otra vez no, por favor...».

—¿Qué te ha pasado?—pregunta Marina, agachándose a su lado.

—No, no es nada, amita.

—Pero tú eres la madre de Rosita, ¿verdad?

—Sí.

Marina las había visto alguna vez juntas.

—Sabes que quiero a tu hija.

—Y ella también a usted, amita.

—Dime a qué tienes miedo, ¿quién creías que era yo? No temas, puedes decírmelo.

—Pensé que era el mayoral, que volvía.

—¿Qué volvía?—De pronto Marina se da cuenta—. ¿Te ha violado?

—Lo hace siempre. A veces se presenta en casa a buscarme. Pero esta tarde estaba como enloquecido y se fue en busca de mi hermana para terminar de desahogarse.

—¿Dónde estaba tu hermana?

—Venía conmigo cuando nos asaltó en el camino. Puede que se haya ido al batey o que esté cerca. Pensé que no la había encontrado y volvía.

—Vete a casa. Intentaré encontrar a tu hermana.

—No lo haga, amita. Esto es lo normal.

—Pero tú tienes marido.

—Sí, y sufre mucho más que yo.

Marina se siente horrorizada. Camina sudorosa entre la caña de azúcar. No ha recorrido ni doscientos metros cuando escucha unos quejidos. Corre y allí está el mayoral como una bestia babeante violando con furor a una pobre mujer que solloza.

Sin pensarlo un segundo, le arrea un golpe con la fusta, mientras dice: «Esto es vergonzoso, lo pondré en conocimiento de mi marido».

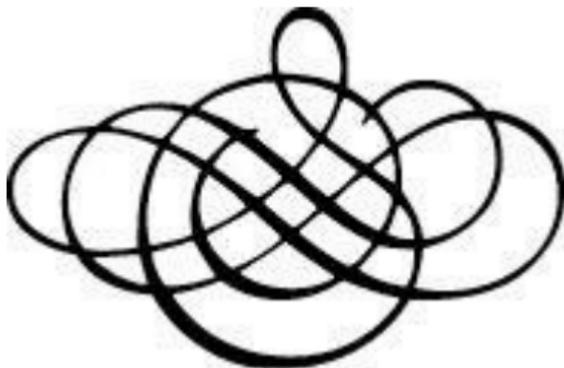
El mayoral se levanta y la mira desafiante.

—Señora, manténgase al margen de lo que aquí sucede. Más le vale —la amenaza.

—¿Cómo se atreve? Mi marido lo pondrá en su sitio.

—Su marido, señora, sabe todo lo que pasa en el batey. De verdad, un consejo, quédese callada.

La escena es muy desagradable. El doble sentido de las palabras del mayoral la deja destrozada. ¿Cómo Ricardo va a consentir semejante barbaridad? Tienen que ser fanfarronadas de aquel ser despreciable. Marina regresa al lugar donde ha dejado al caballo. Intenta tranquilizarse, pero no puede olvidar la expresión de dolor de las dos mujeres...



Ricardo ha llegado justo a la hora de cenar. Marina se comporta como si nada hubiera pasado. Incluso se ha ocupado personalmente del menú.

—Gracias, Marina, por los pimientos, que estaban deliciosos, mitad dulces, mitad picantes, como me gustan.

—Tendrás que dárselas a la cocinera.

—A ti que lo has decidido. Lo mismo que el postre.

—El postre a medias, ya sabes que la guayaba también me gusta a mí —dice sonriendo, Marina, que añade—: Por cierto, recuérdame cómo es el nombre en taíno de estos pimientos.

—Ají.

—¿También batey es una palabra de origen taíno?

—Sí. Me encantan tus deseos de saber, Marina.

—Pues seguiré preguntándote. ¿Qué sabes de la vida en el batey, de las relaciones entre quienes trabajan en el ingenio?

—Los conozco a casi todos. Llevan muchos años aquí. Poco más hay que saber, ¿por qué me lo preguntas?

—Esta tarde he vivido una situación denigrante e inaceptable. Vi cómo el mayoral violaba a una pobre mujer negra después de haber forzado a otra. Y además, el impresentable se atrevió a decirme que tú estabas al tanto de todo.

Ricardo sigue sirviéndose una copa de licor y aún se permite encender un cigarro antes de contestar. Marina no aparta sus ojos de él.

—Lo que no puedo entender es lo que hacías tú entre la caña de azúcar —se decide a hablar por fin—. Espero que ahora me lo expliques. Pero, como comprenderás, no voy a meterme en las relaciones sexuales que mantengan los criados. Los negros son bastante promiscuos y es frecuente verlos retozando por cualquier sitio. ¿Qué has visto al mayoral? Yo no lo he visto, pero sé que se relaciona con varias negras y están encantadas.

—No es verdad, tenías que haberlas visto llorar. Se vieron obligadas. Es horrible. Las trataba como a animales.

—No exageres, por favor. Si quieres que le diga al mayoral que te pida disculpas, lo haré. Pero dime, ¿qué hacías allí?

—No necesito las disculpas de semejante ser. Lo que me importa eres tú y no puedo entender que consentas esos abusos. Yo estaba sencillamente paseando y descubrí que algo se movía entre la caña.

—Te he dicho muchas veces que no te acercaras sola al batey, pero prefieres no hacerme caso. Mira, Marina, aquí es mucho más difícil observar el cumplimiento de las leyes y hay aspectos que tal vez no sean agradables pero que tenemos que aceptar.

La realidad era que durante el siglo XIX y comienzos del XX los ingenios estaban calificados como «zonas de tolerancia» donde se daba rienda suelta a los instintos cometiéndose auténticas atrocidades sin que la ley hiciera nada por evitarlo. Sobre todo porque quienes eran los violadores, torturadores y a veces asesinos eran los mayorales y hacendados. Lo cierto era que los trabajadores seguían siendo tratados como esclavos.

—¿Me estás diciendo que no puedes hacer nada para que tu mayoral deje de violar a mujeres indefensas?

—Probablemente se pueda interpretar así. Verás, necesito un mayoral para realizar el trabajo y, si le pongo condiciones, no acepta. ¿Qué hago? Porque no te creas que este es un caso extremo. Todos son iguales.

Marina se queda en silencio. Le cuesta ordenar sus ideas. Por supuesto que el mayoral tenía razón al afirmar que su marido lo sabía, pero también entiende —aunque no la comparta— la postura de Ricardo.

—¿Y no puedes hacer nada para que se cumpla la ley? —pregunta Marina.

—Querida, te has casado con un hacendado y todo lo que ello conlleva. Siento que te hayas disgustado. Sabes lo mucho que te quiero. ¿Subimos a la habitación? Estoy cansado del viaje.

—Sube tú, ahora voy.

—No tardes, por favor.

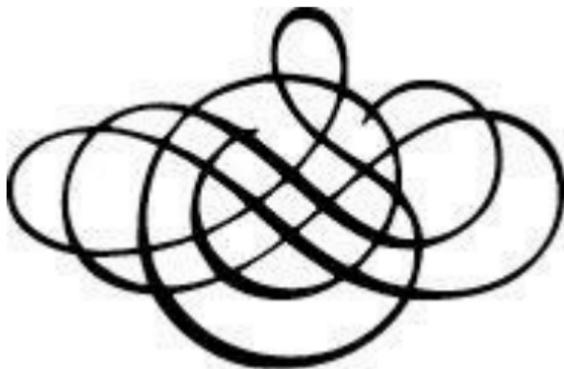
Desde la conversación con Ricardo sobre lo sucedido en el cañaveral, algo se había roto en la relación con su marido. La convivencia era buena pero no igual que antes. Marina nunca estuvo enamorada pero deseaba comportarse como una buena esposa e intentaba que él se sintiera feliz. Ahora ya no estaba tan segura.

Dios no había querido bendecir su unión dándoles hijos que, sin duda, constituirían un lazo de unión entre ellos. Marina sabía que, de haberlos tenido, su cariño por Ricardo sería mayor por ser el padre de sus hijos. La verdad era que ella no los echaba en falta, ya que siempre pensó que los hijos tenían que ser fruto del amor. Claro que existían muchos hijos nacidos de la pasión de un momento. De haberlos tenido ella, estarían dentro de esta categoría. Los querría muchísimo pero no se sentía frustrada por no haber conseguido quedarse embarazada. Sin embargo, estaba segura de que Ricardo sí se sentía estafado al haberse casado con ella, entre otras razones, por considerarla la madre ideal de unos hijos que no llegaban.

En este tiempo, Marina ha ido comprobando cómo la pasión de su marido se ha vuelto casi inexistente con ella. Rara vez mantenían relaciones, algo que la dejaba indiferente. Sospechaba que Ricardo buscaba consuelo en otras partes, pero no tenía la certeza, aunque, si quisiera, podría enterarse. Pero prefería permanecer ignorante. Si lo amara, su comportamiento sería otro. Solo en algunos momentos se siente asaltada por el terrible pensamiento de que su marido pueda comportarse como el mayoral. Si fuera así, Marina se vería obligada a alejarse de él. No podría seguir al lado de Ricardo. Ella era consciente de que tal vez su indiferencia, el no hacer nada por averiguarlo, no fuese más que una postura cobarde porque temía encontrarse con una realidad que la sobrepasase.

No había vuelto a ir al batey, ni se acercaba a las plantaciones. A veces en sus paseos solitarios le gustaba escuchar en la lejanía los cantos de los negros. Eran melancólicos y por tanto nada que ver con los cantos de las bodegas en Candás, pero cada vez que los oía, su imaginación volaba a aquellas mañanas en la bodega cuando aún no había cumplido los doce años. Marina pensaba que, cada

uno en su estilo, tanto un canto como otro, intentaba servir de evasión a una existencia marcada por el duro trabajo.



Hace tres horas que Marina y Ricardo han salido de Trinidad. Viajan a La Habana donde pasarán quince días. En todo el trayecto se habrán cruzado tres o cuatro frases. Ricardo fuma sin cesar y Marina observa el paisaje o permanece con los ojos cerrados.

—¿Crees que nos gustará la decoración de la casa?—pregunta Ricardo.

—Espero que sí.

—De todas formas, siempre podremos cambiar algo.

—La verdad es que a mí —afirma Marina— me habría gustado participar en ella, buscando asesoramiento, claro.

—En realidad, eso fue lo que siempre pensé. Pero ya sabes que en los últimos tiempos se me ha liado la vida.

Marina no dice nada. Está segura de que no han ido porque a Ricardo no le apetecía alejarse de Trinidad y a ella le daba igual. A Marina le empieza a preocupar la desgana que se ha instalado en su vida. Tiene que buscar la forma de superarla.

—¿Qué piensas hacer todos estos días aquí? —le pregunta Ricardo—. Ya sabes que yo tengo infinidad de reuniones y solo podré acompañarte algunas noches.

—No te preocupes —dice suavemente Marina—. Recorreré las zonas que tanto me gustan. Miraré escaparates. Me acercaré al Centro Asturiano.

—No me puedo creer que vayas a buscar a ese Silverio. Creía que te sentías tan ofendida como yo por el desprecio que nos ha hecho al negarse a seguir siendo socio mío.

—No voy a buscar a nadie. De querer hacerlo iría a El Encanto, donde me comentaste que había empezado a trabajar, o a su casa. Mi visita al Centro Asturiano es porque soy asturiana, por si lo has olvidado, y me gusta charlar con

mis compatriotas.

—Lo siento, Marina, pero sé que él va mucho por allí. En la casa en la que vivía no le encontrarás, la ha dejado. Desconozco dónde vive en la actualidad. He sido un poco desagradable porque siempre tuve la sensación de que estaba enamorado de ti.

—No digas tonterías. ¿Cómo sabes tú que asiste mucho al Centro Asturiano?

—No sé, me lo habrá comentado su amigo Mariano.

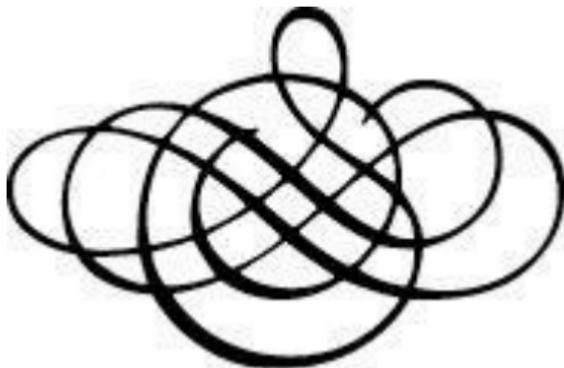
Claro que quiere ver a Silverio. Es lo que más desea en el mundo. Aunque seguro que estará viviendo con Magdalena. Ricardo en algún momento comentó que se había quedado viuda.

Pronto llegarán a la ciudad. A Marina le parece que no ha pasado mucho tiempo desde que se fue de La Habana para casarse, aunque la sensación de tiempo transcurrido suele ser engañosa. Unas veces, según el ángulo desde que se mire, puede parecer una eternidad o un suspiro. Poco antes de salir de Trinidad se había encontrado con la pequeña Rosita y al verla se dio cuenta del tiempo que llevaba allí. La niña era ahora una preciosa jovencita que pronto empezaría a trabajar en el ingenio.

—¿Crees que podremos ir algún día al teatro? —pregunta Marina.

—Pienso que sí. De todas formas, aunque yo no pueda, sacaré entradas para que tú asistas —contesta Ricardo.

—Gracias, Ricardo.



Precisamente a la hora que Marina y Ricardo entraban en la ciudad de La Habana, en los salones del Centro Asturiano un grupo de hombres jugaba a las cartas.

—Vaya noche que llevas, Silverio. Tienes la suerte de cara.

—No me quejo, pero al saber llaman suerte —dice riéndose, y añade—: ¿Os animáis con otra partida?

—No, yo voy servido y además llego tarde a casa —dice uno de ellos.

Todos se levantan menos Silverio y Mariano, que a pesar de ya no ser socios seguían siendo muy buenos amigos.

—¿Qué querías decirme? —pregunta Silverio.

—Esta noche llegan Marina y Ricardo a la ciudad y me imagino que Marina querrá verte.

—No le has dicho a nadie que trabajo en El Nuevo Amanecer, ¿verdad?

—No, pero te buscará en El Encanto, y allí sí que se lo pueden decir —apunta Mariano.

—Es verdad, pero ya me encargaré yo de que no me localice.

Hacia poco más de un año que el marido de Magdalena había muerto y ella se encontró en la disyuntiva de vender o hacerse cargo del negocio. Fue entonces cuando le ofreció a Silverio la dirección de los almacenes con un sueldo nada despreciable. Silverio aceptó no tanto por el dinero, como por prestarle su ayuda. Porque aquella mujer que tanto daño le había hecho, se había convertido, en el transcurso del tiempo, en una amiga de verdad. Le había ayudado cuando llegó con Norita y también después de la marcha de Marina, que lo había dejado sumido en la mayor de las desesperaciones. De no haber sido por ella, tal vez no pudiera contarle... Era tal el desprecio que sentía por sí mismo que carecía de fuerzas para seguir, convencido de que sin Marina a su lado nada tenía sentido.

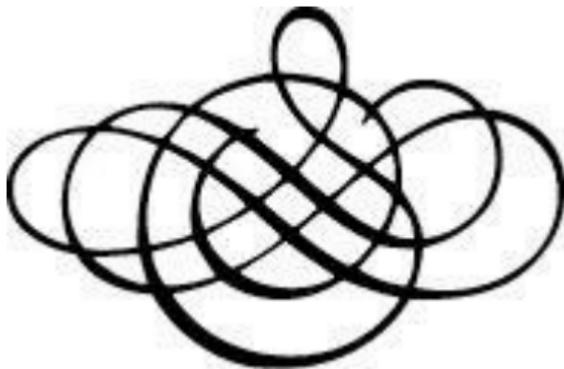
Ahora vivía tranquilo. Se pasaba el día trabajando y el tiempo que le quedaba libre solía frecuentar el Centro Asturiano. El contacto con su gente le hacía bien.

Silverio no quería ver a Marina porque sabía que su presencia le volvería a destabilizar. La quería y así moriría, pero se había resignado. Él era el responsable de haber destrozado su vida.

—¿Estarán mucho tiempo aquí? —pregunta Silverio.

—Ricardo me comentó que unos quince días. ¿Sabes que han construido una preciosa casa en El Vedado? —pregunta Mariano.

—No. Ignoro todo de sus vidas y así quiero seguir —afirma Silverio.



Al llegar a El Vedado, Marina se sorprende de lo distinta que se ve la zona. Ahora está mucho más poblada. Todo ha cambiado. Incluso ella no parece la misma que salió de La Habana, con la pequeña maleta, la misma con la que había viajado desde Candás. Ahora son varios los baúles que les acompañan.

Desde el coche mira las glamorosas mansiones que se han levantado.

—Ya llegamos, Marina. Esta es la nuestra —le dice muy amable Ricardo.

El coche se ha detenido ante una alta verja, artísticamente forjada. La casa se levanta un poco alejada de la entrada permitiendo que un cuidado jardín les dé la bienvenida. Marina se fija en las espléndidas palmeras que como dos guardianes custodian la casa, que es de dos pisos y está pintada de amarillo y blanco.

—Ven, quiero que veas la parte posterior —dice Ricardo, tomándola del brazo.

—Me gusta mucho —comenta Marina—. Tiene que resultar muy agradable ver ponerse el sol en este precioso porche.

—Es eso precisamente lo que buscábamos y también la privacidad.

Las dos esquinas de la parte de atrás de la casa estaban rematadas en redondo iniciándose en ellas dos porches. El primero en la planta baja se extendía a lo largo de toda la fachada trasera. Balaustrada blanca y columnas también blancas que proporcionaban una gran luminosidad. El segundo porche en el siguiente piso era idéntico al anterior solo que se interrumpía su techo después de doblar la esquina, para, una vez recorridos unos metros de la fachada, los justos, dejar espacio a una amplia terraza.

—Ya verás qué hermoso es mirar, desde el interior, los árboles del jardín y poder salir a la terraza después de cenar, porque las estancias que tienen acceso a ella son el comedor y los dos salones principales. Creo que debemos organizar una cena para que nuestros amigos conozcan la casa. ¿No te parece?

—Lo que tú digas. ¿Tienes muchos amigos aquí?

—Conocidos muchos, amigos menos, pero suficientes para celebrar una cena importante.

—¿La escalera es de mármol? —pregunta asombrada Marina al entrar en la casa.

—Sí, no es de Carrara, pero es bonito, ¿verdad?

—Precioso. Dios mío, ¿cuánto te ha costado esta casa?

—Eso no importa. Tenemos dinero suficiente y encima me han dicho que subirá el precio del azúcar.

Marina no hace ningún comentario, pero su pensamiento vuela al batey y el recuerdo de las condiciones en las que viven los trabajadores del ingenio hace que se sienta mal.

—Tienes que ver los muebles del comedor. Me los han hecho de palosanto.

Marina ya no consigue prestar atención a lo que Ricardo le dice... De buena

gana pondría a gritar... Pero se limita a decir:

—Creo que me estoy mareando. Necesito descansar.



Al salir de El Encanto, Marina hace esfuerzos por no llorar. Acaba de enterarse de que Silverio trabaja para Magdalena. Tendría que sentirse bien porque al lado de aquella mujer a Silverio no puede pasarle nada malo. Mira al cochero que la espera y le dice que volverá dentro de una hora. Desea pasear, tranquilizarse. ¿En quién se ha convertido? Se ha casado con un hombre al que no quiere. Un hombre que consiente que violen y maltraten a los criados. Que vive en la opulencia mientras sus empleados pasan hambre. Y ella acepta este juego. Ella, que está capacitada como nadie para comprender el dolor de los desheredados, porque ha pasado necesidad. Se ha convertido en cómplice mirando para otro lado. Pero ¿qué puede hacer?

Llega a la plaza de la Catedral, le parece que alguien dice su nombre. Se vuelve y no ve a nadie conocido. Ahora sí lo escucha con toda claridad.

—Marina, Marina...

Es una elegante señora de blancos cabellos que se ayuda de un precioso bastón. Marina la mira.

—Seguro que no me conoce. Ya tengo una edad en que los años no pasan en balde, no como usted, que aún está más guapa. Soy Magdalena.

—Claro que sí —mintió Marina—. Me ha despistado el pelo.

—Hace años que tengo canas, pero he decidido dejar de teñirlo. Ya no estoy en edad de pretender.

Las dos mujeres se saludan con un beso.

—¿Está sola? —le pregunta Magdalena.

—Sí, he dejado el coche cerca, me apetecía pasear.

—Hace mucho que deseo hablar con usted, Marina, incluso pensé en escribirle, pero no me ofrecía demasiada seguridad, porque tal vez otras personas podrían ver la carta.

—¿Tan íntimo es lo que tiene que decirme?

—Mucho. Estaba pensando que, si no tiene compromiso, podríamos comer juntas. Yo creo que no debemos desaprovechar el momento que el destino nos depara de pasar unas horas conociéndonos mejor.

Marina se toma un tiempo antes de responder. Lo más probable es que Magdalena quiera hablarle de Silverio. ¿Se habrá casado con él? Le resulta imposible al ver lo mayor que parece, aunque existen otros motivos que pueden mover a contraer matrimonio, ella es un perfecto ejemplo. Nunca le ha gustado aquella mujer, pero Marina piensa que efectivamente ha llegado el momento de hablar.

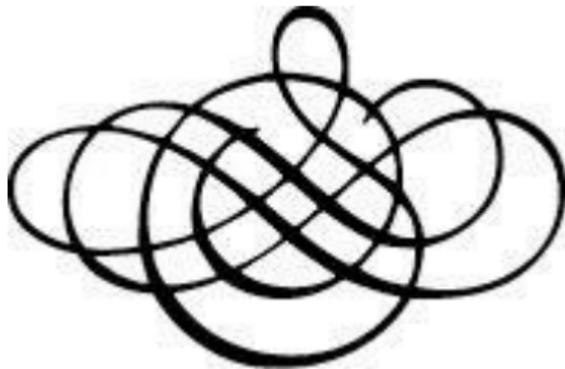
—Me parece una idea estupenda, pero iremos a casa. El coche nos acercará y luego la llevará a usted a donde le diga. Ricardo me lo ha dejado para mí todo el día.

—De acuerdo, pero qué despistada soy, no le he preguntado por su marido.

—Está muy bien —se apura a afirmar Marina.

—Me imagino que tan guapo como siempre. Hay hombres que parecen tener un pacto con el diablo porque Ricardo creo que tiene dos o tres años menos que yo. Claro que yo lo he pasado muy mal con la caída que tuve a finales del año pasado. Los médicos creían que no volvería a andar. Sin embargo, aquí estoy, paseando sola, aunque con bastón. Marina, ¿está segura de querer ir a su casa? ¿No le ocasionará problemas? Podemos acercarnos a cualquier restaurante. Hay muchos en la zona.

—En absoluto. Tenemos un matrimonio que nos cuida y ellos nos atenderán. Además, en casa tendremos más intimidad. No se preocupe, por favor.



—Un almuerzo delicioso, Marina. Me encanta su casa. Es de las más bonitas que he visto —asegura Magdalena.

—Si le soy sincera, yo me siento un poco abrumada.

—Lo entiendo, pero se acostumbrará.

En la comida han hablado sin cesar. Magdalena la ha puesto al tanto de la situación en la ciudad, siempre más sensible a los temas políticos que, según ella, atraviesan un momento preocupante.

—Entiendo poco, pero hace dos años que los americanos nos han intervenido. Muchos creían que de esa forma se solucionarían todos los problemas. Pero fíjese, dicen que hace un mes escaso se ha creado un partido político. Partido integrado en su mayoría por africanos con la finalidad de que se deje de discriminar a los negros.

La intervención norteamericana se había producido en 1906 a petición del presidente de la república de Cuba, Estrada Palma. El presidente pretendía que los estadounidenses sofocaran las protestas que, en contra de su reelección, considerada fraudulenta, se sucedían por todo el país. La situación era de descontento general. Eran muchos los que consideraban traicionadas las ideas del libertador Martí. En este sentido y con el propósito de reivindicar una «república con todos y para el bien de todos», en agosto de 1908, en la calle Amargura de La Habana, un veterano luchador del Ejército Libertador, Evaristo Estenoz, fundaría el Partido Independiente de Color.

—Me parece necesario que alguien levante la voz —comenta Marina—. Se cometen muchos abusos.

—Que se exprese así delante de mí no tiene importancia —dice Magdalena—. Pero en una reunión social no estaría bien visto.

—Pero la esclavitud ya no existe —exclama Marina.

—Claro que ha sido abolida, aunque perviven costumbres y se hace como que no se ven algunas situaciones vergonzantes.

Marina a punto está de contarle algo de lo vivido en Trinidad, mas la prudencia le aconseja guardar silencio. Sabe que toda esta conversación es preámbulo de lo que en realidad quiere hablarle Magdalena. Está segura de que el tema tan íntimo no es otro que Silverio. Ella es mucho más directa y no tiene tanto mundo como aquella señora sentada a su lado tomando café. Marina sabe que en la mayoría de las casas pudientes, cuando se celebraba una comida o cena, el café se tomaba en la sala. Por ello había ordenado a la criada que se lo sirviera en una de las pequeñas salas anexas al comedor.

—Magdalena, ¿qué sabe de Silverio?

—Querida, de él es de quien quería hablarle.

—¿Le sucede algo? —pregunta con un tono irónico Marina.

—Lo ha pasado muy mal, pero ahora se encuentra bastante centrado. ¿Sabe, Marina? No nos hemos encontrado por casualidad. Conocía que usted había llegado a la ciudad y pensé que una de las primeras cosas que haría sería acudir a El Encanto para ver a Silverio, y no me equivoqué. La seguí y en la plaza me hice la encontradiza.

—¿Cómo se enteró de que yo estaba en la ciudad?

—Me lo dijo Silverio.

—¿También fue él quien le comentó que acudiría a verlo?

—No, eso me lo imaginé yo. Y como quería hablarle, pensé que ese podría ser el momento. Marina, hace años usted vio a Silverio salir de mi casa, avanzada la noche, y se formó una idea equivocada de lo que allí había pasado, y en honor a la verdad, debo decirle que acudió a verme buscando consejo y apoyo. Nunca me había hablado de usted, pero aquella noche se encontraba destrozado ante la posibilidad de que usted decidiera casarse con Ricardo. Esa noche me confesó que era usted la mujer de la que estaba enamorado y me contó todo. Quiero que sepa, Marina, que yo, desde el primer día que la vi, tuve el palpito de que era usted el amor de Silverio y la razón de su profundo cambio. Yo estuve, estoy y siempre estaré enamorada de él. Le quiero más que a nada ni a nadie en la vida. Pero debe saber que no ha vuelto a tener relaciones conmigo desde que se enamoró de usted. No voy a negarle que yo, durante un tiempo, concebí esperanzas de que volviera a mí y de hecho puse mi granito de arena para facilitar el acercamiento entre Ricardo y usted, la deseaba lejos aunque solo fuera para poder hablar y comer con él algún día. No le voy hablar de nuestra relación anterior, pero sí le diré que me porté tan mal con Silverio que mientras viva intentaré expiar mi culpa ayudándole en todo. De ahí que haya querido contarle toda la verdad de aquella noche en la que usted decidió casarse con Ricardo.

Marina no sabe cómo reaccionar. Magdalena puede estar mintiendo, pero ¿con qué finalidad? « Seguro que lo único que persigue es dejar en buen lugar a Silverio —se dice— y que yo me sienta mal por mi precipitación, aunque todo eso pertenezca al pasado y ahora carezca de sentido» .

—Le agradezco mucho que me lo haya contado —dice muy seria Marina.

—Hace unos años no le hubiera aclarado nada. Lo hago ahora porque estoy convencida de que Silverio nunca dejará de amarla y usted debe saber la verdad.

—¿Viven juntos? —pregunta Marina, que en el acto se avergüenza poniéndose roja.

—No, qué más quisiera yo. Silverio vive en una sencilla pensión porque le resulta más económica que una casa para él solo. Suelo verle una o dos veces por semana y ya le habrán dicho que es mi persona de confianza en la tienda.

—Sí, por eso le preguntaba.

—Marina, usted conoce muy bien a Silverio, pero puede que yo le conozca aún mejor, sobre todo al Silverio actual, que ya no es el mismo. Su carácter, antes fácil de manipular, ha dejado de serlo. El dolor que usted le causó al dejarlo lo ha convertido en un ser duro y distante.

—Magdalena, ¿me podría dar la dirección de la pensión dónde vive?

—No. Lo siento muchísimo, pero no estoy autorizada.

—¿Cómo que no está autorizada?

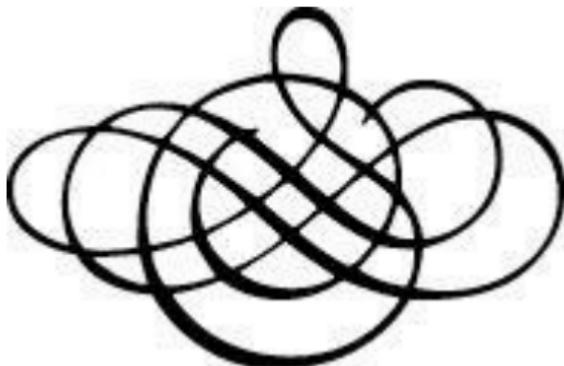
—Silverio no quiere verla, Marina.

—Ahora entiendo la razón por la que deseaba verme, era para traerme el mensaje de Silverio.

—No, por favor, no se equivoque usted. Silverio no tiene ni idea de que estamos juntas. Y si yo sé que no quiere encontrarse con usted es porque él me lo dijo, por si alguien me preguntaba para que no facilitase sus señas. Mire, Marina, que yo conozca, las dos decisiones serias que Silverio ha tomado en su vida sin apoyarse en los demás han sido romper la relación comercial con sus socios y no volver a verla a usted. Y si soy sincera, yo lo entiendo y lo comparto.

—Sí, probablemente sea lo mejor —dice Marina, aparentando una frialdad que está muy lejos de sentir, y con desenfado añade—: Magdalena, si lo considera conveniente, puede darle recuerdos míos, porque me imagino que le hablará de nuestro encuentro, ¿verdad?

—No estoy muy segura.



—Así que es usted de Candás, pues casi somos vecinas. Yo soy de Avilés —le dice una de las señoras que a aquella hora se encontraban en el Centro Asturiano de La Habana—. En su próxima visita, si le apetece, podemos acompañarla para que conozca la Casa de Salud. Ya verá qué gran obra se desarrolla allí.

Desde su creación, el Centro Asturiano se preocupaba de forma especial en ayudar a los asturianos prestándoles todo tipo de apoyo. El panorama sanitario en Cuba no era el deseado. Los hospitales del Estado funcionaban como instituciones de caridad para personas pobres, con la eficaz colaboración de la Iglesia. Las familias pudientes recibían la atención médica y hospitalaria en sus domicilios.

Eran unos cuantos los asturianos que había triunfado en Cuba y serán ellos los que, pensando en la situación de otros muchos compatriotas, se ocuparán de atender sus necesidades. Así, después de varios acuerdos con distintos establecimientos sanitarios, don Manuel Valle, presidente de la entidad, decidió crear un hospital propio en 1897. De esa forma nació la Quinta Covadonga,

auténtica ciudad hospitalaria que desde un principio contó con tres pabellones que llevaban el nombre de las personas que lo habían hecho posible: «Valle», «Argüelles» y «García Marqués». Hacía muy poco se había inaugurado un cuarto pabellón con el nombre de «Saturnino Martínez». Los cuatro habían ostentado la presidencia del Centro Asturiano de La Habana.

—La verdad —dice Marina— es que estoy impresionada con la actividad del centro.

—Si usted se quedara a vivir aquí, podría colaborar con nosotras en los programas de actividades. Organizamos unos bailes maravillosos, infinidad de campeonatos, y para los jóvenes, cursos de formación. Le habrán dicho que participamos en la creación de escuelas e incluso se está pensando en programar clases nocturnas. Ya sabe que muchos emigrantes no saben leer ni escribir.

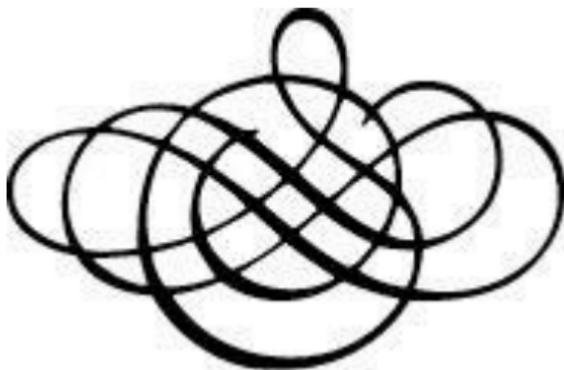
—En eso sí que me gustaría prestar mi ayuda —comenta Marina.

—¿Ya ha visto la biblioteca?

—Sí, me parece un auténtico tesoro.

—Y por otro lado, el centro colabora con la Sociedad de Beneficencia Asturiana, ya sabe que fue la primera sociedad creada por emigrantes asturianos en La Habana.

—Tengo que decirle a mi marido que antes de irnos les haga una donación.



Si Marina pudiera elegir, se quedaría en la ciudad. Regresar a Trinidad no le apetecía nada. Y pensar que al principio adoraba el lugar. Le sentaban bien su paz y tranquilidad; sus frondosas montañas, que al atardecer adquirían un tono azulado que invitaba a las confidencias y sus inmensos cañaverales verdes, coronados por las melenas blancas de las panchas como un mar sobrevolado por la espuma de las olas. Pero el paraíso, aquel edén del principio, había desaparecido, al tener conciencia del infierno en el que vivían los trabajadores del ingenio.

No quería volver porque el sufrimiento estaba asegurado. Sabía que su

postura era cobarde, pero no iba a amenazar a su marido con dejarle mientras no despidiese al mayoral. No lo haría porque si Ricardo tenía razón, y ese era el comportamiento de todos, no encontraría a nadie que quisiera trabajar con él. Además, no debía hacerlo porque Ricardo creería que era una excusa para quedarse con Silverio. Si él supiera que no había podido verle. Lo había intentado varias veces acudiendo a vigilar la salida de empleados de El Nuevo Amanecer, pero sin ningún éxito. Podría haber visitado a Mariano, pero corría el riesgo de que su marido se enterara y seguramente no le diría nada, aleccionado por Silverio. Cuando visitó la tumba de Norita, unas flores recientes le hicieron pensar que Silverio podría estar cerca, pero no halló ni rastro de él.

Hoy tiene la última oportunidad, gracias a que han retrasado el viaje para el día siguiente, lo cual le abre una ventana a la esperanza porque Silverio creerá que ya no está en La Habana. El deseo de verle se ha convertido en una obsesión.

Suenan las campanas de una iglesia no muy lejana y aquel sonido la traslada a Candás. Le gustaría cerrar los ojos y volver a ser la niña que fue. Nadie la ha forzado a seguir un comportamiento no deseado. Ella es la única responsable de su profunda frustración. ¿De qué le ha servido la venganza? Cuánta infelicidad le ha proporcionado.

Al secarse las lágrimas, Marina ve que los empleados de El Nuevo Amanecer han comenzado a salir... Los mira expectante. De repente su corazón está a punto de estallar, allí está Silverio. Parece que el tiempo no ha pasado por él. Viste de forma muy sencilla y lleva alpargatas. Aquel detalle la entenece...

Marina se siente morir de felicidad al pensar por unos momentos que le está esperando para irse juntos a casa... por abrazarlo... Lo puede hacer, solo tiene que acercarse a él... ¿pero, después?

Lo sigue mirando con amor hasta que desaparece de su vista.

El descubrimiento de una horrible realidad

—Estamos muy contentos de que haya regresado, amita —le dice una de las sirvientas cuando el señor se ha ido al despacho.

—Muchas gracias, ¿todo bien por aquí? —le pregunta Marina, que sabe que delante de Ricardo no se atreven a dirigirse a ella.

—Todo funciona mejor cuando está la señora. Nos hemos acostumbrado a usted, que es muy buena y nos trata mejor que nadie.

Marina se enternece al oírla.

—Prepara el cuarto pequeño que está al lado del nuestro —le pide.

—Sí, amita. ¿Quiere que lo haga ahora o termino de deshacer las maletas?

—Cuando termines está bien.

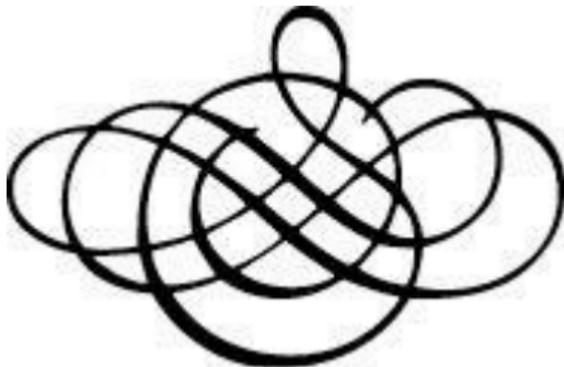
Marina ha pensado que no estará nada mal dormir en habitaciones separadas. Seguro que a Ricardo no le importa. Así tendrá aún mayor libertad.

—Marina —llama su marido—, puedes organizarte la tarde como quieras. Me voy a Trinidad y cenaré allí con varios amigos. Regresaré tarde.

—De acuerdo. Vete tranquilo.

En los últimos días en La Habana, Marina había vuelto a escribir sus impresiones diarias, como hiciera al salir de Candás. Ha retomado esta costumbre, desarrollada solo durante la travesía, porque ahora, como entonces, se siente sola y mira con temor al futuro. También se ha traído unos cuantos libros que la ayudarán. Duda si quedarse en casa toda la tarde y empezar a leer alguna de las novelas. Al final manda que le preparen el caballo. Saldrá a pasear, a intentar que aquella exuberante naturaleza infunda fuerza en su alicaído estado de ánimo.

Cabalga despacio... Intenta no pensar, disfrutar del paisaje... De repente espolea al caballo. « Antes de que anochezca —se dice— podré acercarme a la playa de Ancón y ver el mar» .



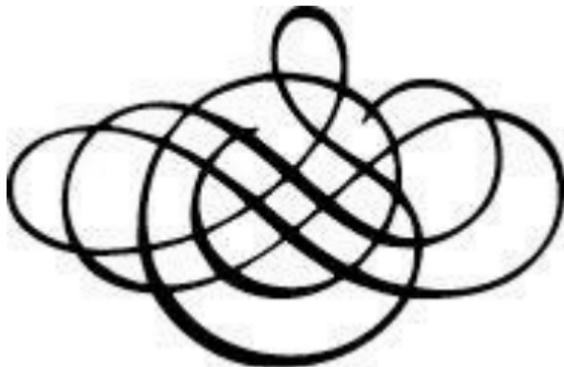
No puede entender cómo Ricardo nunca le habló de este lugar. Marina mira extasiada la blanquísima y finísima arena. Es una playa inmensa, muy distinta a las que conoce. Deja el caballo sujeto a una de las palmeras que se yerguen como faros muy cerca de la mar, se descalza y camina gozosa por aquella inmensidad dorada. El cosquilleo que le produce la arena en la planta de los pies le infunde una energía positiva de la que está tan necesitada. Le apetece cantar. Mira el mar de un azul turquesa en el que no existen olas, tampoco rocas. No huele al salitre, tan característico del Cantábrico, allí es como si los aromas de la abundante vegetación lo impregnasen todo, incluso la mar. Hasta ella llega el dulce aroma de los flamboyanes que con su intenso colorido contrastan, creando un ambiente único, en aquel marco paradisíaco.

De buena gana se zambulliría en el mar. El instante que está viviendo le hace recordar los «baños de ola» de Candás y a su amigo Ernesto que fue quien le explicó cómo deberían hacerse. ¿Qué habrá sido de él? Cuando supo que ella se iba a Cuba, le dijo con pena que sentía que se alejara, pero que seguramente allí encontraría la solución a su vida.

El recuerdo de Ernesto le hace añorar el dulce consuelo de una auténtica amistad. ¡Ay, qué bien le haría poder desahogarse con un amigo!

No ha resistido a la tentación de tumbarse en la arena. No está húmeda como la de Candás, con lo cual se la sacude en un momento. Marina mira al cielo y se dice que tiene que aprovechar cada instante que le brinde la vida. Una vida que podría haber sido feliz al lado de Silverio, pero que los dos se encargaron de aniquilar. Debe conformarse con amarlo en la distancia. Es una mujer casada y tiene obligaciones con su marido.

Cierra los ojos y vuelve a ver los del hombre al que ama... ¿Y si lo dejase todo y fuera en su busca? Juntos podrían vivir en algún lugar alejados de todos. «Es imposible —piensa Marina—, llegaría un momento en que no nos perdonaríamos lo que habíamos hecho con nuestras vidas» .



A pesar de que galopa a buen ritmo, porque quiere llegar antes de que caiga la noche, la luz desaparece por segundos. «No debo de estar muy lejos», piensa, en un intento de animarse. En efecto, pronto divisa las luces del batey y le parece ver a Ricardo cabalgando hacia el poblado. Pero es imposible, su marido se encuentra en Trinidad, y además, si no fuera así, ¿qué iba a hacer en el batey a aquella hora? Quiere pensar que se ha equivocado. Y se convence de ello cuando al llegar a la hacienda ve a la gobernanta hablando con un hombre de espaldas que tiene que ser Ricardo.

Al sentir que alguien llega, el hombre se vuelve y Marina ve con sorpresa que no es Ricardo. Se trata de un joven mulato que, sin duda, tiene cierto parecido con su marido.

—Le he confundido a usted —dice, mirándole con detenimiento.

—Seguro que con el señor Cardoné, ya me ha pasado más veces. Es curioso, porque nada nos une.

—Es doña Marina, la esposa de don Ricardo. Él es mi hijo, René, que trabaja en Cienfuegos.

—Ya me iba —dice el muchacho—. Tendré que cabalgar toda la noche.

—Es una locura, hijo.

—Madre, venir a darle un abrazo, compensa.

Al entrar en la casa, Marina a punto está de preguntarle a la gobernanta algo que le da vueltas en la cabeza desde que vio a René, pero resulta violento. Además, el chico tiene ya unos veinte años.

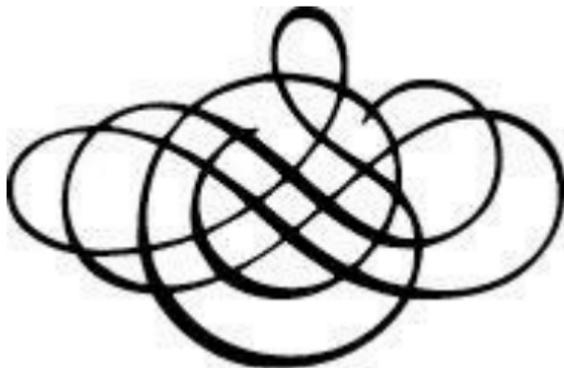
—Doña Marina, como esta noche cenará usted sola, le he preparado unos tostones que sé que le gustan mucho.

—Gracias, es verdad que me encantan. Tendré que tener cuidado y no comer demasiado.

—Me ha dicho una de las doncellas que la había mandado arreglar el cuarto de invitados que está al lado del suyo. ¿Se va a quedar hoy allí?

—Hoy no.

Marina quiere comentárselo antes a Ricardo. No desea que se moleste al llegar a casa y se encuentre con que ella no está en la habitación.



El tiempo no se detiene, pero Marina no es consciente. Para ella han dejado de tener sentido las semanas, los meses, incluso los años. Vive encerrada en una especie de burbuja en la que dispone de todo y de la que prefiere no salir.

La doncella la está ayudando a vestirse. Aquella noche tiene que asistir a una cena con Ricardo en una de las haciendas cercanas. Marina conoce a todas las esposas de hacendados de la zona, y aunque, lógicamente, no son iguales, la aburren bastante. Procura no hacer mucha vida social, pero a veces no le queda más remedio.

—Señora, es el vestido más bonito que he visto en mi vida —dice la joven doncella que tanto la quiere.

—Gracias. Lo he diseñado yo. Me lo ha hecho una modista de Trinidad.

Marina tiene tiempo para infinidad de cosas. Lee, escribe y últimamente se dedica a dibujar. Y no lo hace mal. El vestido es muy sencillo, se ajusta como un guante a su cuerpo, y justo hasta un poquito por encima de la rodilla se abre como una campana con innumerables godets. Mangas largas ceñidas y profundo escote en pico. Pero lo que llama la atención es el rojo intenso del traje.

—Doña Marina, es usted como una llama, ¡preciosa!

—Ya veo que te gusta el rojo, ayúdame con el pelo —le pide Marina.

—¿Le hago el recogido bajo?

—No, hoy prefiero una trenza. ¿Le has llevado a Rosita la ropa y los alimentos?

—Sí, señora, se lo he dejado todo en el batey.

Desde hace un tiempo Marina tranquiliza su conciencia preocupándose por los niños del ingenio. No había logrado convencer a su marido para que la dejara enseñarles las primeras letras. Le aseguró que no iría al batey, lo organizarían de

forma que unos días a la semana los acercaran a la hacienda, pero todo resultó inútil. « Los negros no tiene ninguna necesidad ni de leer ni de escribir », le había asegurado muy serio.

Al mirarse al espejo, Marina se encuentra favorecida. Unos hermosos pendientes de rubíes a juego con el vestido son su único aderezo. Baja la escalera segura de sí misma. Ricardo la mira con aprobación.

—Estás preciosa. Nadie diría que ya has cumplido cuarenta años. Esta noche vas a ser la más hermosa de las esposas, claro que como no has tenido hijos...

—Gracias, Ricardo, pero podías haber evitado lo último, ¿no crees?

—Si te molesta, lo retiro, pero como tú eres amiga de decir siempre la verdad.

—No tiene importancia, dejémoslo.

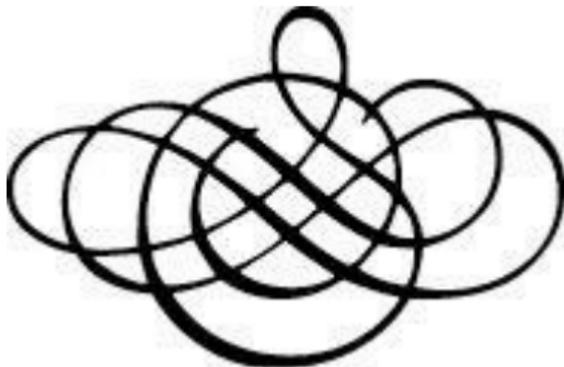
Marina sabe que Ricardo ha dejado de quererla, si es que alguna vez la quiso. No le importa demasiado, mientras se comporte de forma adecuada. Se puede vivir con él porque es un hombre amable por naturaleza. Sus relaciones son cordiales y de respeto.

Sentados en el coche y a punto de llegar a la fiesta, Ricardo le dice:

—Sé que no disfrutas mucho en estos eventos, Marina, tampoco yo. Pero son necesarios para el negocio.

—No te preocupes. Estaré bien —asegura Marina.

—Y quiero agradecerte lo guapa que te has puesto. Me sentiré muy orgulloso al ver cómo te mira esa pila de gandules.



No eran más de veinte personas y la cena estaba resultando mucho más agradable de lo que Marina esperaba. Los habían sentado a todos en una mesa alargada perfectamente vestida. Con unos adornos florales preciosos. Servían cuatro camareras, una de ellas era Rosita, que estaba guapísima con traje rosa, cuello, delantal y cofia blanca. Se la veía un poco nerviosa. Cuando las sirvientas abandonaron el comedor, la anfitriona dijo:

—Marina, Ricardo, os habréis dado cuenta de que una de vuestras empleadas del ingenio trabaja hoy para mí. Pero lo he hecho como se debe, la muchacha tiene autorización del mayoral para estar aquí.

—¿La vas a necesitar muchos días? —pregunta Ricardo.

—No, es solo para esta noche. Una de las mías se ha puesto enferma y como todas se conocen, ella misma me habló de Rosita, que por cierto es muy guapa —afirma la anfitriona.

—Se le pueden hacer algunos favores —exclama uno de los hacendados.

Marina observa y no dice nada. Llama su atención la forma en que su marido mira a la muchacha. Sobre todo la insistencia con que lo hace. En el momento en que Rosita entra en el comedor, Ricardo solo presta atención a su presencia.

No puede seguir fijándose en las reacciones de su marido porque el café lo sirven en salones distintos y a Rosita le asignan el de caballeros.

Las conversaciones entre esposas de hacendados eran siempre sobre lo mismo, pero aquella noche a Marina le indignan de forma especial. Se habla de las reivindicaciones del nuevo partido político, el Independiente de Color. La anfitriona se muestra totalmente beligerante y contraria a semejante grupo.

—Ya está bien, se les concede la libertad y ahora ¿qué quieren? Los metería a todos en la cárcel.

—No, querida —le responde otra—. ¿Quién trabajaría entonces?

Marina no quiere intervenir, consciente de que su postura no será secundada por nadie, pero llega un momento en el que de forma suave y sin darle importancia pregunta:

—¿No debería la ley ser igual para todos?

—¿A qué se refiere?

—Pienso que, si se comete un delito, el castigo debería ser el mismo para el blanco que para el negro.

—Pero qué barbaridad. ¿Cómo puede pensar eso? ¿Lo sabe su marido?

—Lo que usted apunta, Marina, es un imposible —replica una de ellas, antes de que Marina responda—. Imagínese que usted o yo somos violadas por un negro. El castigo que se le aplica es pena de muerte. ¿Y de verdad cree que si un blanco viola a una negra se le debe aplicar la misma pena?

—Si la justicia es justa, así tendría que ser —asegura Marina tímidamente al ver cómo la miran todas.

—¿Pero se da cuenta usted de lo que pasaría? —dice riendo otra, tratando de desdramatizar—. Nos quedaríamos solas las mujeres.

—No exageremos, por favor —pide la anfitriona.

—¿Pero es que no sois conscientes de lo que pasa en los ingenios? Aún está en vigor el derecho de pernada, como si estuviéramos en la Castilla medieval.

Marina no sabe lo que significa aquella expresión y no se atreve a preguntar. No conoce a nadie que pueda aclarárselo porque a Ricardo no le dirá nada de

esta conversación. De pronto se le ocurre preguntar como si no hubiera escuchado bien.

—Perdón, ¿decía usted?

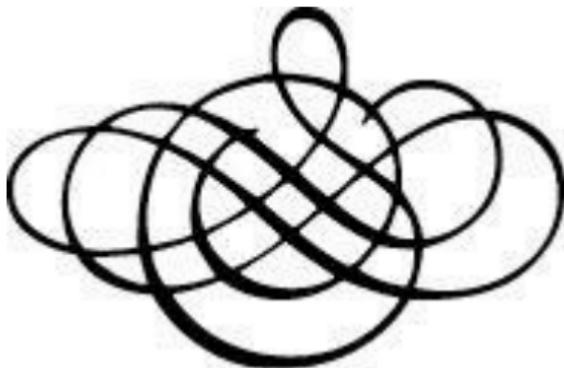
—Aludía a que aquí sigue vigente el derecho de pernada, es decir, el señor tiene el privilegio de desvirgar a cualquiera de las jovencitas antes de que se casen.

—Pero eso es horrible —casi grita Marina.

—No le haga usted caso, Marina —dice la anfitriona—, son bromas de mal gusto.

Se produce un silencio molesto. Nadie dice nada... La anfitriona toma la palabra y sonriendo aconseja:

—Hablemos de otras cosas más agradables. Dejemos de ocuparnos de los negros. Ellos deben tener asumido que han nacido para servirnos. Son seres inferiores, por ello no deben aprender ni a leer ni a escribir.



De regreso a casa, Marina va pensando en el terrible significado de esta conversación y lo mal que lo ha pasado. Ni se le ocurre comentarle nada a Ricardo. Además, tiene la sensación de que ha bebido demasiado.

En un recodo del camino el movimiento del coche hace que Marina se incline hacia él. Entonces Ricardo la atrae contra sí y la besa de una forma que a Marina le parece brutal.

—Así que defiendes a las negras. Me has dejado en ridículo delante de todos. ¿Pero quién te has creído que eres para ir dando mítines? Nunca te perdonaré lo que me has hecho esta noche. Ya te voy a enseñar como trato yo a las negras.

Marina tiembla y no sabe cómo reaccionar. Solo intenta separarse. Ricardo, con voz potente, ordena al cochero que pare y tirando de Marina la obliga a bajar del coche.

—Verás lo bien que lo pasas —le dice—. Vas a comprender dentro de unos momentos por qué las negras tienen que estarnos agradecidas.

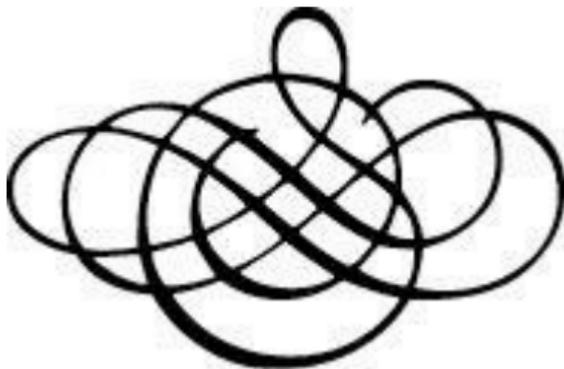
—Estás loco, por favor, Ricardo, no te conozco, vuelve en ti.

Por más que lo intenta, Marina no consigue separarse de Ricardo, que la conduce hacia los cañaverales.

—Si te he ofendido, perdóname, no sabía que era tan importante para ti. Lo siento. No volveré a hablar de ello con nadie —suplica Marina.

—¡Calla! —le grita mientras rasga su vestido buscando sus pechos como una fiera.

Marina experimenta aquella noche lo que siente una mujer, blanca o negra, al ser violada.



—Puede llevarnos a casa —le dice al cochero—. A no ser que la señora desee hacer otra parada. ¿Quieres disfrutar un poquito más del paisaje, cariño?

Marina no contesta. El coche se pone en marcha...

—Ya hemos llegado, señor —avisa el cochero, sorprendido de que después de un rato parados, nadie descienda del coche.

Marina permanece como una estatua ajena a todo lo que sucede. Ricardo se ha quedado adormilado y ahora con la voz del criado se despierta.

—Espere un momento —pide Ricardo—. La señora se queda aquí, pero a mí me acerca al batey que tengo una cita urgente.

Marina se baja como una autómatas y camina hacia la casa. Aunque es muy tarde, la gobernanta les está esperando. Nunca se retira antes de que regresen los señores. Asustada mira el estado en el que se encuentra Marina.

—Por Dios, amita, ¿qué le ha sucedido? ¿Les han asaltado? ¿Se ha ido el señor?

—Yo debería ir tras él para impedir que viole a una niña.

Marina está segura de que aquella noche Rosita había despertado el deseo en Ricardo. Horrorizada, piensa que lo que está sucediendo no puede ser real.

—Vamos dentro, doña Marina, creo que la niña a la que usted alude ya ha sido violada por el señor desde hace un tiempo.

—¿Dios mío! —grita Marina—, es como vivir en el infierno.

—Tranquílicese, señora, tiene que darse un baño.

Marina se deja llevar. Mira agradecida a aquella mujer negra, siempre seria y eficiente. Qué no sabrá ella de lo que sucede en el ingenio.

—¿Está segura de lo que me acaba de decir? —pregunta Marina.

—Sí. No creo que al señor se le haya escapado ninguna de las jóvenes sin pagar su tributo.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Toda la vida. Primero estuve en el ingenio.

—Entonces tú...

—Sí, yo también he pagado.

Súbitamente Marina se acuerda de René y lo entiende todo.

—Eres la madre de su hijo, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Quiero pedirte un favor. Consigue que preparen el otro coche. Deseo marcharme esta misma noche. Meteré unas cosas en la maleta y me iré antes de que regrese el señor. No puedo volver a mirar su cara.

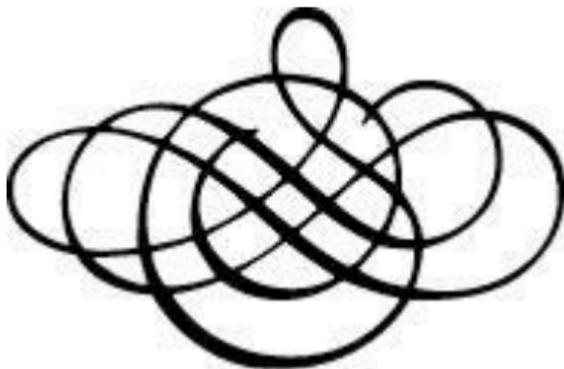
Marina se da cuenta de que está hablando a una criada negra como si fuera su amiga. No está bien, se dice. Inmediatamente reflexiona y ¿por qué una criada negra no puede ser su amiga?

Marina, en todo este tiempo, no ha derramado ni una sola lágrima. Pero al verse en el espejo el llanto amenaza con ahogarla.

Aún no ha terminado de hacer el baúl cuando la gobernanta la avisa de que el coche ya está preparado.

Sin esperar un segundo más, Marina abandona la casa. Cuando la gobernanta, llorosa, le pregunta qué le dice al señor, le contesta:

—Que me marcho para siempre.



Pronto asomarán las luces del alba. No tiene ni idea del tiempo que hace que ha

salido de la hacienda. No cree que Ricardo se entere de su marcha hasta la hora de comer del día siguiente y entonces ella ya estará en La Habana, que es a donde se dirige. De momento se quedará en la casa de El Vedado, que abandonará en cuanto encuentre un trabajo. Está dispuesta a trabajar de lo que sea para poder sobrevivir. Tendrá que moverse en sectores que no la conozcan porque el escándalo, al ver a la esposa de Cardoné de empleada, puede ser grande.

Le produce asco pensar en su marido, en su vergonzante comportamiento. Ricardo tiene que estar enfermo. Qué bien ha disimulado todo este tiempo o quizás quien no quiso enterarse fue ella. Marina nunca estuvo enamorada. Se casó con él para vengarse de Silverio y también deslumbrada por el mundo que le ofrecía Ricardo. Es consciente de que si fuese un simple empleado tal vez no le hubiera aceptado.

A pesar del dolor por lo sucedido, de la vejación de la que ha sido objeto, de la incertidumbre de lo que le pasará, porque Ricardo puede salir en su busca, Marina, de momento, respira libertad sentada en aquel coche que la aleja de la peor de sus pesadillas.

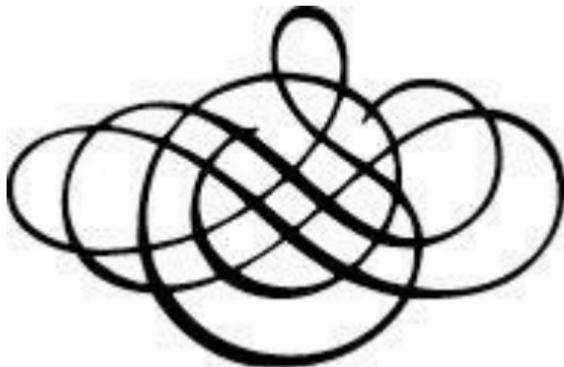
Le ha dicho al cochero que pare las veces que considere necesarias. Acaban de detenerse en un pueblecito. Marina, con los ojos cerrados, permanece sentada intentando dormir.

—Amita —la llama el cochero—, tenga. Tómese un café, le sentará bien. Y estos dulces la reanimarán.

Marina lo mira agradecida y acepta lo que le ofrece, aunque no le apetezca nada. Sabe que la gobernanta le dio dinero al conductor para el viaje y seguro que en el baúl le habrá metido algo más porque ella solo ha empacado algunos de sus libros y tres o cuatro vestidos. Todas sus joyas, de las que podría haber vivido durante un buen tiempo, se han quedado en la hacienda. No quiere nada que le recuerde a Ricardo.

Llegan a la ciudad casi al mediodía. Marina piensa que allí está Silverio, que la quiere. Silverio, con su amor, podría ser la solución a todos sus males. Él sería capaz de infundirle fuerzas para seguir. Pero no tiene que enterarse de su presencia. Ni Silverio ni nadie conocido deben saber que ella está en La Habana.

Marina teme la reacción de su marido.



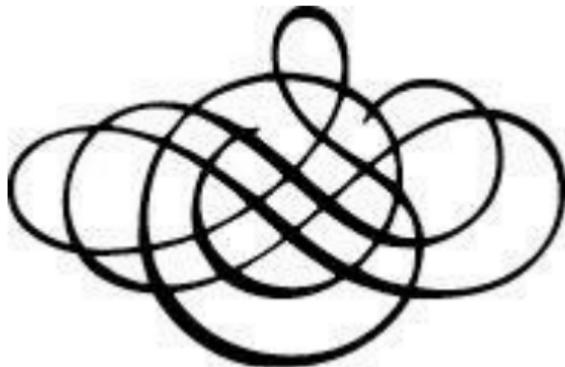
Cada vez que escucha que un coche se acerca, Marina tiembla temiendo que sea Ricardo. Hace cinco días que llegó y no ha sabido nada. El coche regresó a Trinidad al día siguiente. Con lo cual su marido sabe muy bien dónde se encuentra. Tal vez alguien la vigila, pero ella no ha salido de casa en todos estos días. En sus largas meditaciones, Marina piensa que quizá lo mejor sea sacar un pasaje para España. No tiene dinero, pero podría pedirselo a Magdalena. Seguro que se lo facilita encantada. Pero no lo hará. Ni tampoco huirá, porque si lo hiciera jamás podría vivir tranquila. Por otro lado, desconoce si puede viajar sin autorización de su marido siendo una mujer casada.

—Señora, voy a salir al mercado, ¿precisa alguna cosa? —le pregunta la criada.

—No, muchas gracias.

El matrimonio que se encarga del cuidado de la casa de El Vedado desde su inauguración tendrá alrededor de cincuenta años. Son mulatos, y a Marina le parece que su vida es muy cómoda. Viven solos en aquella mansión, aunque no cree que su marido les pague mucho más de la alimentación por mantener la casa siempre dispuesta. No le han hecho —lógicamente— ninguna pregunta. Ni si va a venir el señor, ni cuánto tiempo se quedará. Lo cual le hace sospechar que el cochero les ha puesto al tanto de lo sucedido.

Marina piensa que ha llegado la hora de intentar buscar trabajo, quiere irse de allí, tiene que ser fuerte. Nada de autocompadecerse, y llamando a la criada, le dice que la acompaña.



Se encuentra verdaderamente agotada. Ha recorrido unas cuantas tiendas en busca de empleo y no ha conseguido nada. Es una pena que no sepa coser porque en varios talleres de modistas necesitaban personal. Piensa volver a intentarlo al día siguiente. Ha entrado en una iglesia a rezar. Y allí, en el interior del templo, le pide perdón a Dios por su comportamiento, rogándole que la ayude a encontrar una solución a su vida. Sería maravilloso, piensa, que todo fuera un sueño y que ella siguiera en Candás donde la rutina de la vida que allí llevaba le parece el cielo comparada con la situación por la que está pasando. Marina contempla la posibilidad de irse a cualquier otra localidad de la isla y perderse en medio del anonimato. Pero en el fondo sabe que el temor a que la localicen no la abandonará nunca.

Por fin, decide regresar a casa. Al doblar una esquina se asusta al creer distinguir a Silverio. Si se encontrase con él, no tendrían más remedio que saludarse. Ella que ha renunciado a verlo, clama en su interior para que el destino, el azar, la coincidencia, como quiera que se llame, propicie el encuentro con la persona a la que más quiere en la vida...

Con esa ilusión camina por las calles habaneras... Está llegando a su casa y con dolor comprueba que su ilusión se desvanece, tal vez otro día, piensa.

Le sorprende que la puerta de la verja esté abierta. El miedo se apodera de ella al ver el coche... Su impulso es salir corriendo ante el pánico que le produce la idea de encontrarse con su marido... Pero antes de que reaccione, la criada la llama angustiada:

—Doña Marina, ha ocurrido una gran desgracia.

—¿Qué pasa? —pregunta ella desde el jardín.

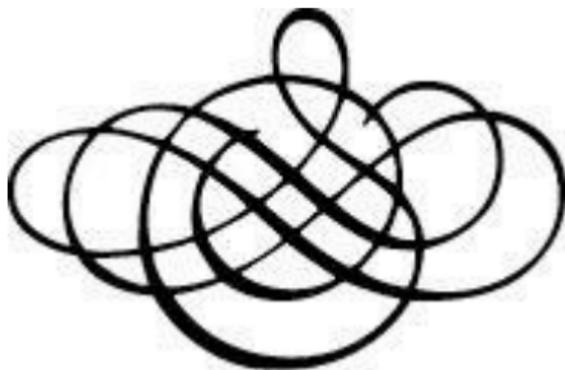
—Ha muerto el señor don Ricardo.

—¡Pero qué dice! —exclama Marina.

—Que ayer por la mañana lo han encontrado muerto. ¿Preparo todo para que salga ahora mismo hacia Trinidad?

—Sí, ¿pero han dicho de qué murió?

—Lo han asesinado en el batey.



La gobernanta la recibe llorando. Marina no quiere ver el cadáver de su esposo. Han esperado por ella para el entierro y los funerales. Marina asume el papel de viuda. Está dispuesta a hacerlo con dignidad. Fingirá ante todos mostrando un dolor que no siente por la pérdida de Ricardo. Pero cuando le informan de que la persona que ha declarado ser la autora del asesinato es la madre de Rosita —y aunque muchos le piden que no lo haga—, ella decide visitarla en la cárcel donde se encuentra en espera de que le apliquen la pena de muerte. Sabe que será muy criticada al interesarse por la suerte de una empleada negra que encima ha asesinado a su marido, pero no le importa. Ahora nadie tiene poder sobre ella.

A Marina le resulta incomprendible que aquella mujer pacífica y resignada, que descubrió hace años en el cañaveral después de ser violada por el mayoral, haya sido capaz de asesinar al amo. «Dios mío —piensa—, tiene que haberse producido una situación terrible».

—Siento el dolor que le causo, amita, pero volvería a hacerlo —dice entre sollozos aquella mujer que no se atreve a mirarla a la cara—. Ya sé que no se debe matar, pero me volví loca. Una cosa es que le hagan daño a una y otra muy distinta ver cómo destrozan a una hija. Váyase en paz, amita. Pagaré mi crimen, dentro de poco me matarán.

—Pero, por Dios, cuéntame qué ha pasado...

—Desde hace meses, el señor se fijó en Rosita y decidió que antes de que se echara novio o el mayoral pusiera sus ojos en ella a él le correspondía ser el primero. Perdóneme, amita, pero a don Ricardo le volvían loco las mujeres vírgenes.

Marina conoce bien ese tema. Ella había sido una más a desvirgar.

—Sí, continúa —le pide Marina.

—Pues un día vino a buscarla y se acostó con ella. Pensamos que satisfecho

el deseo la dejaría en paz. Sin embargo, no fue así. Raro era el día que no aparecía por el batey a buscarla. La noche de la fiesta llegó como loco preguntado por Rosita, que aún no había regresado de la casa donde había ido a trabajar. Salió a su encuentro y estuvo toda la noche con ella. Al día siguiente, volvió. Rosita había pasado todo el día devolviendo, se encontraba muy mal, pero a él no le importó y estuvo con ella un buen rato. Hasta el batey había llegado el rumor de que usted se había ido. A Rosita le afectó mucho su marcha, ya sabe que la quiere mucho. Al día siguiente supimos que Rosita estaba embarazada y cuando por la tarde llegó el señor y se lo dijo, la forzó de nuevo y le aseguró que en cuanto naciera el bebé lo enviaría fuera del ingenio, como había hecho con otros, y se fue riendo. Rosita no pudo dormir y me dijo que se escaparía como había hecho usted, porque no consentiría que la separaran de su hijo. Yo traté de convencerla de que no lo hiciera, pero se fue temprano. Cuando don Ricardo llegó, se puso como una fiera y salió en su busca. Ya había anochecido cuando los vi llegar. Mi pobre niña tenía moratones por todas partes y sangraba por una pierna. Fue entonces cuando al verla en aquel estado me dije que, si el señor volvía a violentarla, le mataría. Usted, amita, no ha tenido hijos, pero entenderá que duelen más las afrentas a ellos que las propias. Al día siguiente, el señor volvió y yo cumplí mi promesa. Sé que hice mal, pero de pronto todo el daño que me habían hecho a mí afloró como un torrente y no pude contener la rabia que me dominaba.

Marina escucha impresionada y no sabe qué decir. En un impulso, que no quiere evitar, abraza a la mujer que ha asesinado a su marido.

La mujer la mira con los ojos inundados de lágrimas y con una voz que más bien parece un susurro le dice:

—Amita, no merezco nada, pero usted es buena, su corazón compasivo, le ruego que cuide de Rosita, no sé si podrá soportarlo.

—Puedes quedar tranquila, me ocuparé de ella y del bebé.

Marina se despidió. Ha sido un encuentro penoso, que jamás podrá olvidar. Tiene que hacer frente a tantas cosas. Ahora todo está en sus manos. Marina González se ha convertido en una riquísima hacendada.



La noticia del asesinato de Ricardo Cardoné pronto fue conocida en La Habana con el consiguiente escándalo. Muchos consideraban el asesinato como uno de los últimos coletazos de la influencia ejercida por el Partido Independiente de Color que había sido aniquilado hacia escasos meses.

Exactamente el 20 de mayo de 1912, el partido fundado hacía cuatro años protagonizó una protesta armada que fue reprimida. Lo cierto era que al analizar el resultado del enfrentamiento resultaba difícil no pensar en la crueldad de los represores, ya que más de tres mil negros y mestizos encontraron la muerte mientras que las fuerzas de la república tuvieron doce bajas.

—Cuesta creer que una mujer negra sea la asesina. Y por supuesto, no encuentro ninguna relación con la reciente desaparición del partido que defendía los derechos de los negros —dice Mariano, que se encuentra con Silverio en el Centro Asturiano.

—Es muy complicado saberlo. De todas formas, hay situaciones en las que los seres humanos podemos perder la razón. Si es verdad que las sometían a frecuentes vejaciones, tal vez enloqueció. ¿Pero era Ricardo una persona capaz de portarse así? —pregunta Silverio.

—No lo conocía lo suficiente —asegura Mariano, que añade—: Tal vez él pagó también por los desatinos de otros.

—¿Vas a ir al funeral?

—Ya ha sido hoy —contesta Mariano—. Nos hemos enterado tarde.

Silverio no deja de pensar en Marina. ¿Qué hará ahora? Tendría que ir a verla, pero no quiere precipitarse, no vaya a echarlo todo a perder como ya ha sucedido antes. ¿Será posible que todavía le quiera?

Él ya tiene un pequeño capitalito ahorrado. Con eso y la pensión que le quede de su trabajo tiene suficiente para vivir. Además, le sigue enviando dinero a su madre que, gracias a él, ha podido cambiar de casa. El gemelo está muy integrado en Pinar del Río, en la fábrica de tabaco de su amigo Juan, de la que ya

tiene algunas participaciones.

Silverio no puede evitar pensar que tal vez cuando vuelva a Candás pueda llegar casado con Marina. Solo contemplar esta posibilidad hace que sus ojos se tornen risueños, iluminados por una luz especial.

« Aunque también es posible —se dice— que Marina, convertida ahora en una mujer muy rica, tenga otros planes para su vida ». Dejará que pasen unos meses y entonces viajará a Trinidad.

Candás, junio de 1919

En Candás la gente estaba muy contenta con el doctor don Salvador Garriga, que desde hacía ya diez años desempeñaba el cargo de médico en la Sociedad de Mareantes. Su carácter afable le había granjeado la simpatía de los candasinos que confiaban en él. Pasaba consulta en una de las salas de la sociedad y en su casa. Aquel día no esperaba mucha gente. Un paciente se encontraba en el despacho del doctor, y dos muchachas y una señora mayor aguardaban en la sala.

—¿Cómo sigue tu hermana?—preguntó una de las jóvenes a la otra.

—Ya está completamente bien, y lo bueno es que dicen que ya se ha ido la epidemia. Parece imposible que una gripe pueda resultar tan grave.

En julio y septiembre de 1918 y en abril y mayo de aquel mismo año, 1919, se habían registrado tres oleadas de gripe conocida como « española », no porque la pandemia solo se extendiera por España, sino porque fue el único país en el que la prensa no censuró las noticias e informaciones que sobre ella se producían. El resto de las naciones europeas, escenarios de la Primera Guerra Mundial, también sufrieron la gripe, pero sin darle ninguna importancia. La prensa europea no mencionó la mortandad originada por la epidemia, sin embargo causó miles de muertos. El conocido pintor austriaco Gustav Klimt y el economista Max Weber fueron dos de los personajes famosos que habían fallecido víctimas de esta gripe. Con toda probabilidad la mortandad de esta epidemia quedó diluida por una mortandad todavía mayor, que afectó en aquel entonces al continente europeo: los más de diez millones de muertos de la Primera Guerra Mundial.

Las víctimas de la gripe española en Asturias habían sido numerosas. Seguramente la localidad más afectada fue Cangas del Narcea donde habían fallecido alrededor de setecientas personas, de un total de veintitrés mil habitantes que tenía el municipio. El brote había aparecido en el monasterio de Corias. La

segunda oleada fue la que más repercusión tuvo en Candás. Solo en el mes de octubre de 1918 hubo ciento veintinueve defunciones,

—¿Sabes quién me han dicho que ha estado a punto de morir?

—Tú dirás.

—La niña de la indiana.

—Pobrecita. Por cierto, ¿tú no crees que el marido de esa mujer tenía que ser negro? La niña es mulata.

—No lo sé, a mí me han asegurado que la niña es adoptada y que ella estaba casada con uno de Santander muy rico.

—Sí que lo tenía que ser, menuda casa que se ha hecho.

—¿Sabes que yo fui a pedirle trabajo como sirvienta?

—¿No te admitió?

—Ya había contratado a dos que se presentaron antes que yo.

—¿Y qué tal es ella?

—Guapa, muy alta. Yo no entiendo mucho, pero diría que es elegante. Pero sabe Dios a lo que se habrá dedicado.

—Dicen que dio dinero para la biblioteca y para la iglesia. ¿Te imaginas lo que habrá hecho? Eso es que quiere hacerse perdonar algo. Todas esas finolis que se vuelven tan caritativas no son de fiar.

—Hay que ver qué lengua tenéis. ¿No os da vergüenza? —les dice la señora mayor.

—Vergüenza, ninguna. No estamos asegurando nada, solo sospechamos.

—Pues quiero deciros que esa señora es de Candás de toda la vida y siempre fue una buena persona. Muy lista y preparada, que trabajó de criada en la casa de Alfageme.

—Eso ya lo sabemos, pero mientras estuvo fuera, vaya usted a saber.

—Sois unas ignorantes, los negros en Cuba no tienen dinero y ella ha vuelto millonaria, por lo tanto su marido no podía ser negro —dice la señora mayor muy segura.

—Tiene usted razón. Su marido seguro que era blanco, pero el padre de su hija no. ¿Qué le parece a usted?

—Sois terribles, no se puede hablar con vosotras.

Conversaciones de este tipo eran cada vez menos frecuentes, pero la presencia de la indiana todavía seguía despertando comentarios.



La llegada de Marina a Candás había conmocionado al pueblo. Los primeros, sus familiares, que no podían entender que Marina viniera con una niña de color, porque ¿quién iba a creer que no era suya?

Marina les explicó que comprendía que les causara extrañeza, incluso que fuera motivo de escándalo para algunos. Les aseguró que sentía despertar estos sentimientos, pero que no podía dejar a la niña en Cuba, ya que había prometido a su madre que se ocuparía de ella.

Lo que Marina no dijo, ni diría a nadie, era que aquella niña era hija de su difunto marido. Ella se había hecho cargo de Rosita después de la ejecución de su madre. Cuando le llegó la hora de dar a luz, el médico le habló de las pocas posibilidades que tenía de sobrevivir al parto. Rosita solo tenía dieciséis años. Lo que Ricardo le había hecho le pesaba a Marina como una losa. De ahí su compromiso firme de ocuparse personalmente de aquel ser recién nacido al que ella decidió ponerle el nombre de su madre, porque, como presagiaba el doctor, Rosita no superó el parto.

Marina no se imaginaba que Ricardo tuviese tantas participaciones en diferentes negocios. Durante un tiempo puso todo en claro con asesores y abogados. Lo primero que hizo fue despedir al mayoral. Hizo llamar al hijo de la gobernanta, a René, y le propuso que se quedara al frente del ingenio. Ella sería la propietaria, pero a él lo dejaba de encargado con un buenísimo sueldo y participación en los beneficios. Había vendido algunas acciones y propiedades y con ese dinero y lo que periódicamente le fuesen haciendo llegar de Cuba viviría en Candás a donde quería regresar en cuanto fuese posible.

Había esperado que Silverio, al enterarse de lo sucedido, acudiera a verla, pero nada supo de él. Tampoco de Magdalena. Con gran dolor abandonó la isla donde se quedaba el hombre del que seguía enamorada. Era consciente de que, si no fuera por aquella niña a la que había adoptado, probablemente permanecería más tiempo en Cuba. Además era posible que en Candás se sintiera mucho más

«cerca» de Silverio.

Y así había sido. Su primer pensamiento al llegar al pueblo y ver la Peña Furada, fue para él, al recordar la mañana del naufragio, la más triste de sus vidas.

Los primeros días, Marina se encontraba un poco extraña, pero pronto se acostumbrando a la vida en Candás, tan distinta de la que había llevado en La Habana. Se emocionó al visitar a Rosa, la madre de Silverio, a la que encontró muy envejecida. Le habló de Silverio y del gemelo como si los hubiera visto todos los días y la animó al asegurarle que pronto vendrían a verla. La señora Covadonga estaba como siempre, aunque ya no trabajaba por la edad. Le agradeció que quisiera acompañarla a visitar a doña Elena y don Bernardo Alfageme, que la recibieron cariñosos. Marina se alegró de que don Bernardo se decidiera a militar en política. Se había afiliado al Partido Reformista, recién fundado por Melquíades Álvarez. Lamentó el fallecimiento, unos meses antes de su llegada, del maestro, don Manuel Artime Fernández, que había estado en Candás más de treinta y cinco años y al que tanto le debían los candasinos, pues su entrega había sido modélica.

Candás poco había cambiado en cuanto a fisonomía, pero sí en sus actividades sociales. Hacía unos años se había inaugurado el teatro Santarúa en el que se representaban obras de teatro y actuaciones musicales. Pero desde 1912 se proyectaban películas con un éxito total. Marina gustaba de acudir a las sesiones de cine. También el teatro Santarúa se convertía los fines de semana en salón de baile, abierto desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche, para alegría de toda la juventud.

Mientras le construyeron la casa, en un terreno que había comprado cerca de la iglesia, en la salida hacia Luanco, Marina vivió con su hermano Xuaco en Santolaya.

La expectación resultó inevitable y cuando los candasinos vieron la hermosa mansión de dos plantas pintada de blanco y azul con preciosas galerías y las esbeltas palmeras que como mástiles ondeaban al viento, dieron en llamarla la Casa de la Indiana. Así fue como Marina, la hermana de Xuaco, de Candás de toda la vida, pasó a ser apodada la indiana.

La Habana, ese mismo verano.

Casi nunca recibía noticias de Candás y no se atrevía a escribirle a Xuaco para preguntarle si Marina había regresado. Resultaría muy extraño y demostraría que no tenían ningún tipo de relación.

Cuando Silverio consideró que era el momento de ir a verla, se enteró de que ya se había ido, pero no sabía a dónde. Era casi seguro que estaría en Candás,

pero también podría haberse instalado en el pueblo de Santander del que era natural Ricardo.

Silverio veía cómo cada día aumentaba la certeza de que nunca podría estar al lado de la mujer a la que quería. Desgraciadamente, ya estaba acostumbrado. Se había convertido en un superviviente de una vida sin ningún tipo de alicientes, dejándose llevar por la inercia de la rutina.

Tentado estuvo de abandonar y marcharse a Candás, pero, por una parte, el comienzo de la guerra mundial no hacía recomendables los viajes y, por otra, el negocio funcionaba mejor que nunca y no debía dejar a Magdalena en la estacada. Su hermano, el gemelo, se había casado en Pinar del Río con una hermana de Juan que había venido de Asturias a trabajar con ellos. Silverio estaba convencido de que lo mejor que había hecho había sido traer al gemelo para Cuba, porque había madurado de tal forma que parecía otra persona. Aunque el que había influido en él era Juan, a quien Silverio cada día admiraba más. Había pasado con ellos unos días muy agradables en Pinar del Río, después de la boda de su hermano.

A su regreso a La Habana, Silverio empezó a sentir el peso de la soledad. Nunca lo había experimentado como entonces. Quizá se estuviera haciendo mayor, porque su situación era la misma. Tal vez un poco mejor, ya que en los últimos tiempos un pequeño aliciente había llegado a su vida, la creación del Club Carreño de La Habana.

El Centro Asturiano tenía entonces alrededor de cincuenta mil socios, lo que hacía imposible un contacto directo entre la mayoría de asociados. De ahí que a partir de 1912 se empezaran a formar clubs que agrupaban a los emigrantes de una zona determinada. Así nació el Club Carreño, en 1915, cuyos impulsores habían sido dos matrimonios: Anselmo García-Barrosa Rodríguez y María de la Concepción Arrinda y José Muñiz García y Marina Muñiz, los cuatro de Carreño. La iniciativa, a la que pronto se sumaron conocidos carreñenses, tenía por objetivo reunir a todos los naturales del concejo para poner en común inquietudes y necesidades; celebrar juntos la fiesta más importante que era la del Cristo de Candás y también les animaba la idea de colaborar con algún tipo de ayuda a determinados proyectos del concejo.

Cuando en septiembre de 1916 se reunieron para conmemorar el día del Cristo, los socios ya sobrepasaban el centenar. Como era habitual en este tipo de clubs, solían celebrar sus fiestas en los jardines de la Tropical o de la Polar, que eran dos fábricas de cervezas con jardines exuberantes y coquetas pérgolas que hacían las delicias de los asturianos que, a veces, mirando aquel intenso verde, creían que habían vuelto a la *tierrina*. Pero antes del festejo lúdico, en el salón Ensueño, de la misma Tropical, se celebraba la misa solemne en honor del Santísimo Cristo. Después, como a ellos les gustaba decir, una *matinée* de ensueño. Varias orquestas eran las encargadas de interpretar, según su

especialidad, el danzón, el pasodoble o el vals...

A Silverio, que había asistido los tres años que se llevaba celebrando, le resultaba muy agradable el encuentro. El primer año no conocía a muchos de los asistentes, pero ahora todos eran amigos. Aunque, si era sincero, lo que más le gustaba era que se bebía sidra, algo que él no hacía en el resto del año.

No, no escribiría a Candás. Cualquier día, por esas casualidades de la vida, alguien del club le hablaría de la estancia de Marina en el pueblo, porque de haber regresado todos estarían enterados. Aunque tampoco la constancia de que estuviera allí le iba a condicionar obligándole a irse. No debía dejar a Magdalena sola con el negocio; antes tendría que buscar quien le sustituyera o vender los almacenes. Pero además de esto, le aterraba la posibilidad de presentarse en Candás y que Marina no quisiera verlo, como había hecho él en aquella visita de ella a La Habana.

Silverio está paseando solo por el Malecón... Ha vivido más años en La Habana que en Candás. Este dato, que es real, le parece imposible. Tal vez porque en la balanza sentimental de su vida todo el peso emocional se encuentra en su pueblo.

Lleva una vida de total abstinencia sexual. No ha vuelto a tener relaciones con una mujer desde que murió Norita. Y la verdad es que lo lleva bien. Solo se excita cuando recuerda a Marina, y si quiere que su deseo aumente, la recuerda en el baile de máscaras...

A Marina siempre le gustó estar bien informada y ahora que se lo puede permitir compra la prensa diaria y también algunas revistas. Echa en falta un círculo de amigos con los que poder hablar de lo que está pasando. Le encantaría que le explicaran cómo influirá en la vida europea la desaparición de las dinastías imperiales, después del terrible conflicto bélico. Hace años escuchaba las opiniones de quienes asistían a las tertulias en casa de don Bernardo Alfageme, pero ahora... Tendría que pensar en organizar en casa algún tipo de reuniones con personas conocidas, claro que corre el riesgo de que no acepten su invitación. Marina es consciente de que la presencia de Rosita incomoda a muchos, pero ella se siente feliz de tenerla a su lado. Espera que poco a poco se vayan acostumbrando a la pequeña. Este es el segundo año que la niña va a la escuela y ya se ha convertido en una más, aunque al principio fue difícil porque la veían diferente. Sobre todo les extrañaba el color de su piel, que era suavemente tostado. Sus cabellos rubios y ensortijados y sus ojos verdes, iguales que los de su padre, la convertían en una preciosidad.

Rosita ya ha cumplido los seis años y Marina le ha explicado que ella no era su madre natural, pero que la querrá y cuidará como si lo fuera. Pensó que era lo mejor, ante las incasantes preguntas de la pequeña que deseaba saber las razones por las que ella era distinta al resto de las niñas. Marina la lleva a la escuela todos los días y también un día a la semana organiza meriendas en el jardín para que Rosita juegue con un grupito de amigas.

Aquella niña se ha convertido en el motor de su vida. ¿Qué pensaría Silverio de su decisión de traerla a Candás? ¿Lo volverá a ver algún día? Marina alimenta su amor recordando los momentos vividos a su lado. La ladera de San Antonio siempre será para ella el lugar más hermoso en su vida. Allí Silverio le había confesado su amor. Allí, rodeada por sus brazos, se había sentido en el cielo. Allí acude muchas tardes a pasear en soledad.

Aquella mañana, Marina lee la prensa después de desayunar. Una noticia llama su atención; el precio del azúcar se ha disparado. Dicen que la producción del año puede suponer más dinero que todas las cosechas juntas de diez años. Y todo ello debido a que la industria del azúcar de remolacha en Europa se ha

venido abajo como consecuencia de los cuatro años de guerra. Marina recuerda y comprende la actitud de los norteamericanos cuando en 1917, al entrar ellos en la guerra, prohibieron al gobierno cubano, deseoso también de participar en el conflicto, enviar tropas al frente. La producción de azúcar podría disminuir y con ella sus intereses estratégicos en Cuba.

También la economía española se había beneficiado de la crisis europea. España, que se había mantenido neutral desde un principio en el conflicto bélico, se convirtió en proveedora de alimentos, armas y especialmente carbón, lo que beneficiaba de forma espectacular a la minería asturiana. También fue un buen momento para la siderurgia. Incluso en Candás se notaba una notable mejoría económica. Una moderna fábrica de pescado de Carlos Albo Kay se había abierto en 1915, sumándose a las ya existentes, cuatro de conservas y cuatro de escabeche. Esta importante actividad llevaba parejas otras, como fábricas de cajas de hojalata, talleres de barrilería y cuberos.

Marina piensa que al ser este año tan importantes los beneficios debería estudiar la posibilidad de invertir en algún negocio que repercutiese en la economía del pueblo.

De todas formas, le regalará un manto a la Virgen del Rosario y ayudará a algunas familias.

—Señora —dice una de las muchachas—, ha venido esa mujer mayor que es amiga suya.

Marina mira a la muchacha y con una sonrisa la corrige diciéndole que no debe llamarla mujer, sino señora. Nada más trasladarse a vivir a la casa nueva había contratado a dos muchachas del pueblo y se pasaba la vida enseñándoles cómo debían comportarse. Una de ellas era bastante receptiva, pero la otra resultaba imposible.

—Dile a la señora Covadonga que pase, por favor.

—Vengo tan temprano porque tenía consulta con el médico y quería traerte unas rosquillas que os hice ayer por la noche —dice la señora Covadonga al entrar en la habitación donde se encuentra Marina.

—No tenía que molestarse, ¿qué le ha dicho el médico?

—De momento voy bien, pero ya se sabe, el final puede presentarse en cualquier momento.

—Eso es cierto, pero para usted y también para mí.

—De acuerdo, solo que yo tengo más papeletas que tú para que me toque.

—¿Tomamos un café? —le pregunta Marina.

—No debería, pero ya sabes que me encanta. ¿Qué tal Rosita?

—Muy bien. Cada día más guapa.

—¿Está contenta?

—Sí, es muy buena. Ya tiene unas cuantas amiguitas.

—Nunca te lo dije, Marinina, pero qué valiente y buena eres —dice la señora

Covadonga, mirándola con muchísimo cariño.

—Ni lo uno, ni lo otro. Si lo dice porque cuido de Rosita, no tengo ningún mérito porque la quiero y a ella le debo las ganas de vivir.

—¿Tanto querías a tu marido?

—No, no es eso.

La señora Covadonga no insiste, algo que le agradece Marina, pero la siguiente pregunta hace que se ponga en guardia.

—Oye, nunca te he preguntado. Silverio no volvió a casarse, ¿verdad?

—No.

—Pues es una pena. Siempre fue un mozo muy guapo. Seguro que habrán sido muchas las mujeres que intentaron convencerlo para que volviera a pasar por el altar. ¿No te sorprende a ti que siga solo?

—No he pensado en ello —responde Marina, queriendo que cambie el tema.

Pero la señora Covadonga la conoce muy bien y sospecha que no es del todo sincera.

—Y yo que pensé que tal vez vosotros llegaríais a algo —dice, como quien no quiere la cosa— después de la triste desaparición de Norita. El dolor une, y estando los dos tan lejos del pueblo...

Marina la escucha y hace esfuerzos por no llorar. Tiene que seguir disimulando, ¿por qué le tiene que sacar aquel tema...?

—Soy como tu madre, ya lo sabes, y si de verdad tienes necesidad de decirme algo, ten la seguridad de que se va conmigo a la tumba —le dice muy seria la señora Covadonga.

—Pues sí, señora Covadonga, pudo haber sido, pero se estropeó.

—¿Sabe que has regresado a Candás?

—No quiere saber nada de mí. Es como si hubiera muerto para él.

—Ya le pediré yo al Cristo que se ocupe de vosotros —dice sonriendo la señora Covadonga, que añade—: Me acaban de decir cuando venía para aquí que don Bernardo Alfageme va a empezar la construcción de una nueva fábrica, que en la parte posterior, la que da a la calle de la Cruz, contará con una gran nave de dos plantas para dedicarla a la producción, dicen, que de sidra de champán.

—Me alegro, porque por una parte significa que los negocios le van bien y también porque será bueno para el pueblo —dice convencida Marina.

—Por supuesto. Creo que el señorito está triunfando en Vigo.

El hijo de Alfageme, Hermenegildo, había abierto una fábrica de conservas en Vigo, donde se había ido a vivir con su mujer y tres de sus cuatro hijos en 1915. Precisamente el hijo que llevaba su nombre se había quedado con los abuelos en Candás.

—¿Cuándo se decide a quedarse unos días con nosotras? —le pregunta Marina —. La casa es enorme y nos haríamos mutua compañía.

—Si necesitas viajar, no tienes más que decírmelo, vendré encantada. Y por

supuesto, para el Cristo yo me ocupo de la niña. Tienes que salir un poco Marina.

—Ya lo hago.

—Sí, pero siempre sola.

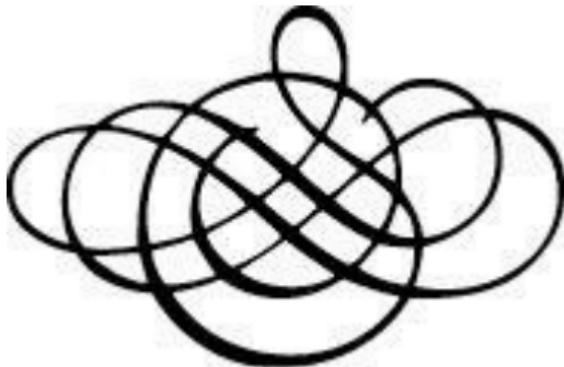
Marina le iba a decir que está acostumbrada, pero prefiere callarse. Casi siempre había salido sola, incluso en Candás, aunque la situación era distinta. Antes nadie se ocupaba de ella y ahora todo el mundo está pendiente.

—Doña Marina —dice una de las muchachas—, ha llegado la modista.

—Gracias, dile que ahora voy. —Y mirando a la señora Covadonga, añade—: ¿Por qué no me espera? No voy a tardar nada.

—No, quiero hacer unas cuantas cosas, vuelvo mañana y paso la tarde con vosotras. Pensé que tu cuñada Teresa seguía cosiendo...

—Sí, pero no quiero agobiarla con trabajo y además a esta muchacha que me cose le viene muy bien ganar un dinero.



Marina ya sabe lo que le espera al llegar el otoño. Esa melancolía a la que está acostumbrada y que en Candás brota de forma especial, envolviéndola en un halo en el que a veces desea aislarse. Es una especie de autoinmersión en momentos añorados, un revivir situaciones con personas amadas. Un recrearse en algo que ya no tiene, pero cuyo recuerdo le hace sentirse bien por haberlo disfrutado. La melancolía es un sentimiento que le produce una felicidad matizada por los años y que proporciona placer a su espíritu.

Al día siguiente, 7 de octubre, día del Rosario, la patrona de la cofradía de pescadores de Candás, la Virgen del Rosario estrenará el manto que ella le ha regalado.

Marina ha pasado toda la mañana tumbada en la hamaca del porche bajo la caricia de un tímido sol. No ha leído nada, se ha dedicado a pensar y de forma especial —lo hace siempre— en Silverio. La terrible noticia del hundimiento, hacía menos de un mes, del *Valbanera* en el trayecto Santiago de Cuba-La Habana en el que habían muerto casi quinientos emigrantes, en su mayor parte

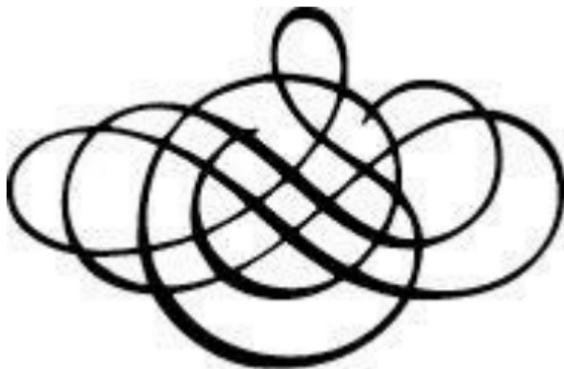
canarios, le había causado una gran impresión. Ella sabía que hasta noviembre no convenía hacer la travesía por el peligro acechante de los huracanes, aunque existían grandes dudas sobre las causas exactas del naufragio de este barco, a cuyo hundimiento ya le habían puesto el nombre del *Titanic de los pobres*.

Mentiría si dijera que no espera que un día llegue Silverio a Candás y sabe que de hacerlo será entre los meses de diciembre y mayo. ¿Qué habrá sido de su vida? Si por un momento piensa que se puede morir sin volverlo a ver, llora desconsoladamente, como lo está haciendo en estos momentos. Qué desastre de vida. Maldita soberbia. ¿Para qué sirve la venganza? Marina siente tanto haberse comportado de esa forma. Mira el reloj. Aún dispone de una hora antes de que Rosita salga de la escuela. Toma una chaqueta y baja a dar un paseo cerca del mar.

No se cruza con nadie, se dirige hacia la Peña Furada.

Cuando Marina regresó de Cuba se llevó una sorpresa muy agradable al ver que la Peña de los Ángeles, situada al lado de la Furada, se había convertido en faro. Fue solo por un tiempo, porque en 1917 se había inaugurado el faro de San Antonio. Marina mira a la columna de hierro, que mide unos once metros, sobre la que se asentaba la luz en tiempos y que quedará para siempre coronando la Peña de los Ángeles. Piensa en lo que opinaría Silverio si viera a la Peña Furada un poco disminuida ante la inusitada importancia de la otra y se sonríe a la vez que se dice que jamás la Peña Furada perderá protagonismo para las gentes de Candás...

La marea está baja... Marina se descalza y camina por la arena como cuando era niña... Mira las rocas en las que siempre se sentaba a hablar con las olas... Un impulso, que no desea controlar, la lleva hacia ellas... y como tantas veces hizo se sienta mirando a la mar...



Hace una hora que ha llegado a Candás. Después de abrazar a su madre y de decirle que viene para quedarse, Silverio sale de casa camino de la ribera. Había

estado viendo el mar todos los días en la travesía desde La Habana, pero el de Candás es distinto. Quería que le infundiera fuerzas para ir a ver a Marina.

Sin duda, piensa Silverio, todos tenemos un ángel de la guarda y el suyo era su amigo, Juan, que fue quien le animó a emprender el viaje aunque fuera época de huracanes. Silverio ya tenía entonces la certeza de que Marina estaba en Candás, una señora en el Club Carreño se lo había comentado.

Su amigo había ido a La Habana por negocios y habían quedado para comer juntos. Al ver tan triste a Silverio, Juan insistió en que se desahogara con él y Silverio le abrió su corazón como si fuera al confesor sin omitir ningún detalle.

—Inmediatamente arreglas todo y te vas a Candás. ¿No te das cuenta de que ella te espera? —le dijo convencido Juan.

—Pero, Juan, ¿tú cómo puedes estar seguro de ello? Si fuera así saldría ahora mismo —exclamó Silverio con ojos radiantes.

—Hombre, no lo sé, pero hay que luchar por lo que se quiere. Y ella, «mi hada madrina», ¿te acuerdas?, ha dado muestras en todo momento de su amor por ti. Qué pena de vida desperdiciada. Todavía estás a tiempo —le aseguró Juan.

—¿Tú crees? —preguntó anhelante Silverio.

—Claro. Prométeme que lo harás mañana mismo.

Lo más difícil había sido despedirse de Magdalena, no por los almacenes, de los que se ocuparía el ayudante de Silverio, sino por la pena que la embargaba. Silverio se dio cuenta entonces de que aquella mujer nunca había dejado de amarle y que de una forma sutil le había envuelto en una red para tenerlo cerca sin que él fuera consciente de ello. A punto estuvo de claudicar al verla llorar desconsoladamente, pero el deseo de ver a Marina se impuso.

Se sorprende al ver la columna de hierro sobre la Peña de los Ángeles. Cuántos recuerdos encierra para él aquel lugar... Evoca la triste mañana en que Marina había desaparecido para huir del dolor de todo un pueblo... Se acercará para ver si siguen estando allí las pequeñas rocas donde la encontró.

Camina despacio aspirando el penetrante olor a salitre. En ningún sitio huele como en Candás. Se fija en la arena; juraría que alguien descalzo ha dejado sus huellas... Tiene miedo de la reacción de Marina cuando acuda a verla, pero será fuerte y le dirá la verdad: que es imposible vivir sin estar a su lado, que lleva años intentándolo sin conseguir dejar de pensar en ella un solo día... le dirá... ¡Pero no puede ser!, se dice Silverio, en las mismas rocas en las que había encontrado a Marina aquella mañana, está sentada una mujer. Por la trenza y el color del pelo bien podría ser ella...

Se acerca despacio —al igual que entonces—, no quiere que se entere de su presencia...

Marina, ajena a lo que sucede a sus espaldas, sigue inmersa en sus pensamientos...

Silverio, al comprobar que es ella, se aproxima emocionado y como aquel

día toma sus manos entre las suyas...

Marina, sobresaltada, se vuelve y como si lo estuviera esperando le dice:

—Dios mío, Silverio, esta vez sí. Esta vez las olas me han escuchado...

Epílogo

A las ocho de la mañana del 18 de noviembre de 1919, el señor cura párroco de San Félix de Candás, don Francisco Suárez, casaba en la intimidad del templo, bajo la mirada del Santísimo Cristo, a Marina González y a Silverio Rodríguez. Dos huérfanos del naufragio ocurrido en Candás el año de 1877... Dos emigrantes que tuvieron la suerte de poder regresar a la *tierrina*... dos corazones enamorados que por fin pudieron latir al unísono.



MARÍA TERESA ÁLVAREZ nació en Candás (Asturias) el 27 de octubre de 1945. Licenciada en Ciencias de la Información, fue la primera mujer cronista deportiva en la radio asturiana y la primera presentadora del programa regional de TVE en Asturias.

En 1987 se trasladó a Madrid para conducir la Subdirección de Cultura y Sociedad de los telediarios de TVE. Un año más tarde dejó la información diaria para realizar documentales histórico divulgativos. En esta línea ha dirigido: *Viaje en el tiempo*, dedicado a desvelar los enigmas e incógnitas sobre Cristóbal Colón; *La pequeña española*, Viena 1791-1991, que recreaba la vinculación de Mozart con España; *Sefarad, la tierra más bella*, sobre el pasado y el presente de los judíos sefarditas; y *Mujeres en la Historia*, un tema que siempre le ha interesado y sobre el que, además de escribir, da cursos y conferencias.

En 1999 publicó su primer libro, *La pasión última de Carlos V*. En noviembre de 2001 vio la luz su segundo libro: *Isabel II. Melodía de un recuerdo*. En el año 2003 se publica *Ellas mismas. Mujeres que han hecho historia contra viento y marea*. Más tarde se fueron publicando *El secreto de Maribárbola* (2004), *Madre Sacramento* (2005), *La comunera de Castilla* (2207), *Catalina de Lancaster, primera Princesa de Asturias* (2208), *El enigma de Ana* (2009), *La infanta Paz de Borbón* (2011) y *Margarita de Palma* (2013).